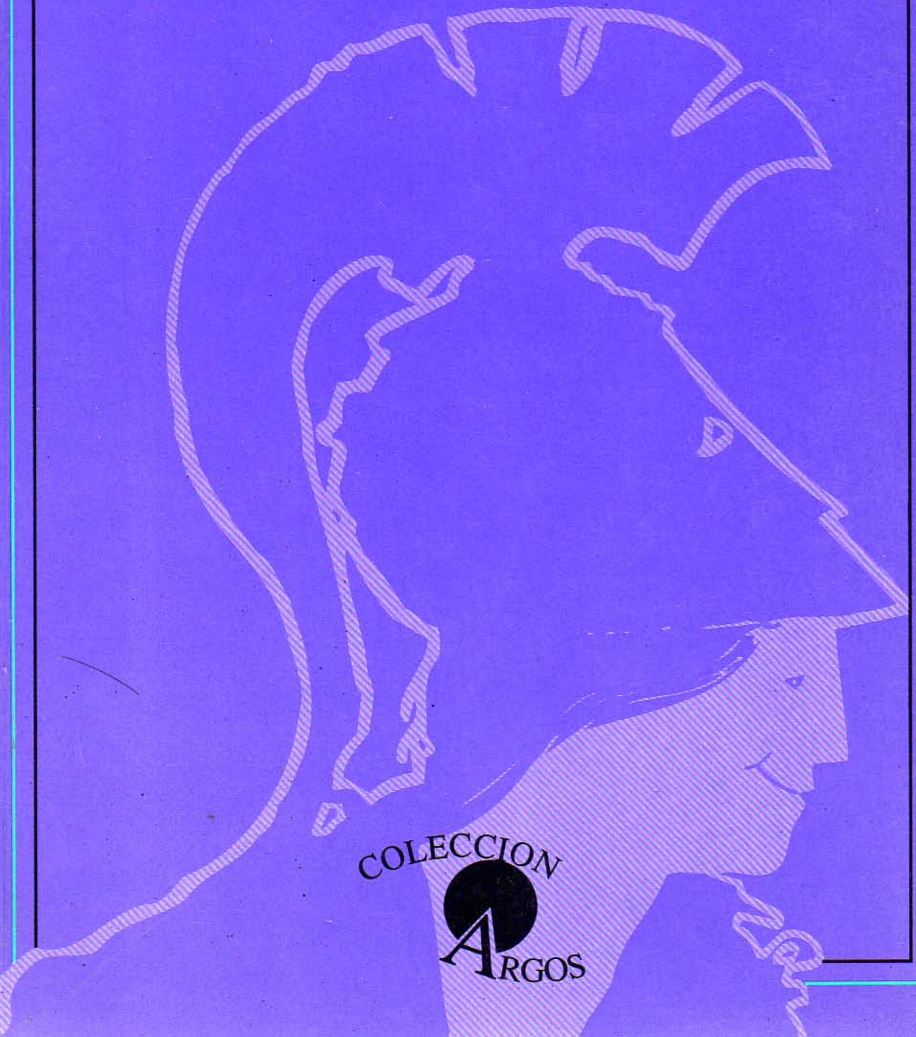
CURSILLO DE MITOLOGIA

ARGOS



COLECCION ARGOS

CURSILLO DE MITOLOGIA

ARGOS

COLECCION ARGOS

Primera Reimpresión 1995
Roberto Cadavid Misas
Diseño: Luis Fernando Castro T.

Impreso en Colombia por Editorial Colina
Comercialización Hola Colina
Medellín, Apartado 3831 - Fax 266 03 97 - Teléfono: 266 32 11
Santafé de Bogotá, Apartado 75695 Fax 235 68 19 Teléfono: 217 04 55
ISBN: 958-638-119-6
ISBN Colección: 958-638-118-8

Indice general

PRESENTACION

Durante muchos años, "La Gazapera" se publicó en el periódico El Espectador. Cada día, con precisión y claridad, y no sin una buena dosis de humor, Roberto Cadavid, conocido por todos sus lectores como Argos, cumplió la función necesarísima de procurar que en el periodismo colombiano no se perdiera el correcto uso del idioma, ni se incurriera en equivocaciones al citar personajes, lugares o acontecimientos. Periodistas, escritores y lectores comunes corregían allí frases contrahechas y construcciones impropias. También en El Espectador, domingo a domingo publicó Argos su Cursillo de Mitología, toda una humanización de los dioses y héroes griegos mediante descripciones de ellos, y sus hazañas, hechas con un sabroso lenguaje y risueña malicia.

En su forma primera de columna semanal, el cursillo de Mitología incluía referencias a hechos de la actualidad nacional de ese entonces. Por considerar que perdieron su vigencia, y que su inclusión hoy lejos de aclarar haría confusos algunos apartes para los lectores, se obviaron sin alterar en nada el contenido de la obra.

Que sea Jorge Franco Vélez, gran amigo de Argos, quien rinda homenaje al autor, y dé la bienvenida al lector a este cursillo, del que seguramente saldrá con más conocimientos en su cabeza, y más sonrisas en su corazón.

PARA ARGOS

(El día que parió su libro)

En tu Cursillo de Mitología
eres un genio de la travesura:
lo trágico lo pintas con ternura
y lo tierno con ágil ironía:

dioses griegos en trance de arriería,
Penélopes rajadas en costura,
Midas guayaquileros de la usura,
Cupidos que no tienen puntería;

Edipitos que arreglan con la mama
su complejo filial en una cama,
y Argonautas tras áureo vellocino,

son otros tantos seres fabulosos
que poblaron tus sueños asombrosos
de paisa griego allá en tu risco andino.

Jorge Franco Vélez

1 Júpiter

Para que no se vayan a imaginar que lo que les voy a contar son invenciones mías, les informo que la sustancia de estos relatos la tomé del delicioso librito Mythology , de Edith Hamilton, del cual no conozco versión española. Fue la señora Hamilton una de las más reconocidas autoridades mundiales en Mitología, estudio al que dedicó toda su larga vida. Con decirles que a los 90 años de edad fue declarada ciudadana honoraria de Atenas.

Empecemos, pues, este cursillo por los dioses mayores, que eran doce. Pero que no se me vayan a dejar venir todos en cargamontón, sino de a uno.

El primero que sale es Zeus, el comandante de todos ellos:

Con este nombre figuraba en la cédula de ciudadanía griega; en la romana, como Júpiter. El era el que mandaba en el cielo; el que juntaba y arremolinaba las nubes y cuando se enverracaba decía a disparar rayos y centellas (que, entre otras cosas, no sé qué son), y desataba unos lapos de agua que eso parecía la hora llegada. Y seguía lloviendo, agua, Dios, misericordia, hasta que se le quitaba la bejuquera. ¿Y saben con qué? Con una sardina bien querida o con alguna señora ajena, no importaba de quién fuera.

Porque nuestro padre Zeus, para que lo sepáis, mis queridos camaradas machistas, fue el primer promotor, o como quien dice el pionero y decidido impulsor de la liberación masculina. Era la fiera sarda para jugársela a la casinadita de Hera, que era...

-¿Hera que era? Cacofonía...

-No le hace. No me interrumpa. Hera, que era su mujer. La misma a la que los romanos le decían Juno. Esa sí era la maldita vieja más intransigente y celosa que ustedes se puedan imaginar. Cómo les parece que un vez...Pero ya sonó la campana y tengo que soltarlos a recreo.

En la próxima clase les cuento algunas de las perradas de nuestro padre Zeus, si mi Dios me da vida y salud. Y si no les da pereza a ustedes.

Hasta después, pues.

2 Júpiter

En la última clase empecé a hablarles de Zeus o Júpiter como un dios ya hecho y derecho, que vivía echándole el cuento a toda la que se dejara. Pero, en vista de que han resultado más interesados en este cursillo de lo que yo imaginaba, lo voy a dictar en debida forma, empezando por el principio.

Y el principio de Zeus (y de cualquiera) son los padres. El taita de él era Cronos, que viene a ser el Saturno de los romanos. Era el dios del Tiempo. Con Rea Cibeles, su hermanita, tuvo a Zeus. Porque en ese tiempo como que no le ponían muchas bolas a impedimentos de parentescos y cismatiquerías de esas y le echaban mano a la que estuviera más cerquita.

Pero, cómo les parece que a Cronos le dijeron que uno de sus hijos lo iba a destronar, y entonces, cuando dijo él a llenarle la barriga de huesos a Rea y ella a tener muchachos, hágase de cuenta una paisa sin planificación familiar, el malvado padre desnaturalizado se los iba tragando uno por uno. Y llegó a zamparse hasta cinco; pero cuando Rea tuvo el atraso para el sexto fue a consultar el oráculo, y éste le dijo:

-Hija mia: ese niño que te va a nacer va a ser el dios más importante de todos, pa que te pongás orgullosa. El va a destronar a ese infame

marido tuyo, que te ha hecho perder todas esas preñeces... ¡Será por buenas que son...!Peroésta sí no la vas a perder. Cuando nazca, escondelo bien escondido del viejo. ¡Cuidadito, pues!

Rea le obedeció al oráculo al pie de la letra, de modo que cuando empezó a sentir las afugias y los retorcijones cogió una piedra larguita y la envolvió en unos trapos y quedó hágase de cuenta un culicagadito recién nacido envuelto en pañales. Y con una sirvienta se lo mandó como desayuno a su adorado esposo, y ella salió a coger, no la cama, como cualquier otra, sino el monte, como las gallinas.

Pues allá le nació Zeítus (así era como que le decían cuando estaba chiquito), y ella cogió y lo lavó bien lavadito en una agua que salía de una peña y se lo entregó a una ninfa para que se lo llevara a esconderlo bien escondido, donde Cronos no lo fuera a encontrar. Y la ninfa, que era muy buena y muy querida y que se llamaba Adrastea (pongan atención A-dras-te-a) alzó con él y fue a dar a la isla de Creta, que quedaba de allá como decir de Cartagena a San Andrés. Allá en esa isla dio con una cueva que ni mandada a hacer: muy amplia y muy amañadora y bien tapadita con rastrojo en la entrada. Allá acomodó al muchachito y ahi mismo le consiguió una nodriza que lo alimentara: era una cabra que se llamaba Amaltea. No la vayan a confundir con Adrastea, porque de pronto se noja ésta. Y cómo les parece que el tal Zeítus no pensaba sinó en vivir pegado de la ubre de Amaltea. Seguro que como iba a ser semejante tumbalocas cuando estuviera grande, empezó a entrenarse con Amaltea, imaginándose que estaba pegado de Sofía Loren. Es lo que decía Adrastea: "Si chiquito quiebra grano, ¡qué será cuando marrano!". Y lo entretenía con cascabeles y pendejaditas para que no llorara y no lo fuera a sentir de pronto Cronos.

Y así fue pasando el tiempo, hasta que un día, cuando ya estaba crecidito, se puso a jugar con la chiva Amaltea y resultó quebrándole uno de los cachos contra una barranca. Ese cacho se volvió mágico: cuando uno quería alguna cosa, la pedía y ahi mismo iba saliendo del cacho. Es lo que llaman el cuerno de la abundancia. Ustedes han visto un par que hay al pie del escudo nacional, tan llenos de frutas y de revuelto que hasta se están derramando.

Esto es todo por hoy. La semana entrante vamos a empezar a conocerle las perradas al joven Zeus.

Reflexión final

Se me ocurre que a este mito se le puede encontrar un significado aplicable a la vida moderna. Y es éste: el contenido de este cuerno era para los antiguos griegos lo que para nosotros la canasta familiar: así pues, la casa de mercado más abundante es aquella donde el marido tiene los cuernos más grandes.

3 Júpiter

Cuando Zeus fue creciendo y se sintió ya polligallo empezó a arrastrarle el ala a Metis (la Prudencia), y breve, breve enmozó con ella y fue haciendo su modo y su maña de que su papá, el corrompido de Cronos, la colocara como copera. ¿Y saben para qué? Para que ella le diera al viejo un menjurje que sabía preparar, a ver si vomitaba a sus hermanitos, que se los había tragado. Y así fue: no bien probó el brebaje le fueron entrando unas ansias espantosas, y lo primero que arrojó fue la piedra. ¿Se acuerdan? La que le dio Rea para engañarlo haciéndole creer que era Zeítus recién nacido. De ahi como que viene el dicho de "sacar la piedra". Y detrás fueron saliendo los cinco hermanos de Zeus que tenía el viejo en la barriga y que estaban vivos y ya criados. Eran tres mujeres: Hestia (Vesta), Deméter (Ceres) y Hera (Juno); y dos hombres: Hades (Plutón) y Poseidón (Neptuno).

Fue pasando el tiempo, y así que se vio Zeus ya tatabrón, macanudo y con hermanos que le ayudaran, los llamó y les dijo:

-Bueno, jovencitos: ¡a trabajar se dijo! Tenemos que bajar de la tarima a ese viejo desnaturalizado papá de nosotros. Voy a conseguir quién nos ayude, porque él está amangualado con los Titanes y con los Gigantes, que es gente muy guapa y muy jodida.

Y fue y libertó a los Cíclopes, que los tenía amarrados Cronos, y que eran unos muanes inmensos que no tenían sinó un ojo en la mitad de la frente. Mejor dicho, para pelear serían muy buenos, pero para cazar gazapos no tenían oficio. También soltó a los Hecatonquiros, que no tenían sinó de a cien brazos cada uno...¡Qué tal para raponeros...!

Resulta que los Cíclopes eran los Krupp de ese tiempo: unos famosos fabricantes de armas que en un dos por tres le forjaron a Zeus el rayo, a Hades un casco mágico y a Poseidón un tridente.

Pero, antes de seguir adelante les voy a contar la primera perrada del amigo de nosotros. Resulta que Rea, la mama de él, apenas lo vio como tan poderoso y engrandecido y disparando rayos y centellas a dos manos, le prohibió que se casara, porque de pronto iba y le resultaban los hijos unos guerrilleros de mala clase. ¿Y saben cuál fue el caso que le hizo el sinvergüenza ese a la prohibición? Pues que empezó ahi mismo a perseguirla a ella con malas intenciones. ¿Cómo les parece? A la propia mama. Yo no me explico por qué es que hablan del complejo dizque de Edipo, viendo que el de Zeus fue primero. ¿Y qué tuvo que hacer Rea para despistarlo? Pues convertirse en culebra; pero como él no era ningún bobo, se dio cuenta y ahi mismo fue y se escondió en un rastrojito donde ella no lo viera, y se volvió culebro, y vino y se enredó con ella en una trabazón lo más particular, y ni pa qué les digo. Este sí no era como Adán, que se contentó con un mordisquito a una manzana. Este no: éste se comió hasta la culebra.

Sigamos. Cuando Zeus se vio acompañado de sus hermanos y reforzado por los Cíclopes y los Hecatonquiros, le declaró a Cronos y a sus Titanes y a los Gigantes una guerra que duró diez años: como tres veces la guerra de los mil días. Pero al fin la ganaron los hijos, y cuando se vieron dueños del patio se repartieron la marrana en esta forma: a Zeus (Júpiter) le tocó el Olimpo, que es, como quien dice, el firmamento, y por ahi derecho la tierra; a Poseidón (Neptuno) le correspondió el mar, y a Hades (Plutón), el sótano del mundo, que es donde están los muertos. ¡Ah pereza pa éste!

Pero no perdamos de vista a Zeus, que ya va a empezar a dar qué hacer. Porque no bien se adueñó de la hacienda se puso a recorrerla, y una tardecita, ya tiñendo la oración, se encontró por allá en una manguita a su hermana Hera, que también era de las que se había tragado Cronos, y

que estaba ya como mango, muy embarnecida y sintiendo ya cierta rasquiñita que dizque les da en la edad de la sardinez. Y cómo les parece que va llegando el caballerito éste lo más de tierno, y se le va sentando al lado y empieza a echarle labia y a sobarla lo más hermanadito y lo más querido él, hasta que se fue alebrestando de tal manera que no se aguantó más y le hizo la propuesta sin más vueltas.

Pero más le hubiera valido estar duermes, porque ahi mismo se paró ella hecha una fiera, toda digna, y le dijo "atrevid", que "respetara". Y lo volió pa la porra.

Pero pongan atención a lo que pasó a los pocos días. Una mañana que estaba haciendo un frío espantoso estaba la hermosa Hera muy arropada en su pañolón, recostada en la ventana de su aposento, cuando va llegando volando y le cae al pie un pajarito lo más de lindo.

El libro dice que era un cuclillo; pero hágasen de cuenta un pinche o copetón. Cayó con las alitas en un solo temblor y tiritándole las paticas. ¡Pobrecito! Y ahi mismo se agachó ella a recogerlo y se lo metió entre el seno, que, aquí entre nos, era mucho más amañador que el de Abrán, y empezó a acariciarlo y a acariciarlo y a sobarle la cabecita y la pechuguita, y cuando menos se dio cuenta era que ya estaba violada, porque el tal pajarito se había vuelto Zeus de un momento a otro.

Y es que es muy natural, como ustedes se pueden dar cuenta: él cuclillo y ella en cuclillas, no había de otra...

4 Minerva

Pero el gustico que tuvo Júpiter haciéndose el cuclillo, con Juno en cuclillas, le salió por un ojo. Antes de seguir adelante les quiero decir que resolví seguir llamando a los dioses por los nombres que les tenían los romanos, que son como más familiares para nosotros. Entonces Zeus y Hera van a ser Júpiter y Juno en adelante. Sigamos. Les decía que la violada que le pegó el joven Júpiter a su hermanita le salió cara porque se tuvo que casar con ella, y le resultó más brava, más cantaletosa, más envidiosa y más insoportable que Ramona la de don Pancho.

Pero al principio sí la pasaron de oro. ¿Saben cuánto les duró la lunita de miel? La bobadita de trescientos años. ¿Se imaginan ustedes la cantidad de maneras que inventaría ese Júpiter, como era de perro? ¡Ah bueno haber tenido un anteojo de larga vista, o una de esas cámaras con teleobjetivo con que retrataban a Yaquelín en la playa, en pura almendra, pero sola, porque lo que es el viejito de Onasis, "mí dobla". No era como ese garañón de Júpiter que no se le apeaba a Juno ni en los malos pasos. Pero dejémolos que se diviertan ahi solitos y no nos metamos en lunas de miel ajenas.

Y venido a ver: tanto trabajo y no vinieron a tener sinó un hijo, que fue Marte, o Ares, como lo llamaban los griegos; fue el dios de la guerra, que desde ese tiempo hasta ahora no ha dejado de trabajar ni un solo día.

Una cosa que se me olvidaba contarles de la luna de miel: que después de cada talco, para no decir polvorete, que es una palabra como tan fea, se iba ella pa una fuente que se llamaba Canato, y se lavaba bien lavadita y volvía a quedar doncella. ¡Cuánta plata no hubiera levantado uno en otro tiempo vendiendo agua de Canato envasada! Porque lo que es hoy se arruina el que ponga ese negocio.

Pero sigamos con el cuento. Juno, dígase lo que se quiera, y pa qué si no es la verdad, a pesar de todos sus inconvenientes fue una señora muy respetable y muy puesta en orden. No se sabe que se la hubiera jugado ni una sola vez a Júpiter, y ¡hay que ver la clase de lengüitas que había en ese Olimpo! Y no es que no la hubieran gallinaceado dos o tres dioses, y hasta un mortal: Ixión. Porque la vieja era muy troza y muy bonita, para qué negarlo. Pero, eso sí: como brava, celosa y envidiosa, no me la mienten.

Oigan esto, por ejemplo. Resulta que una tarde conoció Júpiter en uno de esos cocteles que daban los dioses, a una tal Metis, y esa misma noche le echó el cuento, y al día siguiente se la llevó pa una casa de citas, y ustedes ya se imaginan el resto. Pero como no hay dicha completa, a los pocos días se encontró Júpiter con otro dios que se las daba de adivino, que le dijo:

-Ve, hombre: así como vos destronaste a tu papá, así te va a destronar el hijo tuyo que va a tener Metis.

Pues esto que oye el amigo Júpiter y ahi mismo convirtió a Metis en una mosca y se la tragó. Y como que a los nueve meses empezó él a sentir un dolor de cabeza horrible, que se le estallaba, y cuando ya no aguantó más se fue pa la maternidad del SSO (Seguro Social del Olimpo) a que le rajaran la cabeza y le sacaran lo que tuviera. ¿Y saben qué le fue saliendo? Pues muy hermosa, y muy oronda con su armadura completa, la que iba a ser diosa de la sabiduría y de la guerra: Minerva, la que los griegos llamaban Palas Atenea.

¡Y qué fue aquello cuando supo Juno que su marido había tenido una hija él solo! Dizque le prende la envidia más horrible y salió diciendo:

-¿Se está creyendo él que me va a humillar a mí? ¡Ahi manece! Y se puso a rezarle al San Judas olímpico para tener un hijo ella sola. Y no

se sabe si fue milagro de San Judas o qué, pero lo cierto del caso es que quedó embarazada sin la ayuda de nadie. ¿Y saben el hijo que tuvo? Le nació Hefestos, al que los romanos llamaban Vulcano, que después se volvió un herrero cojineto pero buena persona: fue marido de Venus nada menos.

5 Io, Argos

Ahora les voy a tener que repetir una historia que algunos de ustedes ya conocen, pero es pa que quede completo el cursillo, porque veo que todos están muy formales y muy atentos, y poniéndome mucha atención.

Es el cuento de Io. Se dice í-o, no ió. Pues esta Io, que trabajaba como sacerdotisa de Juno, era una sardina tan de primera que el mismo día que la conoció mi amo Júpiter le echó el ojo y le dijo, como el médico aquel del cuento viejo a la sirvienta nueva:

-De esta noche no pasás...

Y esa era la intención que él tenía; pero como de un momento a otro le fueron entrando unas ganas que no se las aguantaba, y al mismo tiempo le tenía un miedo horrible a misiá Juno, cuando vio a Io por allá sola en una manguita al pie de una quebrada, hizo que se fuera formando una nube bien oscura que tapara todo, y apenas estuvo bien toldado se fue pa donde la muchacha y se le sentó al lado.

Pero Juno, que no era ninguna boba, dizque pensó:

-Aquí hay gato encerrado. ¿Semejante nubarrón con un verano de estos, que ya casi empieza el racionamiento? ¡Ya voy, Toño! Que no me crea tan pendola el tumbalocas ese.

Y se fue metiendo por entre la nube, y cuando el pobre Júpiter, que

estaba ya lo más de entretenido en los primeros toquecitos, que no se cambiaba por nadie, la alcanza a divisar que venía flechada, ahí mismo ¡ran! convirtió a Io en una ternera blanca orejinegra lindísima.

Así que cuando llegó mi doña donde él y lo encontró sobándole el lomo a una ternera se tuvo que quedar callada. Pero siempre con su entripado y con una dudita por allá muy maluca. Y pensaba:

-¿Conque una ternera? ¡Cómo ño, moñito! Esa que se la meta a Juan Vélez.

Y le va diciendo a su marido, toda zalamera:

-Mijito: ¿Por qué no me regalás esa ternerita? Vos tenés mucho ganado, y yo no tengo ni una mera vaquita. Yo me comprometo a cuidarla bien y a guardarle la mejor aguamasa del Olimpo. Yo mando que se la sirva el mismo Ganimedes.

(Ganimedes era el que les escanciaba el néctar a los dioses. Eso dizque quiere decir que era el que les servía el trago).

Con esa propuesta corchó Juno a Júpiter porque él no encontró disculpa pa no regalarle la ternera y se la tuvo que entregar y tan pronto se vio mi doña dueña de ella, ahi mismo la amarró de un estacón con el cordón de la bata y salió a buscar a...¡Apuesto a que no adivinan a quién salió a buscar! Pues nada menos que a Argos. Al mismo que me prestó el nombre a mí pa escribir estas carajadas.

Argos era un gigante. En eso me ganaba. Tenía, como yo, cien ojos que le daban la vuelta en redondo a la cabeza, y no dormía sinó con cincuenta, y con los otros cincuenta cuidaba lo que le encargaran. Porque ese era el oficio de él: celador. O guachimán, como dicen en Cali. Pa eso sí no tenía precio, porque trabajaba de día y de noche y no cobraba extras nocturnas con el 75%.

Pues a esa casinadita fue al que puso Juno a cuidar la tal ternera. Con la recomendación muy templada de que no se la dejara güeler ni de lejos a Júpiter.

Imagínense ustedes cómo sería la desesperación de este pobre, que se había quedado todo empezado... Pa venir a ver que no tenía arrimadero. Pero de pronto cayó en cuenta que estaba pendejeando y dijo:

-¡Esta no es conmigo! ¡Si yo soy el que mando aquí!...¡Se van muy pa la porra misiá Jodelina y ese lambón de Argos!

Y mandó llamar a su hijo Mercurio, ese que los griegos llamaban Hermes, que era el mensajero de los dioses. Otro día les cuento la historia

de éste. Y el encargo que le dio fue que con disimulo matara a Argos, pa que la ternerita quedara libre y él poder ir a acabar la tarea que tenía empezada.

Mercurio, que era muy obediente, fue ahi mismo y se puso las alas...Porque él en el sombrerito tenía un par de alas chiquitas, y una en cada quimba. Ustedes lo deben haber visto por ahi en láminas, con una pata levantada, como pa alzar el vuelo. Y decoló, y cuando llegó allá aterrizó en un rastrojito que había y se disfrazó de montañero y fue llegando donde estaba Argos cuidando la ternera y lo saludó lo más de formal y empezó a cacharle tan sabroso y tan parejo que a lo último tenía a Argos embobado con la labia. Después empezó a contarle un cuento de esos larguísimos que no se acaban, como Sebastián de las Gracias, hasta que al gigante se le fue cerrando el ojo 51 y después el 52 y el 53, y así todos los 50 que tenía que tener despiertos, hasta que quedó profundo. Y ahi mismo va sacando Mercurio el machete de la vaina y lo levanta como pa mandarle el guascazo a la nuca, y...

(Suena la campana).

Yo ya vi que esto se va a volver como esas películas de aventuras en serie que daban cuando estábamos chiquitos.

6º

Ibamos en que Argos se había quedado profundo con esa musiquita tan cansona que le estaba tocando Mercurio y con ese cuento, que estaba más largo y más aburridor que una historia socio-económica del siglo XIX en Colombia. Pues ahi mismo llegó y le mochó la cabeza y no dio un brinco mi compadre Argos. Pero hay que ver la ira y la desesperación que le dio a misiá Juno cuando fue a darle vuelta a la ternera y lo encuentra a él ahi estirado, con la cabeza a un lado. Y de la ternera, el rastro frío. Lloró, gritó y pataleó, pero qué se suplía. Hasta que a lo último resolvió traerse al pavo real, que era el ave de ella, que todavía tenía la cola de color parejo, y le fue poniendo en ella los ojos de Argos, de a uno por uno. Y esa es la historia de la cola del pavo real. Bonita, ¿cierto?

Apenas acabó Juno esa tarea salió medio loca a buscar la ternera, cuando al rato la alcanza a divisar que iba por allá por un filito, y ahi mismo le mandó un tábano a que la picara y la mortificara y no le dejara tener vida. Esa sí es sal, la de la pobre Io. Cómo les parece, uno bien aburrida porque la volvieron ternera, sin poder siquiera ni hablar, y pa colmo de males venir un maldito tábano detrás de uno a joder y a picarlo bien horrible...¡No hay derecho! Y pa eso que ni siquiera le había dejado acabar la violadita tan deliciosa que le estaba haciendo el rey de los dioses...

Y sale disparada por esa playa pa arriba, y ese maldito tábano encima de ella día y noche. Todo el mundo la vio correr como loca: cómo sería, que a ese mar le pusieron el nombre de ella: Iónico o Jónico, que quiere decir "de Io". Y siguió y siguió hasta que por allá encontró un pasadero estrecho, como pa atravesarlo a nado, y al otro lado fue a dar. Y el tábano encima. Y qué tan importante se volvería la tal ternerita que a este paso del mar también le dieron el nombre de ella: el Bósforo (acuérdesen por fósforo), que quiere decir "el paso de la vaca". Y es que con esto hasta griego aprende uno.

Y siguió la pobre Io por el otro lado del mar hasta que fue a templar a Egipto. Cuando Júpiter supo que estaba allá, allá fue a dar él también y apenas llegó, ahi mismo la desterneró y se la comió a la llanera en uno de los potreros del Buey Apis. Y fueron muy felices, porque allá no estaba Juno, y tuvieron un muchachito. Y colorín, colorado, se acabó el cuento de Io.

Latona

Ahora, para que no digan que son exageraciones mías lo malaley que era la señora esposa de don Júpiter, oigan lo que le hizo a la pobre Latona. Resulta que a ésta también le había mandado el guascazo mi amo y señor, y estaba toda entamborada esperando, con su buena barrigona de tamaño familiar, porque iban a ser mellizos, cuando se alcanza a dar cuenta doña Juno de que iban a ser entenados de ella y ahi mismo llamó a la diosa de los partos, que se llamaba Ilitía (¿cómo les parece el nombrecito para bautizar a una caleñita de Terrón Colorado?)... Pues, sí. Le dio orden a Ilitia que no fuera a dejar que Latona se alentara hasta que ella no le diera la orden. Y empieza esa pobre mujer -digo diosa- a revolcarse en esa cama, con esos dolores tan espantosos... ¡Y nada! Hágase de cuenta cuando uno está bien estítico y no hace sinó pujar ahi sentado. Y perdonen la comparación. Hasta que una diosa que andaba por ahi y oyó la quejadumbre y fue a ver qué era la cosa, y vio que era su amiga Latona que no podía dar del cuerpo o de lo que sea, llamó ahi mismo a Ilitia y le untó la mano pa que le desobedeciera a Juno. Y como las mujeres, aunque sean diosas, siempre han sido como muy apegaditas a la plata, llegó Ilitia a donde estaba berriando Latona y le dijo:

-Te voy a dejar parir, pero eso sí: te me perdés de aquí, no vaya y sea que la vieja se dé cuenta.

Y ahi mismo Latona se volvió codorniz, que es un pájaro que ustedes no conocen pero que se parece mucho a una perdiz, y se fue volando hasta que llegó a una roca pelada que había en medio mar, que se llamaba y se llama todavía la isla de Delos. Y allá se volvió diosa otra vez y al fin parió (casi que digo Paula), y la que primero le nació de los mellizos fue Diana, la que los griegos llamaban Artemis, o mejor Artemisa, esa que no lo quiso aflojar y vivió doncella toda la vida. ¿Y saben por qué?

Porque le tocó ver nacer a su mellizo Apolo, que era el otro guardado que tenía su mamita. Es que hay que ver las afugias de esa pobre mujer -digo diosa otra vez- para tenerlo. Ese fue un voleo muy espantoso. Pero al fin nació el angelito, y bien querido por cierto: porque ese iba a ser nada menos que el dios del Sol. El más bien plantado de todos los dioses. Pero Dianita, que lo vio nacer, dizque dijo:

-Lo que es a mí sí no me verán en esas. ¿Ustedes creen que por un gustico que dizque dura siete minutos voy a aguantarme yo nueve meses de barriga y cuarenta días de cama?

Está libre. Prefiero irme pal monte a cazar. Y ahi mismo le echó mano de la oreja a un venado y silbó un par de chandosos que pasaban, y cogió un arco, porque en ese tiempo no había escopetas, y se enmontó. Y se volvió la diosa de los cazadores. Como quien dice, la patrona de Guillermo León Valencia.

7 Europa

Yo creo que lo mejor es acabar de despachar a Júpiter, pa que podamos seguir hablando de los otros dioses, que ya deben estar hasta disgustados porque no los hemos determinado. De Júpiter no nos quedan faltando sinó dos o tres aventuritas, que yo creo que entre esta clase y la otra se las acabo de contar.

Una es la de Europa. Europa era una peladita tan sumamente querida que le dio nombre, no a un marcito de mala muerte, como el Jónico de Io, sinó a todo un continente (que, entre otras cosas, me voy a quedar sin conocer. Porque no es que ya tenga el sol a la espalda, sinó que me cogió la noche). Pues sí. Como les decía: Europita era la hija del rey de Sidón, que quedaba en lo que llaman hoy el Líbano. Y resulta que una mañana se había ido ella pa la orilla del mar, donde desemboca un río serenito que tiene a lado y lado como unos jardines lindísimos, y pa allá se fue con unas compañeras, a jugar y a coger florecitas, y como daba la casualidad de que Juno no andaba por ahi, porque se había ido a visitar a una comadre, andaba el amigo Júpiter como perro sin tramojo. O, mejor dicho, remolineando hágase de cuenta un gallinazo, atisbando a ver qué muchacha había por ahi descuidada pa enviarle el picotazo. Yo creo que de ahí es que viene la palabra gallinacear.

Lo cierto del caso es que él, ahi mismo que la vio, bajó a tierra y, sin que ella se diera cuenta, se volvió en forma de toro. ¡Pero qué toro! ¿Oye? ¡Ese era mucho toro! ¡Había que verle esos lomos redonditos y lisitos, y esa cola que parecía un penacho, y esa cara, hombre! ¡Y qué ojos! Eran unos ojos grandotes, todos tiernos, que parecía que hablara con ellos. Y los cachos sí que eran una belleza: así volteados en curva, de pa arriba, que parecían la luna en menguante. Y mansitico. Cómo sería que fue llegando donde estaba Europa y se le echó al pie y a ella no le dio ni esto de miedo, sinó que ahi mismo empezó a sobarlo y a acariciarlo. Y él dejándose, lo más querido. Y se puso ella a adornarlo con flores, y le amarró un ramo en la cola y le metió por la nuca una corona como esas que se usaban antes en los entierros, pero de puras orquídeas, y le enredó en los cachos un arreglo tan hermoso, que muchos maridos se morirían de la envidia de tenerlos así de pintas.

Y él ahi echado, mansitico, dejándose hacer, feliz y dichoso. Hasta que ella no se aguantó la gana y se le montó encima y llamó a las compañeras a que vinieran también a montársele, pa que las llevara a pasear a alguna parte. Pero, ¡quién dijo! Ahi mismo se va parando ese toro y arranca a toda pal mar, con la muchacha encima. Y sigue mar adentro, como si nada, sin meterse al agua sinó galopando por encima, como ese milagro de Nuestro Señor en el lago de Tiberíades. Todas estas cosas hay que creerlas, sobre todo en Mitología.

Y siguió pa adelante el toro Júpiter, y al lado y lado iban saliendo a saludarlos y a aplaudirlos todos los dioses que viven en el mar, que son unas ninfas que les dicen las Nereidas, montadas encima de unos manatíes, y los Tritones, tocando unas trompetas, y hasta el mismo dios principal del mar, que era aquel hermano de Júpiter que ustedes se acuerdan que los romanos lo llamaban Neptuno, y los griegos Poseidón, que tenía un tenedor grande que era el tridente.

Europa siempre estaba medio cabreadita, y con una mano se agarraba de un cacho y con la otra se subía la falda pa que no se le chilgueteara, y al fin no se aguantó y le preguntó:

-Ve, torito querido: ¿vos sos un dios, o qué?

-Sí, mi amor. Adivinaste. Yo soy nada menos que Zeus, o Júpiter.

Pero no se te dé nada. Lo que pasa es que estoy tragado de vos y por eso me disfracé de toro pa venir a secuestrarte. Ya te imaginarás lo que me vas a tener que dar por tu rescate. Pero, tranquila, hermanola, que

vamos a ser muy felices y vamos a tener unos hijos muy queridos y muy importantes. Dejate y verés cuando lleguemos a la isla de Creta, que pa allá es pa donde te llevo. Allá me crió en una cueva mi querida mamá-cabra Amaltea, la que se le quebró un cacho, que es el cuerno de la abundancia, o cornucopia como dicen los pinchados. Es una isla muy amañadora. Allá verés cómo no vas a querer salir.

Y como lo dijo, así fue. Apenas llegaron, ahi mismo volvió a coger la figura de él, porque en forma de toro sí le quedaba más bien como incómodo trabajarle a la muchacha. Y pa eso que era tan bien plantado que ella ahi mismo se le fue entregando, como cualquier pendeja de éstas de ahora a un cantante de moda.

Bueno, pues: pa no hacerme muy largo: de esos amores les nacieron tres hijos, dos de ellos muy importantes: Minos, que fue después el rey de Creta, y muy mentado por cierto; otro día les cuento la historia de él; y Radamanto, que fue juez nada menos que de los infiernos, y un tal Sarpedón, que ése sí no tengo ni idea quién fue.

8 Leda

Esta vez le tocó el turno fue a Leda. Leda era la mujer de un rey de Esparta que se llamaba Tíndaro. Era una belleza de mujer, pa que no nos digamos carajadas. Y resulta que un día estaba sentada en su aposento, reposando muy tranquila cuando va entrando por la ventana un cisne todo asustado, brincando y chapaleando porque lo venía persiguiendo un águila, y Leda ahi mismo, toda conmovida, le abrió los brazos pa protegerlo de esa águila tan atrevida. Y le decía:

-Venga pacá, mijo, no sea bobito, que yo no lo dejo unir a esa águila

Pero hay veces que no se puede poner uno de buena persona. ¿Saben lo que le pasó a Leda? Que ahi quedó como tres y dos, porque no había tal cisne: era el maldito Júpiter que había llamado a Venus, que es la misma griega Afrodita y le había dicho:

-Ve, ole: yo que le manejo una gana horrible a aquella vieja, pero yo sé que si me le acerco así como soy se asusta toda y pierdo mi tiempo...¿Por qué no te disfrazás de águila, y yo me vuelvo cisne y salís como persiguiéndome? Yo sé que a ella ahi mismo le da lástima y me defiende, y ahi sí dejámela por mi cuenta.

Pues así ocurrió, y la pobre no dio un brinco. Qué lo iba a dar, si el señor cisne no le dio tiempo, porque la tenía casi asfixiada abrazándola

con esas machas de alas. Porque en el afán y en la emoción se había quedado en forma de cisne, y así fue como le hizo el mandado. Ahora, no me pregunten cómo hizo, que yo tampoco tengo ni idea: y no sé cómo serán los cisnes por debajo. Pero lo cierto del caso fue que dejó a Leda toda culeca, esperando huevo.

Y vea cómo se enredan las cosas a la hora menos pensada. Resulta que esa misma noche se le pasó pa la cama su marido Tíndaro, que estaba todo recalentado porque hacía días que no veía mujer por andar en una guerra. Pero ella no tenía ni pizca de ganas, porque Júpiter la había tranquilizado como pa quince días; pero no hubo de otra, y tuvo que aguantarse a su adorado esposo, que también la dejó en embarazo: ¡qué encartadita la de esa pobre!

Porque a los nueve meses, cuando llamó a Ilitía (¿se acuerdan quién es? La diosa de los partos), cómo sería el susto de ésta cuando ve que lo que le va saliendo a Leda es un huevo inmenso, como de dos yemas y ahi mismo se le va rompiendo el cascarón y aparecen un par de mellizos, los más lindos que ustedes se puedan imaginar: el uno era Pólux -yo digo Polus-, y la otra iba a ser nada menos que Miss Universo cuando estuviera grande: Helena, la de la guerra de Troya. Después hablamos de esta guerra.

Pues sí: nacieron Pólux y Helena, y Júpiter los tuvo que reconocer, porque nacieron del huevo, aunque no como cisnecitos. Y no había pasado media hora cuando le empiezan otros dolores a la pobre Leda, que ese día amaneció con explosión demográfica: esta vez fueron otro par de mellizos, hombrecito y mujercita también: Cástor (acuérdesen del aceite de castor) y Clitemnestra. A mí me dio mucho trabajo grabarme el nombre de ésta, que iba a ser la mujer de Agamenón, hasta que inventé este sistemita: acordarme de lo que decía Agamenón cuando peleaba con ella:

-¡Quítenme ésta!

De manera que estos cuatro muchachos, que Tíndaro creía que eran cuatrillizos y que eran de él, no había tal: eran dos parejas. Y yo no me explico por qué los griegos siempre les dijeron mellizos a Cástor y a Pólux: los llamaban los Dióscuros, que quiere decir los hijos de Zeus. Fueron un par de muchachos muy queridos, que no se separaban: eran uña y mugre. Pero lo malo es que Pólux era inmortal y Cástor no. Y una

vez en una batalla con unos primos de ellos cayó Cástor herido de muerte, y Pólux dizque lloraba a moco tendido:

-¡Ay, qué desgracia la mía ser inmortal! Se va a morir mi hermanito y no lo voy a poder acompañar a la otra vida...

Y Júpiter que lo oyó, le dio lástima, y los puso a que compartieran la inmortalidad, y así, mientras el uno estaba muerto un día, el otro estaba vivo y se iban turnando. Y los puso en el cielo, en un grupito de estrellas que los romanos llamaban Géminis, que quiere decir los Mellizos. Los que creen en horóscopos, saben que el mes de Géminis es de mayo 21 a junio 20.

Las historias de las hermanitas de ellos, Helena y (¡quítenme ésta!) Clitemnestra, que no fueron frutas que comió mono, son muy divertidas. Después se las cuento, muchachos.

9 Danae, Perseo

Otra salida del corral muy inteligente del maestro Júpiter fue la de Dánae. Ni pa qué decir que ésta también era un lapo de vieja: porque él no le clavaba el ojo sinó a lo mejorcito de la feria, y res que le mandaba el guasque, res que se traía de los cachos.

Pero, empecemos por orden. Acrisio, el rey de Argos... Un momentico yo les explico que este Argos no era mi tocayo, el de los cien ojos, sinó una ciudad. La más vieja de Grecia, por cierto. Acrisio era el rey de allá y no tenía sinó una hija, que era ese bombón de Dánae. Acrisio se mantenía muy aburrido porque no había sido capaz de tener un hijo macho, por mucho que le había bregado, en todas las formas y maneras. Y una tarde armó viaje y al otro día se madrugó pa donde el oráculo a preguntarle qué sería lo que le pasaba. Que él necesitaba un heredero del trono. Y el oráculo le dijo:

-Olvidate, hombre Acrisio. Lo que sos vos, no soñés con muchacho. Tu hija, esa sí. Esa va a tener uno que va a dar mucho qué hablar: muy importante que va a ser tu nieto; pero también va a ser el que te va a matar.

-¿Que me va a matar a mí mi propio nieto? Ahi manece. No me creás tan pendejo, hombre Oráculo. No creás que yo lo voy a dejar nacer.

Y se volvió pal palacio y mandó hacer una pieza en el suterráneo y la forró de bronce por dentro y allá encerró a la pobre Dánae, pa que ninguno de la parranda de pretendientes que tenía pudiera dar con ella. La pieza tenía un huequito por donde le entraba la comida, y por encima tenía un enrejado tupido, tupido que no cabía ni un cucarrón.

Pero ni por esas se le escapó a Júpiter que, una tarde que andaba remolineando por los aires, pasó por encima y la alcanzó a ver allá abajo, que estaba descuidada, medio dormida, más mal sentada que una turista en un aeropuerto, y ahi mismo dizque dijo:

-Lo que es este bizcocho va a ser mío, y es ya. Que no se esté creyendo ese viejo bobo que yo no voy a ser capaz de entrar a esa jaula.

Y, ¿saben en qué se convirtió? En lluvia de oro en polvo, y en esa forma se coló por entre la reja y se le dejó ir encima a la bella Dánae y le dio su buena tanqueada. Es que esas son bobadas: el jefe de los dioses es muy malicioso, y él sabía muy bien que el oro en polvo es el polvo que más les gusta a las mujeres...

Pues a los nueve meses ya tenía Dánae su buen muchacho berreándole al lado. Y Acrisio que alcanza a oír ese llantico y va a ver qué es la cosa y se da cuenta que ya es abuelo, y arma semejante escándalo:

-¿De quién es ese muchacho, gran sinvergüenza? No vale ni encerrarte con siete llaves. Esta...¡ni sé qué decirte!

Y ella se le arrodilla y le abraza las piernas y le dice llorando:

-Vea, papacito, por Dios: no se enoje ni me haga nada, que el niño es hijo de Júpiter.

- ¡Ah! ¿Conque así es la cosa? Pues porque siempre le cargo recelito a ese maldito viejo no te lo despescuezo ya mismo, pero ¡ah poquito que te va a durar!

Y mandó hacer un cajón muy doble y bien forrado y la metió adentro con el muchachito y con agüita y comida y mandó tirar el cajón a medio mar. Y ese cajón anduvo pacá y pallá sobreaguando en el oleaje un poco de días, hasta que por allá a las quinientas lo alcanzó a divisar un pescador que se llamaba Dictis y lo llevó remolcado hasta la isla de Serifos, donde él vivía. Allá abrió el cajón y los sacó a ellos y se los llevó pa la casa y le dijo a su mujer:

-Ve, mija, lo que me encontré en el mar. Vamos a criar este muchachito, ya que vos no has sido capaz de darme hijos. Y a esta pobre

mujer cuidala bien, que viene desfallecida, y por el añaje se ve que es gente.

Bueno, pues: para acortar el cuento les digo que en ese rancho se crió Perseo hasta que se volvió un tatabrón más bien plantado y más buen mozo que el carajo. La mama seguía siendo el mismo bizcocho de cuando estaba más muchacha, aunque tal vez más gustadora, ahora que ya no estaba tan pintona. Cómo sería, que un día pasó por ahi el rey de la isla, y apenas la vio se pegó la tragada de ella más horrible que ustedes se puedan imaginar. Este rey se llamaba Filoctetes y era hermano de Dictis, pero no era buena persona como éste sinó que tenía fama de mala ficha. Dictis, Filoctetes: ¿cómo les parecen los nombrecitos? ¡Ni de Dosquebradas que fueran!

Ya como que sonó la campana. Después, si mi Dios me da vida y salud, les empiezo a contar las aventuras de Perseo, que son de primera.

10 Perseo

Ibamos en que Filoctetes, el rey de la isla, estaba medio loco poı Dánae, la mama de Perseo, aunque ella no le ponía ni cinco de bolas. El mismo Perseo era muy opuesto y celaba mucho a su mama y le rogaba que no se fuera a dejar echar el cuento; pero el maldito viejo era juro a tacc que se casaba con ella o que no se llamaba. Y se puso a pensar la manera de desengüesarse de ese muchacho que no se despegaba de la funda de la mama ni de noche ni de día. Y se le ocurrió esta perrada: decir que se iba a casar con otra, y pa celebrar el compromiso armó una fiesta a todo taladro, y invitó a todos los amigos de él, que eran una parranda de oligarcas, y también a Perseo. A éste lo invitó con su segunda intención porque éste era un pobre pelagatos que no tenía un cristo en qué morir Y si vieran la clase de regalos con que se fueron apareciendo: un vellocino de oro, un yelmo con un penacho de crin de Pegaso, betamaces y creo que hasta un Mercedes.

Y Perseo manivacío. Pero como él no se creía menos que nadie, se fue presentando muy tranquilo donde Filoctetes, y se le cuadra y le dice

-Su majestad: no vaya a creer que porque no le traiga cosas que se compren con plata es que no le voy a regalar nada. Acabo de oír lo que usté está diciendo, que ninguno es capaz de matar a Medusa. Pues sepa

y entienda que el regalo mío va a ser la cabeza de Medusa. Y no se ría...

Porque Filoctetes se estaba riendo, pero era de la dicha porque Perseo había caído en la trampa que él le había armado, que era carearlo proponiendo una cosa bien trabajosa y bien peligrosa. Porque él sabía que el muchacho era muy orgulloso y muy guapo, y se le medía a lo que fuera. Y Filoctetes lo que quería era salir de él, que aquí sí iba a quedar como el que pisó el tranvía, por ponerse a chicanear.

Y les voy a decir qué era lo grave de ese programa.

Resulta que Medusa era una de las Gorgonas. Las Gorgonas eran tres viejas horribles, que vivían solas en una isla; en vez de pelo tenían culebras vivas en la cabeza: eso era un culebrerío como el que he manejado yo toda la vida; tenían colmillos como marrano de monte, y por encima del cuero estaban tapadas con escamas, como una iguana.

Y tenían alas que remataban en unas garras de bronce, lo más azarosas. Pero eso no es nada: cómo les parece la carajadita de virtud que tenían: que el que las volteara a ver así de frente, ahi mismo quedaba convertido en piedra. Y de las tres, la única que podía morirse era Medusa: las otras eran inmortales.

¡Qué tal la bobadita de compromiso en que se metió Perseíto por no dejarse poner gorro de unos emergentes ahi!

Lo cierto del caso fue que mi hombre salió a cumplir lo prometido, pero sin una aguja; y qué tan de buenas sería que dos dioses muy queridos, un dios y una diosa, que habían estado gateando la pachanga de la casa de Filoctetes, y se dieron cuenta de la bestialidad que se había comprometido hacer Perseo, dijeron:

-Vamos a tener que ayudarle a este muchacho, por lo machito y lo verraquito que es, porque él solo no es capaz ni siquiera de encontrar a Medusa.

El dios era Mercurio, el mandadero de los otros dioses, y la diosa era Minerva, aquella que le había salido a Júpiter de la cabeza, ¿se acuerdan?

Va saliendo, pues, Perseo, muy resuelto y muy a paso de vencedores, pero a la vueltecita de la esquina se encontró con Mercurio, que lo ataja pa decirle:

-No tenés que explicarme pa dónde vas, ni qué vas hacer. Yo todo lo sé. Lo único que debés hacer es dejarte llevar y obedecer todo lo que yo

te vaya indicando. Primero que todo, tenés que ir donde las Ninfas del Norte, a que te den tres cosas que necesitás de todas maneras pa poder matar a Medusa. Y el camino pa ir donde esas Ninfas no lo conocen sinó las Greas, que son tres viejas horrorosas, hermanas de las Gorgonas. Viven metidas en una cueva oscura, y lo más raro es que no tienen sinó un solo ojo pa las tres, y se lo van turnando. Vos llegás allá, y cuando viás que la que lo tiene se lo quita pa dárselo a otra, ahi mismo se lo arrebatás; y les preguntás que cómo hace uno pa ir donde las Ninfas; y como ellas en ese momento están ciegas, le dan a uno lo que les pida, con tal que les devuelva el ojo.

Pues dicho y hecho: así lo hizo Perseo, y las Greas le indicaron cómo se llegaba donde las Ninfas. Entonces él cogió camino, y apenas llegó allá, eso era lo más amañador del mundo: las Ninfas eran unas sardinas queridísimas y muy alebrestaditas, y no sabían qué hacer con él: como que estaban enratonadas, porque se lo peleaban. Cómo sería la cosa que ya le estaba pasando lo que al bobo del cuento...

Yo creo que tengo tiempo de contárselo.

Resulta que en la guerra de los mil días, todos los hombres de un pueblo se fueron pa la guerra, y no quedó allá sinó el bobo. Y todos los días llegaba alguna muchachita de una o de otra vecina donde la mama del bobo, y le decía:

-Misiá Jesusita: que mi mama le manda a decir que si le hace el favor y le presta a Ramoncito pa que la acompañe esta noche, que es que a ella le da mucho miedo de los ladrones...

Y en éstas se pasaba Ramoncito las noches, de una casa en otra, hasta que una mañana le dice a la mama:

-Mama, por Dios: no me vuelva a prestar más, que van a acabar con yo...

¿No ven? Por ponerme a contarles cuentos nos tocaron la campana. Ya va a haber que dejar la historia de Perseo pa seguir la clase entrante.

11 Perseo

Pues, sí, muchachos. Fue mucho el jugo que les sacó Perseo a las Ninfas. O, mejor dicho, el que le sacaron ellas a él. Pero ese gozaderal no podía durar toda la vida y se llegó el momento en que él tenía que seguir su viaje a cumplir lo prometido.

Con mil carameleos y promesas de que él volvía muy ligero logró que lo dejaran ir y que le dieran las tres cosas que necesitaba, que eran unas quimbas lo más de bonitas, con alas, y que uno se las ponía y podía volar; y una alforja o morral mágico que se volvía del tamaño de lo que uno le echara; y, lo más importante de todo: el casco de Plutón.

Acuérdesen que Júpiter, que era el dios del cielo -o del firmamento, pues- tenía dos hermanos que eran: Neptuno, que mandaba en el mar, y Plutón, en el suterráneo donde vivían los muertos, y que tenía un casco que volvía invisible al que se lo ponía. El se lo había prestado a las Ninfas pa que jugaran a escondidijos, y ellas se lo entregaron a Perseo, pero eso sí, con muchas condiciones de que cuidado lo iba a envolatar, porque se las tragaba la tierra.

Apenas tuvo estas tres cosas se le aparecen Mercurio y Minerva, los dioses que le estaban ayudando. Mercurio le entregó un machete largo

y ancho, así como medio curvo, que cortaba pelos en el aire, y Minerva el escudo de ella, que lo había brillado hacía poco con pomada Brasso y que estaba que parecía un espejo.

Ya bien aperado con ese mundo de cosas se pone Perseo las quimbas de alas y decola como una avionetica y se enrumba pa donde las Gorgonas. El par de dioses lo iban acompañando y indicándole el camino. Y no se demoró en llegar a la isla de las Gorgonas, que en ese momento, que estaba haciendo mucho bochorno, estaban tiradas ahi en la playa haciendo perro. Minerva cogió a Perseo de la mano y lo llevó hasta donde estaba Medusa, y ahi sí lo soltó a que siguiera solito. Y entonces él, pa no quedar vuelto piedra si la volteaba a ver de frente, le dio la espalda y la veía por el escudo, que, como les dije, parecía un espejo. Así no le pasaba nada. Y se le fue acercando pasitico, pasitico, y cuando llegó levanta ese lempo de machete y ¡taque! le cortó de un volión el pescuezo, como picando tronco de plátano pa una vaca. Y ahi mismo le echó mano a la cabeza y la zampó en la alforja mágica, que no vayan a creer que era ninguna mochila azul. Las otras dos Gorgonas se despertaron con el chapaleo que pegó Medusa y apenas la vieron sin cabeza salieron a perseguir al que la había matado, pero ¡qué!: mucho que lo iban a ver, si él se había chantado el casco de Plutón y no lo veía ni el Plutas. Mentiras, muchachos: perdonen, que yo prometí no volver a decir palabras, porque el otro día me regañó un señor lo más de bravo porque yo dizque me estaba volviendo muy vulgar.

Bueno. Sigamos.

Ya muy contento Perseo arranca de vuelta pa la casa, y voló todo el santo día hasta que llegó a un punto que queda a todo el frente de España, donde había un rey que se llamaba Atlas. A éste lo habían puesto a cuidar unos árboles que daban manzanas de oro, y un oráculo le había dicho que mucho cuidado con darle posada a ningún hijo de Júpiter, porque uno de ellos le iba a robar ese oro. Y hay que ver que en ese tiempo también estaba el oro como ahora, más caro que el dólar.

Pues a la tardecita va llegando Perseo con ganas como de descansar de ese día tan atafagado, y ya iba a pedir permiso pa pasar la noche ahi, pero Atlas no lo dejó aterrizar y antes al contrario, salió a perseguirlo con una escoba. Entonces Perseo se le cuadra, y sin voltearla a ver va sacando del morral la cabeza de Medusa y se la presenta a Atlas, que ahi mismo quedó vuelto piedra. Y como era tan grande, se volvió una montaña, que

es lo que llaman la Cordillera de Atlas. Y por eso al mar que empieza ahi le dicen el Atlántico: por Atlas.

Entonces; ya tranquilo, Perseo pasó la noche durmiendo: la primera desde hacía muchos días, porque lo que es las Ninfas no le habían dejado pegar los ojos todo el tiempo que estuvo con ellas. El otro día se lo pasó volando hasta que llegó a Etiopía, y cuando ya iba oscureciendo alcanzó a divisar allá abajo a una persona que estaba como amarrada en una roca a la orilla del mar. El se le fue acercando, acercando, hasta que la determinó bien y vio que era una belleza de muchacha en pura almendra. Testigos ustedes de que no dije "en pelota", ni "biringa", ni vulgaridades de esas. Lo cierto del caso es que no tenía ni el escapulario. Y apenas lo vio llegar va diciendo con una vocecita que apenas se le oía:

-Yo no sé quién serás vos, pero vení soltame ligero, que ya va a llegar ese mostro a matarme y estoy que me orino en los calzones; pero como no tengo ni siquiera calzones...yo soy Andrómeda...

No ha de faltar la maldinga campana cuando va a empezar lo bueno.

12 Perseo

Ibamos en que la muchacha en bola que estaba amarrada en esa peña le decía a Perseo:

-Yo soy Andrómeda... Vos tenés cara de ser buen tipo... Te voy a contar mi historia... Yo soy la hija del rey. Mi papá se llama Cefeo y mi mama, Casiopea. Mi mamá tiene fama de ser la más bonita de por aquí, y ella lo sabe, y es lo más vanidosa y creída, ¡pobrecita!, y el otro día, en una visita, se puso a decir que ella era más bonita que las Nereidas. Y no faltó una vieja picona que les fuera a contar a las Nereidas. ¡Cómo te parece: diosas del mar, nietas de Neptuno, y que se creen tanto chuzo! Y lo malo es que lo son. Pues, apenas supieron que mi mama había dicho eso le fueron a pedir a Neptuno que nos castigara, y él ahi mismo mandó un animal horrible, grandotote como una ballena, pero que no se sabe si es culebra, o iguana de mar, o dragón o qué, pero es lo más miedoso que te podás imaginar, y cuando llega a esos ranchitos de la orilla acaba hasta con el nido de la perra... Mi papá, todo desesperado, fue donde el oráculo, a ver qué camino cogía, y el oráculo le dijo que el único remedio era que me amarraran aquí pa que llegara ese mostro y me comiera... Y ya va a

llegar... ¿Cómo es que te llamás vos? ¿Perseo? ¡Ay, Perseíto querido: ya va a venir ese animal a comerme! ¡Soltame, por Dios! Ve: allí vienen mi papá y mi mamá, pero ellos no me pueden soltar. ¡Ay, Perseíto querido...!

Y Perseo, a todas estas, elevado viéndola por cuanta parte tenía, y ya estaba más tragado que media de montañero, cuando van llegando Cefeo y Casiopea, y él, sin más vueltas, se les presenta y les dice:

-Aquí no hay que perder mucho tiempo con saludos ni carajadas.

Yo ya sé todo: ella me lo contó. Oigan, pues, el trato que les voy a proponer: yo me comprometo a acabar con ese mondragón o lo que sea, con la condición de que ustedes me den este bizcocho como mujer.

Y no vayan a creer que se les va a meter en la familia ningún ñapango. ¿Saben quién es mi papá? Júpiter, por si les sirve...

Ellos casi le arrancan la mano. Entonces se planta Perseo en toda la orilla del mar y pela esa carajadita de machete que le había prestado Mercurio, y se para a esperar al animal. Y al ratico va apareciendo, dando unos corcoveos que levantaba los morros de espuma, y echando candela por los ojos, y bujando ronco, como un toro. Y apenas se acercó le manda Perseo qué guascazo, pero no le hizo ni cosquillas, y antes, al contrario, va levantando una pata como pa echarle mano a Perseo, pero éste ahi mismo sacó del morral que tenía a la espalda la cabeza de Medusa y se la mostró, y más me demoro en contarlo que en volverse piedra el dragón.

Esa fue mucha alegría cuando se vieron libres de esa casinada, y soltaron a la pobre Andrómeda, y Casiopea le echó un trapito encima pa medio taparla a ver si se le aplacaba un poquitico la emoción a Perseo, que se le notaba a la legua.

Bueno, pues: sin muchos rodeos: se fueron pal palacio a preparar la fiesta del matrimonio, que iba a ser a los ocho días. Y se llegó el día de la boda, que ya ustedes se la imaginarán, cuando en medio baile se va apareciendo un tipo rarón dizque a reclamar a la novia, que le pertenecía a él. Y resulta que el cliente ése hasta cierto punto tenía razón. Se llamaba Fineo y era hermano de Cefeo, de manera que venía a ser tío de Andrómeda, ni más ni menos. Y en verdad: antes de todo esto él era el novio de ella, y ya se habían argollado y todo. Pero cuando ocurrió lo del dragón, el pendejo se escondió, y ahora venía a reclamarla.

Y le sale Perseo y se le cuadra y le dice:

-¿Por qué no vas a reclamar más bien a tu madre? ¡Sacá ese machete a ver qué es lo que sabés!

Y no había acabado de decir esto cuando van saliendo como brotados de la tierra todos los compinches de Fineo y en un dos por tres encerraron a Perseo... Pero ya ustedes se imaginan lo que él hizo: morral, Medusa, y ahi no quedó sinó el tendal de piedras.

Y ya por fin, apenas despacharon a todos los invitados, se fueron a acostar. Pero ni crean que les voy a contar cómo pasaron la primera noche los recién casados. ¿Mucha ganita? ¿Pa que me regañen?

Bueno. No más paja. Pasaron felices esa noche, y todo el año, y por allá en diciembre les nació un muchachito que lo pusieron Perses. Y ese fue el que le dio el nombre a Persia, que ahora le dicen Irán. Pero Andrómeda no resultó como bien buena mama, porque cuando Perseo armó viaje pa la tierra de él, ella no quiso encartarse con el muchachito y lo dejó al cuidado de la abuela. Y salieron, pues, pa la isla de Serifos (¿se acuerdan?) a ver qué le había pasado a Dánae que había quedado al cuidado del viejo Dictis, para protegerla de Polidectes ...Porque no es Filoctetes, como les dije el otro día, sinó Polidectes...Es que con esos nombrecitos...

Y cuando llegaron, lo primero que ven es ...¡Campana! Después les cuento qué fue lo primero que vieron.

13 Perseo

Lo primero que encontraron Perseo y Andrómeda cuando llegaron a Serifos fue el rancho vacío y el rastro frío del viejito Dictis, que había estado cuidando a Dánae, la mama de Perseo, todo ese tiempo. Porque Polidectes, el rey, había estado rondando por ahi como con ganitas de violarla, y entonces el viejito se la había llevado a esconderla por allá en el monte.

Apenas supo Perseo las intenciones del rey se fue sobre el humo pal palacio y lo encontró con todos sus amigotes en una pachanga como de mafiosos, y ahi mismo llegó y les fue sacando la cabeza de Medusa y no quedó sinó el tendal de piedras. Entonces nombró a Dictis rey de la isla, y a Mercurio le entregó las quimbas con alas, la alforja y el casco de Plutón, pa que se los devolviera a las Ninfas, y que muchas saludes y que no las olvidaba. A Minerva le regaló la cabeza de Medusa, y ella por ahi derecho se la puso al escudo de ella, que era el que llamaban la égida. Ustedes la han oído mentar.

Cuando estuvo escotero Perseo cogió del brazo a su mamacita y a su mujer y arrancó en busca de su abuelo Acrisio, que debía estar en la ciudad de Argos. ¿Se acuerdan de Acrisio, el papá de Dánae, que la había encerrado en un sótano pa que no tuviera un hijo, porque ese dizque lo

iba a matar? ¿Y que ese hijo siempre había nacido y era el propio Perseo? Pues apenas supo Acrisio que éste venía en su busca salió en desgracia pa otra ciudad. Y cómo les parece que a esta ciudad también llegó Perseo por casualidad. Y estaban allá en una especie como de Juegos Centroamericanos y del Caribe, y Perseo, que era una fiera pa tirar el disco se hizo inscribir y cuando le tocó el turno llegó y ¡ran!: lo aventó, ¿y saben a quién le fue a pegar, que estaba por allá escondido entre la gente? Pues a su abuelo Acrisio, en toda la cocorota, y no dijo ni pío, pa que se cumpliera lo que había dicho el oráculo.

Y en esas me vine yo y nadita me tocó.

Teseo

¿Con cuál siguiera ahora? Pues será con Teseo, que también fue un gallo muy alentado, este sí no tenía nada que ver con Júpiter, porque era hijo del rey de Atenas, Egeo, y de Etra.

Pa empezar por el principio: venía una vez Egeo de un viaje, y al pasar por un pueblo vio un lapo de vieja asomada en un balcón, y no fue sinó que él le hiciera una señita pa que ella bajara a la acera y dejaran todo convenido papola (pa pola noche). Y ella era nada menos que Etra, la hija del rey. Pasaron, pues, la noche como ustedes se la imaginarán y al otro día se madrugó Egeo porque lo estaban esperando urgente en Atenas. Porque allá como que no les gustaba de a mucho que el rey andara por ahí en periplos. Entonces él tuvo que dejarla, con dolor del alma, pero antes de despedirse se quitó las quimbas y la espada y las puso en el suelo y las tapó con una piedra enorme, que no la movía ni un buldozer y le dijo a Etra:

-Ve, mi amor: si lo que te llegue a nacer es un machito, dejalo que crezca, y cuando sea capaz -si es que va a ser capaz- de levantar esta piedra, que se ponga esas quimbas y se tercee esta espada y que se vaya pa Atenas a presentársele, que yo por estas señas lo conozco.

Y si es capaz de hacer eso, pues él va a ser el héroe de Atenas, porque todos los otros pueblos tienen su héroe, menos nosotros, y estamos necesitando uno como pan pal desayuno.

Pues así fue. No había cumplido los 16 el muchacho, que se llamaba Teseo, cuando un día se lo topó la mama con su par de quimbas chantadas (aunque le quedaban grandecitas porque eran número 42) y haciendo

floreos con esa espada que parecía un machetero del Cauca. Apenas lo vio Etra haciendo esas gracias le arregló el morralito, y con lágrimas en los ojos lo despachó pa Atenas, a ver si era cierto que el taita lo iba a reconocer, o si no pa aventarlo al Bienestar Familiar.

El muchacho salió feliz, silbando y voleando esa espada, que no se cambiaba por nadie. Y iba muy tranquilo, cuando a las pocas matas se encontró con un bandolero que estaba haciendo pa dar y convidar en ese camino, y a cuanto caminante pasaba por ahí lo cogía y lo amarraba por las manos a la copa de un pino que había doblado hasta el suelo, y por las patas a otro pino que también había agachado, y soltaba el par de pinos y...porque no había zarzo o si no quién sabe qué habría volado allá.

Y siguió por su camino, y al ratico se encontró con Procusto. ¿Ustedes no han oído hablar del lecho de Procusto? ¡Qué lecho ni qué nada!: oigan la campana. Hasta lueguito, muchachos.

14 Teseo

Por estar preocupado con que ya iría a sonar la campana, se me olvidó contarles lo que le pasó al salteador ese que amarraba a los viajeros de dos pinos y los soltaba.

Pues a ese lo agarró Teseo y lo medio amarró a la punta de un pino que agachó. Y suelta ese pino y sale ese hombre disparado, hágase de cuenta el Columbia. Todavía debe estar dándole vueltas a la tierra. Ese se llamaba Sinis.

Y, como les contaba, a poco andar se encontró Teseo con Procusto, el del lecho tan mentado. Eso no era sino un catre ahi de hierro, como esos de hotel de pueblo que tendría por ahi uno sesenta de largo, y que Procusto había puesto a un ladito del camino, y a todo viajero que pasaba, primero lo desvalijaba y después lo hacía acostar en el catre. A las malas, si no se dejaba. Y si el cliente era más largo, le recortaba las piernas, y si era más chiquito lo estiraba a la brava hasta que diera la medida: la cuestión era que quedara preciso del largo del catre.

Pero sigamos con Teseo. Resulta que Procusto fue a echarle mano, pero le supo a cacho, porque el muchacho le metió una llave y lo dominó y lo acostó en el catre, y como era más bien bajito, dice

a jalarle las patas hasta que lo descoyuntó todo. Y el maldito apenas berreaba como ternero mancornado. Hasta que al fin frunció.

Y siguió Teseo su camino, que pasaba por una cuchillita a la orilla del mar, y por allá en un altico se encontró con otro bandido de los mismos. Ese lo que hacía era que al que llegaba, primero le vaciaba los bolsillos y después lo voleaba a medio mar. Pero que se tenga fino porque ya le llegó su tatequieto, que es Teseo, que se pone a luchar con él y lo domina y lo hace poner en cuatro patas y coge carrera y ¡ran!: de una patada en las...nalgas lo avienta a los infiernos.

El amigo Teseo limpió pues de salteadores ese camino y fue llegando a Atenas como si tal cosa y se presenta al palacio del rey y pregunta por su Sacarrial Majestad y lo llevan donde Egeo, que era el papá de él, y ahi mismo lo reconoció por las quimbas y por la espada, y lo abrazó, y no sabía qué hacer con su muchacho, y después de ajonjolearlo mucho lo mandó a que se bañara y reposara un rato y se mudara, y que volviera más tarde que tenía que hablar muy largo con él.

Cuando volvió, lo llamó aparte y le dijo:

-Mijo querido: llegaste como caído del cielo. Aquí estábamos necesitando un macho como vos pa que nos librara de un compromiso horrible que tenemos con Minos, el rey de Creta: qué te parece que este año tenemos que mandarle siete muchachos y siete muchachas, de lo mejorcito que haya, pa que los maten allá.

Pero esta es una historia muy larga. Sentate ahi yo te la cuento desde el principio, y prestame mucha atención, porque tiene más personajes que un directorio de teléfonos, y a vos te va a tocar ponerle fin a esa jodencia, porque el héroe de Atenas, que vas a ser vos, no puede fallar.

Empecemos por Minos. ¿Te acordás de cuando Júpiter se volvió toro, y Europa se le montó encima y él fue a dar con ella a Creta? Pues allá tuvieron tres hijos, y uno de ellos fue Minos, que cuando creció se volvió rey de esa isla. Y una vez estaba Minos en la playa cuando se le va presentando Neptuno, el dios del mar, con qué belleza de toro, y le dice:

-Tené este toro para que lo sacrifiqués en mi honor.

Y dio la vuelta y salió al trote por encima del mar, voleando el tridente.

Y se queda Minos acariciando ese toro, que era mansitico y se dejaba, y dijo:

-¡Eeeeh! ¡Lo que es éste no lo mato yo! ¡Este era el toro padre que yo necesitaba!

Y se lo llevó pal establo y le dio aguamasa y le picó yerba en la canoa, y sacó el toro padre viejo y se lo sacrificó a Neptuno.

Pero no faltó quien le fuera a llevar el cuento al dios, que se puso como una fiera con Minos porque no le había sacrificado el toro que le había traído; y ¿saben cuál fue el castigo que se le ocurrió? Hizo que Pasifae, la mujer de Minos, se enamorara de ese toro y que no volviera a ponerle bolas a su marido, que la adoraba. Y así fue. Esa mujer no salía de ese establo, acariciando y sobando al toro por todas partes, y el toro se dejaba, pero no pasaba de ahi. Y ella lo que quería era que pasara de ahi; pero la cosa era como trabajosita. Entonces se puso ella a echar cabeza a ver cómo se solucionaba el problema, y se le ocurrió que tal vez Dédalo, que era tan entendido, sería el hombre pa fabricarle una cosa que ella había pensado.

Pero primero tengo que contar quién era Dédalo. Dédalo era...Definitivamente esta campana sí es la más ocurrente. Dejemos a Pasifae ahi sobando ese toro hasta la siguiente clase.

15 Dédalo

Dédalo era uno de esos toderos que sirven hasta pa remedio: él hacía unas estatuas lindísimas, él construía casas, él le jalaba a la ingeniería: en fin, a lo que lo pusieran. Y era de Atenas, y del puro cogollito. Pero de allá salió como pepa de guama por haber matado á un sobrino de él por pura envidia de que había inventado no sé qué, y lo aventó por un rumbón de la Acrópolis, que era como decir el Cerro Nutibara de Atenas. Y tuvo que empacar sus coroticos, y a Creta fue a templar. Pero, tan de buenas, que allá lo recibieron Minos y Pasifae a cuerpo de rey y cayó como en su casa.

Por ese tiempo fue cuando Pasifae se enamoró del toro y no había Dios posible que saliera de ese establo, hasta que un día llamó a Dédalo y le dijo:

-¡Ay, Dedalito querido!: te doy lo que querás-menos lo que vos sabés, se entiende- con tal de que me hagás una vaca de palo donde yo quepa metida adentro.

Y qué tan jodido sería ese Dédalo que hizo una vaca coca por dentro y la forró en el cuero de una vaca de verdad y le puso cachos y todo, y no le faltaba sinó bramar: le provocaba a uno hasta ordeñarla. Y se la llevó al establo a Pasifae y ella le dio las gracias

y le dijo que esperara su recompensa y que hiciera el favor de retirarse. Y yo no sé qué pasó, o, mejor dicho, no me pregunten mucho, que yo lo único que sé es que a los nueve meses le nació a misiá Pasifae un trozo de muchacho lo más bien formadito del cuello pa abajo pero con cabeza de ternero, con cachitos y todo. A Minos le dijo ella que era hijo de él y que seguro que había nacido así por castigo de Neptuno por no haberle matado el toro que el dios le había mandado. El no tuvo más que tragarse esa y hacerse cargo de su cabecetoro. Lo bautizaron el Minotauro, y casi que no lo crían, porque al angelito no le gustaba comer sinó carne humana, y a medida que iba creciendo ya no se le daba abasto pa llenarle la tripa. Cómo sería que al buche de él fueron a templar todos los presos políticos que tenía Minos en la cárcel de allá. Y se fue volviendo una fiera insoportable, que no había quien lo bregara. Cómo sería, que tuvo Minos que encargarle a Dédalo que le hiciera un vividero especial, de donde no se pudiera salir, pa encerrarlo allá a ver si dejaba la tagarnia.

Ahi fue cuando Dédalo construyó lo que se llama el Laberinto de Creta, que era un enredajo de pasillos y corredores que cogían pa un lado y pa otro dando vueltas y revueltas, que al que llegaran a meter adentro no salía ni en los periódicos. Y en todo el centro quedaba el cuarto del Minotauro, y a él lo agarraron de barba y cacho y allá lo zamparon.

Y resulta que por ese tiempo hubo unas carreras de maratón en Atenas, y Minos mandó allá a competir a otro hijo de él que se llamaba Androgeo, que pa corredor no le amarraban los alpargates Mora ni Tibaduiza. Cómo sería que quedó de campeón. Pero lo más raro es que no se sabe cómo ni a qué hora apareció muerto por allá al lado de un camino. Y ni modo de decir que lo habían paveado desde una moto, porque en ese tiempo qué motos iba a haber. Lo cierto del caso es que cuando Minos supo que le habían matado a su muchacho, que era la ñaña de él, juró acabar con Atenas, y armó su batallón y lo embarcó pa allá y lo regó en redondo de las murallas, y el sitio de Cartagena fue un coctel comparado con el que se tuvieron que aguantar los ateneños. Se les puso tan a mordiscos el dulce a los que estaban adentro que tuvieron que pedir cacao, y Minos se los dio, pero con

una condición: que cada año le tenían que mandar siete muchachos y siete muchachas que le sirvieran de pasabocas al Minotauro.

Teseo

Volvamos a Teseo, que lo tenemos como muy olvidado. Cuando llegó él a Atenas, que lo reconoció su taita Egeo, era el tercer año desde que habían empezado a mandar muchachos pa Creta, y apenas le contaron a él, dijo:

-Acabo con esta vagamundería de estarle mandando muchachos a ese hijue...(y dijo la palabra) de Minos, o no me llamo.

Y se hizo apuntar como uno de los siete de la tanda de muchachos. Y los embarcaron y llegaron a Creta. Y resulta que en el malecón estaban esperando la llegada del barco un mundo de gente novelera, y entre ellos estaba Ariadna, que era una hija de Minos y de Pasifae, que apenas vio a Teseo que iba bajando por la escalita le dice a la compañera:

-¿Quién es esa lámina de hombre que viene ahi? Es que está es de infarto. A este sí no dejo yo que se lo coma el Minotauro: más bien yo.

Y no bien puso pie en tierra Teseo que se le tira ella en los brazos y casi lo asfixia, cuando en esas...sonó la campana. Nos la tiene velada. Siempre tengo que interrumpirles el cuento en lo fino. En fin. Hasta después, pues.

16 Teseo

Quedamos en que más se demoró Teseo en bajar del barco que Adriana, digo Ariadna, en echarle mano y estrecharlo entre sus brazos, que casi lo ahoga, y lo apartó a un lado de la gente y le dijo:

-Ni vos sabés quién soy, ni yo sé quién sos; pero en todo caso la pagaste habiendo venido yo a esta llegada de barco, porque ahi mismo que te vi me pegué una enamorada de esas de envolver en el dedo y no creás que te va a ir mal. Porque yo soy hija de Minos, el rey, y también soy muy amiga de Dédalo, y yo estoy segura que éste me indica cómo podés salir del Laberinto cuando te metan allá, pa que te casés conmigo y nos vamos a vivir a Atenas, que dizque es muy amañadora.

Y así fue que Dédalo le entregó a Ariadna un ovillo de piola y le dijo que se lo diera a Teseo pa que lo amarrara de la punta en la puerta del Laberinto, cuando lo llevaran a él allá, y que lo fuera soltando a medida que fuera entrando, y que cuando la piola se acabara era porque había llegado donde estaba el Minotauro. Que se quedara quietecito hasta que ese cabecetoro se durmiera, y que ahi sí podía matarlo si quería.

Pues así al pie de la letra lo hizo Teseo cuando lo zamparon a ese socavón, y cuando se le acabó la pita oyó como unos bujidos muy feos y alcanzó a distinguir en la oscuridad al Minotauro que estaba profundo

roncando, y entonces va sacando él un estoque que había llevado y esperó un ratico, y cuando distinguió mejor se lo mandó a la nuca, pero pinchó en hueso, y lo sacó y se lo volvió a mandar y lo hundió hasta tres cuartos de espada, y después le dio estocada entera, pero nada que se moría el maldito, hasta que al fin tuvo que descabellarlo, pero eso sí fue al primer golpe. Y porque no había público pero ganas no le faltaron de cortarle las dos orejas y alzarlas y gritar ¡olé!

Todo esto que les estoy contando son invenciones mías para que vean ustedes qué tan adelantado estoy en el curso de cronista taurino que estoy recibiendo. Teseo lo mató fue de un derechazo que le mandó a toda la punta de la cabeza que lo dejó viendo un chispero, y después lo remató con la zurda.

Y va saliendo Teseo de ese laberinto que no se cambiaba por nadie, y se presenta donde Minos y le dice:

-Su majestad: aquí le traigo una noticia que yo creo que más bien va a ser buena pa usted, y es que le acabo de matar a su hijo el Minota. En todo caso, ya lo desengüesé de él y ya no tiene que preocuparse más de conseguirle gente con qué alimentarlo; pero eso sí: como premio le voy a pedir que me entregue a mis compañeros pa llevármelos pa Atenas. Y otra cosita: que me dé la mano y todo lo demás de su hijita Ariadna, que yo me comprometo a darle a Su Majestad unos nietos bien queridos.

Minos se la dio encantado, porque esa loquita siempre era como muy liberada, y no había quién le pusiera cabezal.

Y se montan todos en el barco y arrancan pa Atenas; pero al pasar por frente a una isla que se llamaba Naxos (¡estas palabras con equis sí que son trabajosas de decir!); al pasar por esa isla le dijo Teseo al capitán que él se iba a quedar ahi con su mujercita, porque no veía la hora de empezar la luna de miel: que siguiera él con los otros y que los entregara sanos y salvos en Atenas.

Se me había olvidado contarles que cuando había salido para Creta, el papá de Teseo, el rey Egeo, le había dicho a él que la vela negra que llevaba el barco se la cambiara por una blanca caso de que le fuera bien en su empresa, pa él saber con anticipación y poder prepararles un recibimiento a todo timbal. Pero cuando se quedó Teseo en la isla, en ese desespero que tenía por empezar ligero la luna de miel se le olvidó contarle al capitán el encargo que le había hecho Egeo, así que el barco siguió con la vela negra. Y cuando alcanzó a divisar Egeo desde una peña

donde se mantenía subido que traía vela negra, le dio un ataque, como de locura sería, porque ahi mismo se tiró en picada al mar, y hasta el sol de hoy. Por eso a ese mar lo llaman el Mar Egeo.

Pero no nos distraigamos con geografías ni carajadas y sigamos con la historia de Teseo, que iba muy amacizado con su Ariadna, y en el primer rastrojito que encontraron...les sonó la campana. Dejémolos una semana entera en ese rastrojito y murámonos de la envidia.

17 Teseo

¿Se acuerdan que dejamos a Teseo y Ariadna en un rastrojito, dizque listos a empezar su luna de miel? ¡Mucha luna de miel! No les duró ni un cuarto de hora; mejor dicho, lo que se demoró Teseo en darse cuenta de que la niña estaba ya más perdida que el canario de las Vidales, o que el hijo de Lindbergh: estaba ni más ni menos que como encontró San Román a Angelita Vicario. Y le pasó lo mismo que a ésta; pero con la diferencia de que Teseo no tuvo a quién devolvérsela y la dejó ahi tirada y él se vistió otra vez y salió en desgracia pal puerto a ver si alcanzaba el barco, pero ya se había ido. Y entonces hizo arreglo con el patrón de otra barca pa que lo llevara a Atenas.

Pero Ariadna sí no se echó a morir como Angelita: esa sí no era boba: ella ahi mismo se peinó, se pintó y se arregló y se sentó en una barranquita a la orilla del camino a esperar a ver quién pasaba. Cuando al rato ve que viene por allá trastabillando como atajando pollos un tipo todo barbado, con cara de amanecido, que se va acercando donde ella y le pregunta, con un hablado que casi tumbaba del tufo:

-¿Quién eres tú, purísima doncella?

-¡Doncella será tu mamá! ¿Por qué creés que me dejó botada ese idiota que se acaba de ir de aquí? ¡Maldito machista, pasado de moda!

Está como los novios de ahora años , que querían que la virginidad se la guardáramos a ellos, como si no fuera de nosotras...

Y siguió ahi rajando y renegando, y en un momentico que paró pa descansar le dice el barbado:

-¡Ve, ole: no se te dé nada, que yo precisamente andaba en busca de mujer, porque la rasca me dio hoy por ese lado! ¿Y a que no sabés quién soy yo? Pues has de saber que yo soy Baco, el dios del vino y de los borrachitos y el enemigo jurado de esos pendejos de AA. Y estoy listo a casarme con vos ya mismo, sin ponerte muchos inconvenientes.

En fin: para no alargar: Ariadna y Baco se casaron, y fueron felices y comieron perdices.

Sigamos con Teseo, que se embarcó en esa coca de huevo, pero al fin llegó a Atenas, y apenas supo que su papá, el rey Egeo, se había desnucado tirándose de una roca, como les conté el otro día, él se puso lo más triste. Pero de dientes pa fuera, porque él quedó de rey de Atenas. Y siempre siguió teniendo sus aventuras, que se las voy a contar ahi por encima.

La primera es de las amazonas. Las tales amazonas eran las feministas de ese tiempo: eran como una especie de tribu de mujeres solas que no tenían más oficio que pelear con los hombres. Pero pelear de verdad: con arco y flecha; y eso porque todavía no había metralletas. ¡Cómo serían de peleadoras que cuando una muchachita ya estaba formada le cortaban la teta derecha -con perdón de ustedes- dizque pa que no le estorbara pa manejar el arco: quedaban buenas como pa un novio manco en cine. Ellas siempre nos buscaban a los hombres, por ahi cada año, y hacían uso de nosotros, y apenas les nacían las criaturas, si era machito lo pasaban al papayito y no dejaban sinó las hembras.

Pues Teseo, que se enloquecía cuando no tenía nada qué hacer, armó un batallón pa ir a acabar con ellas, y se embarcó pa allá, y apenas llegaron y vieron ellas ese mundo de muchachos tan macanudos y bien plantados, dijo la reina de ellas, que se llamaba Hipólita:

-¡Muchachas: la pegamos! Este año no vamos a tener que salir a buscar parejo. Aquí nos llegaron como caídos del cielo. Y ¡ah buenas crías que nos van a dar! Prepáremen un regalo bien bueno pa yo ir a llevárselo personalmente al jefe de ellos, que ese me lo voy a pedir pa mí.

Y se fue con su mocho de regalo y subió al buque, y ella que pisa el entablado de arriba cuando ahi mismo hace desamarrar Teseo el buque

y arranca pa Atenas, y no se cambiaba por nadie con su macha de amazona y hasta se le olvidó a qué había ido, y volvió a su palacio y se agarró a vivir con ella, sin pedirle virginidades ni carajadas.

Y de ese arrejuntamiento les nació un muchachito, que fue tan de malas que le pusieron el mismo nombre de la mamá: Hipólito. Después les cuento la historia de Hipólito.

Por el momento les digo que al poco tiempo de haber secuestrado Teseo a Hipólita, y viendo las otras amazonas que nadie les pedía plata por el rescate, ni nada, resolvieron ir ellas, armadas en son de guerra, a rescatarla.

Y llegaron a Atenas y la rodearon por todos los lados, y empiezan a disparar flechas que parecía la hora llegada; pero les fue mal, porque los de adentro les apararon la caña y las hicieron salir voladas, sin el rabo entre las piernas, porque no tenían rabo.

Pero, hablando en serio: cómo les parece que en medio del aguacero de flechas una le cayó a Hipólita en todo el mango y ahi quedó como un pollito. ¡Pobrecita! ¡Como estaba de querida y de domadita ya! Es que no hay dicha completa.

Y volvió a quedar Teseo con medio colchón vacío, y él así no se hallaba. Y se acordó que cuando él se había traído a Ariadna de Creta, ella tenía una hermanita muy lindita que se llamaba Fedra, y que ya debía estar a punto de caramelo, y resolvió armar viaje pa Creta a traérsela.

Y apenas llegó allá...¡Tilín, tilín! ¡Ah bueno coger esta porquería de campana y venderla como chatarra en una siderúrgica!

18 Hipólito

Llegó, pues, Teseo a Creta y le dijo a Minos que como Ariadna, por salado que era él, le había resultado de segunda y había tenido que salir de ella, venía a pedirle que le soltara a Fedra, a ver si acaso con ésa le iba bien.

Minos se la entregó y él se la llevó pa Atenas.

Volvamos atrás. ¿Se acuerdan ustedes que el otro día les mencioné a Hipólito, el hijo que había tenido Teseo con Hipólita, la reina de las amazonas? Pues a este muchacho lo había mandado Teseo a que se criara y se educara en Trecén y ya por ese tiempo era un piernipeludo muy aplomado y muy buen mozo: una lámina. Pero tenía un maldingo inconveniente: no le importaban un carajo las mujeres, y a la única diosa que le hacía sacrificios era a Diana.

Volvamos otra vez atrás. Apuesto a que no se acuerdan ya quién era Diana. Esperen a ver yo busco en mis apuntes. Aquí está. En la sexta conferencia les conté que Diana era melliza de Apolo y que había nacido antecitos que él, o como dicen en el hipódromo, que Apolo era el placé, y que a Dianita, recién nacida, le había tocado ver las afugias de Latona pa tenerlo, y entonces había jurado no meterse nunca en enredos ni en bobadas de esas y se había dedicado a la cacería con arco y flechas, y perros y

cuanto exige Moratín
en su poema La Caza

Pero no nos distraigamos. El tatabrón ese de Hipólito a la única diosa que hacía caso era a Diana y veía pasar las otras mujeres como ver pasar plata pal banco. Y entonces la diosa Venus, que es la de los enamorados, viendo que él no la determinaba ni le hacía sacrificios, dijo:

-Déjese y verá.

Y ¿saben lo que hizo? Que Fedra se pegara una enamorada de él bien horrible, pa hacerlo caer. Así que Fedra, que estaba muy organizada y muy entablada en Atenas con su Teseo resolvió de un momento a otro armar viaje pa Trecén, donde estaba estudiando Hipólito, dizque a levantarle una iglesia a Apolo, y cuando iba llegando allá se topó de manos a boca con Hipólito que iba de cacería, y ¡qué fue aquello! El flechazo que le iba a dar el muchacho a alguna guagua se lo pegó fue a ella, y quedó medio loca de la traga y juró que se lo acostaba al rincón o que no se llamaba.

Y dice esta mujer a buscarle el lado y a darle regalitos y a rogarle, y a borronearle boleticas y a mandarle razones con cuanto perro y gato. Y el gran pendejete ese como si tal cosa. ¡Qué le parece, hombre! ¡Semejante hembra! Si la cosa hubiera sido conmigo, ¡yo le cuento un cuento!

Pues no, señor. Que no y que no. Hasta que al fin ella, ya desesperada, dizque dijo:

-¡Esta no es conmigo!

Y se fue pa donde Teseo y le metió esta infamia en la cabeza: que el muchacho dizque andaba persiguiéndola y no hacía sinó hacerle propuestas groseras y que ya no se lo aguantaba. Que por amor de Dios se lo quitara de encima.

Este cuento es igualito al de José con la mujer de Putifar en la Historia Sagrada. Ustedes se acuerdan que ella lo acusó delante de su marido de que la iba a violar, y ¡mentiras!: ella era la que quería violarlo a él y él no se dejó.

Pues al Travolta de Hipólito le pasó lo mismo: Fedra lo aventó donde Teseo y éste ahi mismo lo llamó a cuentas, y por mucho que el muchacho juró y perjuró que eso eran mentiras, no le quiso creer y llamó

a Neptuno, el dios del mar, y le pidió que lo castigara, por mal hijo: que era el colmo que le quisiera quitar la mujer a su propio padre.

Y pensando Teseo en lo que le hubiera ocurrido con Ariadna de haber seguido con ella, y en lo que estuvo a punto de que pasara con Fedra, dizque inventó este refrán: al que nació pa cabrón, del cielo le llueven cachos.

Así fue que cuando salió Hipólito del palacio real y cogió por toda la playa en su carroza, va saliendo del mar un toro bravo y se desbocan esos caballos, aterrados, y se van metiendo a toda, mar adentro, y el inocente de Hipólito se fue a bajar y se enredó en el guardabarro y cayó de cabezas y no salió más.

Y la gran Putifara de Fedra, cuando supo esto, cogió tres enaguas y las empató y las amarró de una viga del zarzo y ahi la encontraron colgada al otro día. Y al pie una boletica que decía que el muchacho era inocente y que ella no había aguantado el remordimiento.

Y aquí se acabó la historia de Teseo, y muy a tiempo, por cierto, porque allí veo que va aquel bobo a tocar la campana.

19 Icaro

Salgamos de lo que tenga que ver con la isla de Creta. Allá dejamos a Dédalo. No me vengan a decir que ya se les olvidó quién era Dédalo. Pues un todero de esos hábiles que no se les escapa nada y que había hecho el Laberinto del Minotauro y que le había dado a Ariadna el tambor de pita pa que saliera de allá Teseo.

Cuando le contaron al rey Minos que Teseo y los presos griegos se habían fugado, y que el culpante era Dédalo, lo mandó encerrar junto con su hijo en ese mismo sótano. Porque resulta que Dédalo había tenido con no sé quién un muchacho que ya estaba polligallo, que no lo despintaba ni a sol ni a sombra, que se llamaba Icaro. Oigan bien: ícaro; no icáro, como dicen muchos.

¡Qué les parece! Encerrar allá a Dédalo era como amarrar el gato con longaniza: al otro día ya estaban afuera. Pero nada hicieron; porque como Creta es una isla, era lo mismo que si hubieran seguido presos, porque Minos tenía guardeada toda la costa. Eso era háganse de cuenta Gorgona.

Entonces Dédalo le dijo a Icaro:

-Vea, mijo: no le cuente a nadie, pero lo que es de aquí nos volamos. Y hizo al escondido, con plumas de águila y cabuya -porque todavía no

habían inventado el nailon- dos pares de alas lo más de buenas, y se pegó él unas, y las otras se las acomodó a Icaro.

Y esperaron a que amaneciera y a que no hubiera nadie por ahi y decolaron. Y eso fue pa ya que se encumbraron, y ese muchacho no se cambiaba por nadie. Esa era mucha bacanería: uno viendo esos barquitos por allá abajo, chirriquiticos, que parecían hormiguitas blancas, y uno remolineando bien serenito por encima de ellos, como un gallinazo...

¡Eso es muy dèlicioso: no seamos bobos!

Pero, sigamos con la historia. Resulta, pues, que ya iban algo alticos, cuando le dice Dédalo a Icaro:

-Vea, mijo: no se remonte de a mucho, que de pronto va y el sol le derrite esa cera y se va de...No le digo de qué se va, pa no darle mal ejemplo de boquisucio.

Era que en ese tiempo todavía estaban muy atrasados, y ellos tenían las alas pegadas con cera de abejorro, porque todavía no habían inventado esa resina Epoxy que viene en dos tubitos. ¡Con eso sí les habían quedado buenas...! ¿Pero con cera? ¡Antes aguantaron mucho!

Porque fue que Icaro no le puso bolas a lo que le había dicho el papá, y pensaba:

-¡Lo que es este cucho no me va a quitar el gustico de subirme hasta aquella nube tan provocativa y echarme en ella a fumarme un cachito de Mona de la Alta Guajira que llevo aquí escondido en mi túnica inconsútil...!

¡Mentiras! Yo es por fregar. ¡Qué Mona ni qué pandequeso iba a haber en ese tiempo! Y el de la túnica inconsútil era el Niño Jesús. Que no tenía sinó ésa y se tenía que quedar empeloto, como dicen en Bogotá, cuando la Virgen se la lavaba.

Pero, sigamos con Icaro. Pues, sí, señor: que se embaló como un volador de pa arriba y por ahi como a los cinco minutos empezó a fallarle una ala, y él a irse como de medio lado, lo más fastidioso, y por ahi derecho la otra, y pegó unos chapaleos lo más de raros, y cuando menos pensó fue que se le zafaron las dos y se fue en picada, y pasó raspando a Dédalo, que no alcanzó a echarle mano, y al fondo del mar fue a templar y ni siquiera se sobreaguó. Recemos una oración por el eterno descanso de su alma.

Eso es pa que se den cuenta que a veces los cuchos jodemos alguito pero es porque ya estamos muy sogueados.

En este momento se me acaba de ocurrir que qué tan bobo Dédalo: no haber inventado de una vez el paracaídas. Tal vez así se le había salvado el muchacho. Pero es que lo que conviene...

El pobre Dédalo tuvo que seguir solo su vuelo, transido de dolor, y por la tarde aterrizó en Cumas, y lo primero que hizo fue llamar a su mujer a contarle que había llegado sano y salvo. Y ella le preguntó:

-¿Y el niño?

Y él le contestó:

-Muy alicaido, mija.

No me crean esto último, que son añadidos que le han puesto a la historia. ¡Cómo iba a haber llamado Dédalo a su mujer, si en Cumas no había oficina de Telecom, y lo único que funcionaba era la telepatía!

Después será que les acabo de contar cómo le acabó de ir a Dédalo y les empiezo la historia de Atalanta. Porque hoy si estoy cansado, y no veo la hora de que toquen esa tal campana.

20 Dédalo

Dejamos al pobre Dédalo en Cumas, muy abatido por la muerte de su muchacho.

Y cuando Minos se dio cuenta que Dédalo se le había volado, dizque le dio la desesperación y el remordimiento más horrible, por haberlo mandado encerrar. Es que ese era un ingenierazo por el estilo de don José María Villa, el del Puente de Occidente, y le hacía mucha falta a Minos, que al otro día se embarcó en busca de él, y como estaba seguro que debía ir disfrazado pa que no lo reconocieran, se le ocurrió esta perrada pa encontrarlo: cogió un caracol de esos bien retorcidos, que empiezan boquianchos y acaban en punta, y se fue por todos esos pueblos y esas islas ofreciendo un premio el macho pal que fuera capaz de ensartarlo metiéndole un hilo por la boca y sacándolo por la otra punta. Muchos fueron los que le bregaron, pero empezaban a meter el hilito y no pasaba de la primera curva, y ahi decían, como el mister de la apuesta: "mí dobla".

Pero Minos seguía insistiendo. Y un día llegó a la ciudad de Camico y de una vez se fue pa donde su colega el rey Cócalo y le entregó el caracol, con el encargo de que buscara quién lo ensartara. Y Cócalo se lo llevó a Dédalo, que estaba por allá escondido en la pieza de las sirvientas, y

Dédalo ahí mismo cogió una hormiga y le amarró el hilo y abrió un huequito en la punta del caracol y metió por ahí la hormiguita y ella fue buscando el camino hasta que salió por la boca ancha, con su hilo amarrado de donde sabemos, porque era de esas de Santander.

Y cuando le presentaron a Minos el caracol con el hilo ensartado, le dijo a Cócalo:

-¡Por fin encontré a Dédalo! Estas son cosas que no se le ocurren sinó a él. Haceme el favor y me lo entregás, que lo estoy buscando como aguja.

Cócalo le dijo que por supuesto, y esa noche invitó a Minos a comer y en la comida le dio la dulce toma, por consejo de Dédalo. Y así acabó Minos, el hijo de Europa, la que se le montó al toro Júpiter, ¿se acuerdan?

Y cacho quemao,
botín colorao,
perdonen lo malo
que hubiere quedao

Atalanta

Sigamos ahora con Atalanta, que es una historia muy cortica, y que creo que se las alcanzo a contar toda hoy.

Unos dicen que Iaso, otros que Esqueneo fue el papá de Atalanta. En todo caso, cualquiera que hubiera sido, cómo sería de machista que apenas vio que lo que le había nacido a su querida esposa era mujercita, la hizo llevar pal monte y dejarla allá botada.

Allá la crió una osa, y cuando ya estaba algo grandecita se la encontraron unos cazadores y se la llevaron y le enseñaron a portarse como un macho, y a no dejarse poner la pata de nadie. Y resultó una campeona que a todos les ganaba: en carrera, en lucha, en boxeo, en lo que fuera y con el que fuera. Era completa.

Una vez la alcanzaron a ver en el monte un par de centauros que andaban por allá embolatados y le abrieron carrera a echarle mano, como con mala intención. Pero ella dijo:

-¡Ah! ¿Conque así es la cosa? ¿Mucha ganita de violarme? ¡Cómo no que yo me voy a dejar hacer nada de un animal de esos, que lo único que tiene de hombre es el pecho y la cabeza, y todo lo

demás de ahi pa abajo es de caballo! Que respeten. Que vayan a buscar sus yeguas, que yo soy muy mujer y muy feminista.

Y los mató de dos flechazos.

Y lo que decía de que era feminista es la pura verdad: detestaba a los hombres, y ahora les cuento lo que hacía con los que le buscaban el lado. Esa sí no era como estas de ahora, que muchas dizque nos odian, pero es de dientes pa afuera. O si no, oigan lo que le oí cantar a una el otro día:

Todos los hombres son malos,
todos merecen reproche;
pero, ¡ah falta que nos hacen,
sobre todo por la noche!

Lo que les iba a contar que hacía Atalanta con los que la buscaban es que los desafiaba a una carrera, y esta era la condición que le ponía a cada uno: que si él ganaba, ella se casaba con él (porque ella sabía que ninguno le ganaba); y si perdía, ella lo mataba.

Pero era tanta la gana que le mantenían, por lo linda que era, que aun sabiendo que ya había despachado pal otro toldo como a veinte, todavía se le seguían midiendo.

Hasta que un día le llegó su tatequieto en forma de un muchacho muy querido y muy acuerpado, que se llamaba Hipomenes.

Pongan cuidado: Venus, que era la diosa de los enamorados y que le gustaba darles duro a las que se hacían de rogar y les salían a los hombres con repelencias y cismatiquerías, apenas vio que Atalanta estaba haciendo leña con todos los muchachos, llegó donde Hipomenes y le entregó tres manzanas de puro oro y le dijo: "Con estas ganás la carrera".

Pues se llegó la hora y arrancan los dos del partidor a lo que daba el tejo, y por ahi como a la media cuadra deja caer Hipomenes una de las manzanas , y más se demoró en caer que Atalanta en agacharse a recogerla, y ahi le cogió él una ventajita. ¡La iba a dejar ahi tirada, con lo poquito que les gusta el oro a las mujeres! ¡Cómo no!

Pero breve, breve, lo volvió a alcanzar y hasta se le pasó, y entonces él le tiró otra adelante de ella, la misma que se volvió a agachar a recoger y la misma alcanzada que le dio Hipomenes.

Y siguieron al mismo tren, y ya en la recta final arrancó Atalanta en un embalaje de película, y cuando ya no le faltaba pero era nada pa llegar

alcanza a ver en el suelo la última manzana y le manda la mano y en esas le bajan la bandera a cuadros a Hipomenes, que corrió a abrazar a la subcampeona, que ya se había enamorado de él, por jodido. Y le dice ella, acezando de lo puro rendida y de la emoción:

-Soy tuya hasta la capilla.

Oigan la campana. Pero sigamos, que esto ya se va a acabar.

Y arrancaron los dos pa su luna de miel y en el camino pasaron por delante de una iglesia -¡qué cuentos de capilla! -de nada menos que de la diosa Cibeles, la mamá de don Júpiter. Pero ellos no se aguantaron la gana y se entraron y se escondieron por allá detrás de una pilastra donde nadie los viera, y ya se iban a poner a hacer quién sabe qué cuando en esas va entrando la diosa y ¡ran! en castigo los volvió león y leona pa que le sirvieran pa arrastrar el coche en que ella paseaba.

¿No les dije que la historia era cortica? Y ni bien buena que estuvo. Pueda ser que la que sigue...

21 Faetón

Antes de empezar les quiero contar que la semana pasada una amiga mía muy querida, que estaba esperando, o mejor dicho, que ya estaba que se reventaba, y que ya tenía listo el nombre de Penélope dizque porque iba a ser niña, se equivocó toda, y lo que le nació tenía tornillito y dos corocitos, y entonces yo le dije que lo pusiera Odiseo, que fue el marido de Penélope. Ella me dijo que bueno, y que qué dicha que les contara la historia de esos dos en la clase de Mitología de hoy.

Yo le dije que tuviera un poquito de paciencia, que su hora se le llegaba, porque hay que seguir cierto orden, y que hoy le tocaba el turno a Faetón, que es una historia que les conté, fuera de tiesto, el año pasado, pero que hay que volver a meterla aquí, pa que no quede incompleto el cursillo.

Atención, pues. Resulta que los griegos llamaban Helios al Sol. Era un muchacho acuerpado, bien presentado, avispado, y sobre todo muy buen trabajador. Era hermano de Selene, que era la Luna y de Eos, que era la Aurora, la encargada de abrirle todos los días las puertas del palacio. Y apenas las abría, ahi mismo aparecía "la sonrosada luz de la mañana, y las estrellas corrían a refugiarse en el

seno de la noche". Esto me lo aprendí de memoria, pa que no vayan a creer que es que estoy improvisando.

Entonces, cuando empezaba la mañana, llegaban las Horas, que eran unas esclavas ahí, y le alistaban el carro a Helios y le enganchaban los cuatro caballos, y entonces él se montaba y salía a hacer su tareíta de todos los días, que era subir por esa loma del cielo pa arriba, hasta lo más alto, y de ahí bajar por la loma del frente a esconderse por la tardecita detrás del mar. Entonces se embarcaba y pasaba por debajo del mundo otra vez hasta su palacio, pa volver a salir al otro día. Y eso era un día sí y otro también: pa él no había ni dominicales, ni festivos, ni mucho menos puentes, ni vacaciones ni nada.

Pero sigamos con el cuento. Resulta que Helios se había casado con Perseida; pero como a esos dioses les encantaba revolverle guadua al matri, una vez se puso a gallinacear a Climene, y como ella ya estaba liberada, eso fue pa ya. Lo grave fue que, como se le habían acabado las píldoras, muy ligero se vio en las mismas de mi amiga que les contaba ahora, y a su tiempo le fue naciendo su mocho de Odis...¡dizque Odiseo! Faetón fue que lo pusieron.

Y por cierto que resultó un muchacho lo más de querido y de inteligente. Pero, eso sí, cuando ya estuvo crecidito y en la escuela no hacía sinó chicanear con los amigos dizque porque él era más importante que ellos, porque era hijo del Sol. Y ellos le decían que no fuera cañero ni metelagómez, que no los creyera tan pendejos. Hasta que un día dijo él:

-¡Esta no es conmigo...!

Y se fue a averiguar la verdad con su propio padre. Y llegó al palacio, y allá estaba Helios sentado en su trono tomándose muy tranquilo el algo - que era, por cierto, una tazada de chocolate trancado, más provocativo que el carajo-, cuando va llegando Faetoncito y le hace una reverencia, y se le cuadra y le dice:

-Papá: decime tu pura y santa verdad: ¿yo sí soy hijo tuyo? Porque es que esos muchachos de la escuela no hacen sinó decirme que son mentiras.

-Claro que sí, mijo. Vos sos el hijo mío que más quiero. Y te voy a dar una prueba: pedime lo que querás, que yo te lo concedo. Te lo juro por la laguna Estigia, que es sagrada como la de Guatavita, y por ella es que juramos los dioses, porque todavía no han inventado la cruz.

-¡Ah! ¿Sí? Gracias, papacito querido. Entonces te pido que me dejés manejar tu carro, aunque sea un solo día, pa que esos pendejos de la escuela me vean y no me vuelvan a molestar.

-¡Ay, mijito lindo! Todo lo que querás, menos eso. Eso es peligrosísimo. Ese carro no lo puedo manejar sinó yo. Ni siquiera al mismo Júpiter se lo he querido soltar. Esos caballos son muy resabiados y no me obedecen sinó a mí.

Y le rogó y le porfió que se olvidara de eso, pero no hubo Dios posible. El maldingo muchacho ranchado en que él tenía que manejar el carro del Sol o que no se llamaba. Al fin tuvo Helios que ceder, porque palabra de dios no puede faltar.

Y al otro día, cuando abre la puerta Aurorita, se va montando el carajito y arranca ese carro por esa loma del cielo pa arriba. Pero los caballos se dieron cuenta breve, breve, que el que los estaba manejando era un bisoño, porque no tenía fuerza pa templar bien las riendas...¡Y se desbocan...! ¿Oye? Y dicen a subir, hasta que llegaron a la cumbre del cielo, como locos, jalando uno pa un lado y otro pal otro, y de allá se dejaron ir en picada, y dele pa abajo a toda, y ese muchacho aterrado que se desgañotaba gritándoles, pero ¡mucho caso que le hacían! Y siguieron bajando y bajando hasta que llegaron a las montañas y se prendió el monte y la candela rumbaba por toda esa ladera hasta la vega, y el río estaba ya que hervía. Eso parecía un acabe del mundo. Y pa eso que en ese tiempo no había cuerpo de bomberos voluntarios ni nada. Menos mal que tampoco había ecologistas, porque ¡en la que se hubiera metido el pobre Faetón!

Bueno -antes de que suene la campana-: el asunto se puso tan grave que tuvieron que ir todos los dioses donde Júpiter a pedirle que le pusiera remedio a eso, porque si no, se iba a acabar el mundo. Y entonces él no tuvo de otra que mandar un rayo que hizo parar en seco los caballos, pero que por ahí derecho tostó a Faetón, que fue a caer al Erídano, que era como se llamaba un río de Italia, de dos letras, que sale en los crucigramas. Ya saben cuál es: ¿cierto? Empieza por P.

22 Hércules

Pues será empezar a contarles ya la historia de Hércules, el que los griegos llamaban Heracles, que fue el más macho de todos los héroes de Grecia. El fue el último de los hijos que tuvo Júpiter por la calle. Esta vez se la jugó el jefe de los dioses a misiá Juno con Alcmena, la mujer de Anfitrión, el rey de Tebas. Y la cosa pasó así:

Resulta que unos tipos de por allá de otro reino le habían matado los hermanos a Alcmena antes de que ella se casara con Anfitrión, y la condición que le puso a él cuando se casó fue que tenía que ir a acabar con los que le habían matado sus hermanitos si quería que ella le diera lo que ustedes se imaginan. Y así fue. Tuvo que salir él con su ejército pa esa tierra y ella se quedó ahi toda doncella esperando que él volviera.

Y una tarde que pasaba Júpiter por la calle la alcanzó a ver en la ventana y ahi mismo le clavó el ojo y dijo:

-Lo que es ésta no se me escapa, por muy feminista que sea. ¿Conque no se lo ha querido soltar ni al marido? Conmigo sí es a otro precio...

¿Y saben lo que hizo el condenado Júpiter? Cogió la figura de Anfitrión y se va apareciendo como a media noche en el palacio, y los criados creyeron que era el rey y lo dejaron entrar a la pieza de Alcmena, que estaba en el quinto sueño, pero él la despertó abrazándola y besándola y diciéndole lo más zalamero:

-Amorcito querido, por fin se llegó la hora. Ya despaché tu encargo, y allá no quedó títere con cabeza. Ahora sí no podés hacerte la de mi alma. ¡Y ah linda que estás, carajo! ¿Quén es nindo?

Y empiezan la función. Y cómo sería la emoción y la fiebre, que Júpiter resolvió que esa noche se demorara por tres. ¿Se acuerdan ustedes en la Historia Sagrada, cuando Josué hizo parar el sol? Pues Júpiter a la que hizo parar esta vez fue a la luna, y la tuvo quieta hasta que él ya no pudo más, y entonces se voltió pal rincón y se quedó profundo hasta el otro día.

Y al otro día, precisamente, cuando él se fue, va llegando el marido de verdad, y a duras penas se quitó las armas, y empieza otra vez el julepe, y ella, aterrada, dizque pensaba:

-¡Pero a éste sí no lo llena nadie! Voy a tener que buscarle una sucursal pa que me deje pegar los ojos.

Y él la notaba como friona, y empezó a maliciar, y más cuando él le contó que había derrotado a los enemigos, que ella le contestó:

-Eso ya yo lo sabía. Dormite es lo que has de hacer.

Y ahi sí no se aguantó él y arrancó pa donde Tiresias, el adivino, a que le contara a ver qué era lo que pasaba con su mujer. Y Tiresias le dijo:

-Vea, su Sacarrial: pa no andarle con carajadas, lo que pasa es esto: misiá Alcmena va a tener mellizos, uno de ellos suyo y el otro de nuestro padre Júpiter. Pero no le vaya a hacer ningún reclamo a ella, que ella no tiene ni idea y piensa que no ha estado sinó con usted.

Y Anfitrión se puso feliz dizque porque había compartido a su mujer con el dios de los dioses, y decía:

-¡Estos sí son cachos! No como los que les ponen a los cabrones comunes y corrientes...

Pues al fin nacieron los muchachos: primero Hércules, el de Júpiter, y después Ificles (oigan bien: íficles, no ifícles). Lo más de queridos y alentados.

Pero no ha de faltar su domingo siete. Misiá Juno -¿se acuerdan lo celosa que era esa maldita vieja?- cuando se dio cuenta que el mayorcito de los dos era hijo de su divino esposo "con esa sinvergüenza", como le decía ella a la inocente de Alcmena, juró que lo

mataba, de la ira que le dio. Y el pobre muchachito, que qué culpa iba a tener, se tuvo que aguantar toda la vida la tirria que le cogió mi doña.

Pa empezar: cuando las criaturitas tenían por ahi unos ocho meses les metió en la cuna un par de culebras lo más azarosas, con la intención de que picaran a Herculito-y perdonen la palabra-; pero cómo sería de fregado ese muchacho desde chiquito, que, mientras el otro mellicito, aterrado, prendió la casa a los berridos, va cogiendo él el par de culebras con las manitos, y dice a apretar y apretar hasta que las estranguló. ¡Mansito era que iba a ser!

Yo creo, muchachos, que lo mejor es interrumpir aquí, y luego seguimos con el muchacho ya criado. Porque si me embarco a contarles las primeras aventuras de él, de pronto me tocan esa hijuemadre campana, y a mí me da mucha ira que me interrumpan.

23 Hércules

El muchacho Hércules fue creciendo muy macizo y muy macanudo y se fue volviendo un tangalón de más de dos metros de alto, que se tenía que agachar pa pasar la puerta.

Anfitrión le puso los mejores maestros. El mismo le enseñó a manejar carro de carreras -con motor de dos caballos-, y no se demoró mucho en volverse campeón de fórmula uno; otro maestro le enseñó lucha; otro, a disparar flechas, y no erraba pipo; otro, a pelear con arma, y había que verlo revolear las 33 paradas del machete; y por fin otro, que se llamaba Lino, que le tocó enseñarle música, una vez lo regañó, porque Hércules era muy cerrado pa musiquitas y versitos y carajaditas de esas, y no dio bien la lección; pero él no se aguantó el repelo y cogió esa lira y se la desbarató en la tusta al pobre Lino, que cayó redondito: no dijo ni pío.

Cuando cumplió los 18, que ya se iba a alargar los calzones, se madrugó una mañana, sin decirle nada a nadie, dizque a matar al león de Citerón, que era uno que estaba acabando con el ganado que tenía Anfitrión, su papá de mentiritas, a partir utilidades, con un rey vecino que se llamaba Tespio. Hércules salió pa allá y se alojó en el palacio de Tespio, que apenas lo vio, pensó:

-Lo que es a éste le saco yo cría. Y salió el muchacho dizque a cazar el león; pero ese día se le voló y no lo pudo alcanzar, y cuando volvió al palacio por la noche y se acostó, tocó en el rincón como un bulto, y era una de las hijas de Tespio. ¿Y saben cuántas tenía? La bobadita de cincuenta. ¡Maluca fue la iniciada del joven Hércules!

Con razón que todas las tardes llegaba del monte diciendo que esta vez tampoco había podido alcanzar ese maldito león, y que estaba rendido y que le calentaran una poncherada de aguasal pa lavarse los pies, porque se iba a acostar ya.

Y esa funcioncita duró cincuenta noches, hasta que se le acabaron las hijas a Tespio: pero eso sí: cada una quedó con su encarguito. Y todos resultaron machitos, según se supo después.

Lo gracioso es que Hércules creía que era la misma, porque en ese tiempo ese trabajito se hacía en el oscuro, y él no les veía la cara ni se ponía a perder el tiempo conversándoles: él iba a lo que iba. Y cuando vio que después de la cincuentava noche la muchacha no volvió a aparecer, ahi sí resolvió ir a acabar con el león, y eso fue pa ya que lo despachó de un flechazo y le sacó el cuero y se lo puso él como sobretodo; y la cabeza del animal, con melena y todo le quedó de gorro. ¿Cómo les parece a ustedes, topárselo uno por ahi en un camino a media noche? Porque esa fue la vestimenta que siguió usando él toda la vida.

Esta fue la primera hazaña de él. La segunda fue contra el rey Ergino, que era uno que les había ganado una guerra a los de Tebas y los tenía fregados con la obligación que les había puesto de que tenían que entregarle cada año cien vacas, por la carajadita de veinte años. Y el precio del ganado que era por Upac en ese tiempo...¡Cuánto valdría una cursienta de esas a los veinte años!

Esta vez iban los vaqueros de Ergino a reclamar sus vacas, cuando en una vueltecita del camino se tropiezan de manos a boca nada menos que con Hércules disfrazado de león, ¡y salen en desgracia! ¿Oye? pero no les valió porque él ahí mismo los alcanzó y los fue noqueando de a uno por uno y después con mucha mañita les cortó las orejas y las narices y las manos y se las colgó a cada uno del pescuezo con una cabuya y los mandó que fueran a contarle a su rey que esas eran las vacas de ese año. Cuando llegaron donde Ergino se puso como una fiera y se fue a atacar a los de Tebas. Pero la diosa Minerva, hecha una Alexander Haig -pa que vean que yo también leo periódicos-, había aperado de armas a los de

Tebas, y con Hércules a la cabeza les salieron al encuentro y los volvieron ripio en tres patadas.

Entonces Creonte, que era uno que mandaba en Tebas, le dio por premio a su hija Mégara, y con ella tuvo tres hijos y vivió muy feliz. ¡Pero no hay dicha completa! ¿Se acuerdan ustedes que Juno, la mujer de Júpiter, se la había velado a Hércules desde que nació, por ser hijo de su marido? Pues ahora, apenas supo que estaba viviendo muy bueno y que no se cambiaba por nadie, ¿saben lo que hizo la maldita vieja? Pues le corrió una teja y lo dejó loco. Y en ese estado va llegando una noche a la casa, y sin más ni más, coge a Mégara y a los tres inocentes muchachitos, que a los cuatro los adoraba, ¡y los mata con la espada!

Y ahi mismo le volvió el juicio, y cuando los vio tirados en un charco de sangre... ¡Campana, pelota y flor!

24 Hércules

Cuando a Hércules dejó de patinarle el coco y vio a su mujer y a sus hijitos tirados en un charco de sangre y sin saber quién se los había matado, casi se vuelve loco otra vez de la desesperación. Y en esas llegó Anfitrión y le dijo que había sido él mismo, Hércules, y entonces él cogió la espada pa matarse, pero Anfitrión lo convenció de que él no tenía la culpa porque no se había dado cuenta de lo que había hecho: que borracho y loco no valía. Al fin se aplacó y al otro día armó viaje pal templo de Delfos, a preguntarle a la pitonisa qué tenía que hacer pa pagar su crimen.

Cuando llegó a Delfos ya Juno tenía prevenida a la pitonisa que le pusiera un castigo bien horrible, que ojalá acabara con él; pero ella no se atrevió y lo que hizo fue mandarlo pa donde Euristeo, que era el rey de Tirinto, a que le dijera lo que tenía que hacer.

Y Hércules salió pa allá, y cuando llegó, ya Juno tenía bien aleccionado a Euristeo pa que le pusiera unas pruebas bien trabajosas, que no las pudiera hacer nadie, a ver si así salía de ese hijuetantas, que no se lo podía tragar. Y Euristeo le puso entonces lo que llamaban los trabajos de Hércules. Yo se los voy a tener que contar a ustedes pa que no quede incompleta la historia, aunque yo sé que se van a

aburrir, porque no figuran mujeres en la cama o en la manga, ni groserías de esas que les gustan a ustedes, pero qué vamos a hacer: la historia es la historia.

Los trabajos fueron doce. Se los voy a contar por encimita.

El primero fue el del león de Nemea. Que era un animalazo enorme, que tenía un cuero que no le entraba ni la Maunífica, como dicen: las flechas le rebotaban. Y vivía en una cueva que tenía dos bocas. Y entonces Hércules tapó una y se metió por la otra y fue entrando paso a paso, hasta que se le dejó venir esa fiera, pero él lo aparó en los brazos y dice a apretar y apretar hasta que boquió. Y fue dizque a sacarle el cuero, pero ¡quién dijo que le entraba cuchillo ni nada! Entonces resolvió ensayar con las mismas uñas del animal y ésas sí le entraron, y lo peló bien y salió con su cuero al hombro pa onde Euristeo.

El segundo trabajo que le puso fue matar la Hidra de Lerna. Esa era un mostro -porque no se dice mostra, ¿verdad?- que vivía por allá en un pantano y tenía nueve cabezas, y una de las nueve era inmortal. Hércules se le fue yendo por detrás, con mañitica, sin que ella lo viera y ¡taque! le cortó una, pero ahi mismo le salieron dos nuevas, y le cortó otra, y la misma cosa. Entonces llegó Iolao, que era un sobrino de él que se había ido a acompañarlo, y le prendió candela a un palo y le pasó un tizón a Hércules, y él iba quemando los cuellos a medida que cortaba cabezas y así no volvían a retoñar. Y de ese modo se las cortó todas, y la que era inmortal la enterró bien honda, y encima le puso una piedra que no se podía mover ni con grúa. Allá debe estar todavía. Entonces cogió Hércules la Hidra y la rajó en canal, como una res, y empapó en la sangre de ella todas las flechas que traía en la jíquera, y quedaron envenenadas como las de los indios. Cero y van dos trabajos.

El tercero no tiene mayor gracia, pero sí se demoró un año entero pa hacerlo, y era traer viva la cierva de Cerinitia, que era una venada que tenía cachos de oro, y no la podían matar porque estaba consagrada a la diosa Diana, y al que la llegara a medio rasguñar lo mandaba ahi mismo Diana al lugar adecuado. Pero lo particular de ella era que, siendo hembra tuviera cachos, porque ustedes saben muy bien que en los venados -y hasta en los hombres, pa qué negarlo- los de la cornamenta somos los machos. En todo caso la tal venadita le resultó tan arisca que, como les dije, se gastó un año entero persiguiéndola, pero al fin le echó mano.

Cero y van tres.

El otro fue una bobada ahi: traer vivo el jabalí del Erimanto, que era un saino o marrano de monte, que no dio un brinco cuando lo persiguió Hércules y lo hizo caer en un hoyo lleno de nieve, y ahi lo mancornó y lo amarró de patas y manos y alzó con él.

El quinto trabajito que le puso Euristeo al amigo Hércules sí fue de respeto: limpiar en un solo día los establos de Augías, que eran unas pesebreras inmensas donde ese rey mantenía ganado de toda clase, y que hacía añísimos que no las barrían ni trapeaban: ¡cómo estarían! El cagajón y la boñiga daban a las tetas: a las tetas de las vacas, porque allá no entraban mujeres. Augías estaba medio loco con esa carajadita de problema cuando va llegando Hércules y le propone este trato: que él se comprometía a limpiarle esas pesebreras en un solo día si le daba en pago la décima parte del ganado. Augías casi le arranca la mano, y sale Hércules a hacer su tarea... (A veces pienso, muchachos, que ese Hércules debía tener algo de sangre paisa, porque se hizo esta cuenta: tengo que limpiar esa porquería en un solo día, pa cumplirle a Euristeo; pues por ahi derecho le cobro el trabajito a Augías y quedo con ganado pa ver si monto una finquita por los lados del Olimpo). Y salió a hacer su tarea, y después será que les cuento cómo hizo, porque ya va siendo hora de campana.

25 Hércules

Ibamos en que la tareíta que tenía el amigo Hércules entre manos era limpiarle en un solo día las pesebreras a Augías. Pues apenas cantó el primer gallo cogió monte arriba hasta las cabeceras de un par de ríos que bajaban por esa ladera, y en un dos por tres cavó unas zanjas en derechura de las pesebreras. Pero no vayan a creer que eso fue con retroexcavadora y cargador y volquetas y esas cosas de ahora. No, señor: a pico y pala y a pura muñeca. Y apenas las tuvo listas quita el tapón de tierra del lado de arriba y se dejan venir esos torrentes y barren con toda esa porquería y quedaron esas pesebreras limpiecitas limpiecitas, como era Medellín ahora años, que se podía comer en el suelo. Y subió otra vez a la montaña y volvió a echar los ríos por donde corrían antes y fue donde Augías a que le entregara el ganado que le había ganado, y Augías le dijo:

-¿Sí? ¡Cómo no que le voy a dar ni un solo ternero! ¡Estese ahi esperando en una pata! ¿Acaso a mí no me contaron que vos tenías que hacer ese trabajito como castigo que te puso mi compadre Euristeo? Así, pues mi querido amigo, que mi Dios te pague, y, como dice la canción,

Sigue feliz tu camino
y que te vaya bien.

Y entonces no le quedó de otra a Hércules que arrancar pal otro trabajo, que era espantar las aves del Estinfalo, que era un lago que había allá en medio monte donde había un mundo de pájaros más dañinos que el carajo y que no hacían sinó acabar con los sembrados y hacer bulla y joder, y no salían de allá ni a palos. Entonces Hércules se fue pa donde su amiga la diosa Minerva a pedirle que le iluminara qué hacía y ella le dio unas castañuelas especiales de cobre que había hecho el cojo Hefestos, que era el herrero de los dioses, y coge Hércules a hacerlas sonar y esos pájaros a salir aterrados y él a irlos matando uno por uno a pura flecha.

Pero vamos a ver si acabamos con los trabajos de Hércules, que ya van seis. ¿Y a que no adivinan a quién tenía que traer vivo pa cumplir el séptimo? Pues al toro de Minos, ese que le había regalado Neptuno a Minos, el de Creta: ¿se acuerdan? Ese que Minos no había querido sacrificar y que entonces Pasifae se había enamorado de él y que venía a ser el papá del Minotauro. ¿Ya se les había olvidado? Repasen, repasen, que no está lejano el día en que yo les haga un cuís. ¿Ustedes pensaban que yo no sabía qué era un cuís? No me crean tan atrasado. Bueno: Sigamos. Este trabajito sí fue mamey, porque Hércules llegó a Creta, se le fue por detrás al toro, le mandó el guasque y lo enlazó de los cachos y se montó en él y en él atravesó el mar, y se lo llevó a Euristeo. Eso fue todo.

El octavo era acabar con las yeguas de Diomedes. Cómo les parece que ese tal Diomedes era un rey muy corrompido que había enseñado a comer carne humana a unas yeguas que tenía, y a cuanto enemigo le lograra echar mano lo amarraba de patas y manos y lo tiraba en la pesebrera y las yeguas se lo zampaban mientras se capa un leproso ¡Perdón, por Dios! ¡Yo que hacía días que no decía palabras! Volviendo al cuento: cómo sería el tal Diomedes que, cuando llegó Hércules a pedirle posada, no sólo no se la dio sinó que le mentó la grande y lo hizo enverracar. Y se le avienta ese Hércules, ¿oye?, y lo apercuella y lo cunde a tanganazos, y apenas lo puso grogui lo arrastró pa la pesebrera y se lo picó en la canoa a las yeguas. Y más dura un bocadillo en la puerta de la Escuela Miranda que lo que duró el picadillo de Diomedes, porque esos animales estaban muy hambreados. Y cuando estuvieron bien llenas las benditas yeguas las soltó Hércules, y ellas salieron a toda por ese potrero pa

abajo y fueron a dar al monte de los tigres, que hacía días que tampoco probaban bocado, y pa qué les cuento lo que les pasó.

La novena tarea era traer el cinturón de Hipólita. ¿Se acuerdan de Hipólita, la reina de las amazonas, que se la robó Teseo y que dizque la habían matado de un flechazo las otras amazonas cuando el sitio de Cartagena... digo de Atenas? ¡Mentiras! ella no se murió nada: ella fue que se hizo la muerta pa poderse volar. Y de allá salió y se volvió pa su tierra a seguir gobernando su parranda de tetimochas. Pues pa donde ella cogió Hércules a cumplir su noveno trabajo, y llegó allá, y ella lo recibió muy bien y le dijo que con mucho gusto le regalaba el cinturón y se encerró con él en un camarote del barco, y ahi está pa que ustedes se imaginen lo que quieran. Y después no anden diciendo que yo soy un llevador y traedor de cuentos.

Pero no se les olvide que Juno se la tenía jurada a Hércules, y era tan sumamente jodida esa vieja que se volvió en figura de amazona y fue donde se habían quedado las otras y les hizo creer que Hércules les había secuestrado a su reina Hipólita y volaron ellas ahi mismo a atacar el barco donde estaban aquellos dos en un tálamo de amor, y Hércules creyó que era que Hipólita le había jugado sucio y ahi mismo sacó la espada y la mató, y llamó a sus marineros y en dos voliones acabaron con todas las otras, y entonces él le echó mano al cinturón y se fue a llevárselo a Euristeo.

Cero y van nueve, y si no es por esa hijuemadre campana, hoy hubiéramos acabado.

26 Hércules

Ahora sí, vamos a acompañar al amigo Hércules en los tres trabajitos que le faltan.

El décimo fue traer vivas las vacas de Gerión. Este Gerión era un mostro que tenía tres cuerpos de la cintura pa abajo y uno solo de ahi pa arriba. A ése sí no le podía cantar la novia aquel versito que dice:

dame lo que te pido,
que no te pido la vida:
de la cintura pa abajo,
de la rodilla pa arriba.

A no ser que fuera muy ganosa.

Pero esto no tiene nada que ver con el cuento. Lo que importa es saber que Hércules se gastó mas de un año pa llegar allá, porque tuvo que recorrer medio mundo, y cuando llegó a la otra punta del mar puso allá en recuerdo dos rocas, una a cada lado de una estrechura que hay pa pasar de un mar a otro: les dicen las columnas de Hércules, que son Gibraltar y Ceuta. A esta historia siempre hay que revolverle la geografía que se atraviese, pa que por ahi derecho la vayan aprendiendo.

El llegó allá, mató a Gerión y se vino arreando esas cursientas hasta que las trajo a Micenas, que era donde vivía Euristeo.

El onceavo sí fue más trabajosito. Era traer las manzanas de oro del jardín de las Hespérides.

Pero primero tenemos que ver quiénes eran las Hespérides. Eran tres hijas de Atlas.

Pero primero tenemos que ver quién era Atlas. Cuánto quieren apostar a que ya se les olvidó que cuando les conté la historia, precisamente de Perseo, hablábamos de Atlas, que era el que cuidaba el jardín donde había unos manzanos que echaban las frutas de oro. Y que no le quiso dar posada a Perseo, y que entonces Perseo, como castigo, sacó de la jíquera que traía a la espalda la cabeza de Medusa y que ahi mismo se volvió Atlas una montaña de piedra, y que por eso el mar que empieza ahi se llama el Atlántico.

Bueno, pues. Antes de todo eso fue lo del onceavo trabajo: sacar esas frutas de esa huerta donde no entraba ni el...(casi hago verso con frutas). Pues por ahi cerquita se topaba uno con Atlas...¿Y saben cuál era el oficio que le habían puesto los dioses como castigo de una que hizo? Nada menos que sostener en los hombros el cielo, con estrellas y todo, pa que no se fuera a caer de pronto y apachurrara hasta al Diablo.

Y va llegando Hércules y le dice:

-Buenos días, don Atlas. ¿Cómo le va? Me imagino que algo mamado con la cargadita que le echaron. Si me permite yo se la tengo un rato, pero con la condición de que vaya al jardín de sus hijas y me traiga por ahi una media docena de manzanas de oro, que se las tengo que llevar a Euristeo.

Atlas se puso feliz con la propuesta, y le acomodó bien la carga, y cuando volvió con las manzanas pensó: "Lo que es a este pendejo lo voy a dejar ahi hasta que San Juan agache el dedo". Y le dijo:

-Ve, hombre Hércules: yo te voy a hacer el mandado completo. Quédate ahi un rato mientras yo voy y le entrego personalmente estas manzanas a Euristeo, pa que no tengas que echar esa jornada tan larga. Yo no me demoro: eso es entrada por salida.

Pero Hércules que no era ningún bobo le contestó:

-Con mucho gusto, don Atlicas. Le agradezco mucho. Pero hágame el favor de sostenerme la carga un momentico, mientras yo me pongo unos sufridores aquí en los hombros, que esto me está tallando mucho y los tengo vueltos una sola llaga.

Y le acomoda otra vez el cielo a Atlas y pega patas con sus manzanas en la mano, y ojos que te vuelven a ver.

Por fin llegamos al último trabajo, que era bajar al sótano del mundo y traer vivo a Cerbero, que era un perrazo enorme, de tres cabezas, que cuidaba la entrada al Hades, que era como quien dice los infiernos. Ustedes seguro que han oído en una partida de fútbol por radio que le dicen al portero dizque el Can-Cerbero: es pa que se vayan dando cuenta de cómo saben de mitología esos locutores deportivos: no vayan a creer que son ningunos pintados en la pared.

Sigamos. Hércules llegó allá y le pidió permiso a Plutón, que era el administrador, de llevarse a Cerbero por unos diítas, que él se lo volvía a traer bueno y sano. Y Plutón le dijo que bueno, pero con la condición de que lo dominara a muñeca limpia sin arma de ninguna clase.

¡Pa la lidia que le dio a Hércules dejarlo tendido en la lona, y contarle diez y seguir contando...!

Y alzó con él.

Pues va llegando Hércules a Micenas con su mocho de perro amarrado de una cadena, y apenas lo ve Euristeo, le dice:

-Está muy bien, hombre. Ya cumpliste tus castigos. Pero me hacés el favor de llevarte de aquí ligero ese maldito chandoso, donde yo no lo vuelva a ver. ¡Valiente animal tan azaroso, no sea carajo!

Y Hércules lo soltó y le pegó una patada en las...patas sería. Y sale ese perro chillando y cuando pasó frente a la campana, que ya iban a tocarla, agarró el rejo con las tres bocas y dice a tilinguear esa campana que parecía un acabe de mundo.

27 Hércules

Ya acabó Hércules sus trabajos; que habían sido el castigo por haber matado él a su mujer y a sus hijitos, aunque él no había tenido la culpa, porque no estaba en sus cabales.

Pero tuvo también muchas otras aventuras. No les voy a contar sinó las dos últimas así por encimita, porque si no, no acabamos.

La penúltima fue que una vez mató al hijo de un enemigo de él, y resulta que el muerto era un muchacho muy buena persona y que no había cometido ninguna falta. Y entonces le pega qué remordimiento tan horrible a Hércules por haberlo matado, y se enfermó todo, y no levantaba cabeza, y resolvió ir a Delfos, donde el oráculo del dios Apolo a preguntarle qué tenía que hacer pa purificarse de su crimen, y la pitonisa le dijo que tenía que venderse como esclavo por tres años, y hacer lo que le mandaran, por humillante que fuera.

Y cuando se presenta a la feria donde vendían los esclavos lo alcanza a ver Onfalia, que era la reina de Lidia, y ahi mismo lo negoció sin recatear mucho, y se lo llevó pa su palacio. Y lo primero que hizo fue quitarle el cuero del león de Citerón, que era el vestido de él -¡acuérdesen! y ponérselo ella, y a él lo hizo vestir de mujer. Pero si hubiera sido como esas de ahora, de bluyines y botines amarillos, puntudos, de vaquero de

cine, que no se distinguen ellas de uno sinó por el bulto de las tetas -¡perdón!-; pero no, señor: eso era de corpiño -porque todavía no habían inventado los brasieles- y de enaguas y funda larga y zapatillas charol; ¡cómo quedaría de querido semejante muan! y lo puso a hacer oficios de mujer: todo el santo día lo tenía al pie de ella, sentado en un cojín, hilando y bordando, ¡ay, Dios!

Pero, no crean: él se desquitaba por la noche, porque se le pasaba pa la cama a Onfalia, y ni pa qué les cuento: eso era un sólo dolor. Eso sí; no más se levantaba, ¡a ponerse los rulos, mijo, y a coger oficio con las agujas de croché!

¡Eso fue mucho castigo pa ese pobre hombre, por la pendejada de haber matado a un bobo ahi, que ni me acuerdo cómo se llamaba!

Pero no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. De ahi salió y echó a andar mundo, a buscar la vida y con quién casarse. Y encontró con quién: con Deyanira, una sardina más linda que Lady Di, la guaca que se topó ese narizón de Carlos...Pues, sí: le clavó el ojo el amigo Hércules y se la peleó y se la ganó a otro que la estaba pretendiendo. ¿Y saben quién era? Es que esos griegos sí inventaban las cosas más increíbles, que se las tiene uno que tragar por ser de la Mitología, que es como la santa Biblia, y a veces le gana. Pues el rival de Hércules era el río Aqueloo, que se convertía en lo que quería: pa enamorar a Deyanira se volvía muchacho, y pa pelear con Hércules se volvió toro, pero no le valió, porque no aguantó el primer envión y tuvo que salir con la cola entre las patas y con un cacho menos.

Entonces sí salieron Hércules y su amada Deyanira felices pa su luna de miel, y en el camino llegaron a un río muy grande que no tenía puente, pero en la orilla estaba el centauro Neso, que había puesto el negocito de pasar la gente al otro lado sin que se mojara; pero eso sí: les cobraba un ojo de la cara. Y como Hércules estaba más bien desplatadón, montó a Deyanira en el centauro y él se aventó a pasar a nado. ¡Qué tan macho sería: con ese río que iba por las nubes!

Pero pasó y se sentó en una barranquita a esperar a su muchacha cuando alcanza a ver que el malvado centauro, que era un caballo con pecho y cabeza de hombre, había hecho escala en una islita que había en la mitad del río y que ya iba a ponerse a violar a Deyanira, y ahi mismo saca ese Hércules una flecha de la jíquera y se la avienta, y en toda la grupa que se la clavó. ¡Y esas flechas que estaban untadas de la sangre de la

Hidra de Lerna! ¿Se acuerdan? Al que tocaban, ¡velorio! Pues el centauro, cuando se dio cuenta de que se le estaba llegando la hora, le dijo a Deyanira, pa vengarse de Hércules:

-Ve, amorcito: empapá una de esas túnicas tuyas en la sangre que me está saliendo, y guardala; y si algún día llegás a maliciar que aquel jijue... -y le dijo la palabra- está enamorado de otra, decile que se ponga esa túnica y verés que eso es como con la mano: vuelve a tu lado como por entre un tubo.

Y parece que el maldingo táparo hubiera adivinado, porque al poco tiempo, y cuando todavía estaban los dos en un solo enmelote de luna, tuvo que salir Hércules a hacer una guerra por allá lejos, y la ganó, y entre los prisioneros venía la hija del rey derrotado, y esa era un bizcochuelo del otro mundo, y ahi mismo se antojó de ella mi hombre y se la pidió pa él. Decía: "¡yo la vi primero!" y le echó mano.

Pero no pasaron dos días sin que le llevaran el chisme a misiá Deyanira, que se puso como una tatacoa, de los celos tan horribles, y ahi mismo envolvió la túnica de Neso en papel de regalo y se la mando a Hércules con un mensajero, dizque de cuelga por su cumpleaños. Y que le mandaba muchos abrazos, y que volviera ligero a la casa pa servirle el pastel con las velitas y cantarle el japi Verdi.

Y el pendejo ese de Hércules, que no tenía la menor malicia, se va poniendo esa túnica, que era unisexo, y más se demoró en ponérsela que en empezar a sentir el ardor más espantoso del mundo, y cuando trató de quitársela, ¡quien dijo!: se le había pegado al cuero y se le venía con los pedazos de carne, y en ese desespero tan horrible pegaba unos berridos que retumbaba ese monte, y le echaban agua y no le valía, y entonces mandó a los soldados que juntaran leña y le prendieran candela pa quemarse vivo, porque ya no aguantaba el ardor. Que eso debía ser napalm.

Y dicho y hecho: se metió a la candela, y vean lo que pasó: la parte mortal de él, que era la que había heredado de su mamacita Alcmena (¿ya se les olvidó quién era Alcmena? Repasen, repasen, mis hijos, que muy ligero les hago el cuís).

¡Ah! Les contaba que la parte mortal se volvió un chicharrón; pero la inmortal, que era la herencia de su divino papá Júpiter, fue a dar al Olimpo, que era la finca de los dioses, que todavía no la había cogido la reforma agraria, y allá ocurrió una cosa que, porque la cuenta la Mitología

la creo: cómo les parece que apenas Juno lo vio entrar, ella, que se la había tenido jurada toda la santa vida al pobre héroe, le salió al encuentro y le dio qué abrazo, y le chantó su par de picos en los cachetes y le dijo:

-Machos como vos no se ven todos los días. Tus pecados te son perdonados... Verás cómo vas a vivir de contento aquí con nosotros. Esto aquí es muy amañador, sobre todo cuando Júpiter no es esa porquería de marido mío sino sir Laurence Olivier.

¡Mentiras!: yo es por charlar. Pero, ahora sí en serio: tené yo te doy por mujer a mi hija Hebe. Sacale harto jugo por los siglos de los siglos. Amén.

Y colorín colorado. Se acabó la historia de Hércules.

28. Psique y Cupido

Hoy le voy a revolver algo de guadua a ese mundo de aventuras de supermachos como Perseo, y Teseo, y Hércules y les voy a contar una historia muy romántica.

Porque es que la Mitología tiene de todo. La de hoy empieza como un cuento pa muchachos chiquitos:

Este era un rey que tenía tres hijas. Las tres eran muy bonitas, pero la menor, que se llamaba Psique -yo digo Sique- sí era la tapa del congolo: esa era mucha belleza de mujer: ¡qué miss Venezuela ni que nada! Cómo sería, que la gente se quedaba pasmada viéndola, y se arrodillaban a adorarla como una diosa. Y por adorarla a ella no volvieron a pisarle las iglesias a Venus, que era la diosa de la belleza, que apenas supo que sus feligreses la estaban abandonando le dieron qué ataques de celos y qué ira, y dice:

-¿Sí? ¿Conque muy bonita? Déjese y verá.

Y mandó llamar al hijo de ella, que se llaba Cupido, y otros le decían Amor, que venía a ser el Eros de los griegos, y era el que le hacía los mandados a su mamacita. Ya era un trolempo de muchacho macanudo, y no ese carajito con alitas que pintan por ahi como Cupido. Y tenía unas flechas que al que medio picaran quedaba con

la maldición del gitano: más tragado que calzón de gorda: ¡qué me dicen a mí!

Y lo llamó Venus y le dijo:

-Mijito querido: me hacés el favor de tirarle un flechazo de los tuyos a aquella señoritinga que se está creyendo tanto chuzo y hacela que se enamore del mostro más espantoso que te podás imaginar. Pa que no friegue.

Y sale el muchacho a su mandado y apenas va llegando donde Psique y la alcanza a ver, el enamorado fue él, como si se hubiera puyado con una de sus mismas flechas. Esa fue mucha traga, ¡no sea carajo! y decía:

-¿Que se la dé a un mostro? ¡Cómo no, mamacita! Ya voy.

Y llamó a Céfiro, que era un viento amigo de él, y le dijo:

-Haceme el favor y alzá con ella, y me la llevás pal desnucadero que sabés.

Y sale Céfiro volando, y la levanta de donde estaba dormida y la va llevando suavecito, suavecito, y la deja caer con mañitica en una belleza de manga con árboles y flores: háganse de cuenta el Paraíso Terrenal.

Y apenas se despertó salió andando por ahi a ver y llegó a un río lo más de grande y serenito y a la orilla había un palacio con pilares de oro y paredes de plata y pisos de mármol. Ella fue entrando, como si nada, pero al ratico, viendo que no había un alma, le fue dando como cierto cutu-cutu, y ya se iba a devolver, cuando oyó una voz que decía:

-Esta es tu casa y aquí estamos pa servirte. Aquí no te va a faltar nada.

Lo cierto del caso fue que por la noche, estando ella "sumida en blando sueño" -como dice el libro- siente que llega y se le acuesta al lado una persona, y ella quién sabe cómo haría pa darse cuenta que era del otro sexo, y ¡qué fue aquello! Embelesada con el mundo de cosas tan tiernas y tan bellas que él le decía, y aunque no podía verlo porque estaba en tinieblas, sí lo sentía...¿que si lo sentía? ¡Virgen! En fin, no me hagan hablar mucho, que de pronto me descacho. Con que les diga que ese programita fue de todas las noches se darán cuenta de lo aburrida que se mantendría la joven Psique.

Pero había una cosa que no la dejaba tener vida, y era la gana de conocerlo, porque él le había dicho que no intentara verlo, porque si lo llegaba a ver lo perdía para siempre. Por eso ella no se atrevía nunca a prender ni un mero fósforo... (¡yo es por molestar! ¡Que fósforos iba a haber en ese tiempo!).

Sigamos. Una noche de esas le dijo él:

-Mi amor: por ahi supe que tus hermanas te andan buscando, y ya como que las vieron por aquí cerquita. Cuidado con ir a hablarles de mí, porque me perdés.

Pues, dicho y hecho: al día siguiente se aparecieron sin dar un tiro, y ella no sabía qué hacer para atenderlas y descrestarlas. Pero los sirvientes invisibles se encargaron de que no les faltara nada.

Y les va pegando a ellas qué envidia tan horrible, y más cuando les contó que estaba viviendo con el hombre más querido del mundo. Y ahí mismo brinca la mayor, que era la más repelente:

-¡Mentirosa! Si es tan querido y tan encantador, ¿por qué no nos lo has presentado? Algún espanto bien horroroso que será, y por eso te da pena mostrarlo.

Por fin se fueron esas porquerías, pero a la pobre Psique siempre le quedó como su tunita de que quién sabe si su amor sería algún animal bien horrible. Y si no, ¿por qué no se dejaba ver?

Y empieza con la pensadera, hasta que al fin no se aguantó, y una noche, apenas acabaron de hacer cositas -y ni crean que les voy a decir qué cositas- él se quedó profundo, como cualquier marido común y corriente, y entonces ella salió pa la cocina y se apareció con un candil prendido, y pasitico, pasitico, se fue acercando donde él y se quedó embobada viendo esa belleza de hombre ahi profundo, y en medio de la emoción arrimó mucho el candil, como para determinarlo mejor, y en esas le cayó una gotera de sebo en el hombro, y brincó como un resorte, y apenas vio a Psique se puso como una fiera y salió refunfuñando:

-¡Desobediente! ¡Mujer habías de ser! ¡No sabés lo que te va a pasar!

Y al salir al portón de la calle vio un rejo ahi colgado, y lo jaló, muerto de la ira, y era la campana. ¡Oiganla! Después seguimos.

29 Psique y Cupido

Se me olvidó contarles que antes de salir Cupido hecho una fiera, le había dicho a Psique que él era el Amor, y que ya le había perdido la confianza a ella porque no le había cumplido lo prometido, y que por eso se largaba, porque amor con desconfianza no sirve.

No está escrita la tusa que le dio a la pobre Psique cuando supo que el que la entretenía todas las noches era el mismo Amor en persona, y juró por una talanquera de cruces que ella se volvía a hacer a él o no se llamaba.

Mientras tanto se fue Cupido pa donde pegamos todos cuando se nos cierran todas la puertas: pal Hotel Mama. Se fue, pues, pa donde su madrecita Venus a que lo contemplara y lo consolara del guayabo tan horrible que tenía; pero apenas ella se dio cuenta que la de todo era Psique el consuelo que le dio fue prenderlo a cantaleta:

-¡Este sinvergüenza! ¿No te dije que la hicieras enamorar de un mostro bien horroroso, pa que dejara de estarme haciendo fieros y creyéndose la mejor yegua que se ensilla por aquí?

Y ¡venido a ver este muérgano! Va y se empendeja todo con la entelerida esa. ¡Chupá por idiota!: yo misma me voy a encargar de que le sepa a cacho su bonitura.

Y Psique, mientras tanto, medio loca, pegó pa donde los otros dioses a rezarles pa que le ayudaran como fuera a ver si Cupido volvía donde ella. Pero ninguno le puso bolas, de miedo de echarse de enemiga a Venus.

Y así pasaron semanas y semanas hasta que un día Psique, ya desesperada, resolvió echar por la calle del medio, y pensó:

-A la culebra hay que matarla por la cabeza. Me voy a ir pa donde la propia Venus a ofrecérmele aun cuando sea de dentrodera, que yo creo que ella me recibe, con lo escasas que están ahora las del servicio. Y una vez yo allá le lambo harto a ver si se le quita la bejuquera que tiene conmigo, y hago mi modo y mi maña de que su hijito, que debe estar allá con ella, vuelva a mis brazos que lo esperan con ardor, como dice la canción.

Y fue allá y se le humilló toda a la diosa, que la voltió a ver lo más odiosa y le dijo:

-¿Y usté viene aquí a que le ayude a recobrar su mozo? Pues sepa y entienda, mi querida amiga, que él ya no vuelve a tener cuentas con usté, después de la que le hizo. Si me desempeña bien la dentrodería yo le ayudo a buscar otro, pero, eso sí: tiene que hacer todas las pruebas que le voy a poner. La primera es que me tiene que tener escogidos y separados, de aquí a la noche, este mundo de granos, cada uno en su montoncito.

Y cogió una pucha de cominos y otra de arroz y otra de cebada y otra de pimienta y las revolvió bien y las echó en un calabazo.

Psique se sentó a verlo, con la mano en el considere, toda confundida, sin saber qué hacer, cuando en esas una hormiga de esas cachonas que pasaba por ahi y había oído todo, empezó a llamar a las compañeras:

-¡Muchachas! ¡Vengan! Ayudémosle a esta pobre pendeja a separar este mundo de granitos, pa que no friegue esa maldita vieja oligarca tan pretensiosa.

Y ahi mismo llegaron como dos millones de hormigas y eso fue pa ya que organizaron todo eso. Y apenas llegó Venus y vio el trabajo hecho le dio mucha rabia, y dijo:

-Ni crea, mi querida, que ya acabó. Ahora me tiene que ir a traer lana de oro de las ovejas que están en esos rastrojos a la orilla del río.

Psique salió medio loca, porque ella sabía que esas eran unas ovejas salvajes y que lo que quería Venus era que la mataran. Y ya iba a tirarse

ella al río pa morir más bien ahogada, cuando oyó una vocecita que salía de una mata, que le dijo que esperara hasta el sol de los venados, que iban las ovejas a tomar agua al río, y que se escondiera, y que fuera al rastrojo, que allá se les quedaba enredada mucha lana de oro, y que la cogiera y se la llevara a Venus.

Y así lo hizo, y cero y van dos.

La otra prueba que le puso, como pa acabar con ella, fue que le dio un frasco pa que se lo trajera lleno del agua del río Estige, que es el que va a dar a los infiernos, que no tenía arrimadero.

Ella se fue pa las cabeceras del río, a ver si acaso allá, pero ¡quién dijo!; eso era una cascada que caía por entre unas rocas paradas como una pared, peladas y lisas como jabón, donde no se paraba un brujo. Ella se hizo por allá a un ladito a echar cabeza, cuando en esas va bajando flechada un águila y le arrebató el frasco, sin decirle siquiera: "¡Unase al águila!", y voló y lo trajo lleno de una porquería ahi negra y fétida, que apenas se la llevó Psique a Venus, lo que hizo ella fue botarla al excusado y decirle que ahora tenía que ir al Hades, que venía a ser como el Infierno, a pedirle a Proserpina, la mujer de Plutón...Este Plutón era como quien dice el Diablo, pero un dios, y buena persona. Era hermano de Júpiter y de Neptuno, que era el del mar, si no se les ha olvidado. Muy ligero les hago el cuís o la previa. En todo caso Plutón era el Plutas del Hades, y Proserpina era otra diosa que era la mujer de él, y Psique tenía que ir donde ella a pedirle que le mandara a Venus en una cajita un poquito de su belleza pa ella untarse a ver si se componía algo, porque últimamente estaba muy traspillada por el mundo de noches que hacía que no pegaba los ojos.

Voy a tener que machetearles el resto del cuento, porque ya va siendo hora de campana, y éste lo tenemos que acabar hoy. ¿Machetear? ¡Cómo no machetear! Oiganla: tilín, tilín; tilín, tilán.

30 Psique y Cupido

Les contaba yo que Psique cogió camino del Hades, que son los Infiernos, pero no tenía ni idea de cómo llegar allá, hasta que pasó por delante de una torre que le habló. Esos griegos también inventaban a veces muchas pendejadas: dizque una torre hablando. Y la torre le dijo:

-Tenés que bajar por un hueco que hay allí más adelante hasta que llegués a un río que es el de la Muerte, y a la orilla hay un barquero que se llama Caronte y le das una monedita pa que te pase al otro lado. Cuando estés al otro lado seguí derechito por todo el camino hasta que llegués al palacio de Proserpina. En toda la entrada hay un berriondo de perro lo más azaroso del mundo, que se llama Cerbero; pero no te dé miedo, que con un pedacito de torta que le des se aplaca y te deja entrar.

Psique hizo todo al pie de la letra y llegó donde Proserpina y le dio el recado, y Proserpina le dijo que con mucho gusto le regalaba un poquitico de su belleza a su amiga Venus, y que muchas saludes. Y le entregó la cajita y Psique se devolvió a toda con ella.

Pero por allá en el camino se puso a pensar qué sería lo que había dentro de esa cajita; que ella siempre iba a ver, y hasta se iba a untar ella también un poquito a ver si se ponía bien linda, por si de pronto se llegaba a topar con Cupido: ¡quién quitaba!

Y la abrió. Pero adentro no había nada: estaba vacía. Pero ahi mismo le fue entrando una modorra espantosa que se le cerraban los ojos y se fue quedando profunda a la orilla del camino.

Mientras tanto a Cupido lo tenía su mama Venus encerrado en el cuarto y con la puerta trancada pa que no se fuera a salir otra vez en busca de esa sinvergüenza. Pero, no crean: al Amor no lo encierra nadie: apenas se vio solo abrió la ventana y salió volando a buscarla, cuando la alcanza a ver tirada en el suelo y ¡qué fue aquella emoción! Ahi mismo llegó y le quitó el sueño de los ojos y lo volvió a meter en la cajita, y sacó una flechita de la jíquera y la medio chuzó con ella, y la abrazó y casi se la come a picos y después le dijo:

-Bueno, mi amor: vaya bien querida y le lleva la cajita a mi mamá, y vuelva ligero, que la voy a llevar a una parte muy buena.

Y Psique salió güete, que no cabía en los calzones, a entregarle a Venus la cajita con la untura de la belleza, y mientras tanto pegó Cupido pal Olimpo y se fue de una vez derechito pa donde Júpiter a rogarle que le prohibiera a Venus molestar más a la pobre Psique, que ya la tenía a punto de coger el monte, y que él la quería mucho y tenía muchas ganas de ponerse a vivir con ella.

Y el jefe de los dioses le dijo:

-Ve, hombre Cupido: te voy a dar gusto, porque uno no le puede negar nada al Amor. Aunque vos siempre has sido medio vergajito conmigo y me has hecho dar mucha lora; me has hecho volver toro, cisne y hasta chorro de polvo de oro. Pero también la he pasado muy bueno. Por eso te voy a traer tu muchacha, y le voy a dar orden terminante a Venus de que no la jorobe más.

Y mandó por Psique a Mercurio, que era el mandadero, y cuando llegó sacó de la nevera un jarro y le dio a probar una toma de una cosa que llamaban ambrosía, que lo vuelve inmortal a uno. Y llamó a todos los otros dioses y les avisó que se alistaran pal miércoles de la semana entrante que iba a ser el casamiento de Cupido y Psique, y que pensaba echar la casa por la ventana: que la boda de Carlos y Lady Di le iba a quedar tachuela.

Cuando Venus vio las cosas en este punto no tuvo más que agachar la cabeza, y hasta se volvió muy amiga de Psique y la acompañaba al comercio a comprar cosas pal ajuar, y adonde la modista y a la peluquería. No sabía qué hacer con su nuera, que ya era una diosa inmortal.

¿Y qué más? ¡Ah sí! Que fueron felices y comieron perdices.

Bueno, muchachos: este cuento tiene su moraleja, y es que el Amor hizo inmortal al Alma, porque Psique quiere decir alma en griego, por si no lo sabían; y que el Alma sin Amor es como un dolor sin Cabirol.

¡Ah! Se me olvidaba contarles que, cuando ya estuvieron casados, salió el propio Júpiter a despedirlos a la puerta y les echó la bendición y les dijo:

-Bueno, mis hijos: yo les deseo que la luna de miel se les vuelva una luna de Colbón: ustedes me entienden. Eso sí: no se les ocurra arrimar a Gribraltar, que me ponen en problemas con Juan Carlos.

Y en esas llegó el campanero y ni siquiera respetó a Júpiter pa ponerse a repicar esa porquería.

31

Jacinto, Cipariso, Gaminedes, Narciso

Jóvenes y jóvenas: gracias a Dios que la clase de hoy sí me va a tocar muy fácil, porque lo único que voy a tener que hacer es leerles lo que le dije el otro día a alguien que me preguntó si sí era cierto que muchos de los dioses habían sido... ¿cómo es que es?...¿petadistas? ...¡ah, no!: pederastas, que es lo que llaman ahora homosexuales, pero con muchachos.

Y yo le contesté:

-Pues, pa serle franco, qué le parece que me acaba de hacer caer usté en la cuenta de una cosa muy particular: que los dioses no eran tan dañados como los mismos griegos. Estos sí no podían ver un piernipeludo, o lo que llaman hoy sardino, y que ellos le decían efebo, porque le caían como perros a un güeso de cadera.

Pero eso era más bien como una moda, porque al mismo tiempo eran mujeriegos. Lo que sí es raro es que no fueran tantos los dioses pederastas, como dice usted, o cachorros sin hache, como digo yo. Porque, vamos a ver: de los dioses mayores no se le conoce mozo a ninguno de estos: ni a Neptuno, ni a Plutón, ni a Vulcano, ni a Mercurio, ni a Marte.

Apolo sí tuvo dos: Jacinto y Cipariso. Jacinto era una belleza de muchacho que lo perseguían Apolo y el viento Céfiro. Una vez estaban jugando los tres a la orilla de un río: apostando carreras, jugando la lucha y haciendo gimnasia y carajadas de ésas, cuando de pronto tiró Apolo el disco, y cuando iba bien alto, ese Céfiro, que estaba todo celoso, sopló así y lo hizo ladear y le pegó en toda la cocorota al pobre Jacinto, que cayó redondito. Entonces Apolo lo enterró ahi mismo y le dio la inmortalidad, y de la sangre que echó nació una mata que da unas flores muy bonitas, que se llama, precisamente, jacinto. Así se llamaba también el abuelito de Argos: don Jacinto Misas, alma bendita, como decía el difunto Klim, que ahora está también de alma bendita: ¡bendito sea mi Dios!

El otro mocito que tuvo Apolo se llamaba Cipariso. A ese lo que le pasó fue que una vez se puso a ensayar a disparar flechas y con una le pegó a un venadito que tenía Apolo y se lo mató... Y le dio tanta verraquera a Apolo cuando vio muerto el animalito, que le pegó un regaño horrible a Cipariso y quedó convertido en ciprés.

De manera, pues, que resultó de malas el joven Apolo cuando se puso a jugar en el otro equipo: uno de sus amores se le volvió mata y el otro árbol. Si sigue así, lo que sale es fundando un jardín botánico. Tuvo que seguir con las viejitas, que también le gustaban mucho: Dafne, Corónides, Casandra...Otro día les hablo de éstas.

El otro dios que también comió de res y de marrano fue nada menos que don Júpiter, el rey de los gallinazos, que una vez se volvió águila pa echarle mano a Ganimedes, una lámina de muchacho, que dizque era el más bonito del mundo.

La cosa es que una tarde estaba muy descuidado el carajito, tirado en una manga viendo esa águila revolotear allá arriba, cuando de pronto ve que se le deja venir en picada, y no tuvo tiempo ni de ladearse porque llegó y le clavó las uñas en la blusa y en el bluyín -eso sí: sin aruñarlo- y alzó con él. Y en el aire le decía:

-No se te dé nada, mi muchacho, que te llevo es pal Olimpo, y alla lo vas a pasar de oro, unido al Aguila.

Y así fue. Se lo llevó pa allá y lo nombró copero de los dioses: él era el que les servía el trago, que se llamaba el néctar. Pero no de ese de las Rentas de Cundinamarca: ¡se quisieran!

De manera, pues, que la pederastería o cachorricismo de los dioses fue más la bulla.

A esto voy a encimarles hoy, pa que no queden muy engañados, el cuento de Narciso.

Este era un muchacho de lo más hermoso que ustedes se puedan imaginar: todas las que lo veían se enloquecían por él; pero él no le ponía bolas a ninguna: ¿habrase visto idiota igual?

Una de esas fue una ninfa que se llamaba Eco. Esa había sido castigada por Juno, porque una vez que iba Juno pisteando a otras ninfas que andaba gallinaceando el sinvergüenza de su marido, se encontró ella con Eco, que empezó a echarle carraca y la embolató toda, y las ninfas esas se le volaron, y entonces ella castigó a Eco; y el castigo fue que lo único que podía hablar era repetir las últimas palabras que oía.

Pues cómo les parece que la medio-muda esta se pega qué enamorada tan horrible del pendejito ese pero ¡lo que se suplía! El no le daba patada a peso. Y ella, del despecho, se fue consumiendo hasta que se le acabó el cuerpo y no quedó de ella sinó la voz: las últimas palabritas de lo que decían los otros.

Entonces la diosa de la Justicia, que se llamaba Némesis, lo castigó a él, pa que no fuera desconsiderado. ¿Y saben cuál fue el castigo? Que una tarde iba él paseando por la orilla de una quebradita, cuando se arrimó a un charco muy serenito que había y se puso a verse en el agua, y se va pegando qué enamorada de él mismo, y se quedó como bobo, viéndose ahi, hasta que de pronto le fue dando como un desvanecimiento, y se fue de cabezas, y se ahogó. Y donde cayó fue naciendo la flor que se llama narciso, que muy linda que es, por cierto.

Esta historia de Narciso me hace acordar de unos versos que me enseñaron cuando yo estaba muchacho:

Un mono, enamorado de sí mismo,
se entregó con furor al onanismo,
y en tan dulce tarea
el pobre se volvió como una oblea.
Moraleja
Si es cosa mala el opio,
cosa peor es aún el amor propio.

¡Oiganla!: ¡tilín, tilán! ¡Ah bueno que le hicieran la de Eco y que no quedara diciendo sinó ¡...laaan!

32 Edipo

Esta mañana, en el bus, habló no sé qué cosa del complejo de Edipo el que iba al lado mío, y yo le dije:

-Apuesto que no sabés quién era Edipo.

Y él me contestó que no tenía ni idea, y entonces yo le tuve que contar toda esta historia.

Erase que se era un rey de Tebas, la de Grecia, que se llamaba Layo, y la reina se llamaba Yocasta, y vivían muy felices, menos por un detallito, y era que Yocasta no quedaba, por mucho que le bregaba Layo todas las noches, de todas las maneras que ustedes se puedan imaginar.

Entonces, como él tenía mucha gana de tener un hijo, armó viaje pa Delfos, a preguntarle al oráculo de Apolo qué tenía qué hacer, y el oráculo le contestó que era mejor que dejara ese antojo, porque el hijo que tuviera con Yocasta lo mataría a él. Eso fue lo que le dijo la pitonisa.

Pues esto que oye Layo y con eso tuvo pa no volver a determinar a misiá Yocasta, y como en ese tiempo todavía no habían inventado las píldoras ni los tales forros esos, él lo que hacía era voltearse pal rincón y roncar como un bendito toda la noche.

Pero, no crean: él se bandeaba por fuera. Y si me permiten revolverle algo de guadua a estas clases tan serias y tan aburridoras, les cuento el cuento del león que tampoco le volvió a poner bolas a la leona, pero ése era porque se había levantado una leoncita sardina queridísima, por allá al otro lado del monte. Y doña leona empezó a extrañar la cosa, y a rogarle y a ajonjolearlo, y él sacándole disculpas: que era que tenía mucho trabajo y estaba muy cansado, y que el médico le había recomendado que no hiciera eso por un tiempo, en fin ...Hasta que un día no se aguantó más la leona, y apenas le hizo hartas zalamerías y le rogó harto y vio que él no le hizo caso, le va diciendo:

-Está muy bien. Usté como que lo que quiere es que me coma el tigre...

Déjemen yo les cuento otro que se me ocurrió ahora que les hablé de las píldoras.

Llegó una muchacha a la botica a preguntar por anticonceptivos, y el boticario le preguntó:

-¿Son pa Josefina, tu hermana?

-No, señor.

-¿Pa tu tía Luisa?

-No, señor: pa mí.

-¿Cómo así que pa vos?

-Sí, señor: es que ya estoy cansada de tener muñecas.

Bueno. Sigamos, porque qué dirán: que yo, por estarles contando bobadas me estoy robando el sueldo. Pa seguir con lo que íbamos: la pobre Yocasta, toda desesperada, porque ésa sí no tenía tigre que se la comiera, ¿saben qué hizo? Una noche le preparó a Layo, pa que tomara antes de la comida, un coctel delicioso, pero más traicionero que el carajo, y al rato estaba mi hombre como un turro y ni comió ni nada sinó que se tiró en la cama, y por allá entre gallos y media noche hizo el trabajito aquel que sabemos, y esta vez sí quedó impregnada misiá Fulana.

Pues, a su debido tiempo, cuando nació el muchachito, no se atrevió Layo a matarlo pa que no creciera y lo matara a él, sinó que mandó que se lo llevaran pal monte y que lo colgaran de un árbol metiéndole unos ganchos por las paticas, y así lo hicieron y lo dejaron allá abandonado. Y empieza ese angelito a los berridos, hasta que lo oyó un pastor que andaba por ahi, y lo soltó, y por ahi derecho lo bautizó con el nombre de Edipo, que más bien es un apodo, porque quiere decir patinchao. Y se lo

terció, y se acordó que Pólibo, el rey de Corinto, tampoco había podido tener un hijo con la reina Mérope, y estaba loco de ganas de uno, y entonces se les apareció allá con Edipito y casi se mueren de la dicha.

Allá en Corinto se crió el muchacho, convencido que su papá y su mamá eran Pólibo y Mérope. Pero no ha de faltar un mosco en la sopa, que esta vez fue un compañero de él que empezó a decirle que él debía ser uno de esos muchachitos colombianos que venden en Europa, porque no se parecía ni al papá ni a la mamá. Y tanto dio en esta cantaleta que Edipo empezó a cavilar con eso hasta que al fin, por no quedarse con el entripado, resolvió pegar pa Delfos a preguntarle al oráculo quiénes eran sus padres, y el oráculo lo único que le dijo fue:

-Si regresas a tu patria, darás muerte a tu padre y te casarás con tu madre.

El pobre muchacho, desesperado, sin saber qué camino coger, porque no quería volver a Corinto, que él creía que era la patria de él, pa que no se cumpliera lo que le había dicho la pitonisa, porque él quería mucho a Pólibo y a Mérope, resolvió pegar pa Tebas. Y pa allá iba, paso entre paso, y, como dicen, cabizbundo y meditabajo, cuando en una estrechura del camino venía a toda un carro -pero de caballos, porque no habían automóviles- y al pasar lo atropelló y le pisó un callo. Y le da qué soberbia a ese muchacho, que ya era un jayán cuajado, y cogió una piedra y se la aventó al que iba en el carro, y le gritó:

-Bajate, hijue... (a mí porque no me dejan decirles aquí la palabra completa, pero ¡ah bueno que suena en un caso de estos!).

Y se bajó el que iba en el carro y se agarran ese par, ¿oye?; pero al primer ráun mandó Edipo al otro pal Hades. A que no se acuerdan ya qué era el Hades.

¿Y saben quién fue el muerto? Nada menos que Layo, que iba pa Delfos a preguntarle al oráculo qué hacía pa librarse de una tal Esfinge que los tenía fregados.

Así se cumplió la primera parte de lo que le había anunciado la pitonisa; pero Edipo no supo que había matado a su propio padre.

Y siguió su camino. Cuando por allá al rato...¡la campana! ¿No les digo?

33 Edipo

Edipo siguió su camino, como si nada, cuando de pronto, a la vuelta de una curva, se encontró con la tal Esfinge, que estaba sentada sobre una piedra atajándole el paso a todo el que llegaba. Era un animal grandote, muy azaroso, revuelto con cristiano: tenía cuerpo de león y cabeza de mujer, y lo había mandado Juno como castigo al reino de Tebas, quién sabe por qué, y lo que hacía era ponerle una adivinanza a todo viajero que llegaba, y al que no se la adivinara lo aventaba por un rumbón que había al lado, y allá abajo no se veía sinó la güesamenta de los que no habían sabido contestarle.

Y va llegando Edipo muy desentendido y ella lo ataja y le dice:

-De aquí no sigue, mi estimado amigo, si no me dice cuál es el ser que tiene voz y que por la mañana camina en cuatro patas, al medio día en dos y por la noche en tres.

Y se le cuadra Edipo y se pone las manos en la cintura y le dice:

-¿Usté cree que me voy a dejar meter los terrones de un maldito león maricón? No es sinó verle la cara de mujer que tiene. ¿Y cree que me va a corchar con una pendejada de esas? ¿Me da veinte segundos pa pensar? Ponga atención que ya mismo voy a contestarle. Ese ser es el hombre, que cuando está chiquito gatea en cuatro patas -aunque uno cuando está

grande gatea es con los ojos-, y cuando crece anda en dos pies y cuando ya está como Julito Cardona tiene que valerse de un bastón. ¿Sí o no?

Claro que esa era la contestación: y la Esfinge, no más se vio derrotada, se aventó por el rumbón y allá cayó como una plasta.

Y resulta que, como las malas noticias vuelan, ya en Tebas sabían que les habían matado a su rey Layo, y mientras tanto estaba de rey, como primer designado, un hermano de Layo que se llamaba Creón, que había dictado un decreto de esos de estado de sitio en que le ofrecía el reino en propiedad al que le pusiera el tatequieto a la Esfinge y le encimaba la mano y todo lo demás de la viuda de Layo, que ustedes se acuerdan que era Yocasta, nada menos que la mamá de Edipo. Esa Yocasta había sido toda la vida muy bonita, y estaba muy muchacha todavía: estaba mejor dicho, en el punto de la jalea.

Y cómo les parece que va llegando Edipo a Tebas, donde no lo conocía nadie, y de la noche a la mañana se volvió rey, y su mujer era Yocasta, su propia mamá. ¿Qué tal? Menos mal que ninguno de los dos sabía quién era el otro. Y se pegan qué entusiasmada y empiezan a nacerles muchachitos como si fueran paisas. Primero fueron dos hombres: Eteocles y Polinice y después dos mujeres: Ismene -o Ismenia- y Antígona.

Pero los dioses no se podían tragar ese matrimonio, por muy inocente que fuera, y no hacían sinó mandarle a Tebas pestes y desastres uno detrás de otro.

Hasta que llegó un momento en que Edipo, desesperado, le mandó a preguntar al Oráculo que qué era la cosa, y que qué tenían que hacer pa poder vivir tranquilos. Y el Oráculo le contestó que mientras no salieran del que había matado a Layo, la situación no tenía componete.

Y empieza Edipo a averiguar quién habría sido el hijuemadre que lo había matado, sin pasarle por la mente que había sido él mismo, hasta que un día fueron a preguntarle a Tiresias, que era el viejito adivino oficial, que ya les había hablado yo de él, y ahi mismo dijo que no buscaran más: que el que lo había matado era Edipo, que era hijo del mismo Layo.

¡Y qué fue aquello!: la tragedia del siglo. A Yocasta se le juntó el cielo con la tierra apenas supo que sus muchachitos eran al mismo tiempo hijos y nietos de ella, y que eran hijos y hermanos de Edipo, se encerró en el cuarto y se ahorcó con la sábana, y apenas entró Edipo y la vio

colgada y supo por qué, ahi mismo sacó un cuchillo tres rayas que tenía y se chuzó los ojos.

¿Y saben qué hicieron el par de porquerías de Eteocles y Polinice? Botaron a las patadas al pobre ciego, y él salió como perro regañado y se fue a buscar dónde acabar de vivir, y la única que lo acompañó fue Antígona, su hijita querida, que lo cuidó hasta que murió en Colona, que es un pueblito que queda por los lados de Atenas.

¿Cómo les parece la sal de ese pobre hombre, que nada malo había hecho? De ahi sacaron ese dicho del complejo de Edipo, que es el del que se enamora de la mamá como no se debe.

Decidme ahora: ¿no os conmueve en lo íntimo del alma ese pausado y melancólico doble de campana que es a un tiempo despedida del crepúsculo, llanto por Edipo y por Yocasta y señal inequívoca de que a esta clase ya se le llegó el acabose?

34 Prometeo

¿De qué habláramos hoy? ...Vamos a ver... A Prometeo no lo hemos mentado, ¿cierto? Pues vamos a hablar de él, y por ahi derecho va a salir Pandora, la de la famosa caja.

Resulta que al principio no había gente ni animales en el mundo, y los dioses les pusieron a dos hermanos la carajadita de tarea de poblarlo Esos hermanos eran Prometeo y Epimeteo. Por sus nombres los conoce réis: Prometeo quiere decir el previsor, el que ve antes, el que le sale adelante al venado: porque era muy inteligente y más perro y malicioso que los mismos dioses. En cambio Epimeteo quiere decir el que ve después, el que hace lo primero que se le viene a la cabeza y después se arrepiente, después de pájaros, cuando ya pa qué, como en aquel versitc

Ahora sí digo yo
lo que mi mamá decía:
que después de ojo sacado
no vale Santa Lucía.

Pues a este par le encargaron los dioses que crearan a los animales y al hombre, porque ya tenían dónde vivir. Y se agarraron ellos a hacer

figuritas de barro -porque en ese tiempo no había plastilina- y los volvieron vivos, y apenas empezaban a moverse, Epimeteo empezaba a darles un mundo de cosas que traía en el morral: a unos les dio lana o pelo pa defenderse contra el frío; a otros, garras o cachos pa pelear; a otros, alas pa volar; a otros, rapidez pa correr y así por el estilo les fue repartiendo todo lo que traía, y cuando acabó se vino a dar cuenta que no le había quedado nada pal hombre, y que éste iba a quedar en la olla, todo jodido, sin modo de defenderse.

Entonces fue cuando el pendejo de Epimeteo vio que había metido el guayo, y ahí sí fue donde su hermanito Prometeo a preguntarle a ver qué hacía. Y Prometeo le dijo:

-Dejá eso por mi cuenta. Andá a almorzar y acostate a dormir un rato.

Y cogió al hombre, lo paró bien parado en sus dos pies, como los dioses, y arrancó pal cielo pa prender en el sol un hachón que llevaba en la mano, y volvió donde el hombre y le dijo:

-Aquí tenés la candela, pues. Esto es mucho más importante que ese mundo de carajadas que les dio mi hermanolo a los otros animales: más que la lana, que los cachos, que la verraquera y que la rapidez. Yo te digo una cosa: con esto, bien manejado, podés hacer lo que te dé la gana.

Pero resulta que mi amo Júpiter tenía cierta piquita con Prometeo, y era por esto:

Una vez estaba Prometeo en unas fiestas en un pueblo, y la gente de ese pueblo le iba a sacrificar un novillo a Júpiter, pa lamberle; y cuando lo mataron llegó a esas Prometeo y les dijo:

-Déjense y veran, le hacemos una perrada a ese viejo, que no necesita nada, y ustedes están que se babean por comerse esta carne que si está de primera.

Y cogió y hizo dos atados: en uno puso los güesos y las tripas y todos los desperdicios y los tapó bien con la grasa, pa que no se vieran; y en el otro envolvió la carne pulpa en el cuero, todo arrugado y lleno de garrapatas, y llmó a Júpiter y le dijo:

-Escoja, su Majestad.

Y Júpiter ahi mismo escogió el de la grasa, que estaba mucho más provocativo, y les dejó a ellos el del cuero. Y cuando vio la marraneada que le habían dado se pegó una embejucada que echaba chispas, y a Prometeo le gritó:

-No te hagás el caregallina, que yo sé que vos fuiste el de esto; pero ustedes me la pagan: vos y todos tus malditos hombres, que ya me tienen hasta el bozo.

Y lo hizo amarrar con una cadena en la punta de un farallón en el Cáucaso. Oigan bien: en el Cáucaso; no en el Cauca: esos son los farallones de La Pintada: esos son otros.

Pues allá quedó amarrado de pata y mano y en pelota mi estimado Prometeo. Y todos los días iba allá un águila a ruñirle el hígado todo el santo día; pero por la noche le volvía a retoñar y amanecía bueno y sano otra vez.

Y, hablando de otra cosa: ¿cómo les parece ese castigo pa los borrachitos? ¿Amanecer uno al otro día estrenando hígado? ... ¡Ah maluco! ¿No?

La historia de Prometeo acaba en que una vez, por allá como a los cuarenta años, pasó Hércules, el amigo de nosotros, y le dio mucha lástima de verlo en semejante situación y ahi mismo armó el arco y de un flechazo tumbó el águila, y a él le desamarró las cadenas.

Otra vez colorín, colorado...

Ya iba a seguir con Pandora, como les había prometido, pero ¡cuándo no se ha de atravesar la maldita campana!

35 Pandora

Ahora sí, hablemos de Pandora.

Resulta que Júpiter no quedó como muy contento que digamos con que Prometeo nos hubiera dado la candela a los hombres, porque nos tenía como cierta tirria, y no sé por qué. Y decía, con un venenito por allá:

-Ahora se irán a imaginar esos bobos que van a ser como nosotros los dioses, nada más que porque ese pendejo les regaló el fuego sagrado. ¡Ya voy Toño! ¡Lo que les diga este dedo por entre estos otros dos! El castiguito que les voy a mandar, les va a saber a cacho...

Y llamó al cojo Vulcano, que era el herrero y joyero de los dioses y que era muy curioso pa hacer lo que se proponía, y todo le quedaba muy bien hechecito, y le dijo Júpiter:

-Vení acá, patitorcido. Me hacés el favor de dejar lo que tengás entre manos y te ponés a hacerme ya mismo una muñeca grande de barro, pero bien linda, y apenas se seque le das vida. Esa va a ser la MUJER. Con esa sí les voy a poner el tatequieto a los tales hombres. Con esa sí se los va a tragar la tierra. Mejor castigo no se me puede haber ocurrido: no van a poder vivir con ella ni sin ella: écheme ese trompo en l'uña. Ahi quedaron como tres y dos, mis queridos camaradas.

Y empieza ese cojineto, que era un artista, a amasar un tronco de greda y a irle dando forma, y le va resultando ¡pero qué lapo de vieja, hermano! Y apenas la tuvo completica, con todos sus pelos y señales y bien entetadita, cogió y la pringó con una chispa del fuego divino y ahi mismo quedó vivita...Ya iba a decir que coleando...

¡Pero esa era mucha belleza, hombre! ¡Eh, ave María! Cómo sería, que apenas la vieron las diosas y los dioses empezaron a darle regalos, porque creyeron que era que les había nacido una reina. Oigan lo que dice el libro:

"Venus le concedió la belleza, Minerva la sabiduría y la habilidad en todos los terrenos, Mercurio la palabra fácil y el genio rápido, las Horas y las Gracias el encanto de los vestidos y de los movimientos, y le adornaron el pecho y los brazos con joyas refulgentes y guirnaldas de flores perfumadas".

¿Cómo les parece el plátano? Por eso la pusieron Pandora, que en la lengua de ellos quiere decir "todos los dones", es decir, todos los regalos. ¿Y saben cuál fue el regalito que le mandó el viejo marrullero de Júpiter? Una cajita lo más de chusca, parecida como a un cofre que tenía mi mamita, y se la envió con Mercurio, el mandadero, que ahi mismo se la llevó y al ir a entregársela le dijo:

-Que aquí le manda el patrón. Pero, eso sí: que mucho cuidado con ir a abrirla.

Y ella le contestó:

-Gracias, hombre Mercu. Decile que mi Dios le pague, y que pierda cuidado que yo no la abro.

El viejo era muy fregado. El sabía que ella era mujer y que no se iba a aguantar la gana de abrirla. ¡Qué se la iba a aguantar! Ahi mismo arrancó ella pa la Tierra y se fue pa onde Epimeteo, que iba a ser su marido.

Permítamen yo les explico. Cuando Júpiter mandó al cojo a que fabricara a Pandora fue con su segunda intención de acomodársela a Prometeo, pa castigarlo a él también por habernos dado el fuego. Pero Prome era muy jodido y güelió el tocino y dijo:

-¡Cómo ño, moñito, que me voy a engüesar con esa hermosura! ¡De eso tan bueno no dan tanto! ¡Algo tiene el agua cuando la bendicen!

Pero Epimeteo, que estaba sentado en una tarima sacándose una nigua, apenas la vio, dijo:

-¡Me la pido pa mí! ¡Vení pa acá, amor mío!

Ese Epimeteo sí no le llegaba a los tobillos a su hermano Prome: parecía caído del zarzo o tumbado con honda; era como agüevado más bien el hombre.

Y empieza como a bregar a manosearla, pero ella no le ponía ni cinco de bolas. Ella estaba toda embelesada con la tal cajita, hasta que no se aguantó y empezó a abrirla por una esquina, con mañita, cuando ...¡qué es aquello! Empieza a salir el humero más espantoso del mundo, lleno de duendes: la enfermedad, el dolor, el guayabo, la falta de plata, la política: mejor dicho, todos los males. Y empieza ella a bregar a cerrarla, pero, ¡quién dijo! Tuvo que esperar a que acabara de salir el chorro de humo, y ahi sí se asomó a ver qué había quedado en la cajita, y alcanzó a ver arrinconado por allá, todo aturdido, un pajarito lo más de bonito: era la Esperanza. Por eso dicen que la esperanza es lo último que se pierde.

De modo, pues, que fue doña Pandora, mejor dicho, la Mujer, la que soltó los males sobre la Tierra. Algo machista el cuentecito éste, pero qué culpa tengo yo: yo no lo inventé sinó los griegos. Es parecido al cuento de Adán y Eva en el Paraíso:

cipote manzana fue
la que le dio Eva a Adán,
como dice la canción.

Pero no vayan a creer, mis chinas lindas, que yo les tengo tema. Ustedes todas son adoradas. Son de infarto, como dicen ustedes.

Así es como se despide un caballero cuando se da cuenta que va a sonar la campana. Paren la oreja...¡tin, tan!, ¡tin, tan!

36 Los Argonautas

Hoy voy a empezar a contarles la historia del Vellocino de Oro, que es la misma de los Argonautas. Es larguita y algo enredada, pa que pongan mucha atención. A mí me gusta. Vamos a ver a ustedes.

Erase que se era un rey de Grecia que se jartó de su adorada esposa, que se llamaba Nefele, pa ponerse a vivir con Ino. Nefele y él habían tenido dos hijos: el mayorcito se llamaba Frixo y la niña era Hele. Esa Ino era muy corrompida, y oigan la trama que inventó pa que el rey matara a Frixo, no fuera que cuando estuviera grande viniera a reclamar el trono. Que a él era que le tocaba, por ser él primogénito.

Pues la tal Ino hizo tostar toda la semilla de trigo que tenía pa sembrar ese año, pa que no hubiera cosecha; y el rey, todo confundido, mandó un mensajero a preguntarle al oráculo qué camino cogía, porque se lo iba a tragar la tierra si se escaseaba el trigo. Entonces Ino llamó aparte al mensajero y le untó la mano pa que dijera que lo que el oráculo pedía era que sacrificara al niño si quería que la semilla naciera.

La gente del pueblo, que estaba desesperada porque los acaparadores le habían echado mano al poquito de trigo que queda-

ba, y ya la canasta familiar iba llegando al Olimpo, amenazaron con un paro de todas las centrales obreras si el rey no hacía matar ligero ese culicagadito pa ellos no morirse de hambre.

El rey no tuvo de otra, con dolor de su alma, que hacerlo subir al altar del sacrificio, y cuando ya le iban a mandar la puñalada marranera se aparece volando un ovejo amarillo con alas, que traía encima a la niña Hele, y apenas llegó donde tenían maneado a Frixo, lo zafó, y el muchacho ahi mismito se le trepó, y el ovejo se encumbró a la región con los dos hermanos horqueteados encima de él, que no se cambiaban por nadie.

Ese ovejo lo había mandado el dios Mercurio porque Nefele, la mama de los niños, le había rezado una novena con mucha devoción.

Iban, pues, volando muy serenitos por encima del mar, cuando la maldinga muchacha, por estar brincando y miqueando se resbaló del ovejo y se fue al agua y se ahogó. Por eso llamaban el Helesponto, que quiere decir Mar de Hele, a esa estrechura que le dicen hoy los Dardanelos.

Perdonen si le revuelvo alguito de geografía a esto, porque siempre es bueno que aprendan de todo.

Ni el ovejo ni Frixo pudieron hacer nada sinó ponerse a derramar tiernas lágrimas y siguieron su vuelo de itinerario hasta que aterrizaron en un país que se llama Cólquida, ahi al ladito del Mar Negro.

Allá fueron muy bien recibidos por el rey, que se llamaba Eetes -¡qué nombrecito! ¿no?-, que a las pocas matas le dio a Frixo una de sus hijas como mujer, y fueron muy felices y comieron lombrices, porque allá no había perdices. Pero hay una cosa que yo no entiendo y es por qué Frixo, pa lamberle al suegro, mató al ovejito que lo había salvado, y hizo curtir el cuero con lana, que no era lana sinó hebritas de oro -por eso era que era amarillo- y se lo regaló. Ese cuero es el famoso Vellocino de Oro que ustedes han oído mentar. Eetes lo hizo colgar de un árbol sagrado y puso a que lo cuidara el dragón más azaroso que ustedes se puedan imaginar. Allá no había arrimadero.

Todo esto había pasado hacía muchos años. Ahora viene la segunda parte.

Resulta que el rey de Yolcos, que queda en Grecia, se murió una vez -no se iba a morir dos: yo es por charlar- ...Pues se murió ese rey y ahi mismo le echó mano al trono uno que se llamaba Pelias, sin que le tocara a él sinó a Esón, que era el heredero genuino.

Pasaron los años y los años y una vez el oráculo le dijo a Pelias que tuviera mucho cuidado con un hombre que le faltara una quimba. Eso ya también hacía tiempos, cuando una tarde estaba Pelias recostado en un taurete ahi en la acera, cuando vio pasar un forastero, cachacón él, buen mozo y bien presentado, pero que no tenía sinó una quimba (la otra se le había quedado pegada en un pantanero) y lo llamó y le preguntó que quién era, y el muchacho le contestó que era Jasón, hijo de Esón, y que venía a reclamar el reino, porque a él le tocaba.

Entonces Pelias le preguntó:

-¿Qué harías vos si fueras el rey y el oráculo te dijera que uno de tus vecinos te iba a matar?

-Pues lo mandaría a que me trajera el Vellocino de Oro.

-Pues, cómo te parece que eso precisamente es lo que vas a tener qué hacer si querés que te entregue este reino, que tiene una maldición que no se le quita sinó trayendo el Vellocino de Oro. Cuando lo traigás te entrego este gurrero, porque has de saber que yo soy Pelias, el rey.

-¿Y usté está creyendo, su Sacarrial, que yo no soy capaz de traerle ese zurrón? Aguarde y verá.

Y en seguida mandó construir un barco a todo taladro y lo bautizó Argos. Pero este Argos no tiene nada qué ver con Argos, el guachimán ese de los cien ojos que le prestó el nombre a ese pendejo que no hace sinó meter la pata en El Espectador criticando lo que dicen los demás. ¿Y al alcalde quién lo ronda?

Sigamos. Y apenas tuvo listo el barco les mandó un mensaje a todos los amigos invitándolos a acompañarlo en esa aventura.

Llegaron los más verracos de toda Grecia. Cómo sería que hasta el mismo Hércules se hizo presente. A esa patota la pusieron los Argonautas, por el nombre del barco. Después les empiezo a contar las aventuras que les ocurrieron, que son famosas. Por ahora les voy a recitar unos versos de Rafael Maya que, cuando los leí esta mañana, dije:

-¡Ah buenos que están pa cuando se acabe la clase de Mitología!

Oiganlos:

Bajo un cielo rosado de manzana,
sobre el sueño feudal de una escultura,
y ante el ciprés de gótica figura,
mueve su flor de bronce la campana.

Estos poetas todo lo han de decir con doble sentido, y esa como que es la gracia. Con seguridad que la flor de bronce es el badajo de la campana. Quién sabe qué otra cosa será el badajo en estos otros versos de un poeta antioqueño, algo guasca él:

Allá van los monos
por el palo abajo,
el mono más viejo
se rasca el badajo.

37 Los Argonautas

Sale, pues, esa parranda de aventureros dizque a buscar el Vellocino, pero como que no sabían bien por dónde era el camino, porque fue muchas las vueltas que dieron y mucho el tiempo que perdieron de un lado pa otro, como si no tuvieran ningún afán.

Yo me voy a saltar muchos de los puntos donde estuvieron, porque si no, no acabo nunca y se me aburren ustedes.

La primera isla donde llegaron fue a Lemnos. Pongan atención: no es Lemos ni Simons, sino Lemnos. Esa es una isla más bien grandecita y muy linda, donde casi que se quedan, por lo que les voy a contar.

Resulta que allá no había sinó mujeres. ¿Y saben por qué? Porque en una guerra que habían tenido los de Lemnos con los de Tracia, que eran vecinos, se habían enmozado todos los de Lemnos con las mujeres de allá, y entonces las lemneñas formaron una liga feminista antimachista y pasaron a todos sus maridos al olivo, porque allá no había papayos, de manera que allá no había sinó viudas.

Y cuando vieron que venía el barco de los Argonautas corrieron a armarse, creyendo que eran los de Tracia que venían a buscarles pleito y no los iban a dejar arrimar, hasta que una vieja que había sido niñera de Hipsipila, que era la jefa de ellas, las convenció que no fueran bobas, qu

no fueran a desperdiciar una ganga de esas. Cómo les parece: una partida de muchachos bien queridos, y bien ganosos que estarían. Y ellas, ni hablar.

Lo cierto del caso es que los recibieron, no digamos a cuerpo de rey sinó de reina. ¿Se acuerdan ustedes, o ya se les olvidó, lo que le pasó a Perseo con las Ninfas, que se lo peleaban todas las noches y no lo querían dejar ir? Pues saquen la calculadorcita y multipliquen eso por cincuenta hombres y por doscientas cincuenta mujeres y se darán cuenta más o menos de lo que les pasó a los Argonautas. A cada uno le tocaron de a cinco: y después dicen que de esto tan bueno no dan tanto.

Cómo estarían de amañadas las tales feministas con esa barra de machistas, que no los querían dejar ir, y por ahi como a los quince días les iban a quemar el barco, y si no ha sido por Hércules, que no los dejó y los hizo subir a todos ellos pa seguir el viaje, allá estarían dándole que es fiesta.

Arrancaron, pues, y fueron a dar a la isla del rey Cicico, que se acababa de casar y les hizo un macho recibimiento y los invitó a la pachanga que habían armado pa celebrar su casorio.

Ya al amanecer, más rascados que nalga de carateja, se subieron como pudieron al barco, y siguieron su viaje, pero al poco rato se dejó venir un ventarrón contra ellos y volvieron a dar a la isla de donde habían salido; pero Cicico, creyendo que eran unos piratas, salió a buscarles pelea pa no dejarlos arrimar, y en plena trifulca lo mató el propio Jasón. Después, cuando amaneció y se dieron cuenta que habían estado peleando entre amigos, se abrazaron y lloraron y le hicieron un entierro de primera a Cicico.

Y siguieron su viaje, y un día, como por distraerse, les propuso Hércules que hicieran una competencia a ver cuál de todos aguantaba más remando, y ganó él; pero cómo sería la bejuquera con que le daba a ese remo, que se le partió. Y era de puro guayacán.

Así que apenas arrimaron a la primera barranquita que encontraron, se metió él al monte a buscar un palo bien bueno pa hacer otro remo. Por allá en media loma se encontró uno de abarcadura como muy aparente y lo abrazó y lo arrancó de cuajo y se lo echó al hombro y se lo llevó pal campamento.

Y cuando llegó allá le dijeron que Hilas, que era un pajecito que él tenía y que quería mucho, había salido madrugado a buscar agua, y que

en vista de que no había vuelto, se había ido a buscarlo Polifemo, que era otro de ellos.

Ahi mismo cogió Hércules otra vez el monte a buscarlo, porque, como les dije, lo quería mucho. Pero no se vayan a imaginar ahora carajadas: Hércules no era de esos. Lo que pasa es que le había cogido cariño al muchacho desde que él mismo le había matado al papá en una lucha.

Pues lo buscaron toda la santa noche y por allá al amanecer encontraron, a la orilla de un charco, el calabacito en que iba a traer agua, y de él ni el rastro: era que una ninfa se había enamorado de él y se lo había llevado a vivir a una cueva debajo del agua. Hasta bien bueno que lo estará pasando allá...

Lo malo fue que cuando volvieron Hércules y Polifemo al campamento encontraron el rastro frío, porque el barco se había ido. Por eso fue que Hércules no figura entre los que trajeron el Vellocino, sinó que siguió con sus aventuras, que ya se las conté el otro día.

Los Argonautas siguieron y estuvieron en muchas otras partes. Una de ellas fue donde el rey Fineo. Este era un adivino el verraco, pero los dioses le habían echado una maldición, quién sabe por qué, y estaba ciego y lo tenían jodido las Harpías.

Las Harpías eran unas viejas horribles, con unas alas enormes y garras de pájaro, y lo que hacían era que cuando Fineo se sentaba a la mesa y iba a empezar a comerse unos manjares exquisitos que le servían, llegaban las malditas a comérselos ellas, y cuando ya no les cabía más, se ensuciaban -por no decir otra palabra más fea- en lo que quedaba, y ahi mismo se regaba una hedentina que no le arrimaba ni un gallinazo fumándose un cacho de la mona.

Fineo estaba ya en los puros huesos cuando llegaron los Argonautas a pedirle que les adivinara la suerte. El les dijo que con mucho gusto, muchachos, con la condición de que me libren de estas Harpías hijue...La misma palabrita que le iba a decir yo a esa bendita campana que empezó a tañer. ¿Cómo les parecen los verbitos que me invento: tañer?

38 Los Argonautas

Fineo les dijo que con mucho gusto les adivinaba el porvenir si lo libraban de esas malditas Harpías que lo tenían jodido. Y ahi mismo se presentaron Calais y Zetes, que eran hijos del viento Bóreas y que por eso tenían alas, y dijeron:

-¡Que se dejen venir esas desgraciadas pa que sepan lo que es bueno!

Y se escondieron detrás de una cortina y se pusieron a esperarlas.

En esas le trajeron los criados a Fineo un platado de sancocho de cola más provocativo que el carajo y lo primero que hizo fue echarle mano a la presa, y ya se la iba a llevar a la boca cuando van apareciendo por el aire el par de viejas enrazadas en pájaro y se la arrebataron, y ya le iban a echar diente cuando van saliendo los dos muchachos revoleando esos machetes, y ahi sí, salen volando en desgracia, y los muchachos detrás, las alcanzaron y ya las iban a volver hilachas cuando en esas llegó Iris, que era la mandadera de los dioses, a decirles que no les tocaran ni un pelo, porque Júpiter las necesitaba como cuidanderas, pero que ella les juraba por esta santa cruz que no volvían a molestar al pobre viejo.

Cuando Fineo se zampó en tres voliones ese sancocho, con esa gurbia que tenía, y se bogó sin respirar esa tazada de claro con leche, ahi sí les indicó lo que tenían qué hacer pa llegar donde estaba el Vellocino.

Les dijo, por ejemplo, lo de las Cienas, que eran dos rocas azules, enormes, que había en medio mar y que chocaban la una con la otra seguido, y al que cogieran no quedaba ni el pegado. Fineo les dijo a los Argonautas que echaran a volar una paloma por entre esas rocas y que si lograba pasar sin que la apachurraran, que se metieran ellos también ahi mismo, cuando se volvieran a apartar.

Y así lo hicieron. La palomita pasó muy bien, pero cuando ya iba saliendo al otro lado se volvieron a juntar las dos piedras y siempre le alcanzaron a arrancar unas plumas de la cola. Y ahi mismo prendieron ellos motores -¡mentiras!, ¡qué cuento de motores!: eso era a puro remo voleado- y se fueron metiendo y alcanzaron a pasar al otro lado, pero también se volvieron a juntar las maldingas piedras y siempre se les abolló un poquitico la popa.

Sigamos. Ese mismo día pasaron por frente de la tierra de las Amazonas y esas malditas feministas tetimochas ahi mismo a la orilla en son de pelea, pero los machistas Argonautas les hicieron pistola y pasaron de largo, y ya por la tardecita alcanzaron a divisar al pobre Prometeo amarrado en la roca del Cáucaso, y vieron al águila chupándole el hígado, y ganas no les faltaron de ir a soltarlo, pero se las aguantaron: esa águila no era fruta que comía mono...

Y por fin llegaron a Cólquida, que era donde estaba el Vellocino. La tierra del rey Eetes.

Dejémolos descansar ahi esa noche, mientras en el Olimpo estaba Juno echando cabeza a ver en qué forma les ayudaba, y se le ocurrió esto: llamó a Venus y le dijo:

-Ve, querida: llamá a ese muchacho tuyo -el muchacho era Cupido, el de las flechas enyerbadas- y decile que le pegue un flechazo en todo el mango a Medea, la hija de Eetes, pa que se enamore de Jasón, el capitán de los Argonautas, y verés lo que va a pasar.

A Venus siempre le pareció como rarito que la hubiera llamado Juno, esa vieja tongoneada y de dedo parado que siempre le había hecho la guerra, pero le dio medio culillo -¡perdón!- ponerse a desobedecerle, y llamó a su muchacho y le dijo:

-Vea, mi amorcito. Vaya cálcese y péinese y tercéese su jiquerita y va y le pega un flechazo bien dado a Medea, con dedicatoria para Jasón, y le doy un regalo bien lindo el día del amor y la amistad: aquella pelota de oro pintada de azul que usté se antojó el otro día.

Y el carajito ahi mismo salió volando, como un pajarito.

Mientras tanto Jasón y sus alegres muchachos llegaron al palacio real y los atendieron muy bien, y después de la comida les preguntó Eetes que quiénes eran y que a qué iban. Ellos le dijeron que por el Vellocino, y que hacían lo que él quisiera.

Esto que dicen y la ira que le fue entrando a Eetes no está escrita, pero se la guardó. Y pensaba pa sus adentros:

-¿Mucha ganita de mi Vellocino? ¡Cómo no que se los voy a soltar! ¡Que esperen ahi en una pata!

Mientras tanto Medea, que estaba por allá en la cocina preparando un menjurje...Porque Medea era bruja. No crea: brujas muchachas y bonitas también las hay: de que las hay las hay. Y en esas sí hay que creer. Y Medea era una de esas.

Pues sí, señor. Cuando oyó las voces de los forasteros no se aguantó las ganas de ir a novelerear y se puso a atisbarlos detrás de un biombo que había ahi, cuando alcanzó a ver a Jasón y en ese momento sintió el flechazo del mocoso ese de Cupido y esa fue mucha traga la que le fue entrando a esa mujer y se puso que no cabía en los calzones.

Y en ese momento le decía Eetes a Jasón:

-Con mucho gusto te entrego el Vellocino, hombre Jasón, si sos capaz de hacerme esta tareíta: con aquel par de bueyes que tienen cascos de bronce y que echan llamaradas por las narices tenés que arar aquella roza. A esos animales no los ha tocado nadie de miedo, te lo advierto. Una vez tengás arada esta tierrita, sembrás estos dientes que son de un dragón que mató Marte y que me regaló Minerva. De cada diente de esos va a nacer un guerrero armado y listo pa la pelea. Agarrate con ellos, y apenas los hayás matado a todos, ahi sí podés venir por tu Vellocino.

Jasón se puso a rascarse la cabeza, más confundido que el de Aguadas, cuando de pronto alcanzó a ver a Medea que le estaba haciendo señas detrás del biombo, y alcanzó a oír que le dijo pasitico:

-¡Tranquilo, mi amor! ¡Contá conmigo!

¿Cuál de ustedes fue el que dijo que la campana dizque estaba dañada? ¿No la están oyendo, pues?

39 Los Argonautas

Jasón se fue pal barco con su gente a echar cabeza a ver cómo era que se le iba a medir a esos bueyes, o más bien toros, y a esos guerreros que iban a nacer de los dientes del dragón, cuando va llegando un muchacho que era nieto de Eetes y le dijo:

-Ve, hombre Jasón. Yo te tengo mucha gratitud, porque vos el otro día me salvaste la vida. Y a que no te acordás. Pero yo sí. Si querés salir con bien de estas pruebas, no es sinó que te echés al bolsillo a mi tía Medea, que es bruja, y tiene la contra pa todo. Ella es muy querida y le gusta mucho servirle a la gente. Y es más: yo creo que está tragada de vos, porque allá la dejé en el cuarto de ella, moqueando y mentándote desesperada, que no sabe qué hacer. A la legua se le notaba la gana que tenía de venirse detrás de vos.

Entonces Jasón le dijo al muchacho:

-Anda, pues, echale el cuento. Y no te aparezcás aquí con las manos vacías.

Y va el muchacho donde Medea a decirle que Jasón le mandaba muchas saludes y que viera a ver qué podía hacer por él en esa boyada en que estaba metido.

Cuando el muchacho le dio la razón a Medea se puso ella a brincar en una pata que no cabía en el pellejo: qué más quiere el gato: que lo

amarren con longaniza. Y le mandó decir a Jasón que esa noche se encontraran a las nueve en el alto del Guayabo, pa que charlaran y ella poder decirle qué tenía que hacer.

Y así fue. Dando el reló las nueve se encontraron y fue tanta la emoción que le dio a ella que se quedó pasmada como un ente, sin saber ni qué hablar, sinó que era mascando un espartillo y agachaba los ojos toda achantada, hasta que al fin se resolvió y sacó del seno un frasco que traía con un unto que había preparado, y se lo entregó y le dijo:

-Tené, mi amor, pa que te refregués por toda esa hermosura de cuerpo que tenés, y untale también a tu espada. Esto tiene virtud pa un día, y podés estar seguro que ese día no te pasa nada, aunque se te venga el mundo encima. ¡Adelante, mi amor, tranquilo y sin miedo, que otro día te doy otra cosa que no veo la hora de darte! ¡Ah! Se me olvidaba decirte: cuando salgan de la tierra esos guerreros de los dientes de dragón, escondete detrás de una mata y tirales una verraca de piedra bien grande, que no sepan quién la tiró, y verés lo que pasa.

Pues esa noche se despidieron el par de enamorados sin poder hacer lo que querían, aunque estaban los dos que se babeaban. Pero su hora se les llegaría. Primero tenía Jasón que hacer la tareíta que le había puesto Eetes.

Y al otro día se madrugó y se embadurnó con esa pomada y va llegando donde ese par de fieras de toros corniveletos, con cascos de bronce y que echaban candela por las narices y los apercuelló a cada uno con un brazo y los amarró al arado y los puso a marchar a la brava, ¡carajo! Y a medida que iban avanzando iba él sacando de la jíquera los dientes del león y tirándolos a la zanjita que iba haciendo el arado.

Por ahi al medio día, cuando acabó la tarea, se sentó en una barranquita a tomarse una aguapanela que llevaba en un calabazo, cuando ve que va saliendo de la tierra una parranda de hombres armados, hágase de cuenta una guerrilla. Y ahi mismo coge Jasón una verraca de piedra y se las avienta, y como no supieron de dónde había venido, creyeron que había sido uno de ellos y se agarran a pelear los unos con los otros, y a matasen ellos mismos hasta que al fin no quedó sinó el tendal. ¡Esa fue mucha matazón, no sea carajo!

Entonces salió Jasón pa donde Eetes, y se le cuadró y le dijo:

-Misión cumplida, su Sacarrial. Aún vive Maza. Ya me gané el Vellocino.

Y se fue feliz pal barco a celebrar el triunfo con sus compañeros. Pero el maldito Eetes se había mamado de la promesa y dijo que por nada del mundo iba a dejar que se llevaran el Vellocino.

Pero no se les olvide a ustedes que la diosa Juno estaba de parte de ellos, y ella fue la que le metió en la cabeza a Medea que fuera al barco y les contara las intenciones de Eetes, y que les ayudara a echarle mano ligero al Vellocino.

Pues allá llegó ella y se le arrodilló a Jasón y le abrazó las piernas y empezó a suplicarle que se la llevara pa la tierra de él, que ella se comprometía a ayudarle a conseguir el Vellocino.

Acortando el cuento: se fueron Jasón y Medea pa donde estaba el dragón cuidándolo, y ella lo durmió con un rezo y unos pases que le hizo, y por ahi derecho le echó mano Jasón al Vellocino y se lo terció, y se metieron al barco, cuando en esas ven que viene por allá un batallón enorme que había mandado Eetes a perseguirlos. El que mandaba el batallón era Apsirto, que era el hijo de Eetes: como quien dice, hermano de Medea. Pero ella ahi mismo le caló y le mandó una boletica con un propio, que decía así:

"Querido hermano: aquí me llevan prisionera. Ya tienen el Vellocino. Yo me les puedo volar esta noche, cuando estén dormidos, y nos encontramos al pie del palo de madroño cuando salga la luna. Yo te llevo el Vellocino y vos me llevás a la casa, que ¡pobrecito mi papá! ¡Cómo estará de confundido! Tu hermana que te abraza, Medea".

Pues al pie del madroño se apareció el pendejo de Apsirto y allá mismo lo paveó paveado el amigo Jasón, y se volvió pal barco, muy de gancho con su troza de Medea.

La intención mía era haberles acabado de contar hoy la historia de los Argonautas, pero vamos a tener que dejarlo pa la otra clase, porque ya empezó a sonar aquella linda campanita de cristal que alegra mis horas de dolor.

40 Jasón y Medea

Y llegaron al barco Jasón y Medea y arrancaron de vuelta ya pa Grecia, muy contentos con su Vellocino.

Pero todavía no se les habían acabado las peripecias y fueron muchos los cachos que les pasaron antes de llegar. ¡Qué tanto se demorarían en el camino que tuvieron tiempo de tener dos muchachitos!

Hasta que por fin llegaron donde Pelias -¿se acuerdan?-, que era el rey de Yolcos, el que le había puesto a Jasón la condición de traerle el Vellocino si quería que le entregara el reino.

Y resulta que en todo ese tiempo habían pasado un mundo de cosas muy malucas en Yolcos. Primero que todo, Pelias había matado al papá de Jasón, y entonces la mamá se había muerto de la tristeza. Y cuando Jasón se enteró de eso le dijo a Medea que matara al rey Pelias con su brujería.

Entonces ella llamó a las hijas de Pelias y les dijo:

-Vean, muchachas, el papá de ustedes ya está muy viejito. Y les voy a enseñar el modo de que se vuelva muchacho otra vez.

Y mandó traer un ovejo muy viejo que había en el solar y lo mató y lo partió en pedacitos y los echó a hervir en una olla grande.

Y apenas estaba hirviendo le hizo Medea unos pases misteriosos con la mano, y dijo:

-Alpiste, piste, coroniste, resucitiste joveniste.

Y ahi mismo va saliendo de la olla qué belleza de ovejito, llamando a la mama: meee, meee.

Y les dijo Medea:

-Hagan ustedes lo mismo. Yo les voy a magnetizar a su papá y cuando esté profundo ustedes lo parten en trocitos y lo echan a esta olla, y entonces yo vengo y lo rezo, y eso es como con la mano, sale rejuvenecido. Hasta menor que ustedes.

Ellas, como querían tanto al viejo, así lo hicieron, y cuando la olla estaba en el tercer hervor se desapareció Medea, y allá deben estar hirviendo todavía las presas de Pelias. Aquí sí se podía decir que Pelias estaba en la olla.

Entonces fue Jasón y llevó el Vellocino a la iglesia de Júpiter y allá lo dejó expuesto como el Santísimo. Y lo raro fue que él y Medea no se quedaron de reyes de Yolcos sinó que se fueron a vivir a otro reino que se llamaba Corinto.

Y cómo les parece que apenas llegaron allá, lo primero que ocurrió fue que Jasón se enamoró de la hija del rey de Corinto y resolvió mandar a Medea pa la porra el hijuemadre ese, viendo todos los favores que le debía a ella. Hay gente muy ingrata: esas son bobadas...

Y no le valieron súplicas ni lágrimas de Medea hasta que la pobre se deschavetó y no hacía sinó hablar mal de la otra, y que ya verían lo que le iba a pasar.

Y cuando el rey supo lo que andaba diciendo de su hija la mandó a desterrar con sus dos muchachitos. Imagínesen ustedes: una mujer sola, sin un centavo, con un par de carajitos y en tierra extraña...

Y Jasón ranchado en que no volvía donde ella: que ya lo tenía hasta los ojos y que estaba muy antojado de otra. Lo más que hizo fue ofrecerle plata a Medea pa que se volviera pa su tierra, pero ella cogió esa plata y se la tiró en la cara, y oigan lo que hizo:

Llamó a un criado de los del palacio y le dijo:

-Te regalo una bicicleta si le entregás este manto a la novia y le decís que aquí le mando yo pal día de la boda. Que se lo mida a ver si le queda bueno, y si no que me lo devuelva pa hacérselo arreglar.

Y sacó de un baúl una belleza de manto de terciopelo morado, con bordados de oro y con perlas y diamantes. Y lo envolvió en papel de regalo y se lo entregó al criado.

Pues la novia que se lo pone y eso que se prende ahi mismo en qué llamaradas tan espantosas y ahi quedó la novia vuelta un chicharrón.

(Lo de la bicicleta son cañas: ¡qué bicicletas iba a haber en ese tiempo!)

Pero la cosa no acabó aquí sinó que Medea, en medio de la desesperación que tenía, se volvió como loca y mató a sus propios hijos, y cuando llegó Jasón hecho una fiera porque le había matado la novia y vio muertos a sus dos hijos empezó a llamar a Medea pa matarla a ella también, pero apenas la alcanzó a ver trepada en el entejado, cuando se estaba montando en una carroza tirada por dragones que se la llevaron por el aire hasta que desapareció en la región.

Así acabó la historia de los Argonautas, y aquí les voy a mochar esta clase, aunque todavía falta pa tocar la campana. Siempre es bueno dejarlos ir más temprano una que otra vez. ¿No cierto?

41 Las Danaides

Mis queridos y estimados pandechócolos: como esa historia de los Argonautas siempre quedó como larguita y algo cansona, vamos a ver ahora unos cuentos de los corticos, por variar. Y también pa que aprendan de dónde vienen algunos dichos, como el tonel de las Danaides, el suplicio de Tántalo, la roca de Sísifo, el caballo de Troya y otros por el estilo.

Empecemos con las Danaides.

Había una vez dos hermanos que se llamaban Egipto y Dánao. Los dos como que eran algo meteloncitos porque cada uno había tenido en su mujer y en sus mozas, de a cincuenta hijos: Egipto, cincuenta machos -los Egiptidas- y Dánao cincuenta mujeres -las Danaides-.

Resulta que una vez pelearon los dos hermanos, porque los hijos de Egipto no hacían sinó gatear y perseguir a las Danaides y buscarles la caída, y decían:

Mientras más primo, más me arrimo,
y si es prima hermana, con más gana.

Y el viejo Dánao las cuidaba mucho y no tenía vida, hasta que resolvió alzar con ellas y fue a dar a la ciudad de Argos y allá se estableció y lo nombraron rey.

Pues allá fueron a templar también los malditos primos y se presentaron donde su tío a pedirle cada uno la mano de una hija -y sobre todo lo que sigue de la mano pa abajo-: que ellos no estaban por perjudi_ carlas sinó que se querían casar por la iglesia, con todas las de la ley.

A Dánao no le quedó de otra que entregárselas, aunque él no podía ver ni pintados a esa parranda de zánganos, como los llamaba.

En fin: se casaron, pero eso sí: el día del casorio le metió Dánao debajo de la almohada a cada una una peinilla de 22 pulgadas, y les dijo:

-Bueno, mis hijitas: aquí tienen esto pa que cada una le haga el corte de franela a su adorado esposo, cuando se quede profundo después del trabajito.

Y así lo hicieron todas, menos Hipermestra, que le dio mucha lás_ tima del de ella, que se llamaba Linceo, y lo vio tan hermoso y tan desprevenido en esa cama que no se atrevió a tocarlo. Estos dos tuvieron cría y de ahi salieron los que siguieron mandando en Argos cuando se murió Dánao.

Las otras sí le obedecieron al taita y se enviudaron ellas mismas; pero también les pasó cacho, porque Linceo las pasó a todas al papayo. Y hasta al mismo viejo Dánao. Y ellas fueron a dar al Tártaro, que era un sótano que quedaba por debajo del Hades. En el Hades vivían los muertos y el Tártaro venía a ser como la cárcel de los muertos, donde castigaban por toda la eternidad a los que habían sido condenados.

A éstas, como castigo, las pusieron a llenar de agua una tinaja de esas barrigonas que había a la orilla de una quebrada. Pero lo malo es que la tinaja estaba llena de huecos, y a cada una le dieron un cedazo pa que echara el agua con él. Allá deben estar todavía bregándole. Y lo que van a estar...

Otros dicen que no era tinaja con huecos sinó un barril sin fondo, que es el que llaman el tonel de las Danaides, cuando quieren hablar de un trabajo bien agotador y bien inútil.

Tántalo

Otro castiguito por el estilo fue el del amigo Tántalo. Este era hijo de Júpiter y de una mortal, y era el preferido de los dioses, que lo dejaban comer en la misma mesa de ellos y lo dejaban oír todo lo que ellos conversaban, como si él también fuera un dios.

Pero era tan mala ficha que, en vez de agradecerles, oigan lo qu hizo: un día hizo matar a su mismo hijito, que se llamaba Pélope, y l despresó y preparó con él un sancocho y invitó a todos los dioses -a es parranda de oligarcas, decía él- dizque pa que se volvieran caníbales si que se dieran cuenta.

Pero los dioses la güelieron y ninguno quiso probar, sinó la dios Ceres, que estaba muy triste y toda distraída porque le habían robado l hija, y se comió un pedazo de hombro.

Pero ahi mismo apareció la parca Cloto y le rezó una oración a sancocho y el muchacho fue resucitando como si nada le hubiera pasad Pero le faltaba un hombro, y Cloto se lo puso de marfil.

A la porquería de Tántalo lo mandaron los dioses pa los infierno y el castigo que le pusieron fue la carajadita de meterlo en un charco hast la nuca, y como mantenía una sed de enguayabado, cada que agachab la cabeza pa tomar agua, ahi mismo se iba secando el charco y eso s volvía un arenero. Y mantenía una gurbia espantosa, y encima de él habí un mundo de árboles tuquios de las frutas más provocativas del mund y cuando él les iba a echar mano llegaba un ventarrón y elevaba pa arrib esas ramas donde él no alcanzaba, y en esas se la pasaba.

Otra cosita más: mantenía un miedo horrible de morirse -como s no estuviera ya muerto- y encima de él había una macha de piedra qu parecía que ya se le iba a venir a aplastarlo, y aunque nunca se caía, é siempre se mantenía con los calzoncillos como pañal de muchach chiquito.

Ahora, ¿cómo les parece el castiguito de nosotros, esperando qu ya va a sonar esa campana, y nada?

¿Que no? Oiganla.

42 Sísifo

Vamos a acabar de salir de las historias corticas.

¿No han oído ustedes hablar de la roca de Sísifo? Pues resulta que este era un rey de Corinto, y la mujer de él se llamaba Merope y era una de las Pléyades.

Una tarde estaba Sísifo echado boca arriba en la manga del frente de la casa, viendo pasar nubes, cuando en esas ve venir por los aires un águila muy hermosa y muy grande que llevaba cogida en las garras una muchacha, y ya estaba a punto de aterrizar con ella en una isla que quedaba ahi cerquita. En esas se apareció el dios Asopo, que era el papá de la muchacha, que andaba medio loco buscándola, y después de saludar a Sísifo, le dijo:

-Oiga, señor. ¿Usted por casualidad no ha visto pasar por aquí a Júpiter con mi hija? Es que yo estoy casi seguro que él fue el que alzó con ella, porque él venía gallinaceándola desde hace días, y ése no tiene inconveniente en volverse águila pa alzar con la que se le antoja. Debía volverse más bien el rey de los gallinazos.

-¿Aguila dice? Por aquí acaba de pasar una, y con seguridad que la que llevaba agarrada con las patas era su muchacha. Ya estaba a punto de descargarla allí en aquella islita.

Y ahi mismo arrancó Asopo pa la isla, pero Júpiter lo alcanzó a ver y le mandó un rayo que lo espantara, y echando cabeza se le ocurrió a Júpiter que debía ser Sísifo el que lo había sapeado, y sin más vueltas lo mató y lo mandó a cumplir un castigo por toda la eternidad.

Pero Sísifo no era ningún pendejo y cuando se vio muerto le dijo a su mujer Merope:

-Mija, no me hagás la cremación y dejame sin enterrar, que yo me comprometo a no podrirme pa volver donde vos otra vez vivo.

Pues dicho y hecho. Llegó al Hades y se presentó donde Proserpina, que era la dueña de la casa allá en el Hades, la mujer de Plutón, y le dijo:

-Oiga, mi reina: yo no tengo por qué estar aquí, porque a mí no me han enterrado. Déjeme volver a la tierra pa que me hagan los funerales, que yo me comprometo a volver en seguida.

La diosa lo dejó volver a la tierra, pero Sísifo se hizo el loco y siguió viviendo muy tranquilo. Pero el contento le duró muy poquito porque Júpiter se dio cuenta ahi mismo y mandó a Mercurio a que lo volviera a zampar a los infiernos a cumplir su castigo. Y allá está todavía. La tareíta que tiene que hacer es empujar una piedra la macha de grande y de pesada y hacerla rodar de pa arriba hasta la punta de un morro, y cuando llega allá con ella tiene que bajar en desgracia porque esa piedra empieza a rodar de pa abajo como a aplastarlo: pero nunca lo alcanza, y cuando llegan abajo tiene que arrancar él con ella otra vez pa arriba, y en esas se la pasa.

Esa es una tarea parecida a la de las pobres mujeres, que hacen la comida y arreglan la casa y todo, y por la noche no queda nada de lo que hicieron y al otro día tienen que volver a empezar. Ni más ni menos que la roca de Sísifo. ¡Pobrecitas, hombre! ¡Antes no se volvieron feministas! Yo sí no he sido nunca machista. Macho sí: pa qué si no es la verdá. Porque, ¡ah queridas que son! Aunque siempre joden alguito a veces.

Orfeo

Dejémonos de sermones y sigamos ahora con el cuento de Orfeo, el músico. Este era hijo de una de las Musas y de un príncipe de Tracia. La mama le dio, desde chiquito, el don de la música. Pero no vayan a imaginarse que era ningún merendero, como les dicen en Medellín a los serenateros ordinarios. No, señor: éste era de los finos. Mejor dicho, era el mandacallar de todos. El fue el que inventó la lira, y cuando se iba por

ahi por esos potreros a tocarla, iban siguiendo detrás de él los animales y las piedras y hasta los mismos árboles. Me acuerdo con esto de una exageración que le oí el otro día a un tipo, hablando de un verano y una sequía tan horrible que había habido una vez, que los árboles dizque salían detrás de los perros.

Pero no nos distraigamos con cuentos viejos y sigamos con Orfeo.

Cómo les parece que él fue uno de los Argonautas, y fue mucho lo que les ayudó. Cuando veía que los marineros ya se estaban mamando de rendidos, se ponía él a cantar acompañándose de la lira y se les olvidaba que estaban cansados y le daban con más verraquera. Una vez pasaron por frente de la isla de las Sirenas. Esas eran unas que tenían la parte de arriba de mujer, muy buenas como pa anunciar bracieres, pero por la parte de abajo no tenían uso porque acababan como pescado. Cantaban lindísimo, pa atraer a los navegantes, y al que llegara allá se lo comían. Pero por la boca. No quedaba sinó la güesamenta.

Resulta, pues, que cuando iban pasando por ahi los Argonautas empezaron ellas a cantar y ahi mismo le echa mano Orfeo a la lira y se entona él también a cantar y ¡qué cuento de Caruso ni de Mario Lanza! Los marineros se pusieron más bien a oírlo a él hasta que pasaron el peligro.

Pues, bueno. Orfeo se casó con una muchacha muy linda que se llamaba Eurídice. El la adoraba, pero fue tan de malas, que una vez iba ella por la orilla de la quebrada cuando la alcanzó a ver un vecino que se llamaba Aristeo y salió detrás de ella con intención como de hacerle el mandado, pero ella se dio cuenta y pegó la carrera y no se fijó y pisó una mapaná. O rabo de ají sería. En todo caso a las cinco de la tarde ya estaba tiesa Eurídice y Orfeo vuelto un mar de lágrimas, que quería morirse él también, porque la adoraba.

Pasaron los días, pero no habían acabado todavía la novena cuando se le ocurrió una cosa a Orfeo: armar viaje pal Hades a ver si a punta de música lograba que se la devolvieran viva. Y llegó allá y tumbó bolo con esa música tan bacana, que lo que le provocaba a uno era tener una grabadora. Cómo sería que hasta el chandoso de Cerbero se fue quedando profundo, y Sísifo se sentó a oírla encima de la piedra y a Tántalo se le olvidó que tenía sed y a los otros muertos importantes que había allá...les sonó la campana. Ya será hasta después.

¿Qué tal me está quedando esta Mitología de suspenso?

43 Orfeo

Como les contaba, Orfeo llegó al Hades y embobó a todo el mundo con esas canciones de música y letra de él mismo, que Agustín Lara le quedaba tachuela. En una decía por allá, como llorando:

Se me murió muy ligero mi Euri.
Yo mucho la quería. Yo ya no sé qué hacer.
Déjemenla llevar otra vez pa arriba
que cuando esté viejita yo la vuelvo a traer.

Y cómo sería de sentimental y de emocionante esa canción que Plutón y Proserpina se conmovieron todos y le dijeron:

-Llevátela, pues, hombre; pero eso sí, con una condición: que ella siga detrás de vos y no la voltiés a ver hasta que los dos estén arriba del todo.

Y arranca feliz Orfeo por ese socaván pa arriba y ella detrás como un perrito, y cuando él ganó a lo alto y creyó que ella también estaba ya fuera, voltió a verla; pero resulta que ella no había acabado de subir todavía y ahi mismo se fue desapareciendo pa abajo otra vez, y apenas se alcanzó a oír cuando dijo: "¡Adiós, mi amor!".

El salió como loco detrás de ella a alcanzarla, pero ya no lo dejaron entrar y tuvo que quedarse en la tierra, muerto de guayabo y desesperación.

Mejor le fue a la mujer de Lot, que por no aguantarse las ganas de voltear a ver pa atrás, quedó convertida en una estatua de sal, y hoy es la santa patrona de Zipaquirá. Lo que es el pobre Orfeo se remontó, pero siguió tocando su lira por allá perdido en esos guaicos donde no lo oían sinó las piedras, los árboles y los animales. Hasta que un día se lo encontraron las Ménades, que eran una pandilla de feministas ahi que habían matado a todos sus maridos y venían acabando hasta con el nido de la perra: a todo hombre que encontraban lo declaraban machista y lo pasaban al sicomoro, porque allá no había papayos. Y apenas se toparon a Orfeo le cortaron la cabeza y lo volvieron picadillo. La cabeza la tiraron al río Hebro -con hache, y no crean que es gazapo- y fue a dar al mar, y por el mar iba cantando hasta que llegó a la isla de Lemnos y allá la recogieron y le hicieron un templo.

Y colorín, colorado.

Pigmalión y Galatea

Otra historia de las corticas, y hasta muy conocida, por cierto, es la de Pigmalión y Galatea.

Pigmalión era un escultor de Chipre que quién sabe qué le había pasado con las mujeres de carne y hueso, pero lo cierto del caso fue que les fue cogiendo como cierta inquina y al fin ya no las podía ver ni pintadas. Decía que no eran sinó solapadas y metalizadas y exprimidoras de los hombres. Y se encerró en su taller a hacer la estatua de una mujer bien linda y bien perfecta, pero que no pudiera funcionar por ser de mármol. Y duró días y días labrándola y puliéndola hasta que se fue volviendo la mujer más linda que ustedes se puedan imaginar. Cómo sería, que él mismo se quedaba a veces horas enteras viéndola y no se cansaba. Total, que sin darse cuenta, le fue entrando una algamatofilia del carajo. Y apuesto a que ninguno de ustedes sabe qué cosa es algamatofilia. Pues lo que se imaginan: enamorarse uno de una estatua, o de una muñeca, como las muchachitas. Pigmalión la abrazaba y la besaba y le hacía cosquillas y la pellizcaba y la sobaba por todas partes, y ella como si nada. Más se emocionaba este taurete. Ahi manecía y no lo probaba.

Y resulta que un día Venus, que era la diosa del amor, se dio cuenta, y dijo:

-Esta clase de enamorado sí no me la había tirado yo. Le voy a ayudar.

Y sí, señor. Esa misma noche, antes de acostarse fue Pigmalión

a despedirse de su Galatea, como la llamaba, y la sintió como tibiecita y se fue entusiasmando, porque cuando la estaba besando fue sacando ella la lengüita y se la metió a él en la boca, y se va pegando ese hombre qué alebrestada y fue saliendo con ella abrazada pa la pieza. Si no fuera porque me regañaban les contaba todo lo que hicieron esa noche. Pero ustedes se lo imaginan.

La manzana de la Discordia

Creo que voy a tener tiempo, antes que toquen la campana, de contarles por encimita el cuento de la manzana de la Discordia.

Eso fue cuando nació la diosa Venus, que fue apareciendo encima de una concha grande, en el mar, y Júpiter le mandó un carro tirado por palomas pa que la subieran al Olimpo.

Cuando llegó allá, tan sumamente hermosa, Juno y Minerva no se la pudieron tragar, porque cada una de ellas se creía Miss Universo. Había en el Olimpo otra diosa, que los griegos la llamaban Eris y los romanos le decían la Discordia, que era la que se mantenía armando peleas y disgustos y peloteras por todas partes.

Pues, cómo les parece que una vez no quisieron invitar a ésta a una pachanga que armaron en el Olimpo, pa celebrar un casamiento, de miedo que se fuera a tirar la veladita, y entonces ella se sintió muy pordebajeada, y dijo:

-Lo que es ésta me la pagan.

Y cogió una manzana de oro y la marcó: PARA LA MAS HERMOSA. Y con disimulo la dejó caer debajo de una mesa donde la vieran las otras tres.

Ellas ahi mismo se aventaron a echarle mano, y cada una empezó a decir que era de ella, por ser ella la más bonita, y se fue armando qué gazapera, ¿oye? -pero no de las de Argos sinó de las de cuchilla de afeitar en la liga- hasta que tuvo que intervenir Júpiter que era el marido de Juno y el papá de una de las otras. Y dijo:

-Esto que lo resuelva Paris (oigan bien: no es París sino Paris)

Y salieron las tres pal monte Ida, que era donde vivía Paris.

Ya les iba a contar quién era ese cristiano, pero vamos a tener que dejarlo pa después porque ya estoy oyendo el chancleteo de ese lambón que toca la campana.

44 El juicio de Paris

Como les iba contando. Paris era hijo de Príamo y de Hécuba, los reyes de Troya.

Pero ustedes no saben todavía qué era Troya. Era una ciudad que quedaba en la punta de arriba de lo que hoy es Turquía. Esa ciudad era enemiga cerrada de los griegos, los amigos de nosotros. El rey de allá, como les dije, era Príamo, y cuando Hécuba, la mujer de él, estaba en embarazo de Paris, tuvo un sueño de que lo que le estaba naciendo no era un muchacho sinó un hachón prendido, con qué llamarada tan azarosa, y le contó ese sueño a su marido, y un adivino dijo que eso quería decir que lo que iba a nacer iba a ser la causa del acabe de la ciudad. Entonces Príamo dio orden de que apenas naciera la criatura, la mataran. Pero cuando nació, la mamá lo escondió y se lo dio a un esclavo pa que lo dejara en el monte Ida, bien envueltico en pañales.

Allá en ese monte se lo topó un pastor y lo bautizó Paris y lo crió. Y él fue creciendo hasta que se volvió un muchachón muy cuajado y muy buen mozo. Cómo sería, que una vez se lo encontró la ninfa Enone y se pegó una enamorada de él tan acosadora, que no le quedó más remedio que casarse con él.

Adonde este Paris, que resultó de muy buen gusto, fue donde mandó nuestro amo Júpiter a Juno, a Minerva y a Venus, pa que él resolviera a cuál le tocaba la manzana de la Discordia, donde decía: A LA MAS HERMOSA.

Pues allá se le aparecieron y lo pusieron en semejante parangón, porque ahi no había qué escoger: las tres tenían una cara lindísima, y del cuerpo, ¡ni hablar! Todas eran 90-60-100 (porque a nuestros padres los griegos les gustaban más bien nalgoncitas).

Y cuando ellas lo vieron como tan indeciso fue que resolvieron trabajarlo por el lado del soborno. Juno lo llamó aparte y le dijo:

-Si me escogés a mí, te hago dueño de toda el Asia.

Minerva le dijo:

-Si me escogés a mí, te vuelvo un sabio y hago que ganés todas las batallas que tengás con los griegos.

Y Venus le dijo:

-Si me escogés a mí, te doy como premio la mujer más linda del mundo.

Pues esto que le promete, y él no lo pensó dos veces pa entregarle a ella la manzana de oro, porque ya estaba medio jarto con su adorada esposa Enone, y tenía ganas como de ensayar con otra. Y si esa otra era la más bonita del mundo...

Así acabó la historia de la tal manzana. Pero la cosa no se quedó así porque las dos perdedoras juraron que se vengaban de los troyanos, y eso lo veremos después.

Sigamos con la historia de Paris. Apenas se acabó ese concurso se terció él su morralito y salió en busca de la mujer más linda del mundo que iba a ser de él, y andando, andando, llegó a Esparta y tocó en la puerta del palacio de Menelao, que era el rey de allá, y que era el marido de Helena, precisamente la más linda del mundo.

Ni pa qué se las pinto. Esa era mucha belleza, ¡no sea carajo! Van a tener que imaginársela ustedes mismos, porque lo que soy yo no soy capaz de darles ni media idea.

Vamos a repasar un poquito la historia vieja. ¿Se acuerdan ustedes de Leda, aquella que recibía a Júpiter disfrazado de cisne, y que tuvo cuatro hijos, que no se sabía cuáles eran de su marido Tíndaro y cuáles de Júpiter? Dos de ellos fueron los mellizos Cástor y Pólux y las otras dos

eran Clitemnestra y Helena. El papá de ésta sí era Júpiter, en seguridad, y como les contaba, a medida que fue creciendo se fue volviendo la más hermosa de la fértil vega, y esa fue la que le vino a caer en suerte a Menelao, el griego de Esparta.

Pues bien: allá recibieron con muchas atenciones a Paris, y le dieron la pieza del forastero, y él se fue amañando allá de tal manera que songo, songo se fue quedando allá de asiento, así que una vez que Menelao tuvo que salir de afán pa una guerra, empieza mi hombre a arrastrarle el ala a Helenita, y ella a dejarse, hasta que una mañana se volaron los dos por la huerta, al escondido, y al cabo de los días fueron a templar a Troya.

Dicen que Paris fue el que inventó ese versito que dice:

Yo no quiero ser casado
ni tengo necesidad:
teniendo amigos casados
me basta con su amistad.

Así que cuando volvió Menelao de su guerra encontró el rastro frío, y ahi fue Troya. Porque ahi mismo mandó llamar a todos los jefes griegos compañeros de él a que fueran a Troya a recobrar a Helena y a castigar a ese hijuemadre de Paris que le había pagado todas las atenciones que había tenido con él, poniéndole unos adornos en la frente, que parecía blanco novillo de tendidas astas.

Así empezó la famosa guerra de Troya, que es una historia muy larga que veremos más tarde.

Por hoy dejemos la cosa así, y vámonos antes de que vengan a jalarle el rejo a aquella maldita campana.

45 Píramo y Tisbe

Hoy les voy a contar dos historias muy tristes, pero corticas las dos, porque se acaba la primera parte de este cursillo. Son las de Píramo (no Príamo) y Tisbe y la de Hero y Leandro. Píramo y Tisbe eran un par de enamorados a disgusto de la familia de ella, que vivían en dos casas juntas, y las piezas de los dos estaban separadas por una mera pared, y en esa pared había un huequito y por ese huequito se la pasaban, cada que podían, diciéndose "mi amor" y "te adoro" y "vos sos mi vida", y todo ese mundo de bobadas que no se cansan de repetir los enamorados. Pero no podían pasar de ahi, y parece que fue Píramo el que inventó esa canción que dice:

Esta maldita pared,
yo la voy a tumbar algún día...

Pero, ¡qué iba a poder tumbarla, si era de pura piedra y como de una vara de grueso, y no le entraba ni la Maunífica!

Pero un día resolvieron verse por la noche, que hacía luna llena.

Quedaron de encontrarse al pie de un árbol de morera que había a la orilla de un lago apenas estuvieran dormidos los de las dos casas.

Por ahi como a eso de las nueve y media, y con qué belleza de luna fue saliendo Tisbe en puntillas y cogió camino del lago, y cuando ya iba llegando alcanza a ver una leona que iba a beber agua, porque se acababa

de comer un animal que había matado, y traía esa trompa toda untada de sangre. Tisbe que la alcanza a ver y que sale en desgracia a esconderse en un rastrojito; pero en la carrera se le cayó el manto y no tuvo tiempo de recogerlo sinó que lo dejó ahi tirado.

Pues resulta que cuando la leona calmó la sed y se iba a ir ya pa su leonera se encontró el manto y lo cogió con la boca y empezó a sacudirlo y a arrastrarlo y después lo soltó y siguió su camino.

En esas llegó Píramo y cuando ve ese manto todo ensangrentado se imaginó lo que había pasado y se emperró a llorar ese hombre medio loco, y a decir:

-Yo soy un desgraciado que dejé venir sola a mi muchachita querida pa que la matara quién sabe qué fiera. Yo no merezco vivir. Yo soy un criminal.

Y fue sacando la espada y la puso con la punta de pa arriba y se le dejó ir encima pa que se le clavara en todo el mango y ahi mismo empezó a boquear.

En estas fue saliendo Tisbe del rastrojito cuando calculó que ya el animal se había ido, y lo primero que alcanza a ver es a Píramo que estaba ya en las últimas y cuando la distiguió con los ojos ya casi cerrados apenas alcanzó a decir:

-¡Mi amor...!

Y entonces ella le sacó la espada y se la clavó ella misma, y ahi los encontraron al otro día, en el primero y último abrazo que se dieron.

Hero y Leandro

Otra historia por el estilo, igual de triste, es la de Hero y Leandro. Hero suena como hombre, pero no hay tal: era una sacerdotisa de la diosa Venus en una ciudad que se llamaba Sesto, que quedaba a la orilla del Helesponto, que es un brazo de mar entre Europa y Asia. En la orilla del otro lado, como a dos kilómetros, en otra ciudad que se llamaba Abido vivía Leandro, un muchacho muy buena persona; y eso no tanto sinó lo buen nadador. Porque, cómo les parece que todas las noches se atravesaba ese estrecho a nado, y de la misma manera se devolvía por la mañana, antes que aclarara. Dizque iba nada más que a ver a Hero y a cachar con ella, porque estaba más tragado que media de montañero. Eso era lo que él decía:

quién sabe qué más harían. Yo no digo nada, porque no me consta, y en estas cuestiones de Mitología yo no invento chismes.

Lo cierto del caso es que todas las noches se subía ella a la torre de la iglesia donde trabajaba y dejaba allá prendido un hachón pa que le sirviera a él de señal y no se perdiera.

Y resulta que una noche hizo un huracán horrible, con tempestad y todo y apagó el hachón, y él que venía por la mitad se embolató todo y empezó a dar vueltas en esa oscuridad hasta que no resistió más y se ahogó.

Y la pobre Hero espera y espera, y volvió a subir a la torre y volvió a prender el hachón, pero ¡qué! Nada que aparecía. Hasta que de pronto ve que la marea fue arrastrando hasta la playa un bulto raro y desde arriba alcanzó a reconocer a Leandro, y ¡qué fue aquello! Sin pensarlo dos veces se aventó de esa torre, y, como no había malla protectora, ahi quedó como tres y dos la pobre Hero al lado de su amado.

Con este par de historias tristes se acaba la primera parte de este cursillo. Ahora sí que voleen campana a lo desgualetado, pero doblando a difuntos por los pobres Píramo, Tisbe, Hero y Leandro.

Requiescá-tin-pase. Amén.

46 Troya

Ahora sí hablemos de la guerra de Troya, que se armó dizque porque misiá Helena, la mujer de Menelao, se le había volado con Paris. Ya les dije el otro día que cuando Menelao llegó a la casa y encontró el rastro frío llamó a los jefes de todos los pueblos griegos a que se juntaran pa ir hacerle la guerra a Troya, que era donde Paris se había llevado a su mujer. Porque este tal Paris era hijo de Príamo y de Hécuba, los reyes de Troya.

Se alistaron, pues, todos los jefes griegos y se juntaron en el puerto de Aulis y entre todos completaron como mil barcos llenos de soldados pa ir a hacerle la guerra a Troya, y nombraron como jefe de todos ellos a Agamenón, que era hermano de Menelao. Este Agamenón se había casado con Clitemnestra (¡Quítenme esta! ¿Se acuerdan?), y entre los hijos que habían tenido estaba una muchacha muy linda que se llamaba Ifigenia y un muchacho que era Orestes.

Estaban, pues, todos los barcos listos pa salir, pero nada que soplaba el viento, y como todos eran de vela, ahi estaban, más varados que un corcho en un remolino, hasta que ya desesperados mandaron llamar al adivino Calcas a que les dijera qué era lo que pasaba que no soplaba viento ni pa apagar un fósforo -que, entre otras cosas, tampoco los habían inventado todavía- y el adivino le dijo a Agamenón:

-Lo que pasa, su Sacarrial, es que el otro día, cuando cazó usted aquel venado y dijo que ni Diana, la diosa de los cazadores, lo hubiera matado tan bien como usted, la diosa lo supo y está como una tigra y dice que no deja ventear hasta que usted no sacrifique en honor de ella a la más linda de sus hijas, que es nada menos que Ifigenia.

-¿Que mate yo a mi hija? ¿Está loca esa diosa?...Primero me mato yo...

Eso fue lo que dijo Agamenón; pero como nada que llegaba el viento, y todo ese gentío ya estaba desesperado ahi, brazo sobre brazo, se juntaron entre todos y mandaron una comisión a convencer a Agamenón que tenía que mandar matar esa muchacha si querían ir a acabar con Troya.

Al fin Agamenón se resolvió, con dolor de su alma, y le mandó una boleta a su mujer, diciéndole que se viniera sobre el humo y que se trajera a Ifigenia, que pensaba casarla con Aquiles, que era el más importante de todos los guerreros griegos. Entonces Clitemnestra se vino a traerla, y ella que llega y Agamenón que lleva ahi mismo a su hija pal altar de los sacrificios, y ya le iba a clavar el cuchillo cuando en esas le dio remordimiento a la diosa, que llegó invisible y le echó mano a Ifigenia y se la llevó por el aire, y el cuchillo se le vino a enterrar fue a una venadita que apareció ahi amarrada.

Acabemos de contar el cuento de Ifigenia, que ya le falta poco. Resulta que Diana se la llevó pa un país que se llama Táuride, y allá la puso a que le sirviera de sacerdotisa en un templo de ella, y el oficio que le tocaba hacer era matar a todo cuanto forastero llegara allá a pedir posada; pero una vez se aparecieron dos peregrinos, que eran nada menos que su hermanito Orestes y un amigo de él que se llamaba Pílades. Ifigenia en seguida reconoció a su hermanolo y resolvió volarse con él pa volver a su tierra, y así lo hizo, y ya se acabó el cuento.

Sigamos ahora con el ejército de los griegos, que así que empezó a brisar arrancaron pa su guerra y a los pocos días llegaron a las playas de Troya y ahi armaron su campamento y se pusieron a sitiarla. En esas duraron la carajadita de nueve años, y casi todos los días salían a pelear con los troyanos, y una veces ganaban ellos y otras los enemigos. Al cabo de este tiempo, cuando la cosa se estaba volviendo ya como medio cansona, fue cuando ocurrió el disgusto entre Agamenón y Aquiles que se volvió famoso.

Resulta que Agamenón, cuando iban de viaje, le había echado mano a Criseida, la hija de Crises, que era un sacerdote de Apolo, y la había nombrado moza oficial. Pero el viejito Crises no se tragó esa y fue y le picoñió a Apolo, y ése les mandó como castigo a los griegos una peste espantosa, y cómo sería que todos los días amanecía un tendal de muertos que ni siquiera alcanzaban a enterrarlos.

Entonces los griegos, desesperados, le preguntaron al adivino qué tenían que hacer pa que se acabara esa peste, y él les dijo que la condición que ponía Apolo pa dejarlos tranquilos era que Agamenón devolviera a Criseida.

Pero ¡quién dijo que Agamenón la devolvía, si estaba más enco...lado de ella que Romeo de Julieta, y que, como dicen, no se le apeaba ni en los malos pasos! ¡Cómo no, que la iba a soltar! ¡Ya voy, Toño!

Pero al fin tuvo que aflojar, porque todos los otros jefes se juntaron y nombraron a Aquiles pa que fuera a decirle que si no la devolvía le quitaban la jefatura.

Y entonces él, con la gana de mando, no tuvo de otra que despedirse de ella con un estrecho abrazo y amargas lágrimas. Pero juró vengarse. Y la venganza fue que al otro día mandó por Briseida, la moza de Aquiles, y cuando llegó éste por la noche a su carpa, después de haber peleado todo el santo día, y no la encontró, se pegó qué embejucada y se encerró con llave y candado y dijo que no contaran más con él pa su maldita guerra. Que de ahi no lo sacaban ni a tacos. Mejor dicho, ni tocándole campana. ¿Qué digo? ¡Oiganla!

47 Troya

Ibamos en que Agamenón le quitó a Aquiles la moza, que se llamaba Briseida. No era Criseida, que es un nombre muy parecido porque ésta fue la que tuvo que devolver Agamenón.

Como les conté, esta enviudada a la brava puso a Aquiles como una tatacoa, y se encerró en la tienda, y dijo que no peleaba más ni multado y a los soldados de él, que eran los mirmidones, les dio orden de no volve a mover paja, y que más bien se sentaran a rascarse las... rodillas sería. Y todo esto era pa que a Agamenón se lo tragara la tierra, porque él sabía que él era el más alentado de todos los jefes griegos.

Pero yo todavía no les he contado quién era este Aquiles. Era el hijo del rey Peleo y de Tetis, una de las Nereidas, que eran unas diosas de fondo del mar.

Esta Tetis era una belleza. Cómo sería que, cuando fue creciendo y se puso en punto de estar de uso, el primero que le clavó el ojo fue Neptuno, el dios del mar. Y después el mismo Júpiter. Y acuérdesen que a éste no se le escapaba ninguna. Pero a ésta sí la dejó ir, porque Temis que en ese tiempo era la esposa de él, y que también era muy celosa y adivinadora, le dijo:

-Si Tetis llega a tener un hijo de un dios, ese va a ser el mandacallar, capaz de acabar hasta con su mismo taita si se le atraviesa.

Entoces Neptuno y Júpiter pensaron que era una vaina que de pronto un hijo de ellos los viniera a destronar, y resolvieron que Peleo, que era un rey, pero mortal, fuera el que se comiera ese bocadito, que no era propiamente de cardenal, porque todavía no funcionaban los cardenales, pero que sí se le iba a uno la baba por ella.

Por eso vino a resultar Aquiles hijo de Peleo, y tan pronto nació se lo llevó Tetis pal río Estige, que es el que pasa por el Hades, y le echó mano de una patica y lo zambulló en el río pa que se volviera invulnerable, como dice el libro. Esto quiere decir pa que no le entrara ninguna arma. Y así quedó, menos por donde ella lo agarró, que fue por un taloncito. Por ahi sí lo podían matar. Y por ahi lo mataron. De ahi viene el nombre del tendón de Aquiles, que ustedes han oído mentar, que queda arribita del jarrete.

Pero no nos distraigamos y sigamos el cuento. Cuando el muchacho creció y ya se lo iban a llevar pal regimiento... ¡Qué digo regimiento!: pa la guerra de Troya, Tetis, pa que no se lo llevaran, lo disfrazó de mujer y lo metió entre una patota de muchachas de ese reino. Y cómo les parece que uno de los encargados del reclutamiento era uno de los jefes griegos que se llamaba Ulises. Después les cuento la historia de éste, que es muy buena. Por ahora les digo que este viejo era más marrullero y malicioso que el Patas con u, y como él sospechaba que Aquiles estaba entre esas muchachas, lo que hizo fue llevarles una tula llena de regalos de esos que les gustan a las mujeres: rizadores de pestañas, pintalabios, peinetas doradas y otro mundo de pendejadas, y entre ellas metió un arma. Y esa fue precisamente la que escogió el joven Aquiles, que por ahi derecho quedó fichado y tuvo que arrancar pa Troya.

Volvamos a donde estábamos: él encerrado, muerto de la ira, y los troyanos como con gana de cogerles ventaja a los griegos.

Primero fue la pelea cuerpo a cuerpo de Paris el troyano, el que se había robado a Helena, con Menelao, el marido de ésta.

Ustedes se acuerdan que Paris le había dado a Venus la manzana de la Discordia, y que por eso le había ganado ella a las otras dos candidatas. Pues con eso tuvo pa volverse una fanática troyista, nada más que pa defender a Paris. Así que esta vez, cuando la pelea con Menelao, y cuando

éste se iba a dejar ir a embestirlo con los cachos que le había puesto, llegó Venus entre una nube y los tapó y alzó con Paris y se lo llevó pa Troya sano y salvo.

Después vino otra pelea la macha entre Héctor, que era hermano de Paris, y Ayax, que era el segundo de los jefes griegos. Esta también quedó en tablas.

Y así siguió la guerra, ganando unas veces los unos y otras veces los otros. Y Aquiles ahi encerrado como un gurre. Y por mucho que le rogaban, no salía.

Pero resulta que él tenía un amigo de crianza y lo quería mucho, que se llamaba Patroclo. Este Patroclo era uno de los que se mantenía rogándole que saliera a pelear, porque los griegos se estaban viendo en las delgaditas. Pero Aquiles lo más que hizo fue dejarlo ir a pelear a él, y hasta le prestó sus armas, que las había hecho nada menos que Vulcano, el herrero de los dioses.

Pues salió el Patroclo muy engreído con sus armas bien polichadas y brillanticas, pero a las pocas vueltas le pega Héctor un chuzón en mala parte con la lanza, y hasta ahi llegó el amigo Patroclo. No se pudo levantar porque estiró la pata.

Y la lloradera y desesperación que le agarró a Aquiles no está escrita, porque, según parece, ese como que era un poquito más que amigo. Digo yo: porque esos griegos como comían de res y de ma_ rrano...¡Mentiras! No he dicho nada, pa que después no vayan a decir ustedes que yo soy un lengüilargo...

Por creer estoy que esa campana que empezó a doblar es por Patroclo. O también puede que sea pa dejarlos ya libres a ustedes por hoy.

48 Troya

Como les contaba la embejucada que se pegó Aquiles cuando le mataron a su Patroclo no está escrita. Lo primero que hizo fue llamar a su mamacita Tetis a que le mandara a hacer otras armas a Vulcano, porque él tenía que matar al hijuemadre que lo había dejado sin amigo.

Bueno: sin alargar de a mucho: salió al campo montando en su carro y se paró frente a la puerta de la muralla, cuando en esas va saliendo Héctor a toda, en un carro, y se deja venir sobre Aquiles y le avienta esa casinada de lanza, pero el escudo de Aquiles la atajó. Y entonces sí, que se tenga fino el amigo Héctor: porque el griego, que tenía muy buena puntería, le mandó la lanza y se la clavó por debajo de la cumbamba y no dio un brinco.

Y entonces se bajó Aquiles y lo amarró por las patas a su carro y empezó a dar vueltas con él en redondo de las murallas, barriendo el suelo con la cabeza de Héctor, como una escoba. Y así dio un mundo de vueltas, y el viejo Príamo desde arriba era rogándole que no humillara más el cuerpo de su hijo, hasta que a Aquiles le dio lástima y se lo entregó, y le hicieron muchos funerales en Troya. Aquiles también le hizo muchas ceremonias al cuerpo de Patroclo. Así acaba la Ilíada, que es el libro donde mejor cuentan esta guerra.

Pero no crean que se acabó así no más. La cosa siguió.

Los troyanos siempre tenían sus amigos que vinieron a ayudarles, pero que nada hicieron. Por ejemplo, una noche se oyó como un tropel de caballos que se acercaban haciendo mucha bulla, y que venían de por allá lejos, y que cuando llegaron donde estaba el ejército de los griegos se fueron metiendo como un huracán, abriendo calle y dejando el tendal a lado y lado. ¿Y saben quiénes eran? Nada menos que las amazonas: esas minusválidas de una teta que tanta inquina nos tenían a los hombres machistas. Pero de nada les valió ese envión, porque como venían de a caballo, los griegos se organizaron y empezaron a encerrarlas por grupitos entre cuatro carros y poco a poco las fueron dominando. La última, que era un palo de hembra muy troza y muy querida, le tocó a Aquiles, y eso fue como pelea de cucaracha patas arriba y vieja en chancletas: ahi quedó estirada de patas y manos misiá Pentesilea, que era la jefa de todas ellas. Pero pongan cuidado: apenas Aquiles la vio muerta se quedó mirándola fijo, fijo, y botó lejos la lanza y se puso a abrazarla y a darle picos. Y se le salían los lagrimones. Pa que vean cómo es de raro el amor.

En todo caso, la ayuda de las amazonas fue un fracaso, y los troyanos se encerraron en el pueblo y cerraron las puertas de las murallas y se pusieron a esperar que los griegos se largaran. Pero nada que se iban.

Y una tarde que estaban unos griegos, y Aquiles estaba entre ellos, peleando con unos troyanos que habían salido a novelerear, empezaron estos a tirarle a él con más gana, pero no le entraba nada. Entonces Paris, que estaba encima de la muralla, viendo que ninguno le hacía nada armó el arco y le mandó una flecha a la espalda, pero la flecha rebotó en la armadura y se deslizó de pa abajo y se le vino a clavar en el talón por donde lo había agarrado su mamacita Tetis -¿se acuerdan?-, y ahi quedó el amigo Aquiles como el que pisó el tranvía.

Los troyanos se pusieron muy contentos con la muerte de él, y pensaron que con la falta que les iba a hacer, los griegos se iban a tener que ir. Entonces fue cuando Ulises, el más malicioso y más jodido de todos los jefes griegos los juntó y les dijo:

-Estos pendejos troyanos están creyendo que nos vamos a tener que volar porque nos mataron a Aquiles. Ahi manecen. Se me acaba de ocurrir una perrada pa entrar allá y acabar con ellos. Hagamos un caballo de palo, pero bien grande, como del altor de una casa, y coco por dentro.

y metámonos unos de nosotros en la barriga y dejémolo al pie de una de las puertas, y alcemos con todo, y soltemos los barcos, y hagamos como que nos fuimos, y no dejemos aquí sino el caballo, a ver qué pasa.

Pues así se hizo, y lo que pasó fue que los troyanos creyeron que los griegos se habían largado, y salieron, y cuando vieron esa belleza de caballo lo entraron entre todos, porque allá no había grúa del Automóvil Club. Y se agarran a tomar trago a lo desgualetado dizque pa celebrar la ida de los enemigos, que desde hacía diez años los habían tenido encerrados. Pues, cuando ya estaban todos caídos de la rasca, van saliendo Ulises y sus compañeros, de adentro del caballo, y abrieron la puerta de la muralla y por ahi se colaron todos los griegos, que se habían devuelto en los barcos y que no estaban esperado sinó una señita.

Y eso fue la hora llegada. Ahi fue Troya, como dicen. Los que entraron acabaron hasta con el nido de la perra.

Pero no sé por qué tengo la impresión de que ya va a sonar la maldinga campana, y no quisiera acabar la clase sin contarles lo de Menelao. Cómo les parece que lo primero que hizo éste cuando se vio adentro fue ir a buscar a su señora Helena, la que le había puesto unos cachos como los de Olafo, y iba hecho una tatacoa, voleando esa espada, como para no dejar ni el pegado. Y cuando llega a ese palacio va saliendo ella con qué túnica trasparente, sin brasier ni cucos ni nada, y ¡qué fue aquello! Ahi mismo tiró Menelao esa espada pa la porra y quedó armado de otra cosa, y se le aventó a abrazarla que casi la ahoga, y a comérsela a picos, y no les cuento lo que siguió porque ya empezó el tilingueo de esa campana tan metida que tiene que venir a interrumpir los cuentos en lo más fino.

49 Troya

Ya vieron ustedes cómo los griegos, con el caballo de palo que s inventó Ulises, se metieron a Troya y no dejaron quién contara el cuento Los troyanos chuparon por bobos, porque harto que les advirtieron qu cuidado con ir a dejar entrar ese caballo. El primero que se los dijo fu uno de los curas del dios Apolo, que era un adivino y se llamaba Laoconte y que se mantenía cantaleteándoles a sus paisanos:

-No dejen entrar ese maldito táparo, que nos traga la tierra Ténganles miedo a los griegos y a los regalitos que nos dejan. No s confíen de a mucho.

Pero los troyanos, embelesados con el maldito caballo, ¡much caso que le hacían! Eso era como oír llover.

Hasta que un día que estaba Laoconte en la playa, echando s sermón, se oyó un chapaleo muy particular por allá mar adentro y fuero saliendo dos machas de culebras que echaban candela por la boca llegaron a la playa y se le enroscaron a Laoconte y a los dos hijos de é que estaban acompañándolo, y dicen a apretar y a apretar y apenas se oía crujir los huesos, hasta que boquearon los tres. Esas culebras las habí mandado Neptuno, que era amigo de los griegos, pa que los troyanos n le hicieran caso a Laoconte y entraran el caballo.

Otra que también gritó en todos los tonos que no lo fueran a dejar entrar porque les pesaba, fue Casandra. Esta era una muchacha hija del rey Príamo y de Hécuba, y venía a ser, pues, hermana de Paris y de Héctor -pero no de Hétor el de la Negra Nieves-. Esta era, pues, de los de la cren de Troya. Y qué tan linda sería que el dios Apolo se pegó la enamorada más horrible de ella no más la vio, y empezó a bregarle, pero ¡qué!: ella no soltaba prenda. Y Apolo no sabía qué darle pa ablandarla. Cómo sería que llegó hasta darle el don de la profecía. Le dijo:

-Te voy a volver la mejor adivinadora del mundo, pero eso sí: vos sabés con qué me pagás. Esta noche vengo.

Pero cuando vino el dios a cobrarle el regalito empezó ella a hacer la de mi alma, con mil cismatiquerías y moños y repelencias, y a inventar disculpas de esas que tienen todas cuando no quieren: que dizque estaba enferma; que volviera por ahi el sábado, a ver si ya. Y el sábado volvía él y salía ella con otro invento, hasta que se le llenó la taza al bello Apolo y la mandó pal carajo, y le dijo:

-Bien podés guardar eso pa los gusanos. No creás que sos la única. Yo tengo mucho adonde rebuscarme. Pero esto no se queda así: vos me la pagás. Y va a ser muy fácil. Yo no te puedo quitar el regalo que te di de poder adivinar, porque nosotros los dioses no nos podemos mamar de lo que dijimos. Con nosotros es que se cumple el versito de

dar y quitar
campanas de hierro,
derecho al infierno.
Dar y no quitar,
campanas de oro,
derecho al coro.

(El coro viene a ser el Olimpo). Pero, eso sí: voy a hacer que nadie te crea lo que digás. Y hasta lueguito pues, mi querida amiga.

De ahi es que viene el dicho de que Fulano es una Casandra, porque aunque diga la verdad, nadie le cree, como a los políticos de aquí.

Entonces Casandra, toda desesperada, se metió a la iglesia de Minerva, a rezarle, cuando los griegos estaban adueñándose de Troya, tumbando y capando, salando y soltando. Y estaba ella, pues, allá como les digo, rezando, cuando va entrando Ayax de Oileo, que era uno de los jefes griegos, mala ficha él, y apenas vio a Casandra se le dejó ir y la apercuelló por allá detrás de una pilastra y sin pedirle permiso, le hizo el mandado.

Entonces Minerva, que había sido una de las defensoras de los griegos, se volvió ahi mismo enemiga de ellos y pegó pa donde Neptuno, el dios del mar, que también había sido hincha de los griegos, y le pidió que los castigara por infames y descarados que habían cometido semejante sacrilegio en su iglesia con una pobre muchacha que estaba rezando.

Neptuno se puso también como una fiera, y dijo:

-¿Conque esas tenemos? Que se tengan de la crin, que van ladeados.

Y cuando salieron todos los buques griegos de vuelta pa las casas, empezó a desatar unas tempestades tan horribles que eso parecía la hora llegada: a Agamenón se le hundieron casi todos los buques; Menelao fue a templar a Egipto...Y así por el estilo.

Odisea

Al único que no le fue tan mal fue a Ulises, al que se le había ocurrido lo del caballo de palo. Y eso porque a ése lo quería casi todo el mundo, hasta los mismos dioses. Y aunque no le pasó nada grave, siempre le tocó andareguear diez años por el mar antes de llegar a su tierra, que era una isla que se llamaba Itaca (no digan itáca sinó itaca). Allá había dejado, hacía diez años -que fue lo que duró la guerra de Troya- a Penélope, que era la mujer de él, con el único muchachito que habían tenido, que se llamaba Telémaco.

Penélope era un lapo de hembra, muy alentada, y desde que Ulises salió pa su guerra se le había llenado la casa de pretendientes, a echarle cada uno el cuento más reforzado y a llenarle la cabeza con noticias inventadas de que a Ulises lo habían matado y que no fuera boba: que no perdiera el tiempo y que se resolviera por alguno de ellos. Ojalá por el que estaba hablando.

Pero ella tenía su malicia de que su maridito debía estar vivo, y juró que lo iba a esperar hasta que San Juan agachara el dedo. Y ahora caigo en cuenta de que San Juan era uno de esos santos de dedo parado. Sigamos, y no nos distraigamos. Penélope, pa embolatar a los pretendientes, se inventó una perradita, que será después que se las cuento, porque lo que es aquella puercada de campana ya nos mochó la clasecita.

50 Odisea

Les iba a contar yo la perradita que se había inventado misiá Penélope pa embolatar a esa parranda de sinvergüenzas que eran los pretendientes, que se la pasaban todo el día sin mover paja, jugando dominó, comiéndose lo mejorcito que encontraban en la despensa y tomándose el vino de las bodegas, hasta que acababan caídos de la rasca, tirados en el suelo en un tendal. Y eso era un día sí y otro también.

Y Penélope y el hijo de ella, Telémaco, que ya estaba crecidito, no los podían echar, porque eran ejecutivos importantes, de unos reinos vecinos, y la ley de hospitalidad en Grecia era cosa seria.

Entonces ella, pa quitárselos de encima y que no la estuvieran jeringando, les dijo que no los podía atender hasta que no acabara de tejer una mortaja muy trabajosa de hacer, de puro croché, pa Laertes, el suegro de ella, el taita de Ulises, que ya estaba muy viejito y muy chocho y a punto de parar los tarros.

Y así se la pasaba ella todo el santo día, tejiendo y tejiendo, y por la noche al escondido, desbarataba todo lo que había tejido, y al otro día volvía a empezar. Y ellos desde lejos la veían muy atareada voleando aguja sin descansar, y no les quedaba modo de protestar. Y así se la pasaron un montón de años; pero nada que se iban. Hasta que una

sirvienta de esas lengüilargas, fue y les contó, y entonces fueron ellos a pistearla una noche y la encontraron con las manos en la masa, desbaratando lo que había tejido, y ahi sí fue cierto que empezaron a acosarla pa que se definiera por alguno de ellos, pero que fuera ligero, porque tenían mucho afán. ¿Y saben cuánto hacía que estaban ahi aplastados tagarniando? Ya iban pa los diez años, y Ulises ya estaba a punto de llegar.

Pero en esos diez años le habían pasado muchos cachos al pobre, y esos son los que cuenta este libro de aventuras, que es uno de los mejorcitos que yo me he leído. Se llama La Odisea, porque los griegos, al amigo Ulises le decían Odiseo. Pongan cuidado y verán.

Cuando se embarcó en Troya con toda su gente, ya de vuelta pa las casas de ellos, los agarró qué tempestad tan espantosa que les mandó Neptuno, que estaba hecho un tigre contra los griegos por lo de Casandra que les conté el otro día. Lo cierto del caso fue que estuvieron nueve días peleando con esas olas que parecían morros al galope, y ellos dando vueltas a la loca, que no sabían ni pa dónde iban.

Hasta que un día por fin llegaron a una isla, que era la de los comedores de lotos. Estos lotos eran unas matas grandecitas, como sietecueros, y al que comiera las flores se le quitaban las ganas de volver a la casa y se le olvidaba todo lo que había pasado. Esas sí eran lagunas no como las de estos borrachitos de ahora, que sí vuelven a la casa quieran que no.

Pues estos tipos de la isla invitaron a los compañeros de Ulises a pegarse una traba con esas tales flores, y ya no querían volverse pa los buques cuando Ulises los llamó, y tuvo que llevarlos a la brava amarrados con lazos y arrastrados, porque estaban ranchados, juro a tacos que no se iban.

Al fin arrancaron otra vez y siguieron navegando, hasta que llegaron a otra tierra, que era el país de los cíclopes. Esos eran unos gigantes que no tenían sinó un ojo en la mitad de la frente y eran preferidos de Júpiter. El les había dado esa tierra pa que vivieran tranquilos en ella y allá tenían ellos su ganado y sus sementeras muy bonitas.

Y resulta que cuando llegó Ulises allá con su gente, lo primero que vieron fue la boca de una cueva muy grande allá al frente, en media falda de la montaña, y pa allá salió Ulises con doce de ellos, a vér qué era la vaina. Ellos venían ya aguantando hambre, porque ya se les estaban

escaseando las provisiones, y llevaban un zurrón con un vino muy bueno que tenían, pa dárselo de regalo al que les diera posada. La puerta de golpe del cerco del frente estaba abierta, y ellos se fueron entrando como Pedro por su casa, y vieron que la gente que vivía ahi debía ser acomodada, porque al lado había unos chiqueros llenos de ovejitas y chivitos recién nacidos, y en las paredes, unas alacenas tuquias de quesitos y de calabazos de leche. Y esto que ven ellos y que se agarran a comer y a bogar, sin pedirle permiso al dueño, porque no estaba.

Cuando por fin llegó. Era un muán disforme de grande y de feo, con su mocho de ojo redondo en la frente, más azaroso que el diablo, y fue entrando, arreando una partida de ovejas, y después cerró la boca de la cueva con una plancha de piedra que estaba recostada a un lado, tan desproporcionada de grande y de pesada que no la movía ni un buldozer.

Y apenas entró y sintió gente extraña, pega qué berrido:

-¿Quién carajos se atrevió a entrar a la casa de Polifemo?

¿Quiénes son ustedes: negociantes o piratas?

A ellos se les bajó el corazón a los jarretes, menos a Ulises, que se le paró al frente, muy repechado, y le contestó bien entonado:

(Lo que le contestó Ulises no lo va a dejar oír el escándalo que está haciendo aquella bendita campana. Después les digo qué fue).

51 Odisea

La clase pasada se las acabé más o menos así:

"Ulises se le paró al frente a Polifemo, muy repechado, y le contestó...Después les digo qué fue lo que le contestó".

Pues fue esto.

-No, señor. Nosotros no somos ningunos piratas, sino unos meros náufragos, que venimos de la guerra de Troya, a pedirle que nos dé la mano, por amor de Júpiter, que es que estamos en la...

Pero Polifemo no le dejó acabar de decir "olla", sinó que le gritó:

-¡Qué Júpiter ni qué carajos! Yo soy más importante que todos los dioses juntos...

Y fue estirando esos brazotes, y en cada mano agarró un hombre y les apachurró la cabeza contra el suelo, y se los fue comiendo con qué gusto, y se saboreaba y se lambía el bozo. Después se estiró atravesado en un somier que era como este cuarto de grande y se quedó profundo.

El sabía que nada le podían hacer, porque entre todos no eran capaces de mover la plancha de piedra de la entrada, y si acaso lo mataban, ahi se quedaban encerrados pa toda la eternidad. Amén. Esa noche no pegó Ulises los ojos, reventando cabeza a ver cómo iban a hacer pa volarse de ahi; porque, si no, a las tripas del gigante iban a parar todos.

Pero en toda la noche no se le ocurrió enteramente nada. Y cómo les parece que, cuando amaneció, lo primero que hizo el tal Polifemo fue echarle mano a otros dos y manducárselos como desayuno. Después fue saliendo con sus ovejas y trancó la boca de la cueva con la plancha de piedra.

Ulises se quedó adentro echando mempa a ver qué camino iba a coger, cuando al fin se le ocurrió una idea, y fue esta: tirado ahi en el suelo, al lado de los chiqueros había un palo largo y derechito, como una vara de premio, y entonces lo apartaron entre todos y le sacaron punta y lo escondieron. Y se pusieron a esperar la llegada del gigante y cuando llegó y se merendó otros dos, va sacando Ulises una totumada de vino y se la ofrece, lo más de zalamero.

-Vea, don Poli. Páselos con este vinito, que es lo único que le podemos ofrecer y perdone la poquedad, pero es con mucho gusto.

Don Poli se lo bogó de un tirón y le pareció tan bueno que pidió más, y siguió pidiendo y pidiendo hasta que quedó fundido de la rasca.

Entonces sacaron ellos el palo y le metieron la punta en la candela hasta que se puso colorada como un tizón, y entonces lo levantaron entre todos, y contó Ulises.

-¡A la una, a los dos y a las...

Y ellos meciendo ese palo pa atrás y pa adelante, y cuando dijo "¡tres!" se lo clavan en todo el ojo a Polifemo, y se levanta semejante animalón a los berridos, bregando a echarles mano. Pero, como había quedado ciego, no tenía ni idea dónde estaban. Y ellos por allá agazapados en un rinconcito, aguantándose la risa.

Y cuando él vio que no los podía agarrar, resolvió irse pa la boca de la cueva, y apartó la plancha, y se sentó a tapar el paso y estiró los brazos de lado a lado pa echarle mano al que se fuera a salir. Pero Ulises tenía pensado ya el modo de embolatarlo. Cogió y amarró de a tres las ovejas, una detrás de otra, y por debajo de cada turega de esas iba un hombre escondido entre la lana, amarrado con guascas. Y las ovejas iban saliendo y el gigante las tocaba por encima pa ver que ninguno de ellos fuera montado, y así lograron salir, y se soltaron y pegaron carrera pa los buques, y cuando ya estaban adentro, le grita Ulises a Polifemo:

-¿Qué hubo, don verraco? ¿Te quedates con la gana de almorzarte todos estos hombrecitos? Ve dónde estamos ya. ¡Ve! ¡Mucho que nos podés ver! Muy bueno, por hijue... (y se la arrió, con toda la boca).

Entonces coge ese gigante una macha de piedra y la avienta pa donde oía las voces, y por nada que le pega a uno de los buques, y levantó una ola altísima, que casi lo voltea. Pero ellos le echaron ahi mismo mano a los remos y salieron despedidos.

Y llegaron a la isla de Eolo, que era el rey de los vientos, que los recibió muy bien, y allá se estuvieron unos días, y cuando se fueron a ir le regaló a Ulises un talego de cuero donde estaban metidos los vientos de las tempestades, bien encerrados pa que no se fueran a salir y dejaran a Ulises volver tranquilo a su tierra.

Pero resulta que una tarde que estaba Ulises haciendo perro, después de almuerzo, se antojaron los hombres de ver qué infiernos sería lo que tenía ese taleguito que guardaba él con tanto cuidado, y lo abrieron, y ¡qué fue aquello!: salieron ahi mismo todos esos vientos y se va desatando la tempestad más espantosa que ustedes se puedan imaginar. Y duró días y días y a duras penas la lograban dominar esos buquecitos, que parecían potros cerreros.

Hasta que por fin tocaron tierra. Pero resulta que esa era la tierra de los Lestrigones, que eran unos gigantes que comían carne humana, como los cíclopes, y a medida que fueron llegando los buques los iban volviendo pedazos y se comían a la gente que venía en ellos. Y así acabaron con todos, menos con el de Ulises, que antes de entrar al puerto se dio cuenta y voltió cola. Y Ulises se entonó a cantar.

Entonces yo daré la media vuelta...

Y la media vuelta estaba dando cuando le sonó la campana.

52 Odisea

Antes que dejarse echar mano de los hijuemadres Lestrigones, Ulises voltió cola y en su buque, y con los hombres que le quedaban, fue a templar a la isla de Eea, y allá amarró el buque en una barranquita y se bajaron.

Entonces Ulises se subió a un morrito que había al frente, a ver qué divisaba, y alcanzó a ver por allá en la porra como un humito que salía del monte. Ahi mismo juntó su gente y la partió en dos: él se hizo cargo de la mitad y se quedó en el buque, y la otra mitad se la entregó a Euríloco.

Y le dijo:

-Andá a ver qué hay allá, y conseguí que nos vengan a ayudar.

Pero ojo, pues: no te vas a demorar.

Sin más vueltas salió Euríloco, y a poco encontraron el palacio de Circe, que era hecho de una piedra lisita, muy bonita, pero por todas partes lo estaba rondando una parranda de lobos y leones y panteras y tigres y toda laya de fieras, que eran hombres que Circe había encantado. Porque ella era una maga o bruja, y a todos los hombres que llegaban allá les daba unas yerbas y los volvía animales. Pero por dentro seguían pensando como hombres.

(Y Amnistía Internacional no dijo nada por el tratamiento que les daba mi doña a los derechos del hombre...)

Y apenas esos animales vieron a los hombres de Euríloco se acercaron donde ellos, mansiticos, y empezaron a volearles la cola y a lamberlos. ¡Claro! Como ellos no eran fieras sinó hombres también...

Bueno. Cuando llegaron cerquita al palacio oyeron que adentro estaba cantando muy entonada una mujer, y se resolvieron a entrar a ver quién carajos era. Pero Euríloco se quedó afuera, y dijo:

-¡Eh! ¡No me crean tan marrano! Yo no me voy a poner a entrarme a una casa desconocida, con todo lo mal que nos ha ido en otras aventuras... ¡Quién sabe qué clase de trampita nos tendrán armada!...

Pero los otros sí entraron. Y ahi mismo llegó esa Circe, que era un trozo de hembra, lindísima, y los hizo entrar, y los sentó en qué poltronas y en qué sillones tan lujosos forrados en puro corduroy, y les mandó servir...

Mejor les leo lo que dice el libro...

"Confeccionó un potaje de queso, harina y miel fresca con vino del Pramnio, y echó en él drogas perniciosas. Dióselo y bebieron y, de contado, los tocó con una varita y los encerró en pocilgas. Y tenían la cabeza, la voz, las cerdas y el cuerpo como los puercos, pero sus mentes quedaron tan enteras como antes".

Quedaron, pues, enchiquerados, vueltos unos marranos de ocho arrobas, tragando aguamasa por boca y nariz, pero eso sí: en sus cabales. Y Euríloco, que se quedó afuera atisbando por una rendijita, cuando alcanzó a ver en lo que se habían vuelto sus amigos pegó patas ahi mismo pal buque a contarles al jefe y a los otros lo que había pasado.

Esto que oye Ulises y que se vuelve medio loco y arranca pa la casa de Circe como alma que lleva el Pu...rísimo Demonio. No hubo forma de atajarlo ni de hacerle ver en la que se iba a meter. El lo que quería era salvar a sus compañeros: porque, eso sí, pa buen jefe ése.

Iba, pues, volando cuando en el camino lo atajó un muchacho sardino él, lo más de bien plantado, y que no era sinó la carajadita del dios Mercurio, el mandadero de los dioses, que lo cogió del brazo y lo hizo sentar a un lado de él y le dijo:

-Vení acá. Yo sé pa dónde vas tan a toda. Acordate que de la carrera no queda sinó el cansancio. Poneme, pues, atención a lo que te voy a decir, que es por tu bien. Yo sé que vos vas con la intención de libertar a aquellos

muchachos; pero no se te olvide que esa Circe es tan jodida que si te descuidás vas a quedar convertido vos también en un marrano. Y el más acuerpado de todos, pa que lo sepás. Pero haceme caso y dejate ayudar. Te voy a dar una yerba machucadita, pa que te la tragués ya mismo pa que no te haga efecto la porquería que ella te va a dar, pa enmarranarte como a los otros. No te dé miedo y bien podés zamparte lo que te ofrezca; pero eso sí: arrancale ahi mismo con la espada, como a llevártela en banda, pa que la aterrés, y cuando ya la tengás dominada, hacele jurar por todos los santos dioses del Olimpo que no te volverá a hacer ningún mal a vos ni a tus amigos.

Y así fue. Todo pasó tal y conforme lo había dicho Mercurio. Y apenas ella vio que no le habían obrado los hechizos, se quedó aterrada y se tiró al suelo y se le abrazó a las piernas y empezó a decirle...

Pero ¡qué!: si esa maldita campana no deja oír lo que le dijo...

53 Odisea

Ibamos en que Circe se le abrazó a Ulises a las piernas, y empezó a decirle:

-Quién sos vos, por Dios, que te quedás como si nada fuera, después de todo lo que te di a tomar. Apuesto a que vos sos el tan mentado Ulises. Vení acá, amor mío, que yo te voy a adorar. Por fin me llegó mi Mejoral. Vení pal tálamo, pero es ya mismo, porque estoy que me reviento de las ganas.

Y aunque también se le alborotaron a Ulises, con semejante palo de hembra, se las aguantó, y antes le dijo:

-Yo siento en el alma desatenderla, señorita, pero es que mi religión me prohibe ponerme a hacer eso con usted, a no ser que nos prometa y nos jure que no nos vuelve a hacer ningún mal y que vuelva a convertir a mis compañeros en lo que eran.

Circe juró y requetejuró, y como por arte de magia fueron apareciendo los muchachos vueltos gente otra vez, buenos y sanos. Y Circe mandó a las esclavas que los atendieran bien, y a Ulises le dijo:

-Ahora sí, mijo: ya puede estar tranquilo. Vámonos pa allí, pa mi aposento y dejémolos a ellos que se entretengan ahi con las muchachas y que no nos vengan a perturbar.

Lo que siguió sí se lo van a tener que imaginar ustedes, porque yo sé que si me pongo a contarlo es fijo que meto la pata. Hay que ver lo que me han regañado dizque por fuerte. ¿Fuerte? ¿No están viendo que en la Mitología no funciona pa nada ese sexto mandamiento que inventaron los judíos? No vayan a creer que son cosas mías.

En todo caso, esa noche la pasaron Circe y Ulisitos, como le decía ella, más bueno que hasta ahi. Cómo sería, que Circe quedó como embarbascada. No se imaginan ustedes la traga que se pegó de Ulises. Porque en ese tiempo no había gitanos, o si no, cualquiera hubiera dicho que le había caído la maldición del gitano. Ella creía que eso como que se le iba a acabar y que había que sacarle todo el jugo que se pudiera.

Y hizo su modo y su maña de atajar a Ulises un año entero, lo mismo que a los compañeros. A estos los puso a vivir a boca que pedís pa que no se aburrieran. Pero al fin hasta el gordo empalaga, así que un día le dijeron al jefe:

-Bueno, patrón. Esto está muy amañador, pero ya nos tenemos que ir. Tenemos que volver a las casas, porque allá deben estar esos mayordomos adueñados de todo, y hasta a las mujeres nos las habrán cuenteado ya.

-Peor pa ellos- les contestó Ulises, riéndose. Pero les hizo caso y esa misma noche se despidió de Circe. ¡Cómo sería la despedidita! Ella no quería dejarlo ir; pero como al fin y al cabo ella les había jurado no hacerles ningún mal, y atajarlos era muy mal hecho, no tuvo otra que dejarlos ir. Y la última recomendación que le hizo a Ulises fue ésta:

-Tenés que bajar al Hades a recibir las instrucciones del adivinador Tiresias, pa que te indique lo que tenés que hacer pa volver sano y salvo a tu tierra. Y adiós, mi amor, por si el recuerdo mata. Y si no me escribís, me mandás el retrato.

Y esa noche les dio una fiesta de despedida con qué tríos y qué mariachis, ¿oye? Eso fue de amanecida. Cómo sería, que al otro día por la mañana, cuando ya se estaban alistando pa salir, el menor de todos ellos, que se llamaba Elpenor, que se había subido a la terraza a dormir la rasca, cuando sintió la bulla que estaban haciendo los otros se despertó todo asustado y se le olvidó que la escalera quedaba atrás y siguió pa adelante y se fue de cabeza y se desnucó. Eso es lo que se llama un acto fallido. Esto se lo aprendí al doctor Socarrás. No crean que es por descrestarlos.

Entonces se fueron a hacerle caso a Circe en lo que les habia mandado de bajar al Hades a buscar a Tiresias pa que les dijera cómo les iba a acabar de ir en lo que les faltaba por navegar.

Pa ir al Hades tenían que atravesar un río que se llamaba Océano y al otro lado ya era el reino de Plutón y Proserpina. Allá tenían que cavar un hueco en la tierra -pero bien hondo, como esos que tienen las calles de Medellín- y llenarlo de sangre de chivo pa que las benditas ánimas vinieran a beber, porque les encanta la sangre. Y cuando fueran llegando tenía que sacar Ulises su machete de la vaina y enfrentárseles a no dejarlas arrimar, hasta que apareciera la del viejito Tiresias, y ése sí podía bogársela hasta que se la tocara con el dedo.

Pues así lo hicieron. Y no bien estuvo bien entamborado de sangre mano Tiresias cuando sonó la campana. Se había demorado mucho.

54 Odisea

Cuando el alma bendita de Tiresias se jartó de bogar sangre de chivo, y cuando dejó de repicar la tal campana, llamó a Ulises aparte y le dijo:

-Ve, hombre: la única recomendación que te hago es que si acaso llegan a desembarcar en la isla de Tinacria, donde el Sol tiene su ganado de engorde, no le vayan a hacer nada a esos novillos, que son una belleza de cebús de pura sangre. Son las niñas de los ojos del Sol, y él no permite que nadie les vaya a tocar un pelo. Así, pues, que advertiles a estos vagamundos que cuidado con írsele a arrimar a esos animales, porque se los traga la tierra. De resto, hombre, siempre te va tocar pasar trabajos antes de llegar a tu casa, pero al fin llegás. El cuento de las aventuras que vas a tener se podía llamar la Crónica de un Regreso Anunciado. Y hasta después, pues, mi querido Liches.

Pa no hacerme muy largo: cómo les parece que a los pocos días pasaron por frente de la isla de las Sirenas...

¡Ah! Se me había olvidado contarles que cuando estaban donde Circe, ella le había hablado a Ulises de las Sirenas, y le había explicado que eran tres muchachas, muy lindas ellas de la cintura pa arriba, y muy

bien entetaditas, si me perdonan la expresión, pero que de ahi pa abajo no tenían oficio porque acababan en cola de pescado...

Pero eso sí: formaban un trío que ya se lo quisieran pa la nueva programación de la televisión: la una tocaba guitarra -o cítara, o no sé qué- y la otra, flauta y la otra cantaba, y el que las llegara a oír se quedaba embobado oyéndolas, y entonces ellas, que eran unas caníbales horribles, que comían gente, se lo zampaban y no dejaban ni el pegado. Ahi al lado de ellas se veía la güesamenta de los que se habían merendado. Por eso le dijo Circe a Ulises que cuando empezara a oírlas -como nadie se aguantaba las ganas de arrimárseles- que les taponara bien los oídos con cera a los hombres y que les dijera que lo amarraran a él bien fino en un palo del buque pa que pudiera oírlas sin peligro.

Pues así lo hicieron cuando pasaron por frente de ellas, y ese Ulises, amarrado con sogas en el palo grande, como en un bramadero, les gritaba a los hombres que lo soltaran, que él quería irse pa donde ellas, pero más apretado lo amarraban, y así pudieron salir con bien de esa hecha.

Después les tocó pasar por entre Escila y Caribdis. Escila era una roca muy azarosa, llena de filos y puntas, que atraía a lo que pasara por ahi cerquita y había que sacarle el cuerpo pa que el buque no se fuera a volver astillas si chocaba con ella. Y al frente estaba Caribdis, que era un remolino que se tragaba todo lo que se le acercara, y a los tres días lo vomitaba, cuando ya pa qué.

Pues sí: a ellos les fue mal, pero no tanto, porque la diosa Minerva, que era hincha de Ulises y de su equipo los hizo pasar a toda, y Caribdis no logró echarles mano sinó a seis de ellos, y a esos sí se los tragó, y hasta el sol de hoy.

Ellos siguieron su viaje, y a los pocos días fueron a dar a la famosa isla de Tinacria, donde el Sol tenía su ganado, y cómo les parece que los grandísimos pendejos en un descuido de Ulises cogieron unos novillos de esos y los mataron y los prepararon a la llanera, que desde lejos se sentía ese olor, y Ulises se les vino sobre el humo, hecho una fiera y la disculpa que le sacaron por no haberle hecho caso a lo que él les había dicho de no tocar esos animales, es que ellos se estaban muriendo de la gurbia, y que no se habían aguantado las ganas, viendo esos novillos tan empostados y tan provocativos.

Pero el viejito Tiresias no les había dicho mentiras en lo de que el Sol no se quedaba con esa. Dicho y hecho. No más se embarcaron pa

seguir su viaje, le pidió el Sol a Júpiter que les disparara un rayo, y más me demoro yo en contarlo que en oírse la tronamenta y hundirse ese buquecito con todo y gente en la insondable profundidad marina. (¡Qué tal la frasecita!). No se salvó sino Ulises, y eso porque él no había tenido parte en lo de los novillos, y porque Minerva lo protegía. Y quedó el pobre aventando brazo en esa inmensidad de charco, sin tierra a la vista, hasta que por allá como a los tres días, cuando ya estaba mamado, tocó por fin tierra.

Era la isla de Calipso. Menos mal que esta era una ninfa más linda que el Carajo -¿quién será el Carajo?- que vivía sola allá, y hay que ver la alborotada que se pegó cuando vio semejante macho estirado en esa playa, en pura almendra...Pues ahi mismo alzó con él pa la casa y allá lo bañó, lo perfumó, le puso una levantadora -de mujer era, pero no le hace- ...en fin: resultó por el estilo de Circe, o peor todavía, porque se adueñó de él como cinco años, y si no es por los dioses que lo protegían, allá estaría todavía sacándole jugo a Calipso -o ella a él: ni an se sabe-.

Con los dioses había pasado esto: ustedes se acuerdan que cuando Ayax, uno de los jefes griegos, le dio su macha de violada a Casandra cuando ella estaba en la iglesia rezándole a Minerva, ésta, y los otros dioses que habían sido fanáticos de los griegos, se volvieron contra ellos y dejaron que Ulises y sus compañeros pasaran trabajos diez años, y aquí sí se puede decir que pagaron justos por pecadores; pero Minerva, que había querido mucho a Ulises, por buena persona y por avispado y verraco, le dio a lo último lástima de él y convenció a los otros dioses, empezando por el mismo Júpiter, que no lo siguieran atormentando y que lo dejaran llegar tranquilo donde su Penélope, que tenía más derecho a él que ninguna de esas sinvergüenzas, que se lo habían aprovechado. Y todos los dioses, menos Neptuno, el del mar, se volvieron ulisistas convencidos, y resolvieron ayudarle. El propio Júpiter mandó en seguida al mensajero, que era Mercurio, a que fuera donde Calipso y que le dijera que le diera a Ulises el modo de salir bien salido de allá, porque ya a ella se le había llegado la hora de la campana.

Que es la misma que nos llegó a nosotros.

55 Odisea

Ibamos en que todos los dioses, menos Neptuno, habían resuelto darle la mano a Ulises, y que a eso mandó Júpiter a Mercurio: a que fuera adonde Calipso a decirle que lo dejara ir, que ya era justo. El cogió su varita mágica y salió volando pa la isla de Calipso, y llegó a donde ella y le dio la razón de Júpiter. Ella se puso a hacer pucheros y a decir que por qué gracia se lo iban a quitar; que ella lo había cuidado todos esos años, desde que había llegado todo náufrago a la isla, y que además ella no tenía buque ni marineros ni nada pa despacharlo.

Mercurio le dijo que eso era problema de ella; que en todo caso no hiciera nojar a Júpiter, que no hiciera más que cumplir las órdenes. Y "¡chao!". Y alzó el vuelo.

A Calipso entonces no le quedó más camino que ir donde Ulises que estaba por allá en la playa, todo triste, casi a punto de llorar de verse tan desterrado, y le dijo que con dolor del alma lo iba a tener que dejar ir porque no había de otra, pero que como ella no tenía buque ni nada, que en ese monte había palos, y que ella le prestaba herramientas pa que hiciera en qué irse.

Y esto que le dice a mi hombre, y él ni corto ni perezoso, tumbó ese mismo día veinte palos de abarcadura y empezó a hacer una balsa, que

en cuatro días la acabó. Y muy jalada que le quedó, por cierto; con techo, velas y timón y todo.

Y la cuarta noche fue la despedida de mi doña. Creo que no pegaron los ojos. Pa que no digan que son invenciones mías, oigan lo que dice el libro:

"Púsose el sol y sobrevino la oscuridad. Retiráronse entonces a lo más hondo de la profunda cueva; y allí, muy juntos, hallaron en el amor contentamiento".

El de la despedida fue, pues, el de los pajaritos: el trino de los pajaritos.

Y se montó Ulises en su balsa, donde Calipso le había echado un mundo de mudas de ropa, y bastimento y de todo, y "¡adiós!, Helena: en la estación te aguardo!".

Diez y siete días navegó, pegado de ese timón día y noche, sin pegar los ojos, hasta que por allá como a las tres semanas alcanzó a divisar como una montañita que asomaba en el mar y pegó el grito de alegría:

-¡Por fin me salvé!

Pero, ¡qué! Si en ese momento lo alcanzó a ver Neptuno, el que se la tenía velada, que venía de un viaje por allá de la porra, y apenas lo vio, dijo:

-¡Ve aquel! ¿Estará creyendo que se me va a volar así no más? ¡Cómo ño, moñito! No sabe con quién se está enredando...

Y manda qué verraca de tempestad tan horrible, que eran todos esos vientos agarrados los unos con los otros que parecía la hora llegada, y el pobre Ulises agarrado de ese timón rezando todo lo que sabía. Y decía entre dientes:

Penelopita querida: hasta aquí llegó tu maridito. En el Hades nos veremos.

¿Pero saben quién salió del mar en ese momento? Nada menos que Ino, esa diosa tan querida que conocen todos los que resuelven crucigramas:

"Diosa de los navegantes: INO". Pues esa Ino fue la que se le acercó, volando bajito, y le dijo que el único chance que tenía de salvarse era a nado, hasta encontrar tierra, y que ella le prestaba el velo de ella, que era mágico, y que con él no le pasaba nada mientras estuviera en el mar.

Y se perdió en la inmensidad marina.

En esas mandó Neptuno una verraca de ola altísima, que parecía una montaña que cogió esa balsa y la zamarreó y la desbarató toda, que al rato no se veían sino los palos sueltos que subían y bajaban, y Ulises, que sí se podía decir que estaba entre los palos, aventando brazo a lo desgualetado.

Por suerte tenía quién lo defendiera, y esta vez Minerva, que apenas vio que Neptuno se había largado, llegó y aplacó las olas y quedó ese mar serenito como un espejo, y ahi sí pudo nadar Ulises tranquilo, con el velo de Ino amarrado al cuello, que parecía Mandrake.

Pero tuvo que aventar brazo dos días y dos noches antes de tocar tierra. Pero por fin llegó. Rendido, y en pelota y vuelto un nazareno, pero llegó, y a duras penas alcanzó a arrastrarse hasta un rastrojito, y se metió debajo y se quedó profundo.

Gracias a mi Dios que la tierra adonde había llegado era de una gente muy querida: los feacios. El rey de ellos se llamaba Alcinoo, y la reina, que lo mandaba con el dedo chiquito, se llamaba Arete. Yo creo que el arete más bien era él: arete de ella. En todo caso, era gente muy formal y muy atenta. Y tenían una hija única que se llamaba Nausícaa. Era una sardinita más bonita que hasta hay, y que estaba ya a punto de caramelo, y que...

Ahi pasó el de la campana. Hasta luego, muchachas y muchachos.

56 Odisea

Muy querida que era Nausícaa, la hija de los reyes, como les contaba. Y ¿cuándo se imaginó ella que ese día le iba a tocar salvar nada menos que a Ulises, uno de los héroes más mentados de la pelota?

Ese día era precisamente el del lavado de la ropa del palacio. Y esa tareíta le tocaba a ella con sus sirvientas, porque en ese tiempo tenían que hacer oficio las hijas de los reyes: no era como estas señoritingas princesas de ahora, que no sirven ni pa tacos.

Ese día, pues, desde muy de mañana salió ella en un carro de mulas con sus sirvientas, que ella las trataba como amigas, y llevaban fiambre pa todo el día y un mundo de tulas con toda la ropa sucia de la semana.

Llegaron a la orilla del mar, donde desaguaba una quebradita muy limpia y echaron ropa en un charquito pando y empezaron a bailar encima de ella y a cantar hasta que saliera todo el mugre. Porque todavía no habían inventado el jabón: ni el de la ropa ni el del cuerpo, así que después de que se bañaban, lo que hacían era refregarse de aceite de oliva...

No nos distraigamos, y sigamos el cuento. Después que se bañaron y se empegotaron de aceite, y cuando ya habían recogido la ropa que ya estaba seca, y ya se iban a ir, alcanzan a ver un hombre en pelota que salía de entre las matas ¡y salen en desgracia esas mujeres!... Ese fue mucho susto. Todas menos Nausícaa: ella se quedó esperándolo, a ver quién era y qué buscaba por allá.

Y va llegando Ulises, todo humilde y se le arrodilla a los pies y le abraza las piernas, y empieza a decirle:

-Reinita querida: yo no sé si sos diosa o mortal, pero en todo caso sí sos la más linda que yo he visto en mi vida, y yo no soy más que un pobre náufrago que no tengo una mera hilacha con qué taparme. Como ves, estoy en la olleta, pero yo confío en que con tu ayuda voy a salir de boyadas.

Ella le contestó que contara con ella, y le dio un trapo pa que se tapara, porque francamente...Y con disimulo le hizo saber que estaba muy puerco y que era bueno que se bañara pa poderlo presentar en palacio donde los reyes, que eran los papás de ella.

Y así se hizo, y cuando estuvo listo se montaron todos en el carro, y cuando ya iban llegando al pueblo, le dice ella:

-Mejor es que te bajés aquí y nosotros seguimos adelante, porque aquí la gente es muy lengüilarga, y qué dirán cuando me vean llegar con un forastero tan pinta como vos. Seguí vos detrás, que con el palacio das fácil: es la casa de balcón más lujosa de todo el marco de la plaza.

Pues allá llegó Ulises como un tiro, y muy bien recibido que fue. Ni siquiera le preguntaron quién era, y le dieron una muda de ropa muy fina y lo sentaron a la mesa al lado del rey y la reina. Y la reina le decía:

-Comé todo lo que querás. Aprovechá ya que llegaste donde había.

Y hay que ver la clase de lata...

Esa noche durmió como un bendito y al otro día, después del rosario, se juntaron todos en el corredor del patio y allá, mientras desgranaban maíz -¡mentiras!: allá no había maíz- les contó todas las aventuras que había tenido desde que salió de Troya, y todos lo oían con la boca abierta.

Apenas acabó le dijo el rey:

-Ve, hombre, según todo lo que nos has contado, a vos como que te ha tratado la suerte como a violín prestado; pero ya por fin vas a llegar a tu tierra. Mañana mismo te despacho de aquí en un yate de lujo, y todos te vamos a dar regalos de despedida, pa que no te aparezcás en tu casa con las manos vacías.

Al otro día se embarcó en el yate y se estiró en una perezosa, y a los cinco minutos estaba roncando como un buldozer.

Cuando se despertó estaba en tierra, porque los marineros lo habían bajado, sin despertarlo, y le habían puesto a un ladito las maletas con los regalos, y se habían largado.

El empezó a atisbar pa todos lados pero no cayó en cuenta de que ya estaba en Itaca, la tierra de él. En esas se le arrimó un muchachón que parecía un vaquero, pero de buena presencia. Pero no había tal vaquero: era la diosa Minerva que se había puesto en esa figura pa despistarlo.

Ulises empezó a preguntarle cosas y el muchacho a contestárselas, cuando en eso empezaron a jalarle el rejo a esa puercada de campana, y en esas me vine yo y nadita me tocó.

57 Odisea

Ulises empezó a preguntarle cosas y el muchacho se las iba contestando, y también le dijo a Ulises que ya estaba en Itaca. Que si no le parecía muy bueno. El se puso feliz -o güete, como dicen las mujeres-, pero se hizo el Bernardo pa no darse a conocer, porque ya se mantenía cabreado con todos los desconocidos, por el mundo de cachos que le habían pasado, y le metió un montón de levas al vaquero ese, que de un momento a otro volvió a coger la figura de la diosa Minerva, y le dijo:

-Vos siempre es que sos muy jodido. Te felicito. Como lo ves, yo soy Minerva, que vengo a ayudarte.

Y le contó cómo iban las cosas en la casa de Penélope, con ese mundo de zánganos pretendientes, y le dijo que ya tenía planeado el modo de salir de ellos. Que a él lo iba a convertir en un viejito limosnero, pa que nadie lo reconociera, y que esa misma noche fuera a pedirle posada a Eumeo, que era el que cuidaba los marranos desde antes de irse él pa la guerra de Troya. Que el marranero era el mismo de siempre: muy buena persona y de toda confianza.

Y le dijo también que la esperara en el ranchito de Eumeo, que ella iba a traer a Telémaco, que era el hijo de Ulises y Penélope, que estaba en la casa de Menelao y Helena.

Y aquí se nos va a atravesar la historia de Telémaco, que lo había dejado Ulises gateando, de nudito atrás, y que ya era un tangalón de más de veinte años, el vivo retrato de su padre.

Resulta, pues, que Minerva adoraba a ese muchacho, yo no sé si porque era sardinera o por ser él el hijo de su querido Ulises, y por ser también muy buen tipo: serio y juicioso pero avispado.

Así, pues, que una mañana se disfrazó ella de forastero que iba de viaje y se sentó en el quicio de la puerta del palacio de Penélope. Cuando salió Telémaco y lo vio ahi sentado llamó a los criados y los regañó porque no habían hecho entrar a ese forastero a darle posada y a atenderlo. Que qué clase de hospitalidad era esa. Y ahi mismo volaron ellos y lo hicieron sentar en una butaca de la sala y le trajeron comida y una jarra de vino y lo dejaron solo con Telémaco.

Como los pretendientes estaban ahi en la pieza que sigue tomando trago, y jugando dado y haciendo rochela, le preguntó el forastero a Telémaco:

-Decime una cosa, hombre Tele: ¿esto aquí es un club, o una cantina, o qué carajos? ¿Qué es esa tagarnia que tienen adentro?

-No, señor: esos son esas porquerías de pretendientes que le están buscando la caída a mi mamá. Pero ahi manece...

Y le contó que él era el hijo de Ulises, que hacía veinte años lo estaban esperando pa que viniera a poner orden y volear pa la porra a esa tracamanada de sinvergüenzas.

Entonces la diosa, todavía con la figura del forastero, lo convenció de que tenía que armar viaje, saliera por donde saliera, a buscar a Ulises: que esa situación no podía seguir así. Y que los que mejor le podían dar noticia de él eran el viejito Néstor y Menelao el de Helena. Que fuera donde ellos, que no perdía el viaje.

El muchacho se entusiasmó todo, y al día siguiente hizo llamar a los viejos que formaban la asamblea que no se juntaban desde que Ulises estaba allá, y les contó el plan que tenía.

Pero resulta que entre esos viejos se metieron también los pretendientes, que no hicieron sinó burlarse de él y decirle que se dejara de

pendejadas; que si a eso era que se había levantado, que mejor era que se volviera a acostar.

Entonces Telémaco, todo desinflado, se fue pa la playa a pasearse pa allá y pa acá, con las manos atrás, y a rezarle a Minerva pa que le ayudara a encontrar a su papá. Ella lo oyó y se puso en la figura de Mentor, que era el viejo sabio que más confianza le había tenido Ulises.

Se le apareció entonces ese Mentor a Telémaco y le dijo que le iba a alistar un barco ya mismo, y que él lo iba a acompañar. Que no tuviera pensión.

Con esto se tranquilizó el muchacho y se fue pa la casa y alistó la maletica y se volvió pa la playa a esperar que fuera de noche pa embarcarse con el que él creía que era Mentor, pero que en verdad era Minerva. ¿Y saben ustedes a qué hora salieron pa la Isla de Faros, donde vivía el viejo Néstor? Pues en el punto y momento en que sonó la campana, que es esa misma que estamos oyendo, y que nos mochó esta clasecita, cuando se iba a poner buena.

58 Odisea

Llegaron, pues, Minerva, disfrazada de Mentor, y Telémaco a la isla de Pilos -no de Faros, como les dije antes-donde vivía Néstor, pero nada hicieron, porque el viejito no tenía ni malicia de dónde podía estar Ulises, porque no había vuelto a saber de él desde hacía diez años que habían salido juntos de Troya. Les dijo que tal vez Menelao sí podía darles razón, porque ése había hecho el viaje hasta Egipto.

Acuérdesen quien era Menelao: pues el marido de Helena, la que se había robado Paris y que por ella se había prendido la carajadita de mecha de la guerra de Troya. Menelao y ella eran ahora los reyes de Esparta, y Néstor le dijo a Telémaco que valía la pena que les echara viaje: que le prestaban un hijo de él pa que lo acompañara.

Y salieron los dos muchachos por tierra, y a Mentor lo dejaron cuidando el barco. Y llegaron al palacio de Menelao, que era una cosa del otro mundo, y allá los atendieron muy bien, y por la noche se pusieron a echar carreta con Menelao, y él, sin saber quiénes eran ellos, empezó a contarles cosas de Ulises, y se le vinieron las lágrimas a Telémaco. Menelao empezó a maliciar si ese muchacho sería el hijo de Ulises, y la duda se la aclaró misiá Helena, que apenas lo vio lo reconoció, por el parecido al taita, y le dijo:

-Vos tenés que ser hijo de Ulises, o no me llamo. Y el hijo de Néstor le contestó:

-Sí señora. El es. Y venimos en busca de noticias de él. Entonces habló Menelao:

-¡Ay, hombre! Yo con mucho gusto te daría razón de él, pero lo único que te puedo decir fue lo que me dijo Proteo hace añísimos.

La historia es ésta: estaba yo varado con mi gente en la isla de Faros, y el mal tiempo no nos dejaba salir, y ya estábamos muriéndonos de hambre, cuando una diosa del mar que nos vio le dio lástima de nosotros y me llamó y me dijo:

-Ve: yo soy hija de Proteo, que es un dios del mar, y mi papá te puede indicar el modo de salir de aquí, y te explica todo lo que querás; pero eso sí: tenés que obligarlo a la brava a que te lo indique, porque por las buenas no te suelta prenda.

Y resulta que el tal Proteo acostumbraba salir todas las mañanas a la playa, y se estiraba en la arena al lado de un mundo de focas, que son como unas nutrias negras, grandes, y ahi se quedaba profundo.

Cuando supe esto cavé cuatro huecos grandes al lado del punto donde él se hacía y nos metimos en ellos tres compañeros y yo, y nos tapamos con unos cueros de foca, y cuando llegó él y se estiró ahi a hacer perro fuimos saliendo y entre los cuatro lo apercollamos de patas y manos. Pero ¡qué!: el maldito iba cambiando de figura como por magia: unas veces se nos volvía un león, otras, un dragón y toda clase de animales; hasta en forma de árbol se nos volvía; pero no lo soltábamos, por mucho que chapaleaba, hasta que por fin tuvo que tirar la toalla y ayudarnos a salir de esa olla en que estábamos. También nos contó que tu papá estaba por allá en una isla en poder de una tal Calipso, que aunque le daba muy bien de comer de las dos clases de comida -vos me entendés-, él se mantenía muy aburrido allá con una gana la berrionda de volarse pa su tierra, pero, ¿en qué?

Eso es todo lo que yo sé.

Apenas acabó Menelao su relato se fueron a dormir, y al otro día salieron otra vez pal barco.

Bueno: acortando: Telémaco llegó otra vez a Itaca, y lo primero que hizo fue ir a saludar al viejito Eumeo, el que cuidaba los marranos, a

preguntarle qué novedades había habido por esa tierra, y cuando llegó al ranchito se encontró con un viejo que parecía limosnero, que estaba ayudándole a Eumeo a hacer el desayuno.

Telémaco le dijo a Eumeo que fuera a la casa a avisarle a Penélope que ya había venido, pa que estuviera tranquila.

Y se quedaron solos los dos: Telémaco y el viejito, que ustedes se acuerdan que era Ulises en esa figura. En esas llegó Minerva, pasitico, y se escondió detrás de la puerta y empezó a hacerle señitas a Ulises que fuera donde ella, y él fue, y ella ahi mismo lo volvió a poner en la figura de él, y le soltó el rollo, y le dijo que le contara al muchacho de una vez quién era, que ya todo se iba a arreglar.

Y se le va apareciendo Ulises tal como era a Telémaco, que creyó que era un dios: así era de bien plantado el cucho, que ahi mismo lo abrazó y le dijo, con lágrimas en los ojos:

-Yo soy tu padre, hijo mío...

Esto fue muy tierno y muy conmovedor, ¡no sea carajo!

Después Telémaco le contó por encima todo lo que estaba ocurriendo en el palacio con los pretendientes, que más bien se podían llamar pretendueños, porque se habían apoderado de todo.

Y se le va prendiendo la cara a Ulises hasta que estalló:

-¿Conque esas tenemos? Que le den gracias a mi Dios que por hoy los salvó la campana, porque después va a ser a otro precio...

59 Odisea

Ibamos en que Ulises se puso como una fiera cuando Telémaco le contó lo que estaba ocurriendo en su casa con los señores pretendientes, hasta que no se aguantó y estalló:

-¿Conque ésas tenemos? Que se tengan fino, porque conmigo es a otro precio. Yo sí les pongo el dulce a mordiscos. Vea, mijo: váyase usté adelante y esconda todas las armas que estén por ahi a la vista en la casa, y no deje a la mano sinó unas pa usté y otras pa mí: Yo me voy pa allá cuando llegue Eumeo. No se desespere, que yo allá me le aparezco.

Y salió Telémaco a hacer su mandado y enseguida Minerva volvió a poner a Ulises en la figura del viejito limosnero, y así lo encontró Eumeo, el que cuidaba los marranos, cuando volvió.

Pues al otro día salieron el par de viejos pal palacio, y cuando llegaron, y iba a entrar Ulises al zaguán por donde había salido hacía veinte años, lo primero que ve es un perro ahi echado encima de una pila de boñiga y cagajón que tenían para abono, y el perro, apenas lo vio... Mejor dicho: a mí me parece tan emocionante esta parte de la historia, que más bien se las voy a leer del libro:

"Un perro que estaba echado, alzó la cabeza y las orejas: era Argos (tenía este perro el mismo nombre de ese pendejo que está copiándoles

lo que yo les digo en este cursillo); era Argos, el can del paciente Ulises, a quien éste había criado, aunque luego no se aprovechó del mismo porque tuvo que partir a la sagrada Troya. Anteriormente llevábanlo los jóvenes a correr cabras montesas, ciervos y liebres; mas entonces, en ausencia de su dueño, yacía abandonado sobre mucho fimo de mulos y de bueyes. Allí estaba tendido Argos, todo lleno de garrapatas. Al advertir que Ulises se aproximaba, le halagó con la cola y dejó caer ambas orejas, mas ya no pudo salir al encuentro de su amo; y éste, cuando lo vio, enjugose una lágrima que con facilidad logró ocultar de Eumeo. Entonces la Parca de la negra muerte se apoderó de Argos, después que tornara a ver a Ulises el vigésimo año".

Eso es una parte de lo que dice el libro. Hasta a mí me dan ganas de soltar una furtiva lágrima por ese pobre perro, que fue el único que re-conoció a Ulises cuando volvió a su tierra.

Pero hay que seguir. Cuando Ulises, en figura de limosnero, entró al salón donde estaban rocheleando los pretendientes, uno de ellos lo sacó a las patadas, y cuando le contaron a Penélope que le habían hecho esa cochinada a un pobre hombre que iba a pedir posada, se puso lo más de brava y dijo que muy mal hecho: que ella lo iba a mandar llamar pa pedirle perdón y atenderlo.

Pero primero resolvió hacerles una visita a los pretendientes, no sólo pa darles contentillo sinó pa ver qué les sacaba. Porque no se les olvide que era mujer, y a todas les encanta la plata, aunque sea de los machistas:

Y llegó donde ellos y les dijo:

-Bueno, muchachos. Yo les estoy muy agradecida por la paciencia que han tenido esperando a ver qué resuelvo yo con ustedes. Y se me ha ocurrido esto: en vez de quedarsen ahi como unos vagos, sin hacer nada de provecho, esperando a ver qué pasa, ¿por qué no se van, y se me aparecen después con unos buenos regalos, pa yo irles calculando el revuelto?

Pues esto que les dice, y ellos que vuelan: creo que esa tarde desocuparon a Sanandresito.

Mientras tanto mandó ella llamar al viejito limosnero, sin tener ni malicia que era Ulises, y empezó a hablarle, y el viejito a contarle aventuras que había tenido, pero sin darse a conocer, y entre otras cosas le dijo que hacía años había conocido al famoso Ulises en una isla por allá

en la porra, y cuando ella oyó esto soltó el taco y se emperró, hasta el punto que el mismo Ulises empezó también a chocolear. Pero, eso sí: no soltó prenda: siguió haciéndose el desconocido.

Entonces Penélope llamó a una criada vieja, que se llamaba Euriclea, y le dijo que trajera una poncherada de aguasal tibia pa que le lavara los pies al viejito y que le diera una muda de ropa limpia pa que se cambiara...

Pero resulta que esta criada había sido la niñera de Ulises cuando estaba chiquito, y a él le dio temor que lo reconociera, por una cicatriz que tenía en un pie, que ella conocía muy bien.

Pues así fue: cuando ella vio la cicatriz ya iba a pegar el grito, pero él la atajó y le dijo pasitico:

-Sí, Cleíta. Soy yo; pero callate la boca, y no le vas a contar a nadie.

Y esa noche se fue dizque a dormir en una tarima que le alistaron en el corredor del patio, pero no podía pegar los ojos, pensando en cómo iría a acabar con toda esa tracamanada de sinvergüenzas. Hasta que por fin se hizo este cargo:

-¡Eh, qué carajos! En peores cañadas me ha cogido la noche. No es sinó acordarme de lo que nos pasó en la cueva de ese maldito tuerto de Polifemo.

Y pensando esto se fue quedando profundo.

¿Y saben qué lo despertó al otro día, cuando aclaraba? Pues qué iba a ser si no la campana. Ya ustedes se lo imaginaban. ¿Cierto?

60 Odisea

Pues al otro día cuando se despertó Ulises, todavía en figura de viejito limosnero, lo primero que hizo fue rezarle muy devotamente a Santa Minerva pa que viniera a ayudarle a acabar con esa partida de zánganos, que ya andaban por ahi alistando una pachanga pa ese día.

Y da la casualidad que Penélope, sin tener ni malicia de que su amado Ulises estaba a los tres pasos con esas intenciones, había hecho ella también su plan pa desengüesarse de ellos de una manera disimulada.

Así fue que apenas aclaró pegó pal cuarto de los avíos a buscar un arco que estaba guardado allá hacía años, junto con un tarrado de flechas. Ese era el arco de Ulises, que era tan sumamente tieso y duro que él había sido el único capaz de estirarlo pa disparar flechas. Pues, apenas lo desenterró Penélope se apareció con él donde los pretendientes, y les dijo:

-Buenos días, mis estimados amigos. Aquí tienen este arquito, que era el que manejaba mi querido esposo, que parece que ya no va a venir. Cualquiera de ustedes que sea capaz de disparar con él una flecha que pase doce argollas que voy a colgar en fila, ese será mi marido, pa resolver este problema de una vez. Así, pues, que rifen a ver cuál le toca empezar.

Telémaco se dio cuenta de la marrullada de su mamá, y empezó a ayudarle:

-Sí, señores. Tienen que ensayar todos. Que no venga ninguno después con disculpas ni carajadas.

Con esto se va a saber cuál es el que se la merece. Y yo también quiero ensayar primero, nada más que por ver si le heredé la fuerza al viejo.

Y cogió el arco y empezó a estirarlo, cuando en esas ve a Ulises que le hacía señas por allá que dejara eso. Y lo fueron cogiendo los otros, uno por uno pero ¡quién dijo! Eso era pa hombres. No le hacían ni cosquillas.

Y en esas estaban cuando Ulises, que estaba ahi curioseando, y que estaba segurísimo que ninguno iba a ser capaz, se salió pal patio y llamó a Eumeo, el de los marranos, y al vaquero de la hacienda, que estaba con él, y que también era de confianza, y les dijo:

-Póngamen atención a lo que les voy a decir. Yo soy Ulises, que me puso una diosa en figura de limosnero, pero pa que se convenzan que sí soy, no es sinó que vean esta cicatriz, que ustedes me la conocieron muy bien.

Y les peló la pata. Ellos casi se van de pa atrás de la emoción, pero él les dijo que se quedaran callados, que después les explicaba. Y le dijo a Eumeo que se fuera él a cuidar los dormitorios de las sirvientas, pa ver que nadie entrara ni saliera por ahi; y al vaquero le dijo que cuidara él la puerta falsa, pa que ninguno se pudiera volar por ese lado.

Y fue entrando donde estaban los otros bregándole al arco, y apenas vio que el último tampoco pudo, va diciendo, muy entonado:

-Préstemen esa varita a mí, a ver si todavía me queda algo de la verraquera que me gastaba yo cuando muchacho.

Y él que dice esto, y el bochinche que se arma entre los pretendientes: que con qué derecho se venía a meter donde nadie lo estaba llamando un infeliz limosnero aparecido. Que respetara.

Entonces Telémaco se les plantó y les dijo que ellos no mandaban allá; que se callaran la boca; y al viejito le dijo que bien pudiera hacer el ensayo.

Y le echa mano Ulises al arco, y lo agarra con la derecha por la mitad y con la zurda va jalando la cuerda pa atrás, como estirando velita, y cuando ya estaba bien templado suelta esa flecha que sale como una exhalación, y pasa derechita por entre las doce argollas, sin tocarlas. Y ahi mismo coge otra flecha y se la tira a uno de los pretendientes, que cayó como un pollito, y se forma qué bololó entre ellos, que empiezan a busca

las armas y no las encuentran, y empiezan a buscar la salida, pero ¿por dónde, si todas las puertas estaban trancadas? Y ese Ulises, que no erraba pipo, parecía matando moscas con Flit. Y a lo último no quedaron sinó dos: uno que dizque era sacerdote y otro poeta, que vinieron y se le arrodillaron a pedirle cacao, pero él despachó al cura de un flechazo. Al poeta sí le perdonó la vida, porque dijo que un hombre que hacía versos tan bonitos merecía vivir. Ese Ulises era hasta artista.

Y apenas estuvo acabada la matazón vuela Euriclea donde misiá Penélope a contarle que don Ulises había vuelto, y que era el viejito al que ella le había lavado los pies la víspera, y que él era el que había matado a toda esa parranda de aprovechados. Que ella lo había reconocido por la cicatriz. Que bajara a verlo.

Ella no daba crédito, pero después dijo:

-Si es verdad que es él, yo tengo mi manera de saberlo, por otra señita que no les digo cuál es.

Y fue bajando, cuando al pie de la escala se topa con semejante macho tan fornido y tan bien plantado, como lo había vuelto a poner Minerva, y ni pa qué seguir, porque en esas me vine yo y nadita me tocó.

61 Eneida

Atención, somichi-guache,
pretendientes camaradas:
oigan con la boca abierta
y las orejas tapadas.

Vamos a empezar hoy otra historia, ésta sí más cortica que las dos últimas, que fueron las que nos contó el maestro Homero: la de la guerra de Troya, que es la Ilíada, porque a Troya también le decían Ilión, y la del amigo Ulises que se llama la Odisea, porque los griegos le decían a Ulises Odiseo. Hoy vamos a meternos con la Eneida, que son las aventuras de Eneas -pero no el amigo de Benitín sinó otro-. Esta nos la contó Virgilio -pero no Barco-, que era romano. Mejor dicho, hoy me voy a meter en una obra de romanos.

Resulta, pues, que el tal Eneas era un troyano de los que quedaron derrotados cuando los griegos les metieron a la ciudad el famoso caballo lleno de guerreros. Después de Héctor, que fue el gallo número uno de los troyanos, seguía Eneas, que era hijo de Anquises y de nada menos que de la diosa Venus. ¡Ahi sin mamá! Desde que nació, los dioses lo tenían destinado pa que cuando creciera fundara la ciudad más importante del mundo, que iba a ser Roma.

Volvamos un momento atrás: cuando estaban los griegos acabando hasta con el nido de la perra allá en Troya, se le aparece un espanto a Eneas, y era el ánima de Héctor, que le dijo que no fuera pendejo, que no se arriesgara más y que se largara y se fuera a fundar otra ciudad.

Entonces Eneas se fue pa la casa, se terció a la espalda al cucho Anquises, que ya estaba muy impedido, y cogió de la mano a Ascanio, que era el hijito de él, y le dijo a la mujer, que se llamaba Creusa, que empacara los corotos que pudiera llevar, porque se largaban, pero era ya mismo, que no le preguntara pa dónde.

Y salieron. Pero resulta que en medio de esa tremolina se le embolató la mujer, y entonces él dejó en una barranquita al viejo y al muchachito y salió en busca de ella, y por allá la encontró, pero no de verdad sino en forma como de aparición, que le dijo:

-Mijo, seguí tu camino, que la diosa Cibeles me acaba de convertir en ninfa.

Y Eneas pensó:

-¡Hijuel tan de buenas soy yo, que enviudé tan fácil! Que mi Dios me la conserve de ninfa por toda la eternidad. Amén.

Entonces juntó un poco de compañeros que iban también huidos y entre todos hicieron unos barcos y se largaron.

Y en todas partes donde llegaban empezaban a fundar una ciudad, pero ninguna pelechaba, hasta que llegaron a Creta, y allá tuvo Eneas un sueño en que le dijeron que por ese lado no le buscara, que pegara pa Italia, que allá todavía no había Brigadas Rojas.

Y pa allá arrancaron y pasaron cerquitica de las Harpías, aquellas viejas que volaban como pájaros y que tenían embromado al pobre Fineo cuando pasaron por allá los Argonautas... ¿Se acuerdan?

En fin: Eneas y los compañeros siguieron su viaje y llegaron a una isla y la primera que se encontraron fue a Andrómaca, la viuda de Héctor, que vivía allá con un marido nuevo, que era el viejo Heleno, el adivino, que les dio muchos consejos pal viaje y les advirtió del peligro de Escila y Caribdis: que echaran pa adelante sin arrimárseles.

Y ellos siguieron y pasaron por el lado de una playa donde estaba haciéndoles señas un hombre todo desgualetado, que parecía un náufrago, y ellos arrimaron y él les contó que era uno de los hombres de Ulises, que se había volado de la cueva de Polifemo, y que hacía un poco de años andaba escondiéndose, comiendo bejucos y raíces, como Robinson

Crusoe, y les recomendó que pusieran mucho cuidado no fuera a ser que viniera ese maldito tuerto -o mejor dicho, ya ciego del todo- y les hiciera pasar un mal rato.

Y parece que hubiera oído, porque ahi mismo lo vieron que venía despedido pa donde ellos, y apenas tuvieron tiempo de desamarrar los barcos y agarrarse a volear remo a lo desgualetado, y ya iban mar adentro cuando se pega qué alborotada ese mar, que las olas casi tocaban las nubes, y en el hueco que quedaba entre una y otra se veía el fondo del mar.

Y a que no adivinan quién reivindicó ese movimiento subversivo de las olas: nada menos que esa maldita vieja Juno, que no se tragaba a los troyanos desde que Paris, el hijo del rey de Troya, había escogido a Venus como ganadora en el concurso de belleza en competencia con ella y con Minerva.

Esa vez, cuando Juno le reclamó el fallo, Paris le explicó:

-Su Majestad: lo siento mucho; pero a usted, con esa mecateadera se le están formando unas llantas que ya no puede ser elegida Miss Universo sinó tal vez Miss Uniroyal.

Y con eso tuvieron los troyanos pa que ella les cogiera la tirria más espantosa, especialmente a Eneas, yo no sé por qué.

Y ahora llamó a Eolo, el rey de los vientos, y le dijo que alebrestara ese mar a ver si acababa con ellos, y que ella le prometía darle una ninfa bien linda pa él solo. Y dice ese Eolo a soplar con tanta fuerza que casi se le estallaban los cachetes.

Pero Neptuno, el dios del mar, se embejucó todo porque no le habían pedido permiso pa formar ese bololó, y ahi mismo hizo aplacar las olas y así pudo llegar Eneas con su gente a una playa en el Africa, cerquita de Cartago; pero no Cartago, el de la Vieja, el de las colaciones, sinó el Cartago de Dido.

Después será que les cuento quién era misiá Dido, porque no demoran en volearle el rejo a aquella porquería de campana.

62 Eneida

Había quedado de contarles quién era misiá Dido, la gobernadora de Cartago, adonde había llegado Eneas con su gente.

Pongan, pues, atención.

Resulta que en lo que hoy es el Líbano, que es de donde vienen todos esos turcos, había una ciudad que se llamaba Tiro -se llamaba, no: se llama todavía- y allá había un rey que tenía dos hijos: un hijo, que era Pigmalión, y una hija que era Elisa, que después le pusieron el nombre de Dido.

Esta Elisa se casó con un tío de ella, pero cuando se murió el rey quedó mandando Pigmalión, que lo primero que hizo fue mandar matar al marido de su hermanita, pa quedarse él con todo lo que tenía.

Pero como ella no era ninguna boba, ahi mismo empacó todas las alhajas y los electrodomésticos que valían la pena y salió con una partida de descontentos a buscar la vida navegando los mares, y al cabo del tiempo fue a templar a un playón por allá en la parte de arriba del Africa, y allá los recibió muy bien Yarbas, que así se llamaba el rey de esa tierra.

Dido le dijo a Yarbas que por qué él, que tenía tanta tierra, no le daba a ella un pedazo de esa finca pa fundar ahi una ciudad. El le contestó que bueno, que con mucho gusto, que él le regalaba la tierra que pudiera abarcar con un cuero de novillo.

Entonces mandó matar ella el novillo más gordo que encontró en la feria y cogió un cuchillo de zapatero y empezó a volverlo tiritas delgaditas, y las empató y quedó una tira larguísima y la extendió en redondo y quedó abarcando un mundo de cuadras, y mandó llamar a Yarbas y le dijo que eso era lo que abarcaba el cuero del novillo, que le cumpliera la promesa y que le escriturara semejante lote, y él tuvo que cumplírsela, porque palabra de rey no puede faltar.

Allá fue, pues, donde fundó Dido a Cartago, y ese era un pueblo que iba muy bien cuando apareció Eneas con sus alegres muchachos.

Pero oigan lo que habían pensado sobre Eneas los dioses: Júpiter había dicho que él tenía que llegar algún día a ser el fundador de la raza más importante del mundo, que iban a ser los romanos. Juno, que no lo podía ver ni pintado, dijo:

-Lo que es a este langaruto no lo dejo ir yo a fundar ningún Pereira: yo lo hago enamorar de Dido, pa que no salga de aquí.

Pero Venus, que era la mamá de él, malició el plan de Juno y llamó a su hijito Cupido y le dio orden de que hiciera que Dido se pegara una traga bien horrible de Eneas, pero que él no se enamorara de ella sinó que le recibiera todo lo que ella quisiera darle, pero que no pasara de ahi.

¡Y nadita fue lo que le dio esa noche! Y todas las noches que siguieron. Y hasta de día: no desperdiciaban siesta. Ella creía que tenía que sacarle todo el jugo que pudiera a esa lámina de hombre que le había caído del cielo.

Y él, como si tal, dejándose hacer contemplar como hijo de sirvienta. ¡Maluco fue lo que pasó!

Pero también se le llegó el día, porque su mamacita Venus, viendo que se estaba eternizando allá y que no hacía ánimo de salir a fundar ninguna raza de romanos, fue donde Júpiter y le pidió que lo separara de Dido, que de pronto lo enyerbaba pa toda la vida.

Entonces Júpiter llamó a Mercurio, el mandadero, y le dijo que fuera donde Eneas a decirle que se moviera, que dejara de estar maganzoneando y que saliera cuanto antes pa Italia a cumplir su encargo.

¡Y qué fue aquello cuando lo supo Dido! Esa fue mucha desesperación. Ahi mismo se fue pa donde Eneas y se le tiró a los pies y empezó a abrazarle las rodillas, emperrada, a moco tendido, rasgándose el vestido en hilachas, arrancándose las mechas y en un solo alarido. Y él como si nada, seguía empacando las maletas y apenas le daba palmaditas en la

cabeza. Que no llorara, que él volvía y le traía cositas.

Y esa noche salió con sus barcos, al escondido de ella, y cuando ya iban lejos de la playa voltió a ver pa atrás y vio una llamarada la macha que se levantaba en Cartago.

¿Y saben qué era? Que Dido, cuando se dio cuenta que él la había abandonado, hizo juntar un arrume enorme de leña al pie de la torre donde estaba, y le había hecho prender candela, y cuando estaba en su fina esa candelada se había tirado ella de cabezas y se había vuelto chicharrón.

Recemos una oración por su alma, y hagámonos de cuenta que esa campana que empezó a sonar, es como si estuviera doblando por ella.

63 Eneida

A Eneas le había dicho Heleno, el adivino, que cuando llegara a Italia buscara a la Sibila de Cumas, que era una vieja que vivía en una cueva y era una maga muy entendida. Que ella le decía lo que tenía que hacer.

Así lo hizo Eneas, y a las pocas matas la encontró, y ella le dijo que lo iba a acompañar al Hades, allá donde vivían los muertos, pa que hablara con su papacito Anquises. (Se me había olvidado contarles que el viejito se había muerto cuando aquella verraca de tempestad). Pero de una vez le advertía que la ida allá no era muy mamey que digamos, pa que lo supiera de una vez. Pero que no se le diera nada, que ella lo iba a compañar pa que saliera con bien.

Y le dijo también que tenía que coger una ramita de oro que tenía uno de los árboles del monte, porque sin esa ramita no lo dejaban entrar allá.

El se metió en seguida al monte, con Acates, que era el compañero de él, a buscar la tal chamiza, y nada que la encontraban, cuando de pronto vieron dos palomas, que eran las de Venus, que iban volando serenitas, y las siguieron hasta que llegaron a la laguna del Averno, que era un charco de aguas negras más fétidas que el Diablo, y por ahi cerquita quedaba la entrada al Hades, que es como decir a los Infiernos.

Pues allá se asentaron las palomitas en el árbol que tenía la rama de oro, y Eneas sacó el machete y la cortó y se la llevó a la Sibila.

Y ahi sí cogieron camino los dos. Por esa falda ya habían bajado otros sin mucha lidia. Acuérdesen: Hércules, a sacar al perro Cerbero, que fue uno de sus trabajos; Orfeo, en busca de su mujer, que después se le volvió una estatua como la de Lot; Sique, que había ido a pedirle a Proserpina la cajita mágica de la belleza, pa llevársela a Venus. Recuerden que esa Sique era muy avispada y había embolatado a Cerbero con un pastel de gloria pa que la dejara entrar.

Todos ellos habían pasado fácil; pero a Eneas sí le iba a ir más mal. Eso por todos lados salían mostros, y espantos horribles, con qué griterío y en una oscuridad que no se veía ni pa hacer pipí, y la tierra temblando. ¡No! Eso parecía el acabóse...

Hasta que por fin llegaron a la orilla de un río donde estaba un viejo en una barca pasando ánimas al otro lado, todas ellas filaditas haciendo cola; pero el viejo, que se llamaba Caronte, no pasaba sinó a las de los que habían sido enterrados en forma y le entregaban una moneda pa pagarle por la pasada. Los otros tenían que esperar la bobadita de cien años.

A Eneas y a la Sibila no quería pasarlos dizque porque él no pasaba sinó muertos, y ellos estaban vivos; pero no fue sinó que le mostraran la ramita de oro pa que los pasara.

Pero ¡qué!, si al otro lado estaba el maldito chandoso de tres cabezas atajando el paso: pero la Sibila lo embolató con otro pedacito de pastel que se había metido ella entre el seno, como Sique.

Y entraron y siguieron pa adentro y al ratico llegaron a una vega que se llama el Campo de los Lamentos, donde estaban las ánimas de todos los que se habían matado por despecho de amor. ¿Y saben quién estaba allá plantada, más seria que un puerco meando? Pues Dido. Y Eneas, apenas la vio se le acercó llorando y le dijo:

-Amor mío, decime una cosa: ¿vos te mataste fue por mí? Pues sabé que yo no te dejé por culpa mía, sino que fueron los dioses que me mandaron. Te lo juro.

Pero más le contestó esta mesa. Y él se apartó de ella, sorbiendo y chocoleando, porque al verla siempre le dio mucha tusa.

Después llegaron a un punto en que el camino se abría en dos. En el de la izquierda no se oían sinó berridos y gritos vagabundos y guarapazos, pero en el de la derecha todo era lindo y lleno de flores y

pajaritos cantando: una dicha. Allá era donde vivían los muertos que habían valido la pena, y allá fue donde Eneas se encontró con su viejo, que no daba crédito de ver allá a su muchacho.

Y se abrazaron y vertieron tiernas lágrimas -pa que vean que yo también sé hablar fino- y echaron carreta hasta que se cansaron. Después el viejo Anquises llevó a Eneas al río Leteo, que es el del olvido, y al que toma de esa agua le da una laguna peor que las que le dan a los borrachitos.

Después se despidieron, y Eneas salió otra vez a tierra de gancho de la Sibila, y así acabó el viaje de él al Hades.

Por hoy les voy a mochar aquí la clase, antes de que llegue el de la campana, porque tengo que ir a hacer una vuelta urgente.

64 Eneida

Ya de vuelta Eneas puso manos a la obra de buscar dónde establecerse con sus troyanos, y lo primero que hizo fue mandar un propio donde el viejo Latino, que era el rey que quedaba más cerquita, pidiéndole que lo dejara acomodar por ahi en alguna parte donde no estorbara, que él se comprometía a no darle ninguna molestia.

Porque en esa tierra había tres reinos que valían la pena, que eran los latinos, los rútulos y los etruscos. El rey de los latinos se llamaba Latino, como les acabo de decir. Estaba casado con Amata, una vieja malaley, y tenían una hija que se llamaba Lavinia, que no se imaginan ustedes qué clase de bomboncito tan provocativo, que ya estaba pidiendo pista, pero que un oráculo le había dicho a Latino que cuidado con ir a soltársela a ningún pretendiente de los de por allá; que esperara, que estaba por llegar un forastero que era el que los dioses le tenían destinado, y que de los dos iba a salir la raza más importante del mundo, la de los romanos.

Así fue que cuando Latino recibió el recado de Eneas se puso feliz y dijo: "este debe ser el forastero", y mandó que lo atendieran muy bien, a él y a su gente.

Pero, ¡cuándo no se había de atravesar la maldinga vieja Juno a no dejarle tener vida al pobre Eneas! Lo primero que hizo fue llamar a Alecto, que era una de las Furias, y encargarle que armara una guerra bien espantosa de los latinos y los rútulos contra los troyanos.

Alecto salió encantada, porque eso era lo que le gustaba a ella: prender la mecha, y se fue pa donde Amata a meterle en la cabeza que cuidado con ir a dejar casar su muchacha con ningún forastero aparecido, como quería su marido.

Después se fue pa donde Turno, que era el rey de los rútulos, y que le guardaba una gana hasta rara a Lavinia, y que apenas supo que Latino se la iba a entregar a ese forastero se pega qué embejucada y armó hasta las cachas a toda su gente pa ir a acabar con él.

Ahora pongan cuidado a lo que hizo Alecto pa echarles encima también a los latinos. Resulta que en la casa de uno de estos tenían un venadito domesticado, mansitico, lo más de querido. Por la mañana salía pal monte y por la tarde volvía a la casa a buscar su aguamasa y a recostársele a una muchachita, hija del dueño, que lo ajonjoleaba y lo peinaba y le ponía flores en los cachos, en fin: todo el mundo adoraba ese animalito, y al que lo llegara a tocar se lo trabajaba la tierra con ellos. Y cómo les parece que la tal Alecto hizo su modo y su maña de que Ascanio, el hijo de Eneas, se antojara de ir a cazar por esos montes donde iba el venado, y apenas lo vio el muchacho armó el arco y le mandó el flechazo, y Alecto le dirigió la puntería pa que fuera a pegarle en toda la chonta al animalito, que salió arrastrándose hasta la casa, y allá estiró las paticas en los brazos de la niña.

Alecto ahi mismo hizo regar el cuento entre los latinos, pa que se fueran en venganza a juntarse con los rútulos a atacar a los troyanos.

El viejo Latino no quiso saber nada y se encerró en su cuarto a esperar que pasara lo que pasara.

Otros que se juntaron a Turno contra Eneas fueron Mecencio, que había sido rey de los etruscos y que éstos lo habían echado por vergajo y mala clase; y Camila, un marimacho que se había criado en el monte y se mantenía allá cazando, y que creía, como estas liberadas de ahora, que todos los hombres eran machistas, y por eso no se había querido arrejuntar con ninguno.

La pelea estaba, pues, muy mal casada pa los pobres troyanos, que eran cuatro patojos, sin armas ni nada, y ya iban llegando los enemigos

a atacarlos cuando en esas tuvo Eneas un sueño en que se le apareció el padre Tíber, que era el dios del río donde ellos habían armado el campamento, y le dijo que se embarcara al otro día y que echara río arriba a buscar a Evandro, que era el rey de Arcadia, un pueblito infeliz de ranchos de bareque que con el tiempo iba a ser nada menos que Roma.

Pues pa allá arrancó Eneas al otro día, y muy bien recibido que fue, por cierto, por Evandro y por el hijo de él que se llamaba Palas.

Evandro le dijo a Eneas:

-Ve, hombre: nosotros somos muy poquitos y la ayuda que les podemos dar no vale la pena; pero allí al otro lado del río viven los etruscos, que esos sí son una legión y están muy bien armados -pero no por los rusos pasando por Cuba-, y Mecencio, el rey de ellos, que no lo pueden ver ni pintado, tuvo que largarse pa donde Turno, así que de fijo van a pelear al lado de ustedes, nada más que para vengarse de él.

No había acabado de decir Evandro estas palabras, cuando sonó la campana y nos cortó el cuento hasta después.

65 Eneida

Si no ha sido por la tal campana les hubiera acabado de contar la historia de Eneas, porque ya lo que faltaba era nada; que los troyanos, con la ayuda de los etruscos, les pegaron una pela la macha a los latinos y a los rútulos, y que ya pa acabar esa guerra se agarraron solos Eneas y Turno, que no dio un brinco y le contaron hasta diez tirado en la lona. Se entiende que es en la lona de la Historia, porque yo a veces también le jalo al sentido figurado.

Del amigo Eneas poco más sabemos, porque Virgilio, que fue el que escribió la Eneida, se vio obligado a interrumpirla por motivo de muerte. Pero, en todo caso, Eneas siempre quedó de rey del país de Alba, y al fin como que siempre se casó con Lavinia y fueron felices y comieron perdices.

Ya que me metí por este lado de Roma, será acabar de contarles la historia de cómo la fundaron.

Resulta que pasaron los años y el reino de Alba vino a tocarles por herencia a dos hermanos que se llamaban Numitor y Amulio, que venían a ser como bisnietos de Eneas.

Amulio era muy angurrioso y se apoderó de todo el reino pa él solo y a su hermano lo dejó en la calle, le mató al único hijo hombre que tenía,

que era Egisto, y a Rea Silvia, que era la hija, la hizo encerrar en el convento de la diosa Vesta pa que tuviera que quedarse doncella toda la vida, por las buenas o por las malas. Y esto era pa que Numitor no pudiera tener herederos.

Pero resulta que una tarde estaba Rea Silvia en el potrerito de afuera del convento, echada ahi en la manguita contemplando el firmamento, y se fue quedando medio dormida, cuando en esas va pasando por ahi el dios Marte, que no se aguantó la gana, y eso fue como un gallo: en cuestión de dos o tres minutos ya estaba la hermosa Rea esperando su buen par de mellizos, que a los nueve meses mal contados le vinieron a nacer, y que los iba a bautizar Rómulo y Remo.

Cuando Amulio se enteró que habían nacido mandó que a ella la ahogaran en el río, y que a los muchachitos los tiraran al agua. Pero sucedió que el dios del río no dejó que se ahogara Rea Silvia sinó que se la llevó pa él, porque aquí entre nos, ella era de lo mejorcito que se ensillaba en siete leguas a la redonda.

El peón que tenía que echar al río a los muchachitos los metió entre un canasto y los dejó en un pantano a la orilla, y ellos ahi mismo se emperraron a llorar, cuando en esas pasó una que se llamaba Aca Larencia, que era un monumento de hembra del otro mundo, pero que tenía muy mala fama en lo de cumplir con el sexto mandamiento...

Ustedes me comprenden. Esa sí no era boba: esa le había sacado buena utilidad a los encantos que le había dado mi Dios.

Pues apenas oyó chillar esas criaturitas las recogió y se las llevó pa la casa, y allá los crió muy bien criados. Ahora les explico una cosa: resulta que a las que tenían el oficio de Larencia les decían allá lobas, y por eso habrán oído ustedes el cuento de que a Rómulo y Remo los había alimentado una loba, un animal de cuatro patas. ¡Qué va! Se quisieran las lobas estar tan bien equipadas como Larencia, que era toda una Sofía Loren en ese par de detalles.

Lo cierto del caso es que los muchachos se criaron muy alentados y macanudos y cuando ya fueron hombres los reconoció Numitor, el abuelo, y les dijo que el reino les tocaba a ellos.

Pues esto que les dice y ellos que sacan a Amulio del trono como pepa de guama, y volvieron a sentar en él a su abuelito. Y él, en premio, les escrituró un terreno a la orilla del Tíber pa que fundaran una ciudad.

Con esto tuvieron pa que ahi mismo se agarraran a alegar y a pelear, hasta que al fin, en una pelotera de esas, Rómulo mató a Remo y quedó como primer rey de Roma, que la acababa de fundar.

Perdonen la clase de hoy, que no estuvo como muy entretenida que digamos, pero es que, como dicen, unas vienen de cal y otras de arena. Mañana volvemos a seguir con los amigos griegos, que los teníamos tan abandonados, y que son tan de primera. Sobre todo las diosas.

De manera, pues, mis queridos amigos y amigas, que hoy voy a ir yo personalmente a tocar la campana pa que se vayan tranquilos pa sus casas.

¡Chao!

66 Los dioses mayores

Buenos días. Me alegro mucho de estar otra vez con ustedes. Ya me hace falta esta charlita. Es que la Mitología es encarretadora. La prueba es que hace mucho rato que venimos dándole, y no nos ha faltado tema. Pero lo malo es que al ir empatando unas historias con otras se saltea uno a veces cosas interesantes, dizque pa contarlas después, y se le olvida. Por ponerse a hablar paja.

Por eso me parece bueno que corramos lista de los dioses, pa ver cuáles se nos han quedado en el costal, y aprovechar por ahi derecho pa contar las historias de esos, que ya deben estar bejucos conmigo.

Empecemos, pues, por ese Olimpo, que ustedes se acuerdan que era como un club que quedaba por allá en el pico de una montaña, y allá se la pasaban los dioses y las diosas cachando y tomando el trago de ellos, que se llamaba néctar. De vez en cuando se daban sus perdiditas, por parejas, y apenas se oía el crujir, pero no de dientes sino de camas.

Allá se mantenían los dioses mayores, que eran una docena: siete dioses y cinco diosas. Voy a decirles la lista completa, pa que se la graben. Primero les digo el nombre griego, y enseguida como les decían los romanos.

1. Zeus (Júpiter); 2. Poseidón (Neptuno); 3. Hades (Plutón); 4. Hestia (Vesta); 5. Hera (Juno); 6. Ares (Marte); 7. Atenea (Minerva); 8. Apolo (así lo llamaban también los romanos); 9. Afrodita (Venus); 10. Hermes (Mercurio); 11. Artemisa (Diana); 12. Hefestos (Vulcano).

Los cinco primeros eran hermanitos, hijos de Cronos (Saturno), ese viejo desalmado que se los iba tragando a medida que los iba pariendo Rea, pero que después se los hicieron vomitar y se criaron muy alentados.

Júpiter

De este ni hablar. Ustedes se acuerdan de todas las perradas de ese Rey de los Gallinazos, que no podía ver una escoba con falda porque se le flechaba. Ese fue el que destronó al taita y se eligió él mismo jefe supremo. Hay que ver cómo serían esas elecciones.

Neptuno

Este quedó encargado del mar y de los ríos. Se mantenía viajando por encima del mar en una berlina tirada por caballos, como esas de Palmira, pero más moderna, y llevaba siempre en la mano un tenedor largo que se llamaba el tridente. Con él hacía encrespar y alebrestar las olas en las tempestades, o les aplacaba el zumbido y las amansaba. Tenía un palacio como de mafioso en el fondo del mar, pero le gustaba más subirse pal Olimpo a cachar con los otros miembros de la patota mayor.

La mujer de éste era Amfitrite, una de las Nereidas. Las Nereidas eran cincuenta y se llamaban así porque eran hijas de Nereo, el dios del Mediterráneo y de Doris. Quién podía creer que Doris hubiera tenido cincuenta partos, con lo conservada que se veía. Aunque siempre la deslucían mucho las llantas que se le notaban. Bueno. No nos distraigamos. Neptuno desde que vio a Amfitrite, le clavó el ojo, pero ella se le escondió por allá detrás de las Columnas de Hércules, como quien dice al otro lado del mar. Pues allá la mandó buscar él con unos delfines, y uno de ellos le echó el cuento muy bien echado y ella se vino en la parrilla del delfín y vino a ser la adorada esposa del dios del mar.

Adorada, sí; pero pa jugársela con toda la que se atravesara, por seguirle el ejemplo a su hermano Júpiter con misiá Juno.

Una vez fue con Amímone, una de aquellas cincuenta Danaides que ustedes se acuerdan que les pusieron por castigo llenar de agua una

caneca rota. Resulta, pues, que esta Amímone iba una vez por un potrero en busca de agua, porque allá también el hacha de sus mayores como que se había tirado en la ecología, y, como les iba diciendo, iba ella con ese sol del medio día cuando le va entrando qué modorra tan espantosa y se tiró en la yerbita y se quedó profunda, y en esas llegó un sátiro que la venía persiguiendo sin que ella se diera cuenta, y ya se iba a poner a violarla cuando ella se despertó y se levanta a los berridos pidiendo auxilio a Neptuno. Y éste apenas la oyó voló y con el tridente le pegó un chuzón en mala parte al maldito sátiro, y entonces ella, en agradecimiento, le dio al viejo lo que no le había querido soltar a ese violador hijo de...Gracias a Dios que esa campana no dejó oír cómo acabé la palabra.

67 Neptuno

Estábamos hablando de cuando Neptuno le hizo el mandado a Amímone. Bueno. Ni pa qué seguir contándoles las jijuemil aventuras de enaguas de ese tenorio de los siete mares. Con decirles que no se le escapó ni la Medusa. No me vengan a decir que se les olvidó quién era esa Gorgona que en vez de pelo tenía culebras en la cabeza y que la mató Perseo. Pues cómo les parece que cuando le pegó el machetazo, ella estaba en embarazo por Neptuno, y entonces, de las gotas de sangre de ella que cayeron al mar fue que nació el caballo Pegaso, ese que volaba suavecito, en el que montamos los poetas cuando estamos inspirados. Aunque a veces se nos pone algo chúcaro.

Plutón

Sigamos con Plutón, el otro hermano de Júpiter y de Neptuno. Ese sí no tuvo gracia ninguna: vivía allá encuevado con los muertos en el subterráneo del mundo, que era el Hades, y de allá no salía sinó cada año por la cuaresma.

Cuando estaba muchacho, como era tan malas pulgas y mal encarado, ninguna diosa le paró bolas y no le quedó más remedio que

robarse a su sobrina Proserpina y alzar con ella pa los infiernos, y ella era allá la que hacía y deshacía.

Otra hija de Saturno que no tuvo tampoco mayor gracia fue

Vesta

Esta era la mayor de los cinco hermanos, pero sí le tocó desempeñar un papel muy bobo: era dizque la diosa del hogar, y por eso no se podía mover pa ninguna parte. Fue tan de malas que no le tocó el feminismo de ahora, y por eso no pudo liberarse.

Cómo estaría de fregada que le tocó vivir doncella toda la vida. O sería que era muy fea. Pero no debía ser tanto, porque Neptuno y Apolo fue mucho lo que le arrastraron el ala, y ella lo único que les decía era: "¡Ahi manece!".

Las que le cuidaban el templo era las vestales, unas pobres muchachas que las mandaban pa allá dizque a cuidar el fuego sagrado, y por eso tenían que mantenerse castas y puras. Pero algunas de ellas siempre se pegaban a veces sus voladitas...

Juno

De esta vieja celosa, que era hermana y al mismo tiempo mujer de Júpiter, ya hemos hablado mucho.

Esa era mucha fiera de vieja. Muy aseñorada y aconductada, eso sí, pero más brava y más cantaletosa que doña Ramona la de don Pancho. Misiá Jodelina la llamaba él.

Se mantenían agarrados, pero de vez en cuando hacían las paces y ahi sí no se veía sinó el chispero de amor.

En una de esas se pusieron a alegar, porque Juno sostenía que en el jueguito del amor el hombre era el que sacaba más gusto, y Júpiter decía que era la mujer, y no se podían poner de acuerdo, hasta que resolvieron ir a preguntarle a Tiresias, que ése sí debía saber, porque había sido las dos cosas: hombre y después mujer.

La historia es esta: ese Tiresias, como les conté en otras historias, era un adivino famoso. Y resulta que una vez, cuando estaba muchacho, iba por un camino, cuando alcanzó a ver dos culebras enredadas haciéndose el amor, como dicen los que hablan fino, en vez de otra palabra muy guasca que no me la oirán jamás. Entonces él las separó con

una varita y ahi mismo, como castigo, quedó convertido en mujer y así duró siete años.

Pues al cabo de este tiempo volvió a pasar por el mismo punto la joven Tiresita, como le decían, y me han de creer que allá volvió a ver otras dos culebras -o serían las mismas- haciendo lo mismo, felices y dichosas.

Pues él que las ve y que vuelve a coger una varita y las separó y por ahi derecho volvió a quedar convertido en muchacho. De manera, pues, que ése ya había probado de las dos clases.

Y llegaron donde él Júpiter y Juno a preguntarle cuál gozaba más en ese trabajito, si el hombre o la mujer, y él les dijo:

-Pa decirles la verdad, a mí me duele no haber seguido yo de mujer, porque si vamos a suponer que ese gustico se divide en diez partes, a la mujer le tocan nueve, y al pobre hombre no le toca sinó una.

Con esto que les contestó Tiresias tuvo Juno pa perder la apuesta, y como era tan mala clase y tan rencorosa, volvió ciego a Tire, como le decimos en confianza. Pero Júpiter, en premio, lo volvió profeta. Y muy acertado que era, por cierto.

Ese problemita de cuál de los dos le saca más gusto a ese entretenimiento, si el hombre o la mujer, se lo preguntó una vez un estudiante al doctor Miguel María Calle, un médico viejo de Medellín, y él le contestó con esta pregunta:

-Decime una cosa: cuando vos te metés un dedo en la oreja pa rascártela, ¿cuál siente más gusto: la oreja o el dedo?

Pero nos estamos apartando de la Mitología por estar averiguando lo que no nos interesa, y ya tenemos que hablar de

Marte

¡Qué Marte ni qué Miércole!: oigan la campana.

68 Marte

Este fue hijo de Júpiter y Juno, pero ni ellos lo querían. ¡Qué clase de dichita sería! Era el dios de la guerra, y pa todas partes andaba con dos hijos de él que se llamaban Deimos y Fobos, como quien dice el Espanto, y el Terror y con Eris, que era la Discordia, y con Belona, una diosa de la guerra, que no se sabe si era hermana o moza de él: en fin, con una tracamanada de matasietes malaclasudos.

Como les decía, a éste no lo querían ni en la casa. Y hasta buen mozo y bien plantado que era el pendejo; pero le hacían el asco. ¿Y saben quién se vino a enamorar de él? Pues nada menos que la reina de la belleza: Venus. ¡Ah maluco pa él! ¿no?

La cosa pasó así. Resulta que a Venus le estuvo echando el guasque mi amo Júpiter, loco por ella, pero ella no le quiso soltar prenda y entonces él la castigó casándola con el más feo del Olimpo, que era ese herrero cojineto de Vulcano, que los griegos llamaban Hefestos. Venus estaba ahi medio resignada con él, cuando una tarde ve pasar a Marte y ¡qué fue aquello! Eso fue pa ya que se pegaron la encarretada más horrible, y como Vulcano tuvo que salir pa una correría, ese par no perdían noche: eso era un solo dolor.

Pero como a Marte siempre le daba miedo de que el Sol los pichoneara, puso un vigilante, que se llamaba Alectrión, a que les avisara cuando iba a amanecer. Y todo iba como por rieles hasta una noche que se quedó dormido Alectrión -tal vez porque se le habían agotado las pilas al transistor- y va saliendo el Sol y los encuentra en plena faena, en una trabazón hasta rara, y ahi mismo salió pa donde Vulcano a sapearlos y más me demoro en contarlo que el cojo en hacer una red invisible y se las extendió por encima y cuando estaban en lo fino se las dejó caer y así quedaron presos a la vista de esa parranda de dioses desocupados del Olimpo que llegaron volando a gozárselos, y eso fue tanta risa y tanta chacota, que ni los dejaron acabar. Cómo sería que, si no llega a tiempo Neptuno a interceder por ellos- más que todo porque Venus era hija de él- allá estarían todavía de burlesco de todos esos olímpicos. Vulcano entonces los soltó y Venus salió toda achantada y se fue pa Chipre a encerrarse en una iglesia que tenía allá. Marte se fue a buscar a Alectrión y lo volvió gallo y como castigo le puso que tenía que avisar todos los días la salida del Sol. Punto.

Minerva

De esta diosa de la sabiduría y también de la guerra ya les conté cómo le había salido a Júpiter de la cabeza, ya criada y con todas sus armas. Esa murió doncella: peor pa ella; ¡Mentiras!: doncella sí, pero no murió, porque los dioses son inmortales.

Apolo

¿Se acuerdan cuando nació esta belleza de mellizo de Diana, y que ella, que nació primero, le ayudó a la mamá en ese parto tan trabajoso? Pues este vino a ser más tarde el dios del Sol, o de la luz, de la música -porque era un hacha pa tocar la lira- de la medicina y de un poco de cosas más.

Era el más lindo de todos los dioses, pero eso no le valió pa que le diera una prueba de amor una sardinita muy querida que él perseguía, que se llamaba Dafne, y una vez que él le fue a echar mano a la brava, ella pegó un grito pidiendo auxilio y ahi mismo se volvió laurel. Con la que sí le fue mejor fue con Coronis, la hija de un rey de por allá de esos lados, que él la vio una vez que a mano limpia le pudo a un león, y con eso tuvo él

pa antojarse de ella, y ésa sí no se hizo de rogar y a las pocas vueltas ya estaban más encarretados que ni pa qué y cuando menos pensaron ya estaba ella esperando.

En esas tuvo Apolo que salir pa un viaje urgente y le dejó pa que la acompañara -pero más que todo era pa que la vigilara-, porque no le tenía harta confianza, un cuervo blanquito, blanquito como una paloma. Pero ella, que era bastante casquifloja no fue sinó que él saliera pa salir ella también a ponerle los cachos con un tal Isquis del que ella vivía enamorada.

Pero no se les olvide que Apolo era dios, y se dio cuenta de todo sin que el maldito cuervo alcahueta le contara nada, y entonces él en castigo lo volvió negro como un garrapatero. Por eso dicen: negro como el ala del cuervo. Y él, desesperado de sentirse todo cachudo, llamó a su hermanita Diana y le contó todo, y entonces ella le mandó un flechazo a Coronis y la dejó tendida, y cuando la estaban quemando -porque allá estaban más adelantados que nosotros y ya tenían sala de cremación-; cuando la estaban quemando se arrepintió Apolo y le dio pesar del muchachito que iba a nacer y le dijo a Mercurio que se lo sacara, y él se lo sacó, ¿y saben quién era la criatura?

Luego les cuento, porque lo que es hoy ya nos sonó la campana.

69 Apolo

Pues lo que le sacó Mercurio de la barriga a Coronis, cuando la estaban quemando, fue un muchachito que lo bautizaron Esculapio, que cuando creció se volvió un médico famosísimo, tanto, que lo nombraron dios de la Medicina. Hasta resucitaba muertos. Cómo sería que Plutón se quejó de que le estaba quitando la clientela, y que ya no aparecía casi nadie por allá por el Hades. Y ni muy carero que era: con rezarle había, como al doctor Gregorio Hernández.

Ahora vamos con la más linda de todas, nada menos que con

Venus

Esta fue la diosa de la belleza, del amor y de las ganas. Oigan cómo nació.

Al principio de todo no había sinó el Cielo y la Tierra, que eran Urano y Gea. El padre Urano como que no se le apeaba a la señora, porque dijo ella a tener muchachitos que parecía una curí: le nacieron los Titanes, que uno de ellos era Saturno, y los Cíclopes, esos tuertos que tenían el ojo en media frente, y los gigantes de cien manos... En fin: hasta que aburrida misiá Gea con tanta paridera les pidió a los hijos que la protegieran del taita, y el único que se atrevió fue Saturno, que con una peinilla que tenía,

que parecía una barbera, que cortaba pelos en el aire, llegó y ¡ran! le bajó ese par de cosas que le colgaban, que parecían aguacates. Pues esas cosas cayeron al mar y duraron allá un mundo de tiempo hasta que se les fue formando por encima un espumero blanco, espeso, y me han de creer que de ahi fue saliendo una mañana, parada encima de una concha, y en pelotica, pero ya criada, nadie menos que ese bombón de Venus o Afrodita. Y vino completica, con brazos y todo: no como esa mocha que pintan por ahi en unas láminas.

Pues parada en la concha la fueron llevando los Céfiros, por encima de las olas hasta la isla de Chipre, y allá la recibieron las Horas, que se quedaron lelas cuando vieron esa belleza, y como la vieron tan viringa le pusieron un collar y una corona y alzaron con ella pal Olimpo a presentársela a los otros dioses. Y ni pa qué hablar del recibimiento que le hicieron.

Y por ahi derecho todos los dioses quedaron tragados de ella.

Empezando nada menos que por el jefe, Júpiter. Pero como ella no le quiso soltar nada, él la castigó casándola con Vulcano, ese herrero cojineto, que era el más feo de todos.

Y como ella no era ninguna boba, no se demoró en jugársela con Marte, como les conté. De esos amores nació Cupido, que los griegos llamaban Eros, el pendejito ese que nos mantiene fregados toda la vida tirándonos flechas.

No vayan a creer, ahora, que Venus se contentó con Marte, nada más. Con Mercurio tuvo a Hermafrodito, que es como decir hijo de Hermes y de Afrodita. Este era un muchacho muy lindo, y una vez que iba por la orilla de un lago, una ninfa se enamoró de él apenas lo vio, pero él no le puso bolas y entonces ella se escondió detrás de un palo a atisbarlo cuando él se tiró a nadar en ese charco. Y cuando iba braceando él muy disimulado se tiró ella también y se le aferrunchó y no lo dejaba que se soltara, y se puso a pedirles a todo pecho a los dioses que no dejaran que se le separara, y su plegaria fue atendida -así se dice. ¿no es cierto?- y quedaron convertidos en una sola persona, que eran hombre y mujer al mismo tiempo. No propiamente unisexo, como estos pendejos de ahora, sinó equipado pa las dos cosas, por lo que se pudiera presentar.

También tuvo amores con hombres comunes y corrientes, como Anquises, con el que tuvo a Eneas.

Pero la traga más grande sí fue con Adonis. Esta es una historia larguita y algo enredada, así que no se me distraigan.

Oigan, pues. ¿Se acuerdan ustedes de Pigmalión, aquel escultor que hizo una imagen de bulto de Galatea, y que se enamoró de ella, y la diosa Venus le dio vida y esa misma noche se encerraron en la pieza, y eso fue pa mandar doblar? Pues de esa mandada a doblar le nació a Galatea un muchachito que se llamó Ciniras, que cuando creció se casó con Ceneris. Los nombres son parecidos, pero no los confundan: Ciniras el marido, Ceneris la mujer. Y tuvieron una niñita y la pusieron Mirra.

Esta Mirra fue creciendo muy querida y muy aconductada, hasta que Venus le metió el maldito antojo de que se enamorara de su propio padre, Ciniras.

Ella, desesperada de ver que ahi no podía hacer nada, bregó a ahorcarse con un lazo, pero la atajó Hipólita, una sirvienta que ella tenía, que era una alcahueta de primera.

En ese tiempo le hacían a la diosa Ceres una fiesta que el Sanjuán del Tolima no tiene nada qué ver, y uno de los puntos del programa era que los matrimonios se tenían que separar esas nueve noches. Pues esa vez que les voy a contar... ¿que les voy a contar?...Que les iba: ya me puso tatequieto esa maldita campana.

70 Venus

Ibamos en que las fiestas que le hacían a Ceres, que era la diosa de la agricultura, uno de los números del programa, era que los matrimonios tenían que vivir separados las nueve noches que duraban las fiestas -¡ah bueno pa ellos! ¿no?-; y en estas que les estoy contando llegó Hipólita, la sirvienta alcahueta, y llevó a Mirra pa donde el papá de ella -el papá de Mirra, pues-, que estaba fundido de la rasca, y la acostó al lado de él. El sí estaría rascado, pero no pa hacer groserías. Y así pasó las nueve noches, y en la última pidió el viejo que le trajeran una vela, pa ver quién había sido la que lo había acompañado tan bueno todas esas noches, y cuando vio que era su propia hija y que lo que iría a nacer iba a ser hijo y nieto de él mismo, se pegó qué embejucada tan horrible y fue sacando una espada pa matar a esa corrompida, pero ella se le voló.

¡Pobrecita! ¿Qué culpa iba a tener ella, si había sido Venus la que le había metido ese antojo en la cabeza, y la Hipólita la que la había engatusado...?

Y salió por esa montaña, desesperada, sin saber qué camino coger, pidiéndole a los dioses que la volvieran cualquier cosa que ella no quería seguir viviendo más.

Y los dioses la oyeron y la fueron volviendo árbol: los pies se le fueron enterrando y se le volvieron raíces; los huesos, el tronco, los brazos, y los dedos, ramas y hojas, y la sangre era la savia. Lo único que quedó de ella fueron las lágrimas, que las siguió derramando y son la mirra: porque como ella se llamaba así... ¿Se acuerdan del oro, incienso y mirra? Si no ha sido por ella se había fregado uno de los Reyes Magos.

Ella sí se volvería árbol, pero como en ese tiempo no estaba todavía legalizado el aborto, lo que es el muchachito que tenía en la barriga sí le siguió creciendo como si nada, y se llegaron los nueve meses y ese muchacho pujando por salir y sin tener por dónde, hasta que llegó la diosa de los partos... Apuesta a que no se acuerdan cómo se llamaba: pues Ilitía, aquella que le ayudó a Latona a tener a Diana y a Apolo. Repasen, repasen.

Pero no nos enredemos con cuentos viejos. Ilitía abrió el árbol y va saliendo qué belleza de pendejito tan hermoso, que ahi mismo se emperró a berrear y entonces llegaron las Náyades, que eran unas ninfas de las aguas, y lo empegotaron de mirra que estaba echando su mamá y lo envolvieron en yerba y florecitas y lo bautizaron Adonis. Háganse de cuenta Cupido, de lo puro lindo.

Pero no se demoró Venus en aparecer, y apenas lo vio le hizo mil agasajos y lo metió entre un baulito muy fino y alzó con él pal Hades y se lo entregó a Proserpina, la mujer de Plutón, porque creyó que en ese sótano sí quedaba bien seguro.

Pero Proserpina, como era mujer, no se aguantó las ganas de abrir el baulito y apenas vio esa belleza de muchacho se adueñó de él y lo crió a toda leche hasta que se volvió un sardino de lo más tumbador del mundo, y en ese punto se enmozó con él. Claro que al escondido de Plutón.

Y apenas lo supo Venus voló a reclamárselo, pero ni de bamba que ella se lo iba a entregar, con lo tragada que estaba. Entonces se fue Venus pa donde papá Júpiter a ponerle la queja, pero el viejo dijo que él no entraba ni salía en peleas de mujeres, que eran diosas, pa acabar de ajustar, y encargó a la musa Calíope que resolviera ella ese enredo, y que lo que ella dijera estaba bien.

Y la sentencia de Calíope fue ésta: como Venus y Proserpina tienen iguales derechos sobre él, porque la una fue la causante de que el muchacho naciera, y la otra tuvo el trabajo de criarlo, entonces que pase

él la tercera parte del año con Venus, la otra tercera con Proserpina, y la otra con la que él quiera.

Y como Venus era tan jodida, salió y se puso el cinturón mágico que tenía pa enamorar y se fue pa donde Adonis y le echó este cuento:

-Ve, mi amor: venite pa acá pa donde mí la tercera parte que te toca a vos, y también lo que le toca a la vieja Pina, que te conviene.

El muchacho dijo que bueno, y no se le separó más: parecía una garrapata. Pero Proserpina, que no era ninguna boba, dijo:

-Lo que es con ésta no me quedo.

Y salió pa donde su amigo Marte -que era el machucante oficial de Venus- y la sapeó, y le dijo que ella se la estaba jugando con un carajito muy lindo que se llamaba Adonis, y le preguntó con cierta risita burletera que si no le estaban estorbando mucho esos cachos que le habían salido.

Y se pega qué enfurecida ese Marte ¿aoye? y se volvió jabalí, que es como un marrano de monte, y una tarde que estaba Adonis cazando, y la compañera de cacería era Venus, se le deja venir por detrás a Adonis semejante fiera y le clava los colmillos y en un dos por tres lo despachó. Y quedó tendido ahi, y de la sangre que le salía se fueron formando unas flores muy lindas, que no me acuerdo cómo se llaman, y el alma bajó despedida pal Hades.

Entonces subió Venus al Olimpo y le pidió a Júpiter que dejara que siguiera estando con ella los seis meses más florecidos del año, y que en los otros seis más fríos se fuera pa donde Proserpina.

Y Júpiter se lo concedió, y en señal de juramento se fue a tocar la campana. ¿No la están oyendo?

71 Mercurio

Mercurio sí fue el más perro de todos los dioses. Desde el día que nació se le vieron los alcances.

Yo no me acuerdo si ya les había contado que él era el hijo que le había metido nuestro padre Júpiter a Maya, la primera moza que él tuvo.

El muchachito nació en una cueva y apenas la mama le puso un pañal y lo dejó en la cuna y volteó a pelar el revuelto pal almuerzo, cuando se va deslizando resbaladito de la cuna el pendejito ese y fue saliendo dizque a buscar aventuras.

¿Cómo les parece? Y eso fue el mismo día que nació, y se fue por esas montañas, y ya por la tarde alcanzó a ver por allá en un potrero una partida de ganado que estaba sesteando, y que era el que cuidaba el dios Apolo. Y cuando vio de cerquita esa belleza de novillonas pensó:

-Lo que es con éstas alzo yo o no me llamo.

Y cuando anocheció, que ya se había ido Apolo -acuérdesen que él era el Sol- les abrió un portillo y las sacó pal camino real. Y pa despistar a Apolo les forró los cascos con cáscara de palo y les amarró en las colas unas ramas como esas que les ponen adelante a los carros cuando riegan puntillas en las huelgas de buses, y él se puso las quimbas al revés y se puso a arrearlas toda la noche, y cuando amaneció y no las encontró

Apolo, se pega qué embejucada tan horrible y dice a buscarlas por todas esas fincas, pero esos rastros lo despistaban todo y perdió la mañana buscándolas.

Entonces Sileno, que era un sátiro viejo, salió con un poco de sátiros en busca de ellas, con la idea de ganarse el premio que ofrecía Apolo pal que las encontrara. Después les cuento quiénes eran los sátiros.

Y se regaron por todas partes, pero nada que daban con ellas, hasta que por allá al cabo de las quinientas alcanzaron a oír una música como muy de primera que salía de por allá de una cueva, y se acercaron y salió una ninfa, que les dijo:

-No hagan bulla, que es que el muchachito está haciendo dormir a la mamá con ese juguetico que hizo él mismo de la concha de un morrocoy, que él mató y le sacó el tripitorio y le atravesó unas cuerdas que hizo de tripa de vaca, y que él toca lo más de bueno. Se llama la lira. Oigan. Yo soy la carguera de él.

Entonces uno de los sátiros le preguntó:

-¿Y de dónde infiernos sacó la tripa de vaca pa hacer esas cuerdas? ¿No será de pronto de unas novillonas que se le embolataron a Apolo, que nosotros andamos buscando?

Y brinca ella:

-¡Viejo atrevido! ¿Cómo se te ocurre que un inocentico de estos, que está allí en su cuna envuelto en pañales iba a ser capaz de robarse unas vacas? No faltaba más...

Y se agarraron a alegar, cuando en esas va llegando Apolo, porque un pajarito había contado que el ladrón sí era el bebé Mercurio, y fue entrando hecho una fiera a la cueva y despertó a Maya y empezó a zamarrearla y reclamarle el ganado, y que ella tenía que responder por él, porque el hijo de ella era el que se lo había robado.

Y ella le contestaba, emperrada:

-¿Vos estás loco, hombre Apolo? ¿Vos te imaginás una criaturita de estas arreando vacas? Ni un dios que fuera...

Pero Apolo ni le ponía atención, porque ya había alcanzado a ver por allá extendidas un par de pieles, y las conoció por la marca, y sin más vueltas le fue echando mano por las paticas a Mercurito, y alzó con él pal Olimpo a ponerle la queja a don Júpiter.

Y el viejo Júpiter, apenas oyó el cuento de Apolo se sintió muy orgulloso por dentro de que le hubiera resultado tan avispado ese

muchacho, pero no se la dejó conocer, sinó que le dijo a Apolo que no se pusiera a creer lo que le había contado el pajarito, y al muchachito le aconsejó que negara cerrado, que no fuera bobo. Pero Apolo siguió ranchado en que ése sí era el ladroncito, y que ahi estaban las pieles de cuerpo del delito. Hasta que al fin confesó el carajito.

-Está bien, pues, hombre. Yo sí fui. Venga conmigo y le entrego sus cursientas. Menos dos, que tuve que matar pa repartirlas entre los doce dioses principales del Olimpo.

Y Apolo lo interrumpió pa preguntarle:

-¿Doce dioses principales? Si allá no hemos sido sinó once. ¿Cuál es el doceavo?

-Pues el doceavo voy a ser yo, mi querido amigo, pa que lo sepa y lo entienda. Y la parte mía de la carne de las vacas, ya me la zampé, porque tenía mucha gurbia.

Y le dijo a Apolo que lo llevara otra vez pa su cunita. Y llegaron a la cueva, y lo primero que va sacando el niño es la lira que había hecho con la concha del morrocoy, y se agarra a tocarla y a cantar una canción que iba inventando por ahi derecho en que decía que Apolo era el más buen mozo de todos los dioses, y el más inteligente, y el más rasgado, y un mundo de lambonerías.

Cómo sería que Apolo le perdonó todo, y entonces el muchacho lo llevó hasta donde tenía escondido el resto de las vacas y...

Ya será en la otra clase que les sigo la historia, porque me estoy reventando y no quieren venir a tocar esa campana. Quién sabe qué les pasaría hoy.

72. Mercurio

...entonces Mercurio llevó a Apolo hasta donde tenía escondidas las vacas, y por todo el camino iba tocando la lira, y cuando se las entregó, le dijo Apolo:

-Hagamos un negocio: si me das esa lira te nombro cuidandero de estas novillonas.

-Trato hecho- dijo Mercurio, y se dieron la mano.

Y mientras las vacas remascaban pasto, porque estaban muy hambreadas, cortó el niño Mercurio un poco de cañutico de carrizo y sacó del bolsillo del calzoncito un tambor de pita y los juntó de mayor a menor y quedó formado un capador y empezó a soplarlo y eso a sonar lo más de bueno como si fuera una dulzaina. Y entonces le dijo Apolo:

-Otro trato: si me das ese aparatico te doy este perrero de oro, que con él es que yo arreo mi ganado, y así venís a quedar vos de dios de los pastores:

Y Mercurito le contestó:

-¿Te estás embobando? ¿Cómo querés que te dé esta maravilla de instrumento de viento por una varita ahi de mala muerte? Solamente si me enseñás la adivinación...

-¡Oí a éste! Yo acaso enseño eso... Tenés que ir al monte Parnaso, donde viven las Trías, que son las tres ninfas que me criaron.

Ellas son muy queridas y te enseñan. Yo les digo.

-Está bien-. Y se dieron otra vez la mano. Y Mercurio le echó mano a la vara, y una vez, al mucho tiempo, que pasó por un camino y encontró dos culebras peleando, las separó con esa vara y las culebras se encontraron en ella y pararon las cabezas como desafiándose, y eso es lo que se llama el caduceo.

Entonces se volvió Apolo pal Olimpo con el carajito -¡cómo no carajito!- pa entregárselo a Júpiter y contarle todas las que le había hecho. Júpiter quedó encantado con las gracias de su hijito, pero se hizo el desentendido, y antes le pegó un regañito y le dijo que no volviera a robar ni a decir mentiras, que eso era muy feo, pero que lo felicitaba por lo avispado y buen negociante: que parecía paisa.

Y el muchacho, muy contento y muy pinchado, le dijo:

-Entonces, papacito, yo le prometo manejarme bien, si usted me nombra mandadero de los dioses, con un sueldo. Y le prometo que no vuelvo a decir mentiras, pero eso sí: tampoco me comprometo a decir toda la verdad completa: yo la digo hasta donde me convenga.

Y Júpiter, tragándose la risa, le dijo que bueno: que quedaba nombrado. Y que también iba a ser el dios de los comerciantes y de los viajeros.

Y le dio un bordón con dos cintas blancas, que todo el mundo tenía que respetar, un sombrerito plancho con alas, un par de quimbas también con alas que cuando se las ponía volaba más ligero que el viento, y lo presentó a los otros dioses del Olimpo, y él era el que les hacía todos los mandados. Mejor dicho: se volvió la mano derecha de ellos, y servía hasta pa remedio.

De él hay muchas cosas pa contar, pero tenemos que seguir pa adelante, y ahora vamos a hablar de la diosa

Diana

De esta melliza de Apolo casi no hay nada qué contar, porque como a ésa le dio por quedarse doncella, tiene más historia una monja. Lo único que hacía era salir pal monte con su cuerda de chandosos a cazar venados todo el santo día.

Dejémosla, pues, enmontada, y acabemos ya con el último de la docena de los que llamaban los olímpicos, que era nada menos que el cojineto de

Vulcano

que los griegos llamaban Hefestos.

Este era el dios de la candela y también el herrero de los dioses.

Hay dos historias de cómo nació. Unos dicen que era hijo de Juno nada más, sin la ayuda del marido, porque como a ella le había dado tanta envidia de Júpiter cuando a él le nació Minerva de la cabeza, dijo que ella también era capaz de tener un hijo ella sola, sin la ayuda de él: que bien pudiera guardarse su cosiánfira donde a bien tuviera, que ella se bastaba sola.

Y se salió con la suya, y tuvo su muchacho, pero le resultó tan feíto, y cojo pa acabar de ajustar, que, de miedo que los otros dioses se fueran a burlar de ella, lo tiró desde arriba del Olimpo y el muchachito fue a caer al mar, y allá lo recogieron las ninfas Tetis y Eurinome, y se lo llevaron pa una gruta debajo del mar, y lo encargaron de una fragua y se puso él a hacer qué belleza de joyas, ¿oye?, y un mundo de aparatos lo más de raros, que funcionaban solos, como esos que llaman robots, que parecen marcianos: en fin... Si no estoy mal él fue el que hizo esa campana que está sonando tan afanosa.

73 Vulcano

Pues sí: que ese Vulcano era el macho pa hacer cosas bonitas y raras, no sólo de herrería sinó también de mecánica y hasta de joyería. ¡Ah...! Pero yo les había dicho que había dos historias de cómo había nacido: la una es ésta que les conté, de que le nació a misiá Juno sola, sin la ayuda de nadie, ni siquiera de una infeliz probeta; y la otra es que sí es hijo de ella, pero con una manito que le dio Júpiter. Y que el muchacho nació lo más alentado y perfectico; pero un día que estaban agarrados de las mechas peleando sus divinos padres -que en esas vivían-, le echó mano Júpiter por una pata a la criatura y lo sacó de la cuna y lo voleó pa abajo como si fuera un zurrón y empieza ese muchachito a caer de semejante altura y atravesó las nubes y siguió chorreado, cayendo todo el santo día hasta que ya por la tardecita vino a aterrizar encima de la isla de Lemnos y se le quebraron las dos paticas, y así quedó cojo pa toda la vida, porque en ese tiempo no había allá buenos componedores de huesos.

Como ven, en estas historias de la Mitología hay unos que las inventan de una manera y otros de otra, y yo lo que hago es contarles a ustedes la que primero se me viene a la cabeza.

Como el otro día, que les conté que este mismo Vulcano había venido a ser el marido de Venus, porque Júpiter quiso castigar a esta

belleza casándola con ese cojineto, dizque porque ella no se lo había querido dar a él, que era el jefe de los dioses. Yo no sé qué sería lo que él quería que ella le diera; lo cierto del caso es que él la castigó dándole por marido a ese herrero barbado y sucio y tiznado. Y cojo pa acabar de ajustar. Pero acuérdesen que ella se desquitó muy bien con el debuenas de Marte.

Pues, cómo les parece que hay otra historia de cómo resultó casado Vulcano con Venus. Que dizque fue que el cojo, por castigar a su mami porque lo había botado del Olimpo, le hizo un trono de oro, lo más hermoso que ustedes se puedan imaginar y se lo mandó de regalo a ella el día de la madre. Pues más se demoró ella en recibirlo que en sentarse en él toda pinchada, haciendo carrizo y de dedo parado, haciéndoles fieros a los otros dioses que no había quién la aguantara. Y así se estuvo toda la tarde hasta que le van pegando de pronto unas ganas horribles de ir al baño, pero quién dijo que podía levantarse: el tal trono tenía una red invisible, que el que se sentara en él quedaba preso de patas y manos y ahi manecía.

¡Y se arma qué alboroto, en ese Olimpo! Los dioses, cuando la vieron, no podían aguantarse la risa, porque es que a la vieja no es que la quisieran de a mucho, pero todos se hacían los confundidos y eran bregando a levantarla de ahi, pero ella no se podía ni medio soliviar.

Entonces Júpiter, que en esos días estaba contento con ella, en una luna de miel de traviesa, mandó a Mercurio a que fuera a buscar al cojo pa que viniera a soltarla, porque ya estaba que se reventaba, y eso le podía hacer daño pa la vejiga. Y se puso Mercurio su gorrito y sus quimbas con alas y salió volando pa la herrería del cojo, pero éste no le puso ni cinco de bolas sinó que siguió muy tranquilo voleando almadana en ese yunque.

Cuando Júpiter supo esto mandó llamar a Baco, que era el dios de los borrachitos, y le dijo:

-Vos sos el único que me puede hacer subir a ese maldito cojo del carajo. Andá, pues, traémelo y te doy una caja de uisqui.

Y fue Baco donde Vulcano y le brindó un traguito de guaro de una limetica que llevaba en el carriel, y como que le gustó al maldito cojo porque al poco rato estaba más rascado que nalga de carateja, y sin hacerse mucho de rogar arrancó pa arriba y se presentó todo trambuleco,

como arreando pollos, donde su taita Júpiter y le va diciendo, con esa lengua toda trabada, que casi ni se le entendía:

-A sus órdenes, papá. ¿Pa qué fue que me mandó llamar?

-Pa qué iba a ser si no pa que soltés a tu mamá de esa trampa en que la metiste...¡Desconsiderado!

-Yo sí, papacito. Yo sí la zafo de ahi, pero con una condicioncita, y es que me dé por mujer a aquella burletera que alcanzo a ver por allí disimulando la risa.

¿Y saben ustedes cuál era la de la risita? Pues nada menos que la joven y hermosa Venus.

Y sí, señor. Se la tuvo que dar por esposa. Y esta es la otra manera en que explican ese matrimonio tan disparejo.

Ya no queda poco más qué contar del amigo Vulcano o Hefestos.

Así que demos hoy por terminada esta clase, pa no empezar la historia de otros dioses menores, porque lo que es los doce olímpicos ya quedaron despachados. Despidámoslos a son de campana: tilín, tilán, tilín, tilán.

74 Baco

Voy a hablarles hoy del dios del trago, el amigo Baco, que aunque era hijo de una mujer mortal siempre llegó a que lo recibieran en el Olimpo como si fuera un dios común y corriente.

Lo que pasa es que su taita fue nada menos que Júpiter, que en una de sus correrías de gallinazo se topó a Semele, que estaba como mango, y él que le clava el ojo, y mejor dicho... Acuérdesen que donde él ponía el ojo no es que clavara la bala sinó lo que ustedes se imaginan. Y esta vez, al primer envión, quedó esperando la joven Semele. Y empezó ella, pues, a ir cogiendo talle de uyama hasta que una vecina se dio cuenta, y dijo: "Esto debe ser de ese viejo verde, que por aquí lo he visto rondando desde hace días." Y fue y le piconió a la casinadita de celosa de misiá Juno que Júpiter era el que le había pegado esa macha de tanqueada a Semele, y esto que oye la vieja y que se disfraza igualita a Beroe, que era la niñera que había criado a Semele, y se presenta donde ella y la convence de que le diga a su amado Júpiter que se deje ver por ella en toda su verraquera de rayos y relámpagos. Y le va entrando qué culequera a Semele por ver qué clase de gallo era el que le había llenado la barriga de huesos, hasta que una tarde que llegó a proponerle que hicieran juntos una siestica bien suave y bien amacizada, como dicen los bogotanos, le puso ella como condición:

-Vea, mijo: yo sí hago la siesta al lado suyo: ¿por qué no? Pero con una condición: que me prometa concederme una cosa que estoy antojada.

-¿A vos? Lo que querás. Te juro, no por esta santa cruz, porque yo no creo en cruces, sinó por la laguna Estigia, que te doy lo que me pidás.

Y le dice ella:

-Es muy fácil: no es sinó que alguna vez te pueda ver yo en todo tu resplandor.

Y hay que ver lo que bregó él a convencerla de que eso era peligrosísimo: que el que lo alcanzara a ver así quedaba fulminado.

Pero ella no cedió, porque la vieja Juno le había metido en la cabeza que tenía que verlo así: Y no era sinó pura maldad de ella, pa acabar con otra rival.

Y se ranchó la Semele a que sí y que sí, y él a que se dejara de antojos, pero al fin, viendo que no la convencía, le dijo:

-Bueno, pues. Me voy a dejar ver de vos en toda mi fina, y eso porque lo juré por la Estigia, y ese juramento se tiene que cumplir; pero te digo que te va a pesar...

Y después que hicieron la siesta, que valga la verdad que estuvo muy bacana, se remontó mi amo a las nubes y se va apareciendo en medio de qué acabe de mundo, con tronamenta y rayos y relámpagos y centellas, que eso parecía la hora llegada, y sí fue cierto que no dio un brinco la pobre Semele: a los cinco minutos ya se estaba volviendo chicharrón; y cuando mi amo Júpiter empezó a sentir ese olor a chambuscado voló a salvarla, pero ya era tarde; apenas logró sacarle el muchachito, que ya tenía seis meses de encargado.

Entonces sacó él una perica que cargaba en el carriel y se hizo una rajadura honda en el muslo, y ahi acomodó a su hijito y con una aguja de arria se volvió a coser, y ahi siguió creciendo el niño como si tal cosa.

Y a los nueve meses precisos, cuando pidió salida, volvió a sacar su perica don Júpiter, y se hizo la cesárea, y así fue como nació Baco, que los griegos llamaban Dionisos.

Júpiter le dijo entonces a Mercurio que fuera a comprar unos pañales de esos desechables y que lo envolviera bien y se lo llevara a las ninfas Nisas pa que lo criaran.

Y con ellas se crió, y muy alentado y querido que resultó el mucharejo. Y cuando ya estaba crecidito no lo sacaba nadie del monte, andaregueando y cazando cuanto animalejo se le atravesaba.

Pues en una de esas andanzas alcanzó a ver por allá escondida una matica que le llamó la atención, y la arrancó con mañita y la sembró en un huesito de pájaro que había ahi tirado. La matica empezó a pelechar, y cuando ya el huesito le quedaba estrecho cogió Baco y la trasplantó pa otro más grande, que era el de un león que él había matado.

Pues me han de creer que la maldinga mata siguió creciendo con tanto vicio que a lo último ya tampoco le cabía el raicero en el hueso de león, y tuvo que pasarla pa un calambombo de burro, y de ahi sí no la volvió a mover.

Y ¿saben ustedes qué mata era ésa? Pues nada menos que una uva de parra, que era la que lo iba a volver famoso a él, porque de ella iba a salir el vino.

Y por eso le han buscado su significado a la historia de los tres huesos. Pongan cuidado: cuando uno se toma los primeros tragos y se pone copetón se vuelve hágase de cuenta un pajarito: todo contento, que no cabe en el pellejo, cantando y silbando. Sigue uno tomando y a las pocas matas se siente más macho y más guapo que el que le suelten, y cree uno que es un león, y se le mide a cualquiera. Pero vaya y siga tomando trago pa que vea lo que pasa: al rato ya está fundido de la rasca, y se vuelve uno hágase de cuenta un burro. Y le da hasta por tocar campana.

75 Baco

Pues cuando la mata echó racimos y se maduraron le dio a Baco por hacer dizque un experimento: los exprimió en una totuma y dejó que eso se fermentara bien, y cuando estuvo en su punto probó y le gustó ¡y se pega qué copetoneada! Cómo sería, que salió atajando pollos a buscar compañeros pa darles a probar el inventico, y al primero que se topó fue a Sileno.

Este era un sátiro viejo que lo había educado a él, y por eso lo quería mucho: era un viejito calvo, ñato, barrigón, muy querido, que después que conoció el vino vivía a medio pelo, montando siempre en un burrito.

También invitó Baco a otros sátiros, que eran una revoltura rara: eran hombres de la cintura pa arriba, pero tenían patas de chivo, y eso que los distinguía como machos lo mantenían ¡atención fir!, y tenían una cola larga, como de caballo.

Llamó también a las bacantes, que eran unas muchachas muy lindas que se mantenían achispadas, y todo lo que se ponían encima era un mero camisón de etamina, que es lo mismo que hubiera sido de celofán: tan buena divisa tenía. En la cabeza se ponían una corona de ramas y en la mano llevaban el tirso, que era una varita adornada con un gajo de enredadera. Y hacían unos escándalos del carajo.

Pues me han de creer ustedes que aunque él se crió por allá en ese monte, donde no lo conoció ninguno de los dioses, con todo y eso, yo no sé cómo infiernos hizo la fregada de vieja celosa de Juno pa darse cuenta de que era el hijo de Semele, que ella creía que se había muerto antes de nacer, y en seguida se la juró. Porque ella no le toleraba al gallinazo de marido que tenía, ni mozas ni hijos que no fueran de ella. Así que, como castigo, enloqueció al pobre Baco, y entonces, ya como una cabra con balaca en las tetas, va saliendo él feliz y dichoso con su tracamanada de sátiros y bacantes, dizque a buscar la vida y con quién casarse.

En una de esas andanzas pasó por la tierra de uno que se llamaba Icario, que le dio posada y los atendió muy bien, y por eso Baco, cuando se fue a despedir de él, en agradecimiento le enseñó a cultivar la vid y a preparar el vino. Así que cuándo Icario ensayó la primera saca, a ver cómo le había quedado, mandó llamar a los peones, que estaban en el corte, y les dio a probar, y al cabo del rato, después que cantaron y bailaron y rochelearon como estudiantes costeños, les va agarrando casinada de mareo, y vomitaron hasta las tripas, y creyendo que era que Icario los había envenenado lo cogieron entre todos y lo dejaron tieso, como mafioso cuando le rinden cuentas. El cuerpo lo escondieron entre un rastrojo y se largaron.

Resulta que Icario tenía una hija que lo quería mucho, que se llamaba Erígone, que se volvió medio loca cuando pasaron los días y los días y el viejo sin aparecer, hasta que una noche se le presentó él en sueños y le dijo que fuera a buscarlo y a enterrarlo pa dejar de penar. Ella salió, acompañada de una perrita que tenía que se llamaba Mera, y anduvo por esos montes buscando el cadáver de su papacito y nada que daba con él, hasta que por fin desesperada se quitó las enaguas y con ellas se ahorcó de un palo que estaba cerquita del cuerpo de Icario. Al otro día pasaron por ahi unos caminantes y los enterraron a los dos. La perrita se quedó al lado, chillando lo más de triste hasta que se murió. ¡Cito el animalito!

Habíamos dejado a Baco, que iba con su tropa de sinvergüenzas haciendo escándalo por donde pasaba, y que en una de esas llegó a Tebas, donde en ese entonces estaba Penteo de rey. Allá armó Baco las bacanales, que eran como un carnaval de Riojaneiro, con esa manada de bacantes alborotadas, con la pata alzada y bramando como vacas y formando el escándalo más espantoso del mundo. Esa era mucha recocha y mucho bochinche. Tanto, que Penteo les dijo que se largaran pa los

infiernos con su tagarnia, que le iban a echar a perder el reino; pero como castigo, a él fue al que volvieron picadillo las mismas bacantes.

Lo del matrimonio de Baco con Ariadna ya se los conté cuando hablamos de Teseo, que la dejó abandonada por allá en la isla de Naxos. Repasen, repasen.

Otra aventura fue la de los piratas. Resulta que una vez estaba él solo parado en una barranca a la orilla del mar, panorando el contemplama, cuando en esas pasó por ahi un barco de piratas, que apenas los vieron, dijeron:

-Aquel man que está allí tan bien plantado, hasta plata tendrá, según la facha. Secuestrémolo y pidamos por los menos veinte millones.

Y así fue que le echaron mano y lo hicieron subir al barco, pero él enseguida hizo que los remos de los marineros se volvieran culebras, y que creciera una uva parra que se enredó en todos los palos, y él se convirtió en león y empezó a gruñirles y ellos aterrados se tiraron al mar y se volvieron delfines, y la campana del barco empezó a sonar sola, a toda, como si estuviera tocando incendio.

76 Midas

El domingo les hablé de Sileno, ese viejito barrigón y calvo, que había sido sátiro y maestro de Baco, que siempre lo acompañaba en sus parrandas, a media caña y montado en un burrito.

Pues, una vez que iba Baco con su tropa de sátiros y bacantes armando un escándalo de todos los demonios, Sileno, todo rascadito, se les apartó del camino y se tiró a dormir la perra en un rosal florido muy lindo que había a un lado, y allá lo encontraron profundo los cuidanderos del rosal, que eran unos criados del rey Midas, y lo amarraron con bejucos y se lo llevaron a su amo.

Este Midas era el rey del Bromio, y era hijo de una diosa muy importante y un sátiro, y él era el que había hecho sembrar ese rosal, y cuando supo que el que le habían llevado era el sabio Sileno, mandó que lo cuidaran bien y que le dieran una muda de ropa limpia y que lo acomodaran en la pieza del forastero. Y por la noche juntó toda la familia en el corredor de afuera y lo sentó a él en un taurete recostado a la pared y le pidió que les contara cosas de tantas que él sabía.

Sileno les echó un mundo de cañas, como ésta: que por allá en un país muy lejos había dos quebradas que corrían juntas: que a la orilla de la primera crecían unos árboles que a los que comían las frutas que echaban les daba por llorar a moco tendido, y quejarse y berrear como si les estuvieran sacando una muela con dolor, y que en cambio, los que comían las frutas de los árboles de la orilla de la otra quebrada iban retrocediendo en años, y así el que era viejo se iba volviendo maduro, y después joven, y después piernipeludo y después muchacho chiquito y después niño de teta, hasta que por fin desaparecía del todo. (¡Hasta buena que será esta vida al revés!)

Y así les contó todas las noches un montón de historias que por fin se les llegó la hora en que Midas tuvo que despacharlo pa donde Baco, con dolor de su alma, porque si por él hubiera sido lo había dejado ahi en su palacio, porque era un viejito muy gracioso y muy buen cachador.

Cuando Baco lo volvió a ver se puso muy contento y fue donde Midas a decirle que le pidiera lo que quisiera, que él se lo concedía, como premio por haberse manejado tan bien con el cucho.

¿Y, saben ustedes qué le pidió Midas a Baco? Poquito angurrioso es que era: pongan atención a lo que le dijo:

-Pues, mi estimado don Baco: como dicen que por la plata baila el perro y por el oro el perro y la perra, yo me voy por el oro. Si me va a conceder algo, que sea que todo lo que yo toque se vuelva oro.

-Concedido- le contestó Baco.

Y así fue: porque a la hora de almuerzo, cuando fue a servirse el sancocho, el plato y la cuchara se le volvieron de oro, y cuando le fue a echar mano a la presa, ¡quién dijo!: un chicharrón de oro. Y así las yucas, y las papas y todo; de manera que se quedó sin probar bocado. Ya por la tarde, muerto de la sed, mandó que le trajeran una totumada de agüepanela con limón, y no fue sinó tocar la totuma pa que se volviera de oro de 24. Y lo mismo la limonada: puro oro macizo.

Así pasaron como dos días, muerto de hambre y de sed, pero eso sí, muy brillante y resplandeciente porque todo lo que tenía encima, hasta los calzoncillos, era de oro. A los dos días le mandó con un propio una razón a Baco: que le quitara el don que le había dado, que lo tenía embromado.

Baco le mandó decir que por agalludo le había pasado eso, pero que fuera a bañarse al río Pactolo si quería volver a quedar como antes.

Y así lo hizo, y quedó en bola y el río tan lleno de oro que lo que provocaba era traer una batea pa ponerse a mazamorrear.

Midas se había ido pa allá con toda su gente con el ánimo de establecerse en una tierra mejor, y así fue que llegó a Frigia, que quedaba en lo que hoy es Turquía.

Allá era rey un tal Gordio, que le dio alojamiento y los atendió muy bien.

Resulta que ese Gordio había sido cuando muchacho un montañerito ahi de mala muerte, que una vez que iba llevando una carreta de bueyes llegó un águila y se le asentó encima de la vara con que él manejaba la carreta, y no fue sino asentarse ahi ese animal pa empezar a sonar una campana que nos mochó este cuento.

77 Gordio

Les estaba contando la historia de Gordio, que era ahora el rey de Frigia, y que cuando estaba muchacho y no era nadie iba montado en un carro de bueyes, cuando se le asentó en la vara que le servía de timón un águila, y nada que se levantaba de ahi; hasta que Gordio, todo intrigado, resolvió echar pal pueblo del Telmiso, en la Frigia, adonde había un oráculo muy seguro, a preguntarle qué significaba esa águila. Y ya iba llegando allá cuando se le atravesó una muchacha que era profetisa, y que apenas vio esa águila ahi encaramada encima de ese palo, le dijo a Gordio:

-Vea, paisanito: tiene que ir a hacerle sacrificios a Júpiter, pero es ya mismo. Venga, yo lo acompaño, pa que le queden bien hechos.

Y Gordio le contestó:

-Por supuesto, mi reina, ¡Usted sí que es como bien formal y bien querida...! ¿Por qué no se casa conmigo?

Y ella casi le arranca la mano.

-Yo sí, ¡puuuh! Pero apenas hagamos los sacrificios.

Y resulta que en ésas se murió de repente el rey de allá, es decir, de Frigia, y no había dejado heredero, y un oráculo había anunciado:

-¡Atención! ¡Atención! Ahi les viene ya un nuevo rey, con su novia, montados en un carro de bueyes.

Y va entrando esa carreta a la plaza, que por cierto era día de mercado, y todo el mundo era aterrado viendo esa águila parada ahi aliabierta como si fuera de un escudo nacional. Pues no necesitaron ver más pa nombrar rey a Gordio, y él, muy agradecido le hizo entrega del carro a la iglesia de Júpiter, y cogió el timón o palo en que había viajado el águila, y pa que no se fuera a perder lo amarró bien amarrado del yugo con una soga, y le echó un nudo de riñón más enredado que el carajo. Cómo le quedaría, que un oráculo dijo que el que lo lograra soltar se volvía dueño de toda el Asia. Al nudo ese le pusieron el nombre de Gordiano, porque lo había hecho Gordio, y lo cuidaban los curas de esa iglesia como una reliquia, y todo el que llegaba a medírsele, ahi amanecía, porque esa era una trabazón más enredada que los artículos de la fe. Ese nudo era algo así como el santo estado del matrimonio.

Pues pasaron los siglos y los siglos y nadie lo soltaba hasta que un día se apareció por allá un muchacho lo más bien plantado y como muy fafarachero él, y apenas le contaron lo del nudo y que el que lo zafara se adueñaba del Asia, y que nadie había podido hasta entonces, va pelando esa espada y ¡ran! lo partió en dos como cortando un quesito.

Pues han de saber ustedes que ese joven era nada menos que Alejandro Magno, y por cierto que se apoderó del Asia hasta la India: pero en ese tiempo no estaban alborotados los palestinos...

Pa que no se nos vaya a enredar este cuento, volvamos atrás.

Ibamos en que Gordio quedó de rey de Frigia y que allá atendió muy bien a Midas cuando se le apareció con toda su gente, cuando Baco le había quitado la maldición de volver oro todo lo que tocaba.

Pues sí: Midas se estableció allá y se hizo querer mucho de todo el mundo: tanto, que cuando murió Gordio él fue el que lo heredó, y más se demoró en estar en el trono que en entablar carnavales cada año en honor de su amigo el dios Baco. ¡Malucos que serían...!

Una vez le tocó a Midas servir de juez en un concurso de música entre Marsias y Apolo. Yo no me acuerdo si ya les había hablado de Marsias. Por si no, les cuento que este era un sileno, que es como decir un sátiro ya viejo machucho, de colmillo jumado, que una tarde, andando por la orilla de una quebrada, se topó una flautica. Pues esta flautica también tenía su historia: la había hecho Minerva, labrándola con una navajita en un cacho de venado, en una fiesta que había habido una vez en el Olimpo. Pero se me ocurre que dejemos esta historia ahi, y que le hagamos pistola al tal campanero.

78. Marsias

La historia de la flauta del amigo Marsias es la siguiente: la había hecho Minerva una vez en una fiesta que había habido en el Olimpo, labrándola de un cacho de venado con una navajita que tenía, y apenas la acabó empezó a tocarla, y sonaba lo más de bueno, y todos estaban encantados oyéndola, menos Juno y Venus, que eran secas de la risa por allá en un rincón, de ver cómo se le inflaban de feo los cachetes cuando soplaba.

Ella las alcanzó a ver y ahi mismo dejó de tocar y les preguntó que qué era la risita, y que por qué no iban más bien a burlarsen de sus adoradas madres. Ellas le contestaron que no era sinó que se viera ella misma pa que soltara también la carcajada: que no fuera a imaginarse que eran cosas de ellas.

Pues esto que le dicen y ella que sale a buscar algún río o quebrada en qué mirarse, porque en ese tiempo todavía no habían inventado los espejos. Y cuando llegó a la orilla de un charco serenito que había y se lleva a la boca la tal flauta y empieza a soplar y se le va inflando esa cara como un sapo, ahi mismo aventó a la porra el instrumentico ese y le echó una maldición al que lo recogiera.

Y resulta que el que lo recogió fue Marsias, que, como les había contado, era un sileno, es decir, un sátiro viejo, que, apenas la vio, dijo:

-¡Eh! Ve qué cosita tan curiosa está allí tirada. ¿Pa qué servirá?

Y dice a buscarle oficio, hasta que de pronto se la llevó a la boca, y empezó a sonarle tan bueno que ya no la soltó más, y a la media hora ya sabía tocar La Cucaracha y Adelita.

Y se pega qué enfiebrada mi hombre con la tal flauta: no la soltaba ni pa hacer pipí. Y cuando ya tenía un repertorio de piezas bien completo resolvió ir a desafiar nada menos que a Apolo, que se creía mucho chuzo con su lira. Y fue y le apostó a que la flauta sonaba mejor.

Apolo le aparó la caña, pero puso esta condición: que el que ganara el concurso podía hacerle al otro lo que le diera la gana.

Nombraron, pues, juez al dios del monte donde estaban y se agarran los dos a tocar por turno, y no se sabía a cuál le sonaba más bueno, pero lo cierto del caso fue que el juez le dio el premio a Apolo (sería por lamber), y Apolo ahi mismo cogió a Marsias y lo colgó de un palo y le arrancó el cuero. Sin anestesia, que tampoco la habían inventado. Y ahi, sí pegó el amigo Marsias un berrido más duro que con la flauta. Cómo sería, que a Apolo le dio remordimiento y lo bajó del palo y lo convirtió en un río.

Midas

Y resulta que cuando estaban en el concurso acató a pasar por ahi el amigo Midas, y cuando oyó el fallo dijo que había sido injusto, y que ese juez era un vendido, porque la flauta sonaba mejor. Esto que alcanza a oír Apolo y que salta hecho una fiera gritándole:

-¿Sí? ¿Te pareció muy injusto? Pa que dejés de estarte metiendo donde nadie te está llamando, ¡tené!

Y le agarró las orejas a Midas y se las estiró hasta que se volvieron como las de un burro.

Y sale ese Midas más confundido que el Diablo, con su buen par de orejotas y no hallaba con qué tapárselas pa no aparecerse con ellas en el palacio.

Porque, no se les olvide que él era el rey. Pues ahi como pudo se las tapó con la ruana y entró ya a la nochecita por la puerta falsa y le gritó al peluquero que lo arreglaba que viniera donde él, y se encerraron los dos en una pieza a ver si el peluquero lograba quitarle esas hijuemadres orejas; pero ¡quién dijo!: apenas las medio picó cuando empezaron a salir dos chorros de sangre como dos canillas, y ahi como se pudo se la estancó con café en polvo, y no tuvo Midas más remedio que mandar a hacer un gorro de esos puntudos que les pintan a las brujas, y se lo encasquetó y mandó publicar un bando diciendo que esa era la última moda. Y qué tan pendeja será la gente, que a los pocos días ya andaban todos los cachacos por la calle con su mocho de gorro puntudo, que no se cambiaban por nadie.

El peluquero sí se mantenía muy confundido porque él era el único que sabía el secreto y Midas lo tenía amenazado de muerte si se lo contaba a alguno.

Y ese hombre con una gana de contarlo... ¿oye? Pero no se atrevía. Hasta que un día no se aguantó, y dijo:

-¡Eh! Yo le voy a contar esto aunque sea a la Tierra. Ella es muy reservada y no cuenta nada de lo que sabe.

Y salió pa un solar vecino y se agachó y metió la boca adentro y dijo pasitico:

-Midas tiene orejas de burro.

Y volvió a tapar con tierra el hueco, y se fue muy tranquilo pa su peluquería.

Pero cómo es la vaina esa de que un secreto no se le puede contar a nadie porque se riega, y, como decía mi abuela: secreto de dos, secreto de tres: secreto de tres, de todos es.

El caso es que en ese solar, que estaba vacío, resolvió el dueño sembrar cañabrava, y una de las matas acató a nacer en el mismo punto donde el peluquero había soltado el secreto, así que cuando creció la caña y el aura matutina le mecía las hojas blandamente (¿qué tal de inspirado les parezco?) en su murmullo decía:

-Midas tiene orejas de burro.

Lo que sí no sonaba allá era ninguna campana.

79 Agamenón y Clitemnestra

Vamos a seguir hoy con la historia de Agamenón y Clitemnestra, que la habíamos dejado empezada hace mucho tiempo. Como estoy seguro que ya ni se acordarán de estos, vamos a repasar lo que les había contado el año pasado.

Acuérdesen que Agamenón, que era el jefe de los griegos que se habían embarcado pa la guerra de Troya, se había casado con Clitemnestra, y que la diosa Diana le había ordenado a él que... Mejor les repito lo que les conté esa vez, que no es ni tan largo que digamos.

Estaban los barcos listos pa salir, pero nada que soplaba el viento, y entonces Agamenón, desesperado, mandó a llamar al adivino Calcas a que le explicara cómo era la movida: qué había que hacer pa que venteara y pudieran salir esos barcos, que eran todos de vela. Y el viejo adivino le dijo a Agamenón:

-Lo que ocurre, su Sacarrial, es que el otro día, cuando usted, en una cacería, mató una venada y salió chicaneando y diciendo que ni Diana, la diosa de los cazadores, le hubiera pegado el primer flechazo en todo el mango, como usted lo hizo, esto que llega a oídos de la diosa y que dice que como castigo no iba a dejar que venteara hasta que usted no le sacrificara a ella la más bonita de sus hijas. Que, como usted sabe, es Ifigenia, por cierto la ñaña suya.

Y Agamenón no se atrevía a mandar por su muchacha pa matarla; pero como nada que llegaba el viento y esos griegos estaban todos desesperados, que querían arrancar ya pa la guerra, al fin tuvo que mandar por ella, con dolor de su alma. Y ella que llega y él que se la lleva pal templo donde hacían sacrificios, y la extiende amarrada encima de ese poyo, y ya le iba a clavar el cuchillo cuando en esas le dio remordimiento a Diana, que llegó invisible y le echó mano a Ifigenia y se la llevó por el aire, y el cuchillo se le vino a enterrar fue a una venadita que apareció ahi amarrada de patas y manos.

Resulta, pues, que Diana se llevó a Ifigenia pa un país que se llamaba Táuride, y la colocó de sacerdotisa en el templo que ella tenía allá, y el oficio que le puso era el de matar a todo cuanto náufrago forastero llegara allá a pedir posada.

Pues una vez se le aparecieron un par de peregrinos, que eran nada menos que Orestes, que era el hermano menor de ella, y un amigo de él que se llamaba Pílades. (Pa que no se les olvide el nombre de éste imagínense que en la escuela lo mantenían fregado los compañeros preguntándole: ¿quién te puso las pílades?)

Pues Ifigenia reconoció ahi mismo a su hermanolo, aunque lo había dejado muy chiquito, y resolvió volarse con ellos dos. Y a ella no la vuelve a mentar la historia.

Los hijos más conocidos, o más mentados, al menos, de Agamenón y Clitemnestra eran Ifigenia, Electra y el muchacho ése Orestes.

Volviendo atrás: cuando Agamenón salió pa la guerra dejó cuidando a su mujer a un amigo de él, que era viejo y poeta pa acabar de ajustar, que se llamaba Demódoco. Porque Clitemnestra estaba como mango, y Agamenón era más celoso que Danielefe el de Jericó. Ustedes no saben quién era éste, pero imagínenselo. Y razón no le faltaba al amigo Agamenón, porque no fue sinó salir él pa que se le plantara al pie de ella un tal Egisto, que no la dejaba ni a sol ni a sombra, gallinaceándola y mandándole regalos y boleticas y echándole el cuento de mil maneras. Pero pa eso estaba ahi Demódoco, de modoque ahi manecía Egisto y no lo probaba.

En esta mitología ocurre mucho que viene uno contando una cosa y se atraviesa otra que interrumpe y tiene uno que contar esta cosa nueva pa que se entienda lo que sigue. Así pasa ahora, que les voy a tener que contar quién era el tal Egisto.

Egisto

Resulta que en Micenas vivían en otro tiempo dos hermanos que se llamaban Atreo y Tiestes. Vivían muy bien, hasta que un día resolvió Atreo desterrar a su hermano y matarle los hijos. Quién sabe qué le habría hecho Tiestes, y éste no veía la hora de vengarse de Atreo, pero no hallaba la manera, hasta que un oráculo le dijo que el único que lo vengaría sería el hijo que él tuviera con su propia hija.

La hijita de Tiestes se llamaba Pelopia. Pues una vez que salió la muchacha a ofrecer un sacrificio, cuando ya iba de vuelta pa la casa, ya por la nochecita que no se distinguía nada, le salió al borde del camino su querido papacito, y sin darse a conocer ni pedirle permiso la encunetó y en un dos por tres le hizo el mandado. Pero mientras estaban en la faena llegó ella y le sacó la espada de la vaina y la escondió, sin que él se diera cuenta, en una ruana que llevaba.

A los nueve meses, cuando le nació el muchacho, ella lo abandonó en el monte, sin saber de quién era hijo. Unos pastores lo recogieron y lo criaron con leche de cabra, y por eso le pusieron por nombre Egisto, que en griego quiere decir algo como de cabra.

Pasó el tiempo y una vez en unas fiestas conoció Atreo a su sobrina Pelopia, la mamá de Egisto, y, sin tener ni idea quién era ella, se pegó una tragada tan horrible que no tuvo más remedio que casarse con ella. Al poco tiempo de casados mandó Atreo a buscar a Egisto, porque cuando él notó que se la habían estrenado, le hizo confesar que ella había tenido ese muchachito, y que lo había dejado abandonado en tal y tal parte, porque ni siquiera sabía de quién era.

Y lo trajeron y lo criaron entre los dos, y cuando creció lo mandó Atreo a que fuera a buscar a Tiestes, pa que lo matara. Yo no me explico por qué Atreo le tenía tanta tirria al pobre Tiestes. Lo cierto del caso es que Egisto fue, y lo encontró, y lo trajo, y ya le iba a mandar el guascazo con esa espada, que se la había regalado su mamá, cuando ....sonó la campana.

80. Egisto

Pues sí: Egisto le iba a mandar el guascazo con la espada de Tiestes, que era el papá de él, pero él no sabía. Y lo iba a matar porque lo había mandado Atreo, que era tío de él y que lo había criado.

Y cuando Tiestes vio esa espada la reconoció como la que se le había perdido a él hacía años, y le preguntó a Egisto que de dónde la había sacado, y él le dijo que se la había regalado su mamá.

Entonces Tiestes le dijo que quería conocer a su mamá, y la mandaron llamar.

Y llegó Pelopia, y Tiestes la conoció como la hija de él, con la que había tenido un hijo, que venía a ser Egisto precisamente.

Entonces Tiestes les contó a los dos -a la mamá y el hijo- todo el cuento: que era que un oráculo le había dicho que el único que lo vengaría de su hermano Atreo, que lo mantenía jodido, era el hijo que tuviera con su propia hija, y que por eso Egisto venía a ser hijo y nieto de él, y que le pedía que fuera ligero a matar a Atreo.

Apenas oyó Pelopia esa historia tan horrible, de que ése era el papá de ella y era el que le había metido ese muchacho, le arrebató la espada a Egisto y se la clavó ella misma.

Entonces Egisto se la sacó, toda ensangrentada, y salió en busca de Atreo pa acabar con él, y lo encontró haciendo un sacrificio de gracias porque creía que ya Tiestes estaría muerto, y el muerto vino a ser él, que no dio un brinco cuando Egisto le clavó esa casinadita.

Agamenón y Clitemnestra

Sigamos ahora con el cuento que traíamos. Que era que Agamenón, cuando salió pa la guerra, dejó al viejito Demódoco cuidándole a Clitemnestra, no fuera a ser que algún desocupado se antojara de ella, que en verdad era de lo mejorcito que se ensillaba en ese reino de Micenas.

Y, como les contaba: Egisto, que no se había ido pa la guerra, dice a gallinacear a Clitemnestra y a acosarla, y a buscarle la caída, pero como Demódoco no la despintaba ni cuando ella salía pal baño, yo no sé cómo hizo Egisto pa deshacerse de él: lo cierto del caso es que el viejito no se volvió a ver por esos lados.

Y a los pocos días ya estaban Egisto y Clitemnestra -en confianza, Egis y Clite- en la luna de miel más melcochuda que ustedes se puedan imaginar. ¿Y saben cuánto les duró? La bobadita de siete años.

Pero como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, se llegó la hora en que la guerra de Troya se acabó, y apenas llegaron a Micenas los runrunes de que ya Agamenón venía por ahi, esto que oyen Egis y Clite y que arman un plan pa deshacerse de él.

Y fue éste: cuando ya venía él por ahi como a unas dos leguas, salió a recibirlo una cabalgata como pal tope de un obispo, y era que la mandaba Egisto pa darle la bienvenida. Y fue entrando él al pueblo por entre arcos de guadua muy adornados, como los de Corpus, y en medio de voladores y con la banda entonada tocando pasodobles a lo que daba.

Esa noche le tenían preparado un gran banquete, que comparado, el festín de Baltasar era una merienda. Pues en medio banquete, cuando estaba mi amo Agamenón agarrado de un mocho de muslo de pollo, va llegando por detrás su adorada costilla, como en ademán de abrazarlo y lo que hizo fue enterrarle qué estaca de cuchillo tres rayas. No dijo ni pío. Y Egisto por allá detrás de una cortina, aplaudiendo pasitico.

Abreviemos, porque esto está como muy trágico y muy largo.

Electra, que era la segunda hija de Agamenón y Clitemnestra, apenas se dio cuenta de que su mamá había matado a su papá, al que ella

quería tanto (¿no han oído hablar ustedes del complejo de Electra? No crean que yo no sé qué es); que ella lo quería mucho, y juró que se vengaba.

Pues lo primero que hizo fue echarle mano a su hermanito Orestes, que apenas estaba polligallo, y lo mandó lejos, a casa de unos amigos, antes que también se lo fueran a berrear.

Ella sí se tuvo que quedar en ese palacio, porque la encerraron a trabajar como una sirvienta. Pero esperó callada la boca a que Orestes se acabara de criar, y lo hizo venir, y entre los dos mataron a su corrompida madre y al bellaco ese de Egisto.

¿Cuántos hemos matado hoy? Yo no he llevado la cuenta. Creo que lo mejor es que toquen ligero ya esa campana a ver si acabamos con esta matazón.

81. Aconcio

Pues, muchachos: esto ya está tocando a su fin. Voy a pegarle una repasadita al libro, desde la A, a ver qué personaje se me quedó por fuera. También les pido que me digan si quieren que les aclare algún punto o que les hable de otros que se me pasaron por alto.

Vamos a ver hoy, por ejemplo, a Aconcio. Apuesto a que no lo habían oído mentar.

Pues ese era un sardino de la isla de Ceos que una vez que fue a unas fiestas de Delos alcanzó a ver entre la gente a una pipiola muy querida que iba acompañada por una vieja. El las fue siguiendo disimuladamente, porque se le metió en la cabeza que ese bizcochito tenía que ser pa él.

La muchacha y la vieja no se dieron cuenta que él las iba siguiendo y entraron al templo de Diana a novelerear un sacrificio que le estaban haciendo a la diosa. Se me olvidaba decirles que la sardinita se llamaba Cidipe.

Estaba ella, pues, sentada muy disimulada viendo el sacrificio, cuando en ésas ve la vieja que llega rodando hasta el pie de ellas una manzana muy bonita. La vieja la recogió y se la pasó a Cidipe. Resulta que en ella había escrito Aconcio, con una navajita, este letrero:

"Juro por Diana que me casaré con Aconcio".

La muchacha leyó duro el letrero, pero apenas se dio cuenta de lo que había escrito botó a la porra esa maldinga fruta. Pero ya pa qué. Ya había hecho un juramento que la diosa había oído, y lo tenía que cumplir.

Al otro día se acabaron las fiestas y Aconcio se tuvo que volver pa su tierra, sin haber logrado hablar con Cidipe.

Por ese tiempo le estaba armando a ella el papá matrimonio con un muchacho de la jai: pero cuando ya se iba llegando el día de la boda se enfermó ella de una enfermedad lo más rara, y no levantaba cabeza, y tuvieron que suspender la fiesta. Y esto pasó otras tres veces: cada vez que se iba llegando el día del casorio, caía a la cama.

Pues Aconcio que sabe esto y que arma viaje pa Atenas, que era donde vivía la muchacha, y allá no hacía sinó averiguar por ella día y noche a todo el mundo, desesperado, hasta que el papá de ella se dio cuenta y le mandó preguntar a un oráculo que qué era la vaina, y el oráculo le contestó que lo que pasaba era que Cidipe estaba amarrada a ese muchacho por un juramento a Diana, y que la rabia de la diosa la castigaba cada vez que iba a faltar a él.

Entonces el taita de Cidipe mandó averiguar qué clase de gallo era el tal Aconcio, y si era de buena familia, y cuando quedó contento con los datos que le trajeron, los casó, y ellos fueron felices y comieron perdices. Y creo que hasta la manzana se la comieron.

Céfalo

Vamos a ver si alcanzo a contarles en esta clase la historia de Céfalo. Este era uno de los tantos héroes de la Mitología, que tiene más héroes que la historia patria.

Este Céfalo se había casado con una Procris, pero resulta que él no le tenía mucha confianza porque era muy celoso. Tanto, que una vez le dijo que salía pa una correría y lo que hizo fue disfrazarse y se le apareció al otro día en figura de un forastero muy buen mozo y platudo, y empezó a gallinacearla y a no despintarla ni a sol ni a sombra, y ella a negársele pero al fin, viendo que el marido no aparecía, ella le dio el sí. Y ahi mismo se dio él a conocer. Ella, de miedo y de vergüenza, se enmontó, y ¡ojos que te vuelven a ver!

Entonces a Céfalo le dio como remordimiento de la canallada que le había hecho y salió a buscarla, y hicieron las paces y siguieron viviendo bien.

Pero, cómo les parece que al poco tiempo, viendo que Céfalo se mantenía en cacerías en la montaña, a la que le dieron celos fue a Procris, porque el peón de estribo de él le había dicho que cada que él acababa su cacería empezaba a llamar una tal Brisa a que viniera a quitarle el calor, que lo estaba matando.

Pues una tarde salió ella a pistearlo y cuando sintió que él andaba por ahi cerquita se escondió detrás de una mata, pero con tan mala suerte que él sintió el ruido que hizo ella al esconderse y ahi mismo le disparó una flecha mágica que no erraba pipo y le pegó en toda la pechuga, y cuando ella empezó a agonizar llegó él a ver quién era y alcanzó a explicarle que la Brisa que él llamaba no era sinó el viento.

Que no fuera bobita; que él no se la jugaba con nadie; que por amor de Dios no se fuera a morir. Pero ya era tarde. Ya estaba boqueando. Ni siquiera alcanzó a oír la campana.

82 Enómaco

Hoy será hablarles de Enómaco.

Este era un rey de Pisa que tenía la hija más linda que ustedes se puedan imaginar. Cómo sería que el mismo taita se enamoró de ella desde que la vio de uso. Y por esa época empezaron a presentársele pretendientes a dos manos, medio locos de tragados de semejante reina de belleza, que se llamaba Hipodamia. Y cada uno de ellos le ofrecía a Enómaco hasta pajaritos de oro pa que se la soltara; pero como el viejo también estaba derretido por ella, pa no dejarse conocer el cobre, pero al mismo tiempo desengüesarse de ellos, le decía a cada uno que sí, que cómo no, pero que tenían que apostar con él una carrera de carros de caballos, y si ganaba el muchacho podía alzar con ella, y si no, que se tuviera fino porque no le iban a volver a dar dolores de cabeza.

Y se armaba la carrera. Enómaco dejaba que el pretendiente arrancara primero, y mientras tanto él se ponía con toda pachocha a sacrificarle un ovejo a Júpiter, y apenas cuando se acababa el sacrificio arrancaba él. Ya el otro pendejo iba lejos, pero en tres voliones lo alcanzaba Enómaco, porque lo que pasaba era que los caballos de él eran invencibles, que se los había regalado el dios Marte. Así ¡valiente gracia!

En todo caso, eso era pa ya que lo alcanzaba y le echaba mano de las mechas y se lo llevaba al verdugo a que le mochara la cabeza.

Y resulta que un día llegó allá un muchacho muy tumbador, que se llamaba Pélope, y no fue sinó que Hipodamia lo viera pa quedar locamente enamorada de él, y breve, breve lo llamó aparte y le dijo:

-Ve, Pélope: si a lo que venís vos es a pedirle mi mano o cualquier otra parte de mi cuerpo a mi papá, seguro que te pone a apostar una carrera de carros con él, y fijo que te gana. Y lo grave no es eso sinó que al que pierda le mocha la cabeza y la clava en una guadua pa adornar el jardín del frente de la casa. Ya tiene doce en fila. Y él me obliga a ir montada con vos en el carro, pa que quede más pesado y pa que te distraigás de la emoción de estar al lado mío. Pero aceptale y corré tranquilo, que yo sé cómo hago mi modo y mi maña de que no te pase nada.

Y lo que hizo fue que mandó llamar a Mirtilo, que era el que le alistaba el carro a Enómaco, y que también le mantenía mucha gana a ella, y le dijo que si hacía de modo que el carro del viejo le fallara, le daba una pruebita de lo que tanto le había pedido.

Esto que me le dice a Mirtilo y él que sale volando pa la pesebrera a cambiarle al carro la cuña de palo de una de las ruedas por una de cera, igualitica a la vista, así que cuando se montó Enómaco, después de su santo sacrificio y arrancó a alcanzar a Pélope, no había andado una cuadra cuando empieza a derretirse esa cera y de un momento a otro sale esa rueda disparada y se va ese carro deslizado de medio lado y el viejo arrastrado por ese arenero, con la funda enredada en ese manojo de riendas...Mejor dicho...No quedó ni el pegado.

Así pues que el amigo Pélope acabó muy feliz su carrera y le echó mano a su Hipodamia y por ahi derecho salieron en ese mismo carro pa su luna de miel, que no veían la hora de empezarla.

Pero lo malo fue que Mirtilo se les fue pegado, porque él quería cobrarse lo que le había prometido Hipodamia; y en el camino, en una parada que hicieron se fue Pélope a traer agua a una quebradita, y Mirtilo aprovechó pa cobrarle a Hipodamia lo prometido, así de afán antes que llegara Pélope. Ella le dijo que no: que eso así a la carrera no se le sacaba gusto; que esperara que llegaran a la casa, que allá sí lo hacían con calma y bien saboreado.

Y en estas llegó Pélope, ¿y saben lo que hizo Hipodamia? Ponerle la queja de que Mirtilo la iba a violar, y entonces agarra

Pélope un garrote y lo dejó tieso y lo arrastró hasta una cuneta.

¿Cómo les parece la fierita de Hipodamia y la encartada que se pegó con ella el amigo Pélope?

El remate de este cuento es que, cuando volvieron al reino, quedaron de reyes ellos dos y, como pa borrar la cochinada que le habían hecho a Enómaco, ordenaron una novena muy solemne por su alma y fundaron en su honor los Juegos Olímpicos, que se hacían cada cuatro años, y que todavía están funcionando. Esto por hoy, porque no se demoran en venir a jalarle el rejo a la campana.

83 Eolo

¿Se acuerdan ustedes de Eolo, aquel rey de los vientos que le regaló a Ulises un taleguito donde estaban metidos todos los vientos de las tempestades, y que le advirtió que cuidado con ir a abrirlo porque se lo tragaba la tierra -o mejor dicho, el mar- con esos ventarrones sueltos, pero que los marineros lo abrieron y eso fue la hora llegada?

Pues les voy a contar quién fue ese Eolo. Era nieto de otro Eolo.

En esas familias como que les dio por ponerlos Eolo como los Aurelianos de Cien Años de Soledad.

El Eolo abuelo tuvo una hija que se llamaba Melanipa, de la que se antojó el dios Neptuno una vez que la gateó bañándose en el mar en pura almendra.

Ella trató de resistirse, pero él le echó un cuento muy reforzado. Le decía:

-No, bizcocho: no te hagás la remilgada, que con eso lo único que conseguís es quedarte solterona y traumatizada. Fijate y verés que aquí en la Mitología todas son muy liberadas. Que no vayan a creer las feministas del siglo veinte que ellas van a ser las inventoras de la liberación. Ahora, pensalo bien: ¡cómo te parece la humillada que les pegarás a tus amigas cuando tengás un muchacho que sea hijo de un dios...!

Y le echó como media hora de carreta hasta que ella no tuvo de otra que darle la prueba de amor. Y por ahi derecho quedó, y a su debido tiempo resultó con su buen par de mellizos. Al uno lo puso Beoto y al otro Eolo, como su papá, pa lamberle a éste a ver si no le hacía nada, porque ella había sabido disimularse la barriga con esas fundas tan anchas que usaban en ese tiempo.

Pero al nacer los culicagaditos sí se dio cuenta el viejo y se pega qué embejucada, ¿oye? A Melanipa le untó una cosa en las vistas, que quedó ciega -en ese tiempo no se decía invidente- y la encerró en un calabozo, y mandó que a las dos criaturas las llevaran pal monte y las dejaran botadas allá.

Pero mi Dios es muy grande. ¿Saben quién empezó a criarlos? Una vaca. Yo no sé cómo hacían ellos pa alcanzar a pegársele a la ubre, pero lo cierto del caso fue que unos pastores los encontraron una vez en ésas, y se los llevaron pal rancho de ellos.

Por ese tiempo estaba de rey en Icaria, que era una tierra vecina, un tal Metaponto, y la mujer de él, es decir la reina, se llamaba Teano (¿no cierto que parece nombre de hombre?). Pues esta pareja no había logrado tener hijos, aunque era mucho lo que le habían bregado, en todas las formas imaginables...¡y nada! Y en vista de que Metaponto se mantenía muy aburrido por no tener heredero, y le echaba la culpa a ella, y no hacía sinó decirle "vieja horra", y que la iba a cambiar, entonces ella se hizo la que estaba en embarazo y se sonsacó a unos pastores pa que le consiguieran un muchachito que ella pudiera pasar como de ella. Y da la casualidad que los pastores eran los mismos que habían recogido a Eolo y a Beoto, y se los llevaron a Teano.

Como el rey Metaponto estaba desde hacía varios meses en una guerra por allá al otro lado del mar, cuando volvió y se encontró su par de mellizos bien alentados y bonitos, se puso güete.

Ahora viene lo maluco. Quién sabe qué tratamiento se hizo Metaponto por allá al otro lado del charco: lo cierto del caso es que cuando volvió a la casa, a los pocos días ya estaba misiá Teano asada en vara (por no decir embarazada), y a los nueve meses se dejó venir con otro par de mellizos.

Y fueron creciendo juntos, como hermanos, los cuatro muchachos, hasta que cuando ya estaban piernipeludos resolvió Teano contarle a los hijos de ella que Eolo y Beoto no eran nada de ellos: que salieran como

pa una cacería y que por allá en el monte los mataran. Porque a esos era a los que estaba más apegado Metaponto, porque eran muy pintas y muy queridos, y que de pronto los dejaba de herederos y ellos, que sí eran los hijos de verdad, se quedaban viendo pal páramo.

Salieron, pues, pa la cacería, y allá en medio monte le buscaron pleito los hijos de Teano a Eolo y a Beoto, pero con tan mala suerte que estos fueron los que mataron a los otros. Y salieron volados a buscar refugio donde los pastores que los habían recogido a ellos cuando estaban recién nacidos.

Pues una tarde se apareció por allá Neptuno, y como era dios los reconoció y les dijo que él era el papá de ellos, y les contó que la mamacita de ellos estaba encerrada en un calabozo; que fueran a sacarla y que se la trajeran pa él devolverle la vista, porque la habían enceguecido.

Y así lo hicieron, y muy contentos ya los dos muchachos con su mamacita Melanipa que ya veía, la llevaron donde Metaponto, que lo querían mucho porque había sido más que un papá pa ellos, y le contaron el crimen que había planeado Teano pa matarlos. Entonces Metaponto mandó pa la porra a la porquería de Teano, y él se casó con Melanipa, y

colorín, colorado
este cuento se ha acabado,
pues la campana ha sonado.

84 Eos

La primera es la de Eos, que es la Aurora. Esta era hermana de Helios y de Selene, como quien dice, del Sol y la Luna. Esta era la que le abría la puerta al Sol por la mañana, pa que saliera en su carro a hacer su correría diaria.

Era muy enamoradita la muchareja, y una vez que se encontró con Marte no fue mucho lo que éste le tuvo que rogar, pero con tan mala suerte que Venus, que en ese tiempo era la moza de Marte, se dio cuenta. ¿Y saben el castigo que le puso? Que viviera enamorada por toda la eternidad. Amén. Pa que supiera lo que era bueno.

Y empieza esa mujer -o, mejor dicho, diosa- a buscar hombres, o dioses, o lo que fuera. Al primero que raptó fue a Orión, que era un gigante por el estilo de un basketbolista ruso que anda por ahi, que dizque lo alimentan con cauchera y la comida le llega vinagre.

Pues ese Orión fue el primero, pero no le duró mucho, porque breve, breve se cansó de él y entonces le clavó el ojo a Céfalo.

A ese Céfalo lo conocimos no hace mucho: no me vengan a decir que ya no se acuerdan de él: pues el marido de Procris.

De este también se aburrió y lo cambió por Titono. Este sí le puso el tatequieto y ya no volvió la amorosa Eos a voltear a ver a ningún otro.

Cómo sería la traga que se pegó con este, que fue donde Júpiter a suplicarle que se lo volviera inmortal. Y tanto fue lo que jorobó al patrono del Olimpo, que él al fin le concedió el don de la inmortalidad.

Pero lo malo fue que la boba de Eos no acató a pedirle también que no se le envejeciera, así que a medida que iban pasando los años se le iba volviendo más viejito y arrugadito y chuchumequito, y todo encorvado como un mojojoy, y a lo último vino a quedar mismamente como una chicharra seca.

Pero fijo que Eos, cuando vio que se le estaba volviendo así, siempre se rebuscaría por ahi con los vecinos.

Erictonio

La otra historia es la de Erictonio. Este era hijo nada menos que de Vulcano y Minerva. Pero pongan atención a la manera como nació.

Resulta que una tarde fue Minerva a la herrería de Vulcano dizque a encargarle unas armas, y el maldito cojineto ese, que hacía días que estaba viudo, porque su adorada esposa Venus estaba dedicada en ese tiempo a jugársela con el sinvergüenza de Marte...Digo que Vulcano, que hacía días que no probaba de esa clase de bocados, apenas vio semejante monumento que era esa Minerva y le echó el brazo y empezó a apretarla y a darle picos y a manosearla, y le decía:

-Claro, mi negra- digo Mi-nerva- que yo sí te hago las armas que querás, pero eso sí; con una condicioncita...

Y le arrimó la boca al oído y quién sabe qué le diría que la diosa bregó a zafársele, hecha una fiera, y entonces le salió a él un chorro de una cosa que le cayó a ella en la pierna, y muerta de asco cogió un pedazo de lana y se limpió y tiró esa porquería al suelo.

Pues han de saber ustedes que de eso que ella botó y que le había ensuciado la pierna nació ahi mismo un muchachito, y ella lo recogió y lo bautizó Erictonio.

Ella siempre lo tuvo por hijo de ella, y le dio lástima del pobre pendejito y lo metió entre una canasta y se lo entregó a tres muchachas conocidas de ellas, hijas de un tal Cécrope.

Ellas, que al fin y al cabo eran mujeres, no pudieron aguantar las ganas de saber qué sería lo que había dentro de esa canasta, y la abrieron...¿y saben lo que vieron? Pues el muchachito, dormidito el niño,

pero con cola de culebra, y cómo sería el susto que les dio que se enloquecieron y se tiraron por un precipicio y no alcanzaron a oír la campana.

85 Filis y Demofonte

Filis era una princesa muy linda, hija del rey de Tracia. Resulta que a la playa de ese país llegó una vez un náufrago que se llamaba Demofonte, y no más fue verlo Filis pa enamorarse de él locamente, y pa pedirle la mano ella a él: en ese tiempo también los pájaros les tiraban a las escopetas; pero este es un decir, porque las escopetas no las habían inventado todavía.

En todo caso, ella estaba medio loca de ganas de casarse con el muchacho, pero él le dijo que tenía que volver a la tierra de él a arreglar un negocio que había dejado pendiente y que cuando volviera se comían el bizcocho.

Cuando él se iba a ir le entregó ella un cofrecito y le dijo que no lo abriera sinó en caso que por cualquier motivo él estuviera seguro de que no la iba a volver a ver.

Pues mi hombre salió pa su tierra y como la ausencia es causa del olvido, a las pocas vueltas se le olvidó la promesa que le había hecho a Filis y se casó con otra de allá de su pueblo, que había sido la novia de él desde chiquito.

Mientras tanto la pobre Filis allá en Tracia bajaba todos los meses al puerto a ver si él venía, y cuando a las nueve veces de hacer ese viajecito se convenció que ése ya no venía, le dio un guayabo tan hondo que fue a la casa y con una sábana se ahorcó de una viga.

Pues ese mismo día, casualmente, iba Demofonte de a caballo, y en las alforjas llevaba el cofrecito que le había dado Filis, que él ya ni se acordaba de la tal cajita, y apenas la vio le dio por abrirla y va saliendo como un espanto o aparición tan miedosa que la bestia se asustó y se puso a corcovear y lo aventó al suelo y cayó encima de la espada, y ahi quedó.

Así se paga la ingratitud de amor.

Filomela y Procne

Este era un rey que se llamaba Pandión que tenía dos hijas: Filomela -no es Filomena- y Procne.

Una vez, por cuestión de linderos, Pandión tuvo un pleito con un vecino y como no hubo modo de que arreglaran por las buenas, al fin se agarraron a las armas, y cuando la cosa se le puso muy grave mandó Pandión a llamar a Tereo, que era un amigo de él, a que le prestara su ayuda en esa guerra, y se la prestó tan buena que derrotaron al otro.

Entonces Pandión en agradecimiento le dio a Tereo por mujer a su hija Filomela.

Muy contentos que vivieron un tiempo Tereo y Filomela, y hasta tuvieron un muchachito que lo pusieron Itis, -¡valiente nombrecito!- pero como Procne vivía con ellos y era una sardina que estaba en el punto de la jalea, empezó Tereo, cuando menos pensó, en estar todo enamorado de ella y le fue cogiendo tal ventaja la traga que un día no se aguantó y la apercolló en el solar y en un dos por tres le hizo el mandado; pero fue a la fuerza. Entonces, de miedo de que ella le fuera a contar a Filomela, sacó una barbera del carriel y le cortó la lengua pa que no pudiera volver a hablar.

Pero ella no era ninguna boba y en una colcha que estaba haciendo escribió con letra bordada el cacho que le había pasado con su cuñado, y se la llevó a su hermana, que se puso como una fiera y juró que ese sinvergüenza se la pagaría:

Y lo que hizo pa vengarse sí fue muy horrible: cogió a su hijito Itis, que todavía estaba muy chiquito, y le torció el pescuecito como a una

gallina, y lo preparó en un sancocho que le presentó a Tereo y que él se comió con mucha gana.

A él siempre le supo como rarón y le preguntó a la cocinera que qué clase de carne era ésa y ella lo llamó aparte y le contó en secreto que lo que se había comido él era su propio hijo, pero que cuidado con irle a contar a la señora que ella le había contado, porque la mataba.

El de la furia esta vez fue Tereo, que salió con un hacha persiguiendo a las dos hermanas pa acabar con ellas, y aunque ellas ya iban lejos siempre las vino a alcanzar por allá en Dáulide, que es como decir de aquí a Fredonia; y cuando ya les iba a echar mano se arrodillaron ellas y juntaron las manos a pedirle a los dioses que por Dios no las dejaran matar, y los dioses se compadecieron y las hicieron desaparecer como gente: a Filomela la volvieron ruiseñor y a Procne, golondrina. Al vergajo de Tereo, que ya tenía el hacha levantada, lo volvieron garrapatero, que por ahi derecho se le asentó en el anca a una res toda gusanienta que pasaba en ese momento.

Entonces la golondrina -que no podía cantar sinó chillar- y el ruiseñor -o ruiseñora sería- todo entonado, armaron el vuelo y se fueron a asentar encima de una campana que en ese momento empezó a tilinguear.

86 Galintía

Vamos a darle una repasadita a unas historias que vimos hace tiempos, y que ya se les deben haber olvidado a ustedes.

Pero no me vengan a salir con que se les olvidó quién había sido Perseo. Pues fue aquel que le cortó la cabeza llena de culebras a Medusa y que se casó con Andrómeda, que estaba amarrada por allá en una peña a la orilla del mar.

Pues, bueno: una nieta de Perseo fue Alcmena, la mujer de Anfitrión. Y acuérdesen que este Anfitrión salió una vez pa la guerra, y el jodido de Júpiter, que le mandaba mucha gana a Alcmena, se disfrazó de Anfitrión y se acostó con ella una noche que hizo durar por tres. De modo, pues, que ella, inocente, vino a quedar esperando, y lo que tenía adentro era nada menos que la bobadita de Hércules. De manera que Herculito -y perdonen el diminutivo- iba a ser, cuando naciera, bisnieto de Perseo.

Esto por un lado. Por otro, Perseo tuvo un hijo que se llamaba Esténelo, que se casó con una tal Nicipe, que también estaba barrigona por esa época y claro que el muchacho que iba a tener iba a ser nieto de Perseo.

Resulta, pues, que cuando estaban las dos señoras -Alcmena y Nicipe- a punto de caer a la cama, dijo Júpiter, en una charla con unos amigos:

-Un descendiente de Perseo será el rey de Micenas.

Pues esto que supo la vieja mujer de Júpiter, la celosa de Juno, y que dice:

-¿Conque un descendiente de Perseo? ¿Y mi maridito lindo está creyendo que va a ser el que le puso a Alcmena? Que se quede esperando en una pata. Por ahi viene en camino otro, que es el de Nicipe, que va a ser nieto de Perseo, y a ese lo voy a hacer nacer primero, pa que se quede bien colón ese chivo de marido mío.

Y llamó a la diosa de los partos, que era Ilitía, y a las Parcas, que también tienen que ver en ese negocio, y les dijo:

-Bueno, mis hijas: me van a hacer demorar el parto de Alcmena hasta que nazca el muchachito de Nicipe. Allá se lo hayan, pues.

Y así fue que cuando Alcmena empezó con la pujadera, se le sentaron las cuatro malditas diosas en el quicio de la casa, con las piernas bien cerradas y cruzadas de brazos. Mientras estuvieran en esa postura no había riesgo de que pariera la dueña de casa. Y así se estuvieron nueve días, sin levantarse ni pa ir al baño, y ahi harían sus aguas -¡gas!-, y esa pobre mujer adentro que se reventaba. Los berridos se oían como de aquí a la plaza, y ellas ahi muy aplastadas fumando tabaco, hasta que nació Euristeo, el hijo de Nicipe, y como ese fue el primero, a ese fue que le tocó ser rey de Micenas. Así fue pues que doña Juno se la ganó a Júpiter. Con las mujeres siempre la llevamos perdida.

Y mientras tanto seguían ahi sentadas las cuatro malditas viejas, cruzadas de patas y manos, porque Juno no les había avisado que ya se podían levantar, y en esas pasó por la calle Galintía, una muchacha que había sido compañera de colegio de Alcmena, y apenas oyó los lamentos y la pujadera de su amiga se le ocurrió una cosa pa que se levantaran las viejas y fue decirles que Alcmena había tenido el hijo, por orden de Júpiter.

Y esto que ella les dice y que se levantan echas unas tatacoas diciendo que ni el mismo Júpiter mandaba más que ellas en eso de los partos. Y apenas se levantaron, ahi mismo nació Hércules. ¡Por fin! ¡Qué descanso!

Pero a la que le pasó cacho sí fue a la pobre Galintía, que apenas las viejas se dieron cuenta que las había engañado, la volvieron comadreja, y le dijeron:

-Ve, sinvergüenza: como esa mentira con que nos engañaste te salió por esa maldita boca, sabé y entendé que quedás condenada a parir por la boca, ¡lengüilarga!

Y esa es la historia de Galintía, y ya no me queda tiempo de contarles otra. Los que quieran esperar la campana, que se queden repasando, que muy ligero es el examen final.

87 Glauco

Glauco fue uno de los hijos de Minos y Pasifae. Y ni crean que les voy a decir quiénes eran estos. Les doy estas pistas: Laberinto de Creta, Minotauro.

Resulta que Glauco, cuando estaba muy chiquito todavía, salió persiguiendo un ratón y se cayó en una paila de miel y se ahogó. Y quedó tapado con la miel y no aparecía el niño por parte ninguna, y Minos desesperado -porque era la ñaña de él- se puso a rezarle a Apolo pa que le dijera dónde estaba, hasta que al fin lo encontró, y entonces hizo llamar a los adivinos del reino a preguntarles qué tenía que hacer pa resucitarlo. Y ellos le dijeron que el único que podía devolverle la vida era el que buscara el mejor nombre pa una vaca que él tenía que cambiaba de color tres veces al día: por la mañana era blanca, al medio día se ponía colorada y por la tardecita se volvía negra. Y al otro día la misma cosa.

Entonces Minos hizo venir a todos los sabios del reino y les puso el problema, y el que ganó fue Poliibo que dijo que esa vaca se debía llamar la Mora. Y le preguntaron que por qué y él les contestó con esa adivinanza que nos decían cuando estábamos chiquitos:

Blanco fue mi nacimiento,
colorado mi vivir,
y me vistieron de negro
cuando ya me iba a morir.

Pa que vean qué tan vieja es esa adivinanza.

Entonces Minos hizo encerrar a Poliibo en una pieza con el cuerpito de Glauco, y le dijo:

-Lo que es de aquí no salís sinó con el niño vivo.

A Poliibo se le cerró el mundo porque no se le ocurría nada pa resucitar ese muchacho, cuando en esas va entrando por debajo de la puerta una verraca de culebra más azarosa que el Diablo y se fue yendo derechito como a picar a Glauco, y entonces Poliibo le pegó un garrotazo en la cabeza y ahi quedó cuan larga era; pero en seguida fue entrando otra culebra y apenas vio muerta a su compañera se devolvió y a poco volvió a entrar con una yerba en la boca, y tocó a la muerta con esa yerba y ahi mismo resucitó.

Entonces Poliibo le echó mano a esa yerba y se la restregó en el cuerpito a Glauco, que fue abriendo los ojos y se sentó.

Y así se acaba este cuento. Ahora viene el de:

Ificlo

Este era hijo del rey Fílaco: pero resultó tan de malas que desde muy muchacho empezó a rebelársele el soldado de abajo a no querer obedecer la orden de ¡atención, fir!...

Mejor dicho... ustedes me entienden: impotente, pa que no hablemos muy largo. ¡Y bien muchacho que estaba, pa acabar de ajustar!

Entonces Fílaco, todo preocupado con ese inconveniente que le había resultado a su hijo, que de seguir así no le iba a dar herederos pal trono, llamó a Melampo, un primo de Ificlo que era adivino, a que le dijera qué tenía que hacer pa que le funcionara bien ese negocio a su hijo.

¿Y saben lo que hizo Melampo?

Cogió y degolló dos novillos y los abrió en canal y los dejó tirados en la manga y él se escondió detrás de un rastrojo a poner cuidado a ver qué pasaba.

Al rato llegaron dos gallinazos y empezaron a jartar, como dicen en el Tolima, y a echar carreta como dos comadres. Y contaron esta historia,

que era la que quería oír Melampo: que cuando Ificlo estaba chiquito se había ido a acompañar a su papá Fílaco que iba a capar unos ovejos, y que cuando acabó la tarea dejó tirado en el suelo ese cuchillo todo untado de sangre. El muchachito entonces dizque cogió el cuchillo y lo clavó en un roble sagrado que había cerquita, y cuando se fueron pa la casa el cuchillo quedó ahi clavado y no se volvieron a acordar de él; y como la cáscara del palo siguió engruesándose, con el tiempo fue quedando tapado el cuchillo.

Y entonces le dijo uno de los gallinazos al otro:

-Ve, hombre: si sacan ese cuchillo de ahi y con el óxido que tiene hacen una bebida y se la dan a tomar a Ificlo diez días seguidos, que se tenga fino la novia que le tiene preparada Fílaco, porque eso va a ser pa mandar doblar. ¿Doblarlo? ¡Ahi manece!

Pues esto que oye Melampo, y va y prepara la bebida, y santo remedio.

Tomen nota los que sufran del mal de Ificlo pa que hagan la prueba y verán que eso es como con la mano.

¡Oigan! Ya ni me acordaba yo de la tal campana....

88

Príapo, Lotis y Driope

Cuentan que cuando nació Venus de la espuma del mar, ya formada y lista pal consumo, fue a templar a Etiopía yo no sé a qué. No creo que haya sido a conocer al Negus, que sí era viejito pero no tanto. En todo caso, por allá la alcanzó a divisar nuestro padre Júpiter, que todavía no la conocía, y cómo sería la entusiasmada tan horrible que se pegó con semejante hembrota, que a la media hora ya era de él, y como no erraba pipo, de una vez quedó mi doña esperando.

Pero fue tan de malas la pobre Venus, que quién sabe qué lengüilarga le fue a sapear a Juno, que ahi mismo armó viaje pa allá, y apenas la vio venir se le dejó ir y le pegó una palmada en la barriga y le echó esta maldición:

-Tené, sinvergüenza, pa que aprendás a respetar los maridos ajenos. Que te nazca un mostro bien horrible.

Y en verdad que cuando le llegó su hora, lo que le nació no fue un muchacho común y corriente sino un enano contrahecho y con orejas de chivo, pero eso sí: tenía tan desproporcionada la cosiánfira que lo distinguía de las mujeres, que lo llamaban el trípode. Y a todas horas mantenía eso listo como pa izar bandera. No me hagan hablar, que después me regañan dizque por grosero. Pero es que la historia hay que contarla como es.

Se llamaba Príapo, y cómo sería de espantoso que Venus lo dejó botado en un monte, y allá lo recogieron unos pastores y lo llevaron de pueblo en pueblo como en romería y en todas partes le hacían fiestas y lo nombraron dios de la fecundidad.

Ahora: ¿se acuerdan ustedes de las bacantes, esas viejas parrandistas que iban por todas partes acompañando a Baco, todas rascadas y haciendo escándalo? Pues resulta que una vez se les juntó una niña, que ésa sí era muy modosita y muy querida, que se llamaba Lotis; y como al tal Príapo le dio por vivir con esa tropa de Baco, no fue sinó verla pa clavarle el ojo y jurar por esta santa cruz que ésa era pa él o que no se llamaba. Y esa noche esperó que todas estuvieran dormidas, tiradas ahi en la manga, cuando se va arrimando él pasitico, pasitico, y ya le iba a echar mano a Lotis, que estaba profunda, lo más de linda, cuando en esas pega qué rebuzno tan escandaloso el burro del viejo Sileno que andaba por ahi y se despertó la muchacha toda asustada, y Príapo no tuvo más remedio que hacerse el disimulado y perderse.

Pero dijo que él no se quedaba con la gana, y al otro día la pisteó cuando ella iba pa la quebrada a lavar la ropa y se le dejó ir, pero apenas ella alcanzó a ver semejante desproporción salió volada gritando:

-¡Socorro, socorro, que un hombre me está persiguiendo con una cosa lo más de miedosa! ¡San Apolo bendito, volveme aunque sea un árbol!

Y Apolo la oyó y la convirtió en un arbolito que se llama loto. Porque como ella era Lotis...No vayan a creer que los lotos son apenas esas matas de agua de flores moradas.

También son unos arbolitos que echan unas fruticas que al forastero que las pruebe se olvida de su tierra y no quiere volver a ella. Que fue lo que les pasó a los compañeros de Ulises cuando empezaron su correría.

Pero ya me puse a hablarles carajadas que no tienen nada qué ver, sin contarles lo que le pasó a Dríope con Lotis.

Dríope era una princesa que cuidaba las ovejas del papá de ella, y que se hizo muy amiga de las ninfas de los árboles, que le enseñaron cantos y bailes y todo lo que ellas sabían, y un día pasó Apolo por donde ellas estaban bailando, y no fue sinó verla pa quedar tragado de ella. (Esos mitológicos como que no pensaban en otra cosa). Y el dios, pa que ella no se diera cuenta de nada, se volvió tortuga y las ninfas empezaron a jugar con ella como si fuera una pelota, o como dicen los locutores, como

si fuera el esférico. Y se la tiraban la una a la otra, y en una de esas la aparó Dríope en la falda y la tortuguita ahi mismo se volvió culebra y por ahi derecho le hizo el mandado.

Ella, toda asustada, se fue a la carrera pa la casa y no contó nada: pero al tiempo le nació un muchacho lo más de perfectico: ¡claro!: Si era hijo nada menos que de Apolo.

Pues un día salió ella pal monte a mostrarles su hijo a sus amigas las ninfas de los árboles, cuando al pasar se tropezó con un arbolito de loto y, sin darse cuenta, le arrancó una ramita. Pero resulta que ese loto era Lotis, que empezó a echar sangre por donde le había arrancado la ramita, y pa castigarla la volvió a ella también loto, y cuando llegaron las ninfas, porque oyeron sonar una campana, lo que encontraron fue un par de arbolitos combatidos por el viento, como las acacias.

89. Orión

Hoy le tocó el turno a Orión. Este era un gigante cazador, muy buen mozo y muy fuerzudo. Era hijo de Neptuno, y su papá le había dado el poder de caminar por encima del mar sin hundirse: ¡ah bueno pa él!

Cuando estuvo en edad de contraer se casó con Side, que era muy linda, pero tan pinchada que se creía más bonita que Juno, y ésta que llega a saber eso y sin pensarlo dos veces la cogió y la rumbó al Tártaro que era una cueva que quedaba por allá por debajo del Hades, como quien dice en los quintos infiernos.

Entonces Orión, todo viudo y ya enviciado a dormir calorosito, se fue a recorrer el mundo y a buscar con quién casarse, y a Quíos fue a templar, y allá se enamoró de Mérope que era la hija del rey Enopión, y a él se la pidió en matrimonio, pero él no se la quiso dar porque dijo que quién sabe qué clase de ave sería ese aparecido. Entonces Orión resolvió violarla, a la brava, pero Enopión alcanzó a ver cuando le iba a echar mano y ahi mismo lo encegueció.

Entonces Orión cogió un bordón y llamó a un muchachito que él quería mucho y se lo terció al hombro y le dijo que lo fuera llevando siempre con la cara pal Oriente, y así lo hizo el muchachito y a poco andar recobró Orión la vista. Entonces voló a vengarse de Enopión, pero no pudo, porque Vulcano lo había escondido en una cueva secreta.

Entonces, con esa gana de mujer que tenía, que casi le rompía los calzones, se topó una vez de manos a boca nada menos que con la diosa Diana la cazadora, y fue también dizque a violarla, pero la diosa que se da cuenta y que le manda qué lempo de alacrán tan azaroso que se le aferró a un jarrete y lo hizo ver chispas y berrear como un condenado. Entonces la diosa, en agradecimiento al alacrán, lo convirtió en una constelación de estrellas que es la que llaman Escorpión, pa que lo sepan los que creen en horóscopos. A Orión también lo volvió constelación, pa que no se le volviera a ocurrir volver a perseguirla, porque ella se mantenía muy contenta doncella, en el monte, cazando venados con su cuerda de perros.

Y ahora que digo doncella, permitamen, por cambiar, que les cuente un cuento muy simple que me contaron en estos días, y es el del pastuso que se casó, y en la noche de bodas le dice la novia:

-Ay, mijo: con cuidado, que yo soy virgen.

Y ahi mismo se arrodilló él y se puso a rezarle.

Pero lo que les iba a decir yo es que la constelación de Orión es esa grande que es como un cuadrado con una estrella en cada punta y en el centro están las Tres Marías, que las llaman el Cinturón de Orión.

A esto hay que revolverle cuentos de pastusos y astronomía a a falta de guadua.

Pan

Este era el dios de los pastores, creo que hasta de Pastor Echeverri. Era hombre de la cintura pa arriba, y de ahi pa abajo, chivo, y la cara, era toda arrugada y tenía cachitos y chivera. Era más ágil que un mico y se mantenía brincando por esas peñas pa gatear a las ninfas cuando se iban a bañar, y se mantenía persiguiéndolas, y ellas huyéndole, aterradas, porque a la que le lograba echar mano no la soltaba hasta que quedaba fundido. Porque pa chivo sí no le ganaba ni el amigo Casanova.

Y se les aparecía de sopetón, cuando ellas menos pensaban, y por eso le tenían un miedo horrible, que se llama precisamente pánico, de Pan. Y ellas le huían porque decían que no sólo de Pan vive el hombre, y mucho menos una ninfa. Y cuando andaba persiguiéndolas, si no encontraba ninguna, se ponía a tocar una flauta de carrizos que llaman capador. Y hasta bueno que le sonaba.

De él casi no se cuentan historias. Tal vez la más interesante es la de su nacimiento. Porque, ¿saben ustedes a quién se lo achacan? Pues

nada menos que a la santa matrona doña Penélope, la mujer de Ulises. ¿Se acuerdan? La que dizque esperó diez años a que apareciera su marido, que se había ido pa la guerra de Troya, y que la mantenían acosada una tracamanada de pretendientes que le decían que ése ya qué iba a volver; pero ella los embolataba tejiendo una tela y desbaratándola por la noche. Ya ustedes se acuerdan.

Pues, cómo serán las malas lenguas, que el chisme que cuentan es que no hay tal que Penélope se hubiera aguantado las ganas todo ese mundo de años, sinó que con todos y cada uno de los pretendientes se había acostado, y que cuando llegó Ulises y se dio cuenta que ella le había puesto unos cachos más grandes que los de Olafo, la mandó pa la porra, y la porra fue la ciudad de Mantinea, donde se la encontró un día en la calle el dios Mercurio y se la llevó pa un motel y de ahi fue que vino a nacer el amigo Pan.

90 Ultima

Se acabó esto, muchachos. Hace mucho tiempo que vengo echándoles carreta y en verdad les digo que les estoy muy agradecido, porque me han prestado muy buena atención. Pero ya deben estar cansados de tanta paja. Vamos a raspar hoy con Sópatro y con Teónoe, que apuesto a que muy poquitos de ustedes los han oído mentar.

Sópatro

Erase una vez un forastero que se vino a vivir a Atenas, y se llamaba Sópatro.

En ese tiempo los hombres no le hacían todavía a los dioses sacrificios de animales sinó de frutas y revuelto como yucas, papas, arracachas, en fin. Todo eso se lo dedicaban al dios que fuera y después se lo comían entre todos en una fiesta.

Pues una vez iba a hacer Sópatro uno de esos sacrificios, y tenía un bongo lleno con todo ese revuelto encima del altar, cuando en un descuido va llegando un toro que creyó que esa era aguamasa pa él y se la zampó íntegra, y apenas se lambía y se metía la punta de la lengua por las narices.

Y Sópatro que llega y ve este desastre y se pone como una tatacoa y coge un hacha y mata ese toro. Pero a los pocos días le va pegando qué remordimiento por haberlo matado, que era pecado porque era un animal sagrado, y resolvió irse pa donde no lo conocieran y fue a dar a la isla de Creta.

Y él que se larga cuando empieza en Atenas una época de hambre la más horrible, y la gente confundida le preguntó a los dioses qué tenían qué hacer pa acabar con ella, y el oráculo les dijo que el único que les podía indicar el remedio era Sópatro.

Pues salieron a buscarlo hasta que dieron con él en Creta, donde vivía por allá todo escondido, muerto del remordimiento, y cuando le fueron a preguntar qué tenían que hacer, les dijo que había que resucitar al toro y después tirar al mar al que hubiera tenido la culpa de la muerte. Y como no quería ser él solo el de la culpa, aunque mal de todos remedio de bobos, mandó conseguir otro toro igualitico al que él había matado, y mandó que unas doncellas del templo limpiasen bien un cuchillo, con el mejor detergente que hubieran oído avisar en la televisión... (¡Mentiras! ¡Qué televisión iba a haber en ese tiempo!), y con ese cuchillo limpiecito mató al animal y mandó que todos los que estaban presentes lo pelaran y lo tasajearan, y se lo dedicó a los dioses y se lo comieron entre todos.

Entonces cogieron el cuero y lo llenaron de paja, y el toro quedó como vivo y lo amarraron a un carro y convinieron en que ya estaba resucitado. No faltaba sinó tirar al mar al culpable. Entonces nombraron un tribunal que dijera quién era el culpable, ¿y saben ustedes lo que resolvió el tribunal? Que el culpable era el cuchillo, y entonces lo cogieron y lo aventaron al hondo mar y colorín, colorao.

Teónoe

Esta historia es algo enredadita. Pongan, pues, mucho cuidado.

Había una vez uno que se llamaba Téstor que tenía dos hijas muy trozas y muy lindas: Teónoe y Leucipa. (Están como buenos estos nombrecitos pa bautizar unas mellizas en el barrio Siloé, de Cali)

Pues resulta que una vez estaba Teónoe bañándose a la orilla del mar cuando llegaron unos piratas y alzaron con ella y se la llevaron pal país de Caria y allá se la vendieron al rey y se volvió la reina de allá.

Entonces su papacito Téstor salió en busca de ella, pero el buque en que iba naufragó y él logró echarle mano a una tabla y fue a dar a la misma tierra de Caria donde estaba su muchacha y allá le echaron mano y se lo vendieron como esclavo al mismo rey que tenía a Teónoe.

¿Y qué hizo la pobre Leucipa cuado se vio sola, sin papá y sin hermana? Pues salir a buscarlos y pa eso se cortó el pelo y se disfrazó de hombre y también llegó a Caria. Pues allá se la encontró una vez en la calle su hermanita Teónoe, y creyendo que en verdad era un muchacho, y muy galleta por cierto, se enamoró de él al primer flechazo y mandó a los criados que se lo trajeran, quién sabe pa qué. Mejor dicho, yo sí sé, pero Leucipa no se dejó echar el cuento de los criados, porque de pronto descubrían que pa ser hombre le faltaban algunas cosas que todavía no han podido conseguir las feministas, y se les voló. Entonces Teónoe muerta de la ira, mandó a un esclavo a que lo matara, y el esclavo fue nada menos que Téstor. Y el pobre viejo, cuando lo mandaron a matar al forastero, empezó a lamentarse:

-¡Qué desgracia la mía: dizque tener que cometer un crimen, después de haber perdido a mi hijita Teónoe, que era la que yo más quería

Y cuando Leucipa lo oyó se dio cuenta de que era su papá, y cuando vio que ya iba a matarse él mismo con la espada, se la arrebató y lo abrazó y se reconocieron. Y salió a toda a matar a la reina Teónoe, y cuando ésta vio que se le iba a venir encima pegó un grito:

-¡Ay, Téstor, Téstor, papacito mío, socorro que me van a matar!

Y entonces Leucipa se dio cuenta que la reina era su hermana, y se abrazaron los tres y vivieron muy felices.

Glosario

Agalludo: Ambicioso, codicioso.

Ajonjolear: Mimar, halagar.

Alebrestada: Enojada, alborotada.

Algo: Refrigerio que se toma en Antioquia en las horas de la tarde.

Amacizado: Abrazado.

Amangualado: Estar en convenio con alguien.

Amañadora: Agradable.En Antioquia amañarse no se usa por amance- barse, tal como se acostumbra en los departamentos del sur de Colombia.

Amañarse: Estar contento en un sitio, acomodarse en él.

Angurrioso: Persona codiciosa. Insaciable.

Aparar la caña: Obligar a otro a comprometerse con lo que ha prometido.

Aparecérsele la Virgen: Sucederle algo agradable. Favorecerlo la suerte.

Apercuellar: Apresar fuertemente a otro por el cuello.

Aplomado: Grave, serio, circunspecto

Arepa: Masa de maíz pilado, molido extendido sobre una parrilla. Segú la forma, hay dos clases: boluda, qu puede ser gruesa o redonda, y la telas, que son arepas delgadas.

Arrejuntado: Amancebado.

Atajando pollos: Caminar trastabillando a causa de la embriaguez.

Avispado: Astuto, hábil, recursivo.

Bacanería: Bacano. Muy bueno.

Balaca: Cinta para sujetar el peinado en las mujeres.

Baquiano: Persona que domina un oficio.

Bareque: Estructura de madera, generalmente guadua, y que lleva barr por dentro.

Bejuquera: Verraquera, ira, rabia.

Berriar: Llorar a moco tendido.

Bisoño: Inexperto.

Bola: Estar en bola es estar desnudo.

Bololó: Afanes, desorden.
Bonche: Pelotera, pelea.
Brujiar: Mirar.
Cabrearse: Estar receloso, sospechar.
Cabuya: Agave americana.
Cachar: Conversar.
Cachos: Poner cachos a alguien es hacerlo cornudo.
Caído del zarso: Tonto, pendejo.
Calentarse: Enojarse.
Calzones: Hombría. Tener los calzones bien puestos.
Cantaleta: Repetir hasta fastidiar.
Cañero: Mentiroso, exajerado.
Carcajiarse: Reírse.
Carraca: Echar lengua, hablar demasiado, sin sentido.
Carrizo: Cuando una persona al sentarse, coloca una pierna encima de la rodilla.
Chancleteo: Ruido que se hace al caminar con las chancletas. Las chancletas son las sandalias o arrastraderas.
Chandoso: Perro callejero, sin raza definida.
Chécheres: Baratijas, trevejos.
Chicanear: Hacer pretensión de algo, aparentar.
Chicharrón: Parte del cerdo que comprende la piel del animal, grasa y carne, y que una vez frito, el antioqueño consume frecuentemente con sus comidas. Se aplica para definir un trabajo difícil.
Chocolear: Llenar los ojos de lágrimas.
Chuchumeco: Persona vieja.
Chúcaro: Arisco, bravo, tratándose de animales. Esquivo, huraño, si de personas se habla.
Cismático: Melindroso.
Cismatiquerías: Melindres, caprichos.
Congolo: Planta trepadora de la familia de las leguminosas cuyos frutos utilizan los niños para juegos. Ser la tapa del congolo, indica que una persona está en una situación excelente.
Copetón: Medio ebrio.
Corchar: Hacer caer a alguien en el error.
Corotos: Trastos viejos.
Cosiánfira: Palabra empleada para nombrar cualquier persona, animal o cosa cuyo nombre se haya olvidado.
Cuajado: Acuerpado.
Cucho: Viejo. Persona de edad.
Culequera: Embeleco por una persona o cosa.
Culicagado: Término cariñoso para referirse a los niños.
Cursienta: Se dice de la persona que sufre de diarreas. Se designa también con este término a cualquiera que se quiera denigrar.
Cutucutu: Voz para llamar a las gallinas. Se emplea también como miedo.
Dar puntadas: Averiguar con disimulo algo.
Dentrodera: Sirvienta que hace oficios distintos a la cocina.
Desgualetado: Mal vestido, haraposo.
Embejucar: Enojar.
Empelotarse: Desnudarse.
Emperrarse: Llorar a moco tendido.
Entumido: Perezoso, apocado.
Enverracarse: Enojarse, fastidiarse, encolerizarse.
Estar reventándose: Tener fuertes apremios de orinar.
Fafarachero: Jactancioso, fachendoso, ostentoso.
Gallinacear: Enamorar.
Guasca: Persona de malos modales.
Guascazo: De un solo golpe.
Guasque: Lazada corrediza que se hace con el lazo. Se dice "echar el guasque" por resolverse a proponer alguna cosa a un tercero, "echar el cuento".
Guayaquilero: Guayaquil es un barrio de Medellín con muchos años de historia, poblado de cantinas y gente de la vida bohemia. El término guayaquilero vale por ordinario, arrabalero.
Gurbia: Hambre.
Gurrero: Pequeño, aburridor.
Horqueteado: Montado a horcajadas.
Jalea: Dulce de guayaba.
Jayán: Muchacho fuerte y acuerpado.
Jeringar: Molestar.
Jíquera: Bolsa de cabuya.
Jodida: Persona hábil.
Julepe: Esfuerzo o trabajo excesivo.
Lamber: Adular.
Lapo: Bonito/a. Atractivo.
Lempo: Muy grande.
Macanudo: Arduo, difícil, laborioso. Persona fuerte.
Maganzonear: Hacer pereza, no trabajar.
Maluco: Indispuesto, enfermo.
Mamado: Fácil, hacedero.
Mancornar: Hacerse inseparable de alguien.
Manece: ¡Ai manece! expresa en forma burlona que lo que dice o pretende alguien es inaceptable, poco creíble.
Manguita: Manga es un prado cubierto de grama.
Mangoniar: Dominar, mandar.
Mauníflca: "No le dentra ni la mauníflca", es una pura expresión popular para calificar la capacidad mental de alguien, y se refiere a quien es más torpe, rudo y brutal. La Mauníflca es el canto que la Santísima Virgen dirigió al Señor en su visita a su prima Isabel, o sea El Magníficat.
Mecatiar: Mecato son los comestibles y golosinas que se consumen a deshoras. Mecatear es el hecho de consumirlas.
Melindres: Persona que por su delicadeza no admite ningún trato.
Metelagómez: Fanfarrón, mentiroso.
Misiá: Abreviatura de "mi señora".
Moños: Infulas.
Muanes: Personas gruesas. El mohán es un mito antioqueño de características antropofágicas que vive en el monte y las quebradas.
Ñaña: Persona consentida. Voz quechua.
Oronda: Serena, satisfecha.
Pachanga: Baile, fiesta.
Pachocha: Pachorra, lentitud.
Paisa: Como dice Luis Lalinde Botero en su Diccionario Jilosófico del Paisa, "es más fácil encontrar un gato bañando ratones que hallar la exacta definición del paisa". Paisas son los nacidos en el departamento de Antioquia, y por extensión los pobladores de las zonas donde se llevó a cabo la colonización antioqueña. Tradicionalmente la cultura paisa se caracteriza por valores como el sentimiento religioso, el regionalismo, el espíritu emprendedor y aventurero,el respeto por la palabra empeñada, la habilidad en los negocios, el instinto comercial y el culto al trabajo.
Patatús: Desmayo.
Patota: Multitud.
Pavear: Matar a escondidas.
Peladita: Niña.
Pelagatos: Hombre pobre y desvalido, a veces despreciable.
Pendejo: Tonto.
Pendola: Pendeja, tonta.

Pereque: Disgusto.
Perrada: Trampa, jugada con astucia.
Pica: Resentimiento.
Pilao: Muy fácil.
Pichonear: Espiar.
Piconear: Acusar, delatar.
Piola: Hilo grueso de cualquier extensión.
Pipiola: Jovencita.
Polvo: Echar un polvo. En Antioquia cada orgasmo en la cópula lo consideran un polvo.
Polligallo: Jovencito.
Ponchera: Jofaina, palangana.
Pordebajeada: Humillada, supeditada.
Poyo: En Antioquia, mesón en la cocina sobre el cual se preparan los alimentos.
Quebrada: Se acostumbra en Antioquia por arroyo, torrente.
Quimbas: Albarcas. Enquimbarse es contraer muchas deudas.
Ranchado: Empecinado, terco, obstinado.
Rancharse: Sostenerse en lo dicho, hecho o pensado.
Raponeros: Ladrones.
Rascado: Borracho.
Rastrojo: Bosque de arbustos y malezas.
Recocha: Fiesta desordenada.
Repelo: Regaño.
Revuelto: Conjunto de plátanos, yucas,papas y arracachas que se le echa al sancocho.
Rumbar: Lanzar.
Salir de boyadas: Verse libre de los problemas.
Sancocho: Plato antioqueño de caldo, carne partida en trozos, aliños, plátanos, papas, arracachas y yucas.
Sardina: Jovencita.
Servir para tacos: Inútil. Que no sirve para nada.
Solapada: Persona que obra con malicia y oculta sus pensamientos.
Songo: Tonto, taimado. Songo songo vale por a la chita callando, con malicia y disimulo.
Sorombático:Tonto, lelo, aturdido.
Tagarnia: Molestia. Crear algarabías. Protestar.
Tagarniar: Molestar.
Tanganazo: Garrotazo. Golpe dado con o contra cualquier cosa.
Tangalón: Hombre muy alto y acuerpado.
Tarros: Parar los tarros, morirse.
Tatabrón: Persona que ha crecido mucho para sus años.
Tatequieto: Poner el tatequieto es poner a alguien en su lugar, bajarle los humos.
Taurete: Asiento ordinario, con respaldo. Por lo común es de madera maciza y cuero de vaca.
Teja: Corrérsele la teja, enloquecerse, perder la razón.
Tendal: Abundancia, gran cantidad.
Tirar: Copular.
Tirria: Envidia. Ojeriza, odio.
Tongonearse: Contonearse.
Tongoneada: Quien se tongonea.
Totuma: Fruto del totumo. Vasija hecha con ese fruto.
Tracamanada: Multitud de cosas o personas.
Tragado: Enamorado.
Traspillada: Pálida, desmejorada, descompuesta.
Trolempo: Enorme.
Troza: Mujer bien conformada y atractiva.
Tumbalocas: Conquistador, enamorado.
Tuquio: Lleno hasta el tope.
Tusa: Tristeza, arrepentimiento.
Tusta: Cabeza.
Varado: Sin trabajo.
Vagamundería: Poca vergüenza, vagancia.
Vergajo: Bajo, canalla, ruin.
Verraco: Valiente. Estar verraco es enfurecerse.
Verriondo: Audaz, valiente, arriesgado.
Volador: Cohete.

Los siguientes libros fueron fuente de consulta para el glosario:
Sierra García, Jaime. DICCIONARIO FOLKLORICO ANTIOQUEÑO. 1983, Editorial de la Universidad de Antioquia. 698 páginas.
Lalinde Botero, Luis. DICCIONARIO JILOSOFICO DEL PAISA. 1986, Editorial Bedout. 388 páginas.
García, Carlos. DICCIONARIO DE LOCUCIONES DEL HABLA DE ANTIOQUIA. 1991, Editorial de la Universidad de Antioquia. 154 páginas.
Ospina, Uriel. LEXICO POPULAR EN LA OBRA DE TOMAS CARRASQUILLA. 1983, Ediciones Tercer Mundo. 364 páginas.
Cadavid Uribe, Gonzalo. OYENDO CONVERSAR AL PUEBLO. 1953, Imprenta de la Penitenciaría Nacional de La Picota. 402 páginas.
Florez, Luis. HABLA Y CULTURA POPULAR EN ANTIOQUIA. 1957, Instituto Caro y Cuervo. 496 páginas.